

Frankenstein

Mary Shelley



FUNDACIÓN
Carlos Slim

Frankenstein

Shelley, Mary

Novela

Se reconocen los derechos morales de Shelley, Mary.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

¿Acaso te he pedido, Hacedor,
que de esta arcilla me hicieses hombre?
¿Yo te he rogado que me alzases de las sombras?

Paraíso Perdido

Primera carta

A Mrs. Saville, Inglaterra

San Petersburgo, 11 de diciembre de 17...

Te alegrará saber que no hemos sufrido tropiezos graves al comienzo de una empresa que miraste con tan sombríos presentimientos. He llegado ayer; y lo primero que hago es tranquilizar a mi querida hermana acerca de mi bienestar, y de la confianza cada vez más firme que me anima con respecto al éxito de mi aventura.

Ya estoy muy al norte de Londres; y mientras recorro las calles de Petersburgo, siento una fría brisa septentrional que me acaricia las mejillas, entona mis nervios y acentúa mi bienestar. ¿Puedes comprender este sentimiento? Esta brisa, que viene de las regiones hacia las cuales avanzo, me ofrece un pregusto de esos climas helados. Entonado por este viento de promesa, mis ensueños son más fervientes y vívidos. Procuró en vano persuadirme de que el Polo es un ámbito de hielo y desolación; pero siempre lo imagino como la región de la belleza y el placer. Allí, Margaret, el sol siempre es visible; su ancho disco bordea el horizonte y difunde un resplandor perpetuo. Allí —pues con tu venia, hermana mía, daré fe a los navegantes que me precedieron— no hay nieve ni escarcha; y surcando un mar sereno, podemos derivar hacia tierras que por su maravilla y su belleza sobrepasan todo lo que hasta ahora se ha descubierto en las regiones habitables del globo. Es posible que sus productos y sus accidentes no tengan igual, como indudablemente es el caso de los fenómenos de los cuerpos celestes en estas soledades inexploradas. ¿Qué no habrá en una región de eterna luz? Quizá descubra allí el poder maravilloso que atrae la aguja; y quizá dilucide la ley que explica un millar de observaciones celestes, de modo que sólo se necesite este viaje para poner definitivamente en su lugar esas aparentes excentricidades. Satisfaré mi ardiente curiosidad con la visión de una parte del mundo que nunca fue visitada, y pisaré un suelo que jamás fue hollado por el pie del hombre. Tales son las cosas que me atraen, y bastan para imponerse al temor que pueden suscitar el peligro o la muerte, y para inducirme a iniciar este difícil viaje con la alegría que un niño siente cuando se embarca en un pequeño bote, con sus compañeros de vacaciones, en una expedición del descubrimiento del río nativo. Pero aun suponiendo que todas estas conjeturas sean falsas, no puedes ignorar el inestimable beneficio que conferiré a toda la humanidad, hasta la última

generación, descubriendo en las cercanías del polo un paso hacia esos países, para llegar a los cuales ahora es necesario realizar un viaje de muchos meses; o aclarando el secreto del imán, que en todo caso sólo puede develarse en una empresa como la mía.

Estas reflexiones han calmado la agitación con la cual comencé mi carta, y siento que mi corazón desborda con un entusiasmo que me eleva a los cielos; pues nada contribuye tanto a tranquilizar la mente como un propósito firme: un punto en el cual el alma pueda fijar su ojo intelectual. Esta expedición ha sido el sueño favorito de mis primeros años. Leí con ardor los relatos de los diversos viajes realizados con la intención de llegar al Pacífico Norte a través de los mares que rodean el Polo. Recordarás que toda la biblioteca de nuestro buen tío Thomas estaba formada por la historia de todos los viajes realizados con fines de descubrimiento. Es cierto que se descuidó mi educación, pero pese a todo yo era apasionadamente aficionado a la lectura. Estos volúmenes constituían la materia de mi estudio día y noche, y mi familiaridad con ellos acentuó la añoranza que yo había sentido en mis años de infancia, cuando supe que poco antes de morir mi padre había prohibido a mi tío que me permitiese consagrarme a la vida marina.

Estas imágenes se desvanecieron cuando hojeé por primera vez las obras de los poetas cuyos transportes exaltaron mi alma y la elevaron a las alturas. También yo me convertí en poeta, y durante un año viví en un Paraíso de mi propia creación; imaginé que también podía conseguir un nicho en el templo consagrado a los nombres de Homero y Shakespeare. Bien sabes de mi fracaso, y cuánto sufrí el consiguiente sentimiento de decepción. Pero en ese mismo momento heredé la fortuna de mi primo, y esos pensamientos se encauzaron nuevamente hacia mis primeras inclinaciones.

Han transcurrido seis años desde que decidí acometer esta empresa. Aún ahora recuerdo el momento en que me consagré a esta gran aventura. Comencé ejercitando mi cuerpo en las privaciones. Acompañé a los pescadores de ballenas en varias expediciones al Mar del Norte; voluntariamente soporté el frío, el hambre, la sed y la necesidad de sueño; a menudo trabajé más esforzadamente que los marineros comunes durante el día, y consagré mis noches al estudio de las matemáticas, la teoría de la medicina y las ramas de la ciencia física que pueden ser particularmente útiles al hombre de mar. Dos veces senté plaza como marinero en un ballenero groenlandés, y merecí expresiones de admiración. Debo confesar que me sentí un tanto orgulloso cuando mi capitán me ofreció el segundo puesto de la nave, y con la mayor sinceridad me exhortó a permanecer junto a él; tanto estimaba mis servicios.

Y ahora, querida Margaret, ¿no merezco realizar una gran empresa? Quizá mi vida ha transcurrido en la comodidad y el lujo; pero preferí la gloria a todas las seducciones que la riqueza puso en mi camino. ¡Ah, quisiera que una voz de aliento me respondiese afirmativamente! Mi coraje y mi resolución son firmes; pero mis esperanzas vacilan, y mi espíritu a menudo se siente agobiado. Me dispongo a iniciar un viaje prolongado y difícil, cuyas alternativas exigirán toda mi fortaleza; pues debo no sólo levantar el espíritu de otros, sino a veces sostener el mío propio cuando el de mis acompañantes decae.

Este es el período más favorable para viajar en Rusia. Se deslizan velozmente sobre la nieve en sus trineos; el movimiento es agradable, y a mi juicio mucho más grato que el de una

diligencia inglesa. El frío no es excesivo, si uno se envuelve en pieles: un atavío que ya he adoptado; pues hay gran diferencia entre pasearse en el puente y permanecer sentado e inmóvil durante horas, de modo que no se hace ningún ejercicio que impida que la sangre se hiele en las venas. Ciertamente, no deseo perder la vida en el camino de postas entre San Petersburgo y Arcángel.

De aquí a una quincena o tres semanas saldré para la última de estas ciudades; y ahí me propongo contratar una nave, cosa que puede hacerse fácilmente pagando el seguro al propietario, y contrataré tantos marineros como juzgue necesario entre quienes están acostumbrados a la pesca de ballenas. No pienso zarpar hasta el mes de junio; ¿y cuándo regresaré? Ah, querida hermana, ¿cómo responder a esta pregunta? Si tengo éxito, muchos, muchos meses, quizás años, pasarán antes de que tú y yo volvamos a reunirnos. Si fracaso, muy pronto me volverás a ver, o no nos veremos más.

Adiós, querida, excelente Margaret. Que el cielo derrame bendiciones sobre ti y me salve, para que una y otra vez pueda atestiguar la gratitud que despiertan en mí tu amor y tu bondad: tu hermano que te quiere.

R. Walton



Segunda carta

A Mrs. Saville, Inglaterra

Arcángel, 28 de marzo de 17...

¡Cuán lentamente pasa el tiempo aquí, rodeado de nieve y escarcha! Pero he dado el segundo paso para realizar mi empresa. He contratado un navío, y estoy ocupado reclutando a mis marinos; aquellos a quienes ya he comprometido parecen hombres de fiar, y ciertamente poseen indomable valor.

*Pero experimento una necesidad que hasta ahora nunca pude satisfacer; y ahora sufro particularmente la ausencia del objeto de dicha necesidad. No tengo un amigo, Margaret: cuando resplandezco con el entusiasmo del éxito, no tengo a quien participar mi alegría; si me agobia la decepción, nadie intenta sostenerme en el desánimo. Es verdad que puedo volcar mis sentimientos en el papel; pero éste es un medio inferior para la comunicación del sentimiento. Deseo la compañía de un hombre que simpatice conmigo; cuyos ojos respondan a mis miradas. Querida hermana, me crearás romántico, pero experimento hondamente la necesidad de un amigo. No tengo a nadie cerca de mí, no dispongo de un ser amable pero valeroso, dotado de una mente cultivada al mismo tiempo que amplia, cuyos gustos se asemejen a los míos, y que apruebe o enmiende un plan. ¡Cuánto contribuiría un amigo así a reparar los defectos de tu pobre hermano! Soy muy ardiente en la ejecución, y me impaciento con facilidad frente a las dificultades. Pero el peor de mis defectos es mi condición de autodidacta. Durante los primeros catorce años de mi vida hice mi voluntad, y sólo leí los libros de viaje de nuestro tío Thomas. A esa edad me familiaricé con los poetas famosos de nuestra patria; pero sólo cuando había perdido el poder de extraer los más importantes beneficios de esa convicción, percibí la necesidad de conocer otros idiomas, aparte de nuestra propia lengua. Ahora tengo veintiocho años, y en realidad poseo menos cultura que muchos escolares de quince. Es verdad que he reflexionado más, y que mis ensueños son más amplios y magníficos; pero necesitan (como dirían los pintores) **mantenimiento**; y así, experimento hondamente la necesidad de un amigo que tenga criterio suficiente para no despreciar mi romanticismo, y bastante afecto hacia mí para tratar de encauzar mi mente.*

Bien, de nada sirve quejarse. Ciertamente, no hallaré amigos en el ancho océano, ni siquiera aquí en Arcángel, entre comerciantes y marinos. Sin embargo, algunos sentimientos de naturaleza elevada, laten aún en estos pechos rudos. Mi primer oficial, por ejemplo, es hombre de coraje e iniciativa maravillosos, anhela fervorosamente la gloria: o más bien, para dar a mi frase una forma más característica, desea progresar en su profesión. Es inglés, y en medio de los prejuicios nacionales y profesionales, que no están suavizados por una mente cultivada, conserva alguna de las dotes más nobles de la humanidad. Lo conocí a bordo de un ballenero: y como en esta ciudad estaba desocupado, me fue fácil comprometer su ayuda a mi empresa.

El contramaestre es persona de excelente disposición, y a bordo se distingue por su bondad y la benignidad de su disciplina. Esta circunstancia, sumada a su conocida integridad y a su coraje indomable, avivó en mí el deseo de obtener su servicio. Mi juventud solitaria, mis mejores años vividos bajo tu bondadosa y femenina tutela, han refinado a tal extremo la base de mi carácter que no puedo dominar el intenso disgusto que suscita en mí la brutalidad practicada habitualmente en los buques: nunca la creí necesaria; y cuando oí hablar de un marino que se distinguía igualmente por la bondad de su corazón, el respeto y la obediencia que imponía a su tripulación, me creí particularmente afortunado ante la posibilidad de asegurar sus servicios. El primer comentario que escuché acerca de su persona fue más o menos romántico, pues provino de una dama que le debe la felicidad de su vida. He aquí, brevemente, su historia: hace algunos años amó a una joven dama rusa de moderada fortuna; y después de amasar una considerable suma en presas, el padre de la joven consintió en la boda. Este hombre vio a su prometida una vez antes de la ceremonia; pero ella se presentó bañada en lágrimas, y arrojándose a sus pies lo exhortó a dejarla libre, confesándole al mismo tiempo que amaba a otro, pero él era pobre, y su padre nunca consentiría en la unión. Mi generoso amigo tranquilizó a la suplicante, y una vez informado del nombre de aquel joven, instantáneamente abandonó su pretensión. Había pensado comprar una propiedad con su dinero, y en ella se proponía pasar el resto de su vida; pero traspasó todo a su rival, así como los restos de su dinero, para que comprase ganado, y él mismo pidió al padre de la joven que consintiese el matrimonio con el preferido de su hija. El anciano se negó resueltamente, pues creía tener un compromiso de honor con mi amigo; y éste, cuando comprobó que el padre se mostraba inexorable, abandonó el país y no regresó hasta saber que la joven había contraído matrimonio de acuerdo con sus propias inclinaciones. “¡Cuánta nobleza!, exclamarás. Y así es; pero por otra parte, es un hombre totalmente desprovisto de educación: es tan silencioso como un turco, y vive envuelto en una suerte de ignorante descuido, atmósfera que, si bien confiere carácter aún más sorprendente a su conducta, perjudica el interés y la simpatía que en otro caso sería capaz de suscitar.

Pero no creas, porque me quejo un poco, o porque imagino para mis trabajos consuelos que nunca llegaré a conocer, que mi resolución vacila. Ésta es tan firme como el destino; y por el momento me he limitado a postergar mi viaje hasta que el tiempo permita soltar amarras. El invierno ha sido terriblemente severo; pero la primavera promete buen tiempo, y todos creen que este año comenzará muy pronto; de modo que quizá zarpe antes de lo esperado. No haré nada irreflexivamente: me conoces lo suficiente para confiar en mi prudencia y mi responsabilidad en una empresa en la cual la seguridad de otros depende de mis actos.

No puedo describirte las sensaciones que me embargan ante la proximidad de mi aventura. Es imposible transmitirte una idea de esta sensación de inquietud, a medias grata y a medias dolorosa, con que me preparo para partir. Marcho a regiones inexploradas, a «la tierra de la bruma y de la nieve»; pero no he de matar ningún albatros, de modo que no temas por mi seguridad. ¿O crees que retornaré a ti tan agobiado y dolorido como el “Antiguo Marinero»? Mi alusión te hará sonreír; pero ha de revelarte un secreto. Con frecuencia he atribuido mi adhesión a los peligrosos misterios del océano, el apasionado entusiasmo que ellos provocan en mí, a ese fruto del más imaginativo de los poetas modernos. Mi alma está trabajada por algo que no comprendo. En las cosas prácticas soy industrioso, esforzado; un artesano capaz de laborar con perseverancia y esfuerzo: pero al mismo tiempo, hay en mí cierto amor de lo maravilloso, fe en lo maravilloso, entrelazado en todos mis proyectos, que me impulsan a dejar los caminos recorridos por todos los hombres, y aun a surcar el mar ignoto y las regiones inhóspitas que me dispongo a explorar.

Pero, volvamos a cosas que nos tocan más de cerca. ¿He cae volverte a ver, después de atravesar mares inmensos, regresando por los extremos meridionales de África o América? No me atrevo a esperar tanto éxito, y al mismo tiempo no soporto contemplar el reverso de la imagen. Por ahora, continúa escribiéndome siempre que puedas: quizá reciba tus cartas en esas ocasiones en que más las necesito para confortar mi espíritu. Te amo muy tiernamente. Recuérdame con afecto, si acaso nunca volvieses a oír de mí. Tu hermano que te quiere.

Robert Walton

Tercera carta

A Mrs. Saville, Inglaterra

7 de julio de 17...

Mi querida hermana: te escribo apresuradamente unas pocas líneas, para decir que estoy bien, y que los preparativos de mi viaje están muy avanzados. Esta carta llegará a Inglaterra por mediación de un comerciante que ahora retorna a la patria desde Arcángel; hombre más afortunado que yo, que quizá no retorne a mis lares nativos en muchos años. Sin embargo, mi espíritu se mantiene alto: mis hombres son audaces, y aparentemente alientan propósitos firmes; y los hielos flotantes que cruzamos constantemente, y que indican los peligros de la región hacia la cual avanzamos, no parecen desalentarlos. Ya hemos alcanzado una latitud muy alta: pero estamos en la culminación del verano, y aunque el tiempo no es tan cálido como en Inglaterra, los vientos del Sur, que nos empujan constantemente hacia esas costas que tan ardientemente deseo alcanzar, infunden una renovada calidez que yo no había esperado.

Hasta ahora no hemos tenido incidentes que merezcan figurar en una carta. Uno o dos vientos fuertes, y la aparición de un pequeño rumbo, son percances que los navegantes experimentados apenas mencionan; y me daré por muy satisfecho si nada peor nos ocurriera en el transcurso del viaje.

Adiós, mi querida Margaret. Ten confianza en que por mi propio bien, tanto como por el tuyo, no iré temerariamente al encuentro del peligro. Seré frío, cuidadoso y prudente.

*Pero el éxito **debe** coronar mis afanes. ¿Dónde, sino, lo hallaría? he llegado hasta aquí, abriéndome camino en estos mares desconocidos: las estrellas mismas son testigo y testimonio de mi triunfo. ¿Por qué no he de continuar surcando este elemento indomado pero obediente? ¿Qué puede detener el corazón decidido y la voluntad resuelta del hombre?*

Como ves, mi corazón henchido se vuelca involuntariamente en estas líneas. Pero aquí debo concluir. ¡El cielo bendiga a mi hermana bien amada!

R. W.

Cuarta carta

A Mrs. Saville, Inglaterra

7 de agosto de 17...

Nos ha ocurrido un accidente tan extraño que no puedo resistir la tentación de anotarlo, aunque es muy probable que me veas antes de que estos papeles lleguen a tus manos.

El lunes pasado (31 de julio) estábamos casi completamente rodeados por el hielo, que encerraba al barco por todos los costados, y apenas dejaba un poco de espacio para que la nave flotase. Nuestra situación era un tanto peligrosa, especialmente porque nos envolvía una niebla muy espesa. De ahí que nos mantuviésemos al paio, esperando que la atmósfera y el tiempo cambiasen un poco.

Alrededor de las dos la niebla se disipó, y contemplamos, extendiéndose en todas dimensiones, vastas e irregulares planicies de hielo, que parecían infinitas. Algunos de mis compañeros lanzaron exclamaciones, y yo mismo comenzaba a verme asaltado por sentimientos de ansiedad, cuando un extraño espectáculo atrajo súbitamente nuestra atención, y nos distrajo de nuestra propia situación. Vimos un vehículo de escaso porte, atado a un trineo y tirado por perros, que se desplazaba hacia el norte, a media milla de distancia: un ser que tenía la forma de un hombre, pero al parecer de estatura gigantesca, estaba sentado en el trineo y guiaba a los perros. Con nuestros telescopios observamos el rápido avance del viajero, hasta que se perdió entre las lejanas desigualdades del hielo.

Esta aparición nos dejó estupefactos. Creíamos estar a muchos centenares de millas de tierra firme; pero esta visión parecía indicar que, en realidad, no nos hallábamos tan distantes como habíamos creído. Pero como éramos prisioneros del hielo, no podíamos; seguir los pasos de aquel ser, a quien habíamos observado con la mayor atención.

Unas dos horas después de este hecho, oímos el movimiento del mar, y antes de caer la noche se rompió el hielo y nuestra nave quedó libre. Sin embargo, permanecimos allí hasta la mañana, temerosos de chocar en la oscuridad con esas grandes masas que flotan por doquier después que el hielo se abre. Aproveché la ocasión para descansar unas pocas horas.

Pero en la mañana, apenas aclaró, me dirigí al puente y hallé a todos los marineros atareados en un costado de la nave, aparentemente hablando con alguien que estaba en el mar.

En realidad, era un trineo, semejante al que habíamos visto antes, que había derivado hacia nosotros durante la noche, sobre un gran fragmento de hielo. Solo conservaba un perro vivo; y en el trineo estaba un ser humano, a quien los marineros procuraban persuadir de que subiese al barco. No era, como aparentemente había sido el caso del viajero anterior, el habitante salvaje de una isla desconocida, sino un europeo. Cuando aparecí sobre el puente, el contramaestre dijo: «Aquí está nuestro capitán, y no permitirá que usted perezca en medio del mar».

Cuando me vio, el desconocido me habló en inglés, aunque con acento extranjero. «Antes de subir a su buque —dijo— ¿quiere tener la bondad de informarme a dónde se dirige?».

Puedes imaginar mi asombro cuando oí esa pregunta, formulada por un hombre que estaba al borde de la destrucción, y para quien, así lo suponía, mi barco era un medio de salvación que él no desearía cambiar por todas las riquezas del mundo. De todos modos, repliqué que estábamos realizando un viaje de exploración en dirección al Polo Norte.

Después de oír mi respuesta, pareció satisfecho, y aceptó subir a bordo. ¡Santo Dios! Margaret, si hubieses visto al hombre que de ese modo aceptaba asegurar su propia vida, tu sorpresa había sido ilimitada. Tenía los miembros casi congelados, y su cuerpo estaba horrorosamente gastado por la fatiga y el sufrimiento. Jamás vi un hombre tan maltrecho. Intentamos llevarlo a la cabina: pero apenas dejó de respirar el aire fresco, se desmayó. Por lo tanto, lo devolvimos al puente, y conseguimos que volviese en sí frotándolo con brandy, obligándolo a tragar una pequeña cantidad. Apenas mostró signos de vida lo envolvimos en frazadas, y lo depositamos cerca de la chimenea de la cocina. Poco a poco reaccionó, e ingirió un poco de sopa, después de lo cual pareció recuperarse maravillosamente.

Así pasaron dos días, antes de que pudiese hablar; y a menudo temí que sus sufrimientos le hubiesen privado de la inteligencia. Cuando se hubo recuperado relativamente, lo trasladé a mi propia cabina, y lo atendí tanto como me lo permitían mis obligaciones. Nunca vi una criatura más interesante: sus ojos suelen tener una expresión de salvajismo, y aun de locura; pero en ciertos momentos, si uno le demuestra bondad, o le presta el más menudo servicio, todo su continente se ilumina, por así decirlo, con un rayo de benevolencia y dulzura como nunca vi en otros. Pero en general se muestra melancólico y deprimido; a veces rechina los dientes, como impaciente ante el peso de las angustias que le oprimen.

Cuando mi huésped se recuperó un poco, tuve gran dificultad para mantener alejados a los hombres, que deseaban formularle mil preguntas; pero yo no estaba dispuesto a permitir que lo atormentasen con su ociosa curiosidad, dado que su cuerpo y su mente se hallaban en un estado tal que la curación dependía evidentemente del reposo absoluto. Sin embargo, una vez el primer oficial le preguntó por qué se había aventurado tan lejos en el hielo en un vehículo tan extraño.

Su rostro adoptó inmediatamente una expresión profundamente sombría, y replicó: «Para buscar a uno que huyó de mí».

«¿El hombre a quien usted perseguía viajaba del mismo modo?»

«Sí».

«Entonces, creo que lo hemos visto; pues el día antes de recogerlo a usted, vimos un trineo arrastrado por varios perros, y en él viajaba un hombre».

Esta información despertó la atención del forastero; y formuló una multitud de preguntas acerca de la ruta que el demonio como él lo llamaba, había seguido. Poco después, cuando estuvo solo conmigo, dijo: «Sin duda, he despertado su curiosidad, así como la de esta buena gente; pero usted es demasiado considerado para hacer preguntas».

«Ciertamente; sería muy impertinente e inhumano que lo molestase con mi curiosidad».

«Y, sin embargo, usted me salvó de una situación extraña y peligrosa; con su benevolencia me devolvió a la vida».

Poco después el forastero preguntó si yo creía que la rotura del hielo había destruido el otro trineo. Repliqué que no me era posible contestar con certidumbre; pues el hielo no se había roto hasta cerca de medianoche, y el viajero podía haber llegado a lugar seguro antes de esa hora; pero sobre esto no podía emitir juicio.

A partir de ese momento, un nuevo espíritu vital animó el decaído cuerpo del extranjero. Manifestó vivo deseo de estar en el puente, deseoso de avistar el trineo que habíamos visto antes; pero conseguí persuadirle de que permaneciese en la cabina, pues estaba demasiado débil para soportar la crudeza de la atmósfera. Le prometí que alguien vigilaría en su lugar, y le comunicaría inmediatamente si avistaba cualquier objeto nuevo.

Este es mi relato de todo lo que se refiere a este extraño fenómeno, hasta el momento actual. La salud del forastero ha mejorado gradualmente, pero se muestra muy silencioso, y se incomoda si otras personas, excepto yo mismo, entran en la cabina. Sus modales son tan conciliadores y gentiles que todos los marineros se han interesado en él, aunque apenas han mantenido comunicación con este hombre. Por mi parte, comienzo a quererle como a un hermano; y su dolor constante y profundo provoca toda mi simpatía y mi compasión. Debe haber sido una noble criatura en tiempos mejores, pues ahora que se ha convertido en una ruina es atractivo y cordial.

Dije en una de mis cartas, mi querida Margaret, que difícilmente hallaría un amigo en el ancho océano; sin embargo, encontré un hombre a quien, antes de que el sufrimiento hubiese quebrantado su espíritu, me habría sentido feliz de tener como hermano de mi corazón.

Continuaré a intervalos este diario acerca del forastero, si es necesario registrar nuevos incidentes.

13 de agosto de 17...

El afecto que este huésped suscita en mí aumenta diariamente.

Excita simultáneamente mi admiración y mi compasión en medida asombrosa, ¡Cómo puedo ver una criatura tan noble destruida por el sufrimiento, sin experimentar el dolor más acerbo! Es tan bondadoso, y al mismo tiempo tan sensato; su mente está tan cultivada; y cuando habla, aunque sus palabras están elegidas con el arte más refinado, fluyen con rapidez y elocuencia sin igual.

Ahora está muy recuperado de su enfermedad, y pasa todo el tiempo sobre el puente, aparentemente avizorando el trineo que precedió al suyo. Pero, aunque desgraciado, no está tan

absorto en su propio dolor que no pueda interesarse profundamente en los proyectos ajenos. A menudo ha conversado conmigo sobre mis planes, que le he comunicado con absoluta franqueza. Escuchó atentamente todos los argumentos que le ofrecí en favor de mi posible éxito, y examinó cada uno de los detalles de las medidas que adopté para garantizarlo. La simpatía que me demostró me indujo a utilizar el lenguaje mas sincero, a manifestar el ardiente entusiasmo de mi alma; y a decir, con todo el fervor de mi corazón, que estaba dispuesto a sacrificar alegremente mi fortuna, mi existencia y todas mis esperanzas para llevar adelante la empresa. La vida o la muerte de un hombre no eran, le dije, más que un mínimo precio que debía pagarse para conquistar el conocimiento que yo buscaba; para adquirir y transmitir ese poder que permitiese derrotar a los enemigos elementales de nuestra raza. A medida que yo hablaba, una expresión sombría se dibujaba en el rostro de mi oyente. Al principio, advertí que trataba de reprimir su emoción; se llevó las manos a los ojos. La voz me tembló y al fin callé, pues veía las lágrimas que se deslizaban entre sus dedos; de su pecho agitado brotaba un gemido. Me interrumpí; y finalmente habló con acento entrecortado: «¡Desgraciado! ¿Es posible que usted comparta mi locura? ¿Ha bebido también ese filtro embriagador? Escúcheme... ¡Preste atención a mi historia, y después apartará la copa de sus labios!»

Como puedes imaginar, estas palabras excitaron profundamente mi curiosidad; pero el paroxismo de dolor que se había apoderado del forastero fue más de lo que podía soportar su debilitada constitución, y necesitó muchas horas de reposo y de conversación tranquila para restaurar su compostura.

Después de dominar la violencia de sus sentimientos, pareció despreciarse por haber sido esclavo de la pasión, e imponiéndose a la oscura tiranía de la desesperación, me indujo a hablar nuevamente de mí mismo. Me pidió que le relatase la historia de mis primeros años. No necesitó mucho tiempo para satisfacer sus deseos: pero mis palabras le movieron a formular distintas reflexiones. Le hablé del ansia de hallar un amigo, de mi anhelo de concertar una más íntima relación de simpatía con un espíritu fraterno; y expresé mi convicción de que un hombre no podía vanagloriarse de haber conocido la verdadera felicidad si no había gozado de esta bendición.

«Coincido con usted», replicó el forastero. “Somos criaturas toscas e incompletas, si alguien más sensato, mejor, más valioso que nosotros mismos —como debe serlo un amigo— no nos presta ayuda para perfeccionar nuestra naturaleza débil y defectuosa. Antaño tuve un amigo, la más noble de las criaturas humanas, y por lo tanto tengo derecho a emitir opinión sobre la amistad. Usted tiene esperanza y el mundo se abre a sus esfuerzos, de modo que no hay motivo para desesperarse. Pero yo... yo lo he perdido todo, y no puedo empezar de nuevo a vivir».

Después de decir estas palabras, su rostro expresó un dolor sereno y profundo que me conmovió hasta el corazón. Pero luego guardó silencio, y poco después se retiró a su cabina.

Aunque su espíritu esté destrozado, nadie puede sentir más profundamente que este hombre las bellezas de la naturaleza. El cielo estrellado, el mar, y todas las imágenes ofrecidas por estas regiones maravillosas, parecen tener el poder de elevar su alma a las alturas. Este hombre lleva una existencia doble: Puede sufrir el dolor, y sentirse abrumado por la decepción; sin embargo,

cuando se ha retirado a su propio fuero íntimo, es como un espíritu celestial envuelto en un halo en cuyo interior no puede aventurarse el dolor ni el extravío.

¿Te sonríes ante el entusiasmo que manifiesto frente a este divino vagabundo? No lo harías si lo conocieses. Te has educado y refinado en los libros y el alejamiento del mundo; por lo tanto eres un poco exigente; pero por eso mismo estás en mejores condiciones para apreciar los méritos extraordinarios de este hombre maravilloso. A veces he tratado de discernir cuál es la condición que lo eleva tan inmensurablemente por encima de todos los demás seres que conocí jamás. Creo que es un discernimiento intuitivo; un veloz pero infalible poder de juicio; cierta capacidad de penetración en las causas de las cosas, ejercitada con claridad y precisión sin igual; agrega a esto la facilidad de expresión, y una voz cuyos variados acentos son como música que subyuga el alma.

19 de agosto de 17...

Ayer el forastero me dijo: «Capitán Walton, usted habrá advertido fácilmente que he sufrido desgracias graves y poco comunes. Ya había decidido que el recuerdo de estos infortunios pereciese conmigo; pero usted me ha inducido a modificar mi determinación. Usted busca el conocimiento y la sabiduría, como yo lo hice otrora; y confío ardientemente en que la realización de sus deseos no sea como una serpiente que se vuelve contra usted, como ha ocurrirlo en mi caso. Ignoro si la relación de mis desastres puede serle útil; sin embargo, cuando pienso que sigue el mismo camino, y se expone a los mismos peligros que hicieron de mí lo que soy ahora, se me ocurre que podrá extraer consecuencias apropiadas de mi relato, consecuencias que le orientarán si tiene éxito en su empresa, le servirán de consuelo si fracasa. Prepárese a escuchar ocurrencias que habitualmente se tachan de fantásticas. Si nos hallásemos en paisajes naturales más domeñados, temería su incredulidad, y quizá su burla; pero en estas regiones salvajes y misteriosas parecerán posibles muchas cosas que provocarían la risa de los que no están familiarizados con los caleidoscópicos poderes de la naturaleza: y tampoco dudo de que mi relato aporta en su propio desarrollo la prueba interna de la verdad de los hechos que lo forman».

Te imaginarás fácilmente que me satisfizo mucho esta promesa de comunicación; pero al mismo tiempo no podía soportar la idea de que él renovase su dolor en el relato mismo de sus infortunios. Experimenté el más profundo deseo de oír la narración prometida, en parte por curiosidad, y en parte por el hondo deseo de mejorar su suerte, si ello estaba en mi poder. Y expresé estos mismos sentimientos en mi respuesta.

«Le agradezco —replicó— su simpatía, pero es inútil; mi destino casi se ha realizado. Espero sólo un hecho, y luego descansaré en paz. Comprendo su sentimiento», continuó, advirtiéndome que deseaba interrumpirle; “pero, está equivocado, amigo mío, si me permite llamarlo así; nada puede variar mi destino; escuche mi historia, y advertirá cuán irrevocablemente está decidido».

Luego me explicó que comenzaría su narración al día siguiente, cuando yo estuviese libre. Esta promesa me indujo a agradecerle calurosamente. He resuelto que todas las noches, cuando no esté imperativamente ocupado en mis tareas, registraré, utilizando en lo posible sus propias palabras, lo que me ha contado durante el día. Si estuviese ocupado por lo menos tomaré notas. No dudo de que este manuscrito te dará el mayor de los placeres; pero yo mismo, que lo conozco, y que escucho la narración de sus propios labios, ¡con cuanto interés y simpatía volveré a leer estas páginas el día de mañana! Aún ahora, al comenzar mi tarea, su voz profunda resuena en mis oídos; sus ojos brillantes se posan en mí, con toda la dulzura de su melancolía; veo su mano delgada alzarse con animación, y su alma irradia en todas las líneas del rostro. Extraña y angustiada ha de ser esta historia; ¡terrible la tormenta que se abatió sobre el gallardo navío, y lo convirtió en guiñapo de naufragio!

Capítulo 1

Nací en Ginebra y mi familia es una de las más distinguidas de esa ciudad. Mis antecesores han sido durante muchos años consejeros y síndicos; y mi padre ha desempeñado numerosos cargos públicos con honor y prestigio. Quienes le conocían respetaron su integridad y su infatigable preocupación por los asuntos públicos. En sus años de juventud se ocupó permanentemente de los problemas del país; diversas circunstancias le impidieron casarse joven, de modo que fue esposo y padre de familia en la edad madura.

Como las circunstancias de su matrimonio ilustran su carácter, no puedo dejar de relatarlas. Uno de sus mejores amigos era un comerciante que pasó de la prosperidad a la pobreza después de sufrir numerosos tropiezos. Este hombre, que se llamaba Beaufort, tenía carácter orgulloso e inflexible y no podía soportar la pobreza y el olvido allí donde antes se había distinguido por su rango y magnificencia. Por lo tanto, una vez que hizo honor a sus deudas se retiró con su hija a la ciudad de Lucerna, donde vivió en la miseria y el anonimato. Mi padre tenía un sentimiento de verdadera amistad por Beaufort, y le apenó profundamente su retiro en circunstancias tan infortunadas. Deploró acerbamente el falso orgullo que inducía a su amigo a comportarse de manera tan poco digna del afecto que los unía. Sin pérdida de tiempo procuró hallarle, pues confiaba persuadirlo de que comenzara de nuevo con el crédito y la ayuda que mi padre podía proporcionarle.

Beaufort había adoptado medidas eficaces para que no lo encontraran, y pasaron diez meses antes de que mi padre lograra hallar su paradero. Alborozado con su descubrimiento, se apresuró a visitarle en su vivienda, situada en una sórdida calleja, cerca del Reuss. Pero cuando entró se halló ante un cuadro de miseria y desesperación.

Beaufort había salvado del desastre una suma muy pequeña; en todo caso lo suficiente para mantenerse durante unos meses mientras trataba de conseguir un empleo adecuado en una casa de comercio. Pero ese intervalo de tiempo lo perdió en la inactividad; su dolor fue más acabado y profundo cuando tuvo tiempo para reflexionar, y finalmente le ocupó tanto la mente que después de tres meses yacía enfermo, incapaz de realizar ningún esfuerzo.

Su hija lo cuidó con la mayor solicitud, pero veía con desesperación que los escasos fondos desaparecían velozmente y que no había perspectiva de obtener otros recursos. Caroline Beaufort

poseía un cerebro de estructura poco común y su coraje la ayudó a sostenerse en la adversidad. Obtuvo trabajo de costura sencilla; hizo objetos de paja tejida y de diversos modos procuró obtener los recursos necesarios para sobrevivir.

Así pasaron varios meses. Su padre empeoró y tuvo que dedicar cada vez más tiempo a atenderlo; sus medios de subsistencia disminuyeron y al décimo mes el padre murió en sus brazos dejándola huérfana y pobre. Este golpe la agobió, y estaba postrada ante el ataúd de Beaufort cuando mi padre entró en la cámara. Fue como un espíritu protector para la pobre niña, que se encomendó a su cuidado; después del entierro de su amigo la llevó a Ginebra y la puso bajo la tutela de un pariente. Dos años después Caroline se convirtió en su esposa.

Había considerable diferencia de edad entre mis padres, pero se diría que esta circunstancia los unió más estrechamente en lazos de afecto devoto. La mente recta de mi padre tenía un sentido de justicia tal que le imponía aprobar sin reservas para amar profundamente. Tal vez durante los años anteriores sufrió el descubrimiento tardío de la indignidad de una mujer a la que amó, y por eso estaba dispuesto a estimar más a un ser de probado valor. Había gratitud y adoración en el trato que dispensaba a mi madre; era una actitud totalmente distinta de la chochez amorosa de los viejos, pues estaba inspirada por la reverencia a sus virtudes y el deseo de compensarla, en cierta medida, de los sufrimientos que había soportado; de ahí que el trato que le dispensaba exhibiese particular encanto. Todo se hacía de acuerdo con los deseos y la conveniencia de Caroline. Hizo lo posible por resguardarla, como el jardinero protege una planta hermosa y exótica amenazada por vientos muy crudos, y la rodeó de todo lo que podía suscitar emociones gratas en su delicada y generosa mente. Su salud, e incluso la tranquilidad de su espíritu, que siempre se habían mantenido firmes, habían sufrido mucho como resultado de las experiencias anteriores. Durante los dos años previos a su matrimonio, mi padre había ido dejando todos sus cargos públicos; inmediatamente después de su unión se dirigieron a Italia, en busca de su agradable clima, así como del cambio de escenario y de intereses propios de un viaje por aquella tierra de maravillas, con el fin de restaurar el debilitado organismo de mi madre.

Después de Italia, visitaron Alemania y Francia. Yo, el mayor de los hijos, nací en Nápoles, y cuando niño los acompañaba en sus vagabundeos. Fui durante muchos años el único hijo. Aunque sentían hondo afecto el uno por el otro, parecían extraer un cariño inagotable de una verdadera mina de amor para derramarlo sobre mi persona. Los tiernos cuidados de mi madre y la sonrisa de benévolo placer de mi padre mientras me contemplaban constituyen mis primeros recuerdos. Fui su juguete y su ídolo, y algo aún mejor: su hijo, la criatura inocente y necesitada de protección que el cielo, les había enviado; y estaba en sus manos criarme para que me convirtiese en persona de bien, cuyo destino futuro podía orientarse hacia la felicidad o la miseria, según como cumplieran sus deberes para conmigo. Con esta honda conciencia de lo que debían al ser a quien dieran la vida, sin mencionar el activo espíritu de ternura que animaba a ambos, fácil es comprender que durante cada una de las horas de mi vida infantil recibiera una lección de paciencia, de caridad y de dominio de mí mismo. Así, fui guiado por un arnés de seda tan liviano que todo me parecía una sucesión de placeres.

Durante mucho tiempo fui su única preocupación. Mi madre había deseado mucho tener una hija, pero su aspiración no se vio satisfecha. Cuando contaba cinco años de edad, durante una

excursión más allá de las fronteras de Italia, pasaron una semana en las orillas del lago di Como. Su benevolencia a menudo los hacía entrar en las chozas de los pobres. Para mi madre, tal cosa era más que una obligación; era una necesidad, la pasión —pues recordaba cómo había sufrido y cómo fue redimida— de convertirse a su vez en ángel de la guarda de los afligidos. Durante uno de sus paseos, una pobre cabaña en el repliegue de un valle atrajo su atención por su particular aire de desconsuelo, mientras que la cantidad de niños a medio vestir reunidos alrededor de la choza hablaba de la peor forma de miseria. Cierta día, cuando mi padre se había dirigido solo a Milán, mi madre, a la que yo acompañaba, visitó esta morada. Halló a un campesino y su esposa, gente laboriosa, agobiados por la preocupación y el trabajo, en momentos en que distribuían una escasa alimentación a cinco niños hambrientos. Entre éstos se encontraba uno que atraía a mi madre mucho más que el resto. Parecía de distinto origen. Los otros cuatro eran pequeños y robustos vagabundos de ojos oscuros; este niño era delgada y muy rubia. Tenía el cabello del más brillante y vivo oro, y pese a la pobreza de su indumentaria, parecía llevar una corona de distinción en la cabeza. Su ceño era claro y amplio, los ojos azules eran despejados y los labios y la forma del rostro expresaban tanta sensibilidad y dulzura que nadie era capaz de mirarla sin comprender que era de una especie diferente, un ser venido del cielo, con un halo celestial en todo sus rasgos.

La campesina, al observar que mi madre miraba a esta niña adorable con maravilla y admiración, de buena gana le comunicó su historia. No era su hija, sino descendiente de un noble milanés. Su madre era alemana y había muerto al darla a luz. La criatura fue dejada al cuidado de esta buena gente para su crianza, pues entonces se hallaban en mejor situación. No hacía mucho que contrajeran matrimonio y acababa de nacer el primer hijo. El padre de la niña era uno de aquellos italianos criados en la gloria antigua de Italia, uno entre los *schiaivi ognor frementi* que luchaba por obtener la libertad de su país. Cayó víctima de su debilidad. No se sabía si había muerto o todavía agonizaba en las mazmorras de Austria. Su propiedad fue confiscada, su hija se convirtió en huérfana y mendiga. Continuó viviendo con sus padres adoptivos y florecía en la tosca morada de éstos, más luminosa que una rosa de jardín entre oscuras zarzas.

Cuando mi padre volvió de Milán, me encontró jugando en el vestíbulo de nuestra residencia con una niña más rubia que un querubín pintado, una criatura cuyo rostro derramaba luminosidad, y cuyas formas y movimientos eran más gráciles que los del ante de la montaña. Su presencia pronto se explicó. Con permiso de su esposo, mi madre convenció a los rústicos guardianas de que le cedieran el cuidado de la niña. Sentían afecto por la dulce huérfana.

Su presencia les había parecido una bendición; pero hubiera sido injusto mantenerla en la pobreza y la necesidad, cuando la Providencia le brindaba tan poderosa protección. Consultaron al sacerdote de la aldea y el resultado fue que Elizabeth Lavenza se convirtió en huésped de la casa de mis padres —en algo más que mi hermana—, en la bella y adorada compañera de todas mis ocupaciones y mis placeres.

Todos adoraban a Elizabeth. El afecto apasionado y casi reverente que le demostraban se convirtió al paso que yo lo compartía en mi orgullo y mi delicia. La noche anterior a su llegada a mi casa, mi madre había dicho en tono juguetón: «Tengo un bonito regalo para mi Víctor; mañana lo tendremos aquí». Y cuando a la mañana siguiente me presentó a Elizabeth como el

regalo prometido, yo, con infantil seriedad, interpretando literalmente sus palabras, consideré a Elizabeth mi propiedad, mi propiedad que proteger, amar y cuidar. Todos los elogios dirigidos a ella los recibía como destinados a una de mis posesiones. Nos llamábamos familiarmente primos. Ninguna palabra, ninguna expresión puede explicar lo que ella significaba para mí, más que una hermana, pues hasta la muerte fue sólo mía.

Capítulo 2

Nos criamos juntos; había menos de un año de diferencia entre nosotros. No necesito destacar que nos era ajeno cualquier tipo de altercado o disputa. La armonía era el alma de nuestra camaradería, y la diversidad y el contraste que subsistían en nuestros caracteres nos unían más íntimamente. Elizabeth era de naturaleza más calma y concentrada; pero, con todo mi ardor, yo era capaz, de una aplicación más intensa y me consumía una honda sed de saber. Ella se ocupaba de seguir las etéreas creaciones de los poetas; y en medio del majestuoso y milagroso escenario que rodeaba nuestra residencia suiza los sublimes contornos de las montañas; los cambios de las estaciones; la tempestad y la calma; el silencio del invierno y la vida y la turbulencia de nuestros veranos alpinos halló amplios motivos de admiración y goce. Mientras mi compañera contemplaba con espíritu sereno y satisfecho la apariencia magnificente de las cosas, yo me deleitaba en investigar sus causas. Tenía al mundo por un secreto que deseaba penetrar. La curiosidad, la serena investigación para comprender las leyes ocultas de la naturaleza, la alegría cercana, al delirio a medida que se me revelaban, tales son las primeras sensaciones de las que guardo memoria.

Al nacer el segundo hijo, siete años menor que yo, mis padres abandonaron definitivamente su vida errabunda y se establecieron en su país natal. Poseíamos una casa en Ginebra, y una *campagne* en Belrive, sobre la orilla oriental del lago, a una distancia no mayor de una legua de la ciudad. Residíamos principalmente en esta última, y la vida de mis padres transcurría en considerable reclusión. Mi temperamento me inducía a evitar la multitud y a mostrar afecto ferviente a unos pocos. Por lo tanto, sentía indiferencia por mis compañeros de colegio; pero me relacioné con lazos de la más íntima amistad con uno de ellos. Henry Clerval era hijo de un mercader de Ginebra. Tratábase de un muchacho de singular talento e imaginación. Gustaba de la aventura, la penuria y aún del peligro por el peligro mismo. Tenía conocimientos profundos, derivados de la lectura de libros de caballería y romance. Componía cantos heroicos y comenzó a escribir muchos cuentos de encantamiento y aventuras caballerescas. Intentó hacernos representar juegos y participar de mascaradas en las cuales los personajes pertenecían a los héroes de Roncesvalles, a la Mesa Redonda del Rey Arturo, y a la cruzada caballerescas que derramó su sangre para redimir el Santo Sepulcro de las manos de los infieles.

Ningún ser humano pudo haber pasado infancia más feliz que yo. Mis padres estaban imbuidos de un espíritu de bondad e indulgencia. Sentíamos que no eran los tiranos llamados a dirigir nuestro destino de acuerdo con su capricho, sino los agentes creadores del intenso goce que disfrutábamos. Cuando alternaba con otras familias, apreciaba claramente cuán afortunado era, y la gratitud acompañaba el desarrollo del amor filial.

Mi temperamento a veces era violento, y mis pasiones vehementes; pero por alguna ley de mi ser se orientaban, no hacia los caprichos infantiles, sino hacia un agudo deseo de saber, y no de saber todas las cosas sin discriminación. Confieso que no me atraían la estructura del lenguaje, ni el código de los gobiernos, ni la política de los diferentes estados. Ansiaba saber el secreto del cielo y la tierra; y ya se tratara de la sustancia exterior de las cosas, o del espíritu interior de la naturaleza y del alma misteriosa del hombre, siempre mis inquietudes se orientaban hacia los secretos metafísicos del mundo o, en su sentido más elevado, hacia sus secretos físicos.

Mientras tanto, Clerval se ocupaba, para decirlo así, de las relaciones morales de las cosas. La etapa activa de la vida, las virtudes de los héroes y las acciones de los hombres, tales sus temas; y su anhelo y su sueño consistían en convertirse en uno entre aquellos cuyos nombres registra la historia como gallardos y aventureros benefactores de nuestra especie. El alma santa de Elizabeth refulgía cual lámpara de altar en nuestro pacífico hogar. Su simpatía nos reconfortaba, su sonrisa, su suave voz, la dulce mirada de sus ojos celestiales siempre estaban presentes para bendecirnos y animarnos. Era el vivo espíritu del amor destinado a suavizar y atraer: pude haberme vuelto huraño con el estudio, arisco debido al ardor de mi naturaleza, pero estaba ella para convertirme en imagen de su propia gentileza. Y Clerval ¿acaso la mala voluntad podía arraigar en el noble espíritu de Clerval? no podía haber sido tan perfectamente humano, tan reflexivo en su generosidad, tan abundante de bondad y ternura en medio de su pasión por las hazañas temerarias, si ella no le hubiese transmitido el sentimiento real del amor, de modo que hacer el bien fue el fin y el objetivo de su ambición ardiente.

Experimento exquisito placer en evocar los recuerdos de mi niñez, antes de que el infortunio se abatiese sobre mi espíritu, y transformara las imágenes brillantes de un futuro promisor en reflexiones sombrías y estrechas sobre mí mismo. Además, cuando trazo el cuadro de mis primeros años, también señalo los hechos que llevaron, por pasos insensibles, a mis ulteriores episodios de miseria: pues cuando trato de explicarme el nacimiento de esa pasión, que después se impuso a mi destino, advierto, que nació, como un río de montañas, en fuentes perdidas y casi olvidadas; y que, agrandándose a medida que avanzaba, se convirtió en el torrente que rodando cuesta abajo barrió todas mis esperanzas y alegrías.

La filosofía natural es el genio que ha orientado mi destino; de ahí que en esta narración desee asentar los hechos que me llevaron a preferir esa ciencia. Cuando tenía trece años, fuimos todos en excursión a los baños cercanos a Thonon, pero la inclemencia del tiempo nos obligó a permanecer confinados un día en la posada. En esa casa hallé casualmente un volumen de las obras de Cornelio Agrippa. Lo abrí desganadamente; pero la teoría que el autor intenta demostrar, y los hechos maravillosos que relata, pronto trocaron este sentimiento en entusiasmo. Una nueva luz pareció iluminar mi espíritu; y poseído de alegría, comuniqué el descubrimiento a

mi padre. Este miró sin interés el frontispicio de mi libro y dijo: «¡Ah! ¡Cornelio Agrippa! Mi querido Víctor, no pierdas tiempo en esto; ¡es muy pobre cosa!».

Si en lugar de formular esta observación, mi padre se hubiese tomado el trabajo de explicarme que los principios de Agrippa habían sido totalmente refutados, y reemplazados por un moderno sistema científico, que poseía fuerza mucho mayor que el anterior, porque los poderes de este último eran quiméricos, mientras los actuales eran reales y prácticos; en dichas circunstancias, ciertamente habría dejado el libro de Agrippa, y para satisfacer mi curiosidad, que ya estaba excitada, habría retornado con redoblado ardor a mis estudios anteriores. Aún es posible que el movimiento de mis ideas jamás hubiese recibido el impulso fatal que fue la causa de mi ruina. Pero la ojeada superficial que mi padre dirigió al volumen de ningún modo me infundió la seguridad de que conocía el contenido; de modo que continué leyendo con la mayor avidez.

Cuando regresé a casa, mi primer cuidado fue obtener todas las obras de este autor, y después las de Paracelso y Alberto Magno. Leí y estudié complacido las desenfadadas fantasías de estos escritores; y creí que eran tesoros que pocos conocían, fuera de mí mismo. Ya he dicho que siempre había alentado en mí el ferviente anhelo de penetrar los secretos de la naturaleza. A pesar de los intensos trabajos y los excelsos descubrimientos de los filósofos modernos, mis estudios siempre me dejaron descontento e insatisfecho. Afirmase de sir Isaac Newton que cierta vez contestó que se sentía como un niño que recoge conchillas a la orilla del vasto e inexplorado océano de la verdad. Y sus sucesores en cada rama de la filosofía natural, los autores que yo había llegado a conocer, se me aparecían como novicios comprometidos en la misma actividad.

El campesino ignorante contemplaba los elementos del mundo natural, y conocía sus usos prácticos. El filósofo más sabio apenas conocía un poco más. Había develado parcialmente el rostro de la Naturaleza, pero sus lineamientos inmortales representaban todavía una fuente de maravilla y de misterio. Podía disecar, examinar las componentes anatómicas y asignar nombres; pero, sin hablar de una causa final, desconocía totalmente las causas de carácter secundario y terciario. Yo había examinado las fortificaciones y los impedimentos que aparentemente se oponían al ingreso de los seres humanos en la ciudadela de la naturaleza, y en actitud temeraria e ignorante me había sentido decepcionado.

Pero ahora estaba frente a obras y a hombres que habían calado más hondo, y sabían más. Acepté como moneda de ley todo lo que afirmaban, y llegué a ser su discípulo. Quizá parezca extraño que cosa tal ocurriera en el siglo XVIII; pero si bien yo me había sometido a la rutina de la educación en las escuelas de Ginebra, puede afirmarse que en grado considerable era autodidacta en mis estudios favoritos. Mi padre no era hombre de ciencia, de modo que me vi obligado a lidiar con mi propia ceguera infantil, agregada a la sed de conocimientos de un joven estudiante. Bajo la guía de mis nuevos preceptores, abordé con la mayor diligencia la búsqueda de la piedra filosofal y del elixir de la vida; pero este último pronto monopolizó mi atención. La riqueza era un objeto inferior; pero ¡cuánta sería la gloria conquistada por el descubrimiento, si me mostraba capaz de desterrar la enfermedad que afligía a los humanos, y lograba que el hombre fuese invulnerable a todo, salvo la muerte violenta!

No fueron éstas las únicas visiones que tuve. La creación de espectros o demonios era una promesa formulada generosamente por mis autores favoritos, y yo procuraba realizarla con la mayor ansiedad; y si mis encantamientos fracasaban siempre, yo atribuía resultados negativos más a mi propia inexperiencia y a mis errores que a la falta de conocimientos o de veracidad de mis instructores. Y así, durante cierto tiempo me absorbí en sistemas refutados, mezclando, como un neófito, mil teorías contradictorias, y enzarzándome desesperadamente en una maraña de conocimientos heterogéneos, orientado por una imaginación ardiente y un razonamiento infantil, hasta el día en que un accidente modificó de nuevo la corriente de mis ideas.

Tenía yo aproximadamente quince años cuando nos retiramos a nuestra casa cerca de Belrive, donde presenciábamos una tormenta violenta y terrible. Avanzó hacia nosotros desde allende las montañas del Jura; y el trueno estalló de pronto, con terrorífico estrépito, desde diversos rincones del cielo. Mientras duró la tormenta, contemplé su desarrollo con curiosidad y complacencia. Mientras estaba en la puerta, divisé de pronto una lengua de fuego que brotaba de un roble antiguo y bello, a unos quince metros de nuestra casa; y apenas la luz deslumbrante se desvaneció, advertí que el roble había desaparecido, y que sólo quedaba un tocón carbonizado. A la mañana siguiente, cuando lo visitamos, descubrimos que el árbol había sido golpeado de manera singular. El rayo no lo había fragmentado, y por el contrario lo había reducido a delgadas astillas de madera. Nunca vi nada destruido de manera tan absoluta.

Antes de este episodio, poseía ya cierto conocimiento de las leyes más generales de la electricidad. En esta ocasión nos acompañaba un hombre que había trabajado mucho en investigaciones acerca de la filosofía natural, y entusiasmado ante el espectáculo, comenzó a explicar una teoría que él había elaborado sobre el tema de la electricidad y el galvanismo, explayándose en conceptos que eran al mismo tiempo nuevos y sorprendentes para mí. Todo lo que dijo relegó a segundo plano las figuras de Cornelio Agrippa, Alberto Magno y Paracelso, que antes prevalecían en mi imaginación; pero por obrar de cierta fatalidad, el hecho de que estas figuras perdiesen importancia no me indujo a proseguir mis estudios acostumbrados. Me pareció entonces que me sería imposible llegar a conocer nada con certidumbre. Todo lo que durante tanto tiempo había comprometido mi atención de pronto me pareció despreciable. Por uno de esos caprichos de la mente, a los que quizás estamos expuestos sobre todo en la primera juventud, renuncié de pronto a mis actividades anteriores; deseché la historia natural y toda su progenie como una creación deforme y abortiva; y alimenté el mayor desdén para una supuesta ciencia que ni siquiera podía acercarse al umbral de conocimiento real. En este estado de ánimo me consagré a las matemáticas, y a las ramas del saber relacionadas con esa ciencia, porque entendía que reposaban sobre cimientos más seguros, y por lo tanto merecían mi consideración.

De tan extraño modo están construidas nuestras almas, y por lazos tan tenues se encuentran atadas a la prosperidad o a la ruina. Cuando vuelvo los ojos hacia atrás, me parece como si este cambio tan milagroso de la inclinación y la voluntad hubiese sido la sugestión inmediata del ángel guardián de mi vida, el último esfuerzo realizado por el espíritu de conservación, para alejar la tormenta que entonces estaba preparándose en el cielo, y que se disponía a envolverme. Anunció su victoria cierta desusada tranquilidad y confortamiento del alma, que siguió a la suspensión de mis antiguos estudios, que durante los últimos tiempos habían sido fuente de

tormento. Así, aprendí a asociar el mal con la prosecución de mis trabajos, y la felicidad con el abandono de los mismos.

Fue un valeroso esfuerzo del espíritu del bien; pero en todo caso ineficaz. El destino era demasiado poderoso, y sus leyes inmutables habían decretado mi destrucción absoluta y terrible.

Capítulo 3

Cuando cumplí los diecisiete años, mis padres resolvieron que me inscribiese en la Universidad de Ingolstadt. Había asistido antes a las escuelas de Ginebra; pero mi padre consideró necesario, para completar mi educación, que me familiarizase con costumbres diferentes de las que prevalecían en mi región nativa. Se arregló que partiría en fecha temprana; pero antes de que llegase el día señalado, sobrevino el primer infortunio de mi vida, un presagio, por así decirlo, de mi futuro sufrimiento.

Elizabeth había enfermado de fiebre escarlatina; su dolencia era grave, y se hallaba en serio peligro. Durante su enfermedad, se esgrimieron muchos argumentos para persuadir a mi madre de que se abstuviese de atenderla. Al principio había atendido nuestras exhortaciones; pero cuando supo que estaba amenazada la vida de su favorita, ya no pudo controlar el sentimiento de ansiedad. Se acercó al lecho de la enferma, y sus cuidados triunfaron sobre la malignidad de la dolencia, Elizabeth se salvó, pero las consecuencias de esta imprudencia fueron fatales para quien la atendía. Al tercer día enfermó mi madre; su fiebre apareció acompañada de los síntomas más alarmantes, y la expresión de quienes le prestaban asistencia médica presagiaba lo peor. En su lecho de muerte no la abandonó la fortaleza y la bondad que siempre habían caracterizado a esta mujer notable. Unió mis manos y las de Elizabeth: «Hijos míos», dijo, “mis mejores esperanzas de felicidad futura radicaban en la perspectiva de vuestra unión. Y esta esperanza será ahora el consuelo de vuestro padre. Elizabeth, querida mía, debes ocupar mi lugar con los niños más pequeños. ¡Ay! Lamento que el destino me arrebaté; en medio de la felicidad y el amor que me rodean, ¿no es difícil tener que abandonarlos? Pero no me corresponde expresar estos pensamientos; trataré de resignarme buenamente a la muerte, y alimentaré la esperanza de reunirme con ustedes en el otro mundo».

Murió serenamente; y su rostro expresó amor aún en la muerte. No necesito describir los sentimientos de aquellos cuyos vínculos más hondos sufren el destrozo causado por el dolor más irreparable, el vacío que de ese modo agobia el alma; y la desesperación que manifiestan todos los rostros. Pasa tanto tiempo antes de que la mente pueda persuadirse de que ella, a quien veíamos todos los días, y cuya existencia misma parecía parte de la nuestra, se ha marchado para siempre... que el brillo de los ojos bien amados se ha extinguido, y el sonido de una voz tan

familiar y tan clara a nuestros oídos se ha sofocado, y nunca más la oiremos; tales son las reflexiones de los primeros días, pero cuando el correr del tiempo demuestra la realidad del desastre, comienza la profunda y real amargura del dolor. Pero ¿cuál es el ser humano que no ha pasado por todo esto? ¿Y por qué he de describir una angustia que todos han sentido o deben sentir?

Finalmente llega el momento en que aun nos complacemos en el dolor, en lugar de ser éste una necesidad; y aunque pueda parecer un sacrilegio, retorna a nuestros labios la sonrisa que otrora jugueteaba en ellos. Mi madre estaba muerta, pero nosotros teníamos nuestras obligaciones; debíamos continuar viviendo, y sentirnos agradecidos de que la muerte no nos hubiese señalado.

Mi partida para Ingolstadt, postergada por estos acontecimientos fue fijada una vez más. Obtuve de mi padre algunas semanas de prórroga. Me pareció un sacrilegio abandonar tan pronto el reposo —semejante a la muerte— de la casa de duelo, para arrojarme en el torbellino de la vida. No estaba acostumbrado al dolor, y no por eso me alarmó menos. No me sentía dispuesto a perder de vista a los seres que aún me quedaban; y, sobre todo, deseaba que mi dulce Elizabeth hallara algún consuelo.

Ciertamente, disimuló sus penas e intentó convertirse en consuelo de todos nosotros. Se concentró tenazmente en la vida, y asumió las obligaciones que ella imponía con valor y dedicación. Se consagró a aquellos a quienes le habían enseñado a llamar tío y primos. Nunca fue más encantadora que en esos momentos en que reencontró los luminosos rayos de sus sonrisas para derramarlos sobre nosotros. Y aun se olvidaba de su propio dolor en el empeño por brindarnos olvido.

Llegó finalmente el día de mi partida. Clerval pasó la última noche en nuestra compañía. Había intentado convencer a su padre, deseoso de obtener permiso para acompañarme y convertirse en compañero de estudios; pero fue en vano. Su padre era un comerciante de mente estrecha quien sólo veía ocio y ruina en las aspiraciones y ambiciones de su hijo. Henry deploraba hondamente la desgracia de verse excluido de una educación liberal. No habló mucho; pero cuando departía yo leía en sus ojos gentiles y su mirada animosa una resolución refrenada aunque firme de evitar las cadenas representadas por los miserables detalles del comercio.

Nos quedamos levantados hasta tarde. No pudimos arrancarnos el uno del otro, ni persuadirnos a pronunciar la palabra «¡adiós!». La palabra fue dicha; y nos retiramos con el pretexto de buscar reposo, mientras cada uno imaginaba la decepción del otro: pero cuando al amanecer descendí hacia el carruaje que había de llevarme lejos, estaban todos ellos allí, mi padre para bendecirme nuevamente, Clerval para ofrecerme otro apretón de manos, mi Elizabeth para encarecerme una vez más que debía escribirle a menudo, y para brindar las últimas atenciones femeninas a su amigo y compañero de juegos.

Me repantigué en el carruaje que debía alejarme de los míos, y me entregué a las más melancólicas reflexiones. Yo, que siempre había vivido rodeado de amables compañeros, continuamente ocupado en lograr el mutuo placer, ahora estaba solo. En la universidad hacia la cual me dirigía debía hacerme de nuevos amigos y ser mi propio protector. Mi vida hasta ese momento se había desarrollado en la reclusión y la domesticidad; y esta circunstancia me había

infundido una inevitable repugnancia hacia la presencia de semblantes desconocidos. Amaba a mis hermanos, a Elizabeth y Clerval; ellos representaban «rostros familiares»; pero no me creía totalmente preparado para la compañía de extraños. Tales mis reflexiones cuando comencé mi viaje. Pero a medida que iba cubriendo camino, mi ánimo y mis esperanzas se elevaron. Deseaba ardientemente adquirir conocimientos. A menudo, cuando estaba en casa había pensado que era un destino duro permanecer siempre atado a un mismo lugar, y había ansiado conocer mundo y ocupar mi posición entre otros seres. Ahora se cumplían mis deseos y realmente hubiera sido una locura arrepentirse en ese momento.

Tuve momentos de ocio apropiados para éstas y muchas otras reflexiones durante mi viaje a Ingolstadt, que fue largo y fatigoso. Finalmente avisté el alto campanario blanco de la ciudad. Descendí del vehículo y fui llevado a mi solitario departamento, para pasar el resto de la noche según se me antojara.

A la mañana siguiente entregué mis cartas de presentación y visité a los principales profesores. La casualidad —o más bien el influjo maligno, el Ángel de la Destrucción asumió un omnipotente dominio sobre mí desde el momento en que alejé mis vacilantes pasos de la puerta de mi padre— me condujo en primer lugar hacia M. Krempe, profesor de filosofía natural. Tratábase de un hombre tosco, pero profundamente imbuido en los secretos de su ciencia. Me formuló varias preguntas en relación con mis progresos en las diferentes ramas de la ciencia conectadas con la filosofía natural. Repliqué como al descuido; y, en parte por despecho, mencioné los nombres de mis alquimistas como los principales autores que había estudiado. El profesor me miró fijo: «¿Realmente ha perdido su tiempo estudiando esas tonterías?», me dijo.

Respondí afirmativamente. «Cada minuto —continuó M. Krempe con cierto calor—, cada instante que ha malgastado en estos libros es tiempo total y completamente perdido. Ha cargado su memoria con sistemas superados y nombres inútiles. ¡Santo Dios! ¿En qué desierto vivió, que nadie tuvo la bondad de informarle que esas fantasías con las que tan tenazmente se empapó, tienen mil años de antigüedad, y que están tan mohosas como antiguas? Apenas si esperé, en esta época iluminada y científica, encontrar un discípulo de Alberto Magno y Paracelso. Mi estimado señor, debe comenzar sus estudios enteramente de nuevo».

Mientras así hablaba, se apartó a un costado y apuntó una lista de varios libros que se ocupaban de filosofía natural y que me instó a conseguir; y me despidió, después de mencionar que a comienzos de la semana siguiente intentaba dar comienzo a un curso de conferencias sobre filosofía natural en sus relaciones generales, y que el señor Waldman, profesor del claustro, hablaría sobre química en los días alternos que él omitía.

Regresé a casa, y no estaba desilusionado, pues ya dije que desde hacía tiempo consideraba inútiles a los autores desechados por el profesor; pero de ningún modo estaba más dispuesto a realizar esos estudios. El señor Krempe era un hombrecito rechoncho de voz áspera y semblante repulsivo; por lo tanto, el profesor no me predispuso en favor de sus objetivos. He ofrecido un resumen quizá demasiado filosófico y circunstanciado de las conclusiones a que llegué a edad más temprana. En mi adolescencia, no me contentaba con los resultados prometidos por los modernos profesores de la ciencia natural. Con una confusión de ideas achacable únicamente a mi extrema juventud y a mi deseo de contar con un guía en estas materias, había desandado los

pasos del conocimiento a lo largo de los senderos del tiempo, y troqué los descubrimientos de los investigadores recientes por los sueños de olvidados alquimistas. Además, alentaba cierto desprecio hacia la utilización de la moderna filosofía natural. Era muy diferente cuando los maestros de la ciencia perseguían la inmortalidad y el poder; esos puntos de vista, aunque fútiles, eran grandes: pero ahora el escenario había cambiado. La ambición del investigador parecía limitarse a la aniquilación de aquellas visiones en las que se fundaba gran parte de mi interés en las ciencias. Se me pedía cambiar quimeras de ilimitada grandeza por realidades de escaso valor.

Tales mis reflexiones durante los dos o tres primeros días de mi residencia en Ingolstadt, tiempo consagrado esencialmente a conocer los lugares y a los principales residentes de mi nueva morada. Pero cuando comenzó la semana siguiente, pensé en lo que el señor Krempe me dijera respecto de las conferencias. Y aunque no pude consentir en ir y escuchar a ese hombrecito vano hilvanando oraciones en el púlpito, recordé lo que me dijo acerca del señor Waldman, a quien nunca había visto, ya que se encontraba fuera de la ciudad.

Parte por curiosidad y parte por ocio entré en la sala de conferencias en que el señor Waldman penetró poco después. Este profesor loco se parecía a su colega. Aparentaba unos cincuenta años de edad, pero su aspecto expresaba la mayor benevolencia; algunas canas cubrían sus sienes; el cabello de la coronilla era casi totalmente negro. Su estatura era baja, pero se mantenía notablemente erguido; y su voz era la más dulce que escuché jamás. Comenzó su conferencia con una recapitulación de la historia de la química y de las diversas innovaciones hechas por diferentes estudiosos, pronunciando con fervor los nombres de los más distinguidos descubridores. Luego ofreció un breve enfoque del estado actual de la ciencia, explicó muchos de sus términos elementales. Luego de haber realizado algunos experimentos preparatorios, concluyó con un panegírico de la moderna química, cuyos términos jamás olvidaré:

«Los antiguos maestros de esta ciencia —dijo— prometían imposibles y nada realizaron. Los maestros modernos prometen muy poco; saben que no es posible transmutar metales y que el elixir de la vida es una quimera. Pero estos filósofos, cuyas manos parecen haber sido hechas con el único propósito de revolver el barro y sus ojos para mirar por el microscopio u observar el crisol, verdaderamente realizaron milagros. Penetran en lo más recóndito de la naturaleza y muestran cómo funciona en su seno íntimo. Se elevan a las alturas: descubren cómo circula la sangre, y la naturaleza del aire que respiramos. Han adquirido poderes nuevos y casi ilimitados; pueden imponerse a los truenos del cielo, imitar el terremoto y aun burlarse del mundo invisible con sus sombras».

Tales fueron las palabras del profesor: más bien permítame decir que tales fueron las palabras del sino, enunciadas para destruirme. A medida que continuó, sentía como si mi alma estuviese luchando con un enemigo palpable; una por una se vieron tocadas las llaves que formaban el mecanismo de mi ser: cuerda tras cuerda sonó y pronto mi mente desbordaba en un pensamiento, una concepción, un único propósito. Esto es lo que has hecho, exclamó el alma de Frankenstein; más, mucho más deberás hacer: siguiendo los pasos ya marcados, seré precursor de una forma nueva, exploraré los poderes ignorados y develaré al mundo los más hondos misterios de la creación.

Aquella noche no cerré los ojos. Mi ser íntimo se encontraba en estado de insurrección y turbulencia; sentí que ese orden surgiría, pero no tenía el poder de producirlo. Gradualmente, con el amanecer, me invadió el sueño. Desperté y mis pensamientos de la víspera eran como una fantasía. Sólo permanecía incólume, mi decisión de volver a mis antiguos estudios, y de consagrarme a una ciencia para la cual creía poseer un talento natural. El mismo día presenté mis respetos al señor Waldman. Sus modales en privado eran aún más dulces y atractivos que en público; pues había cierta dignidad en su semblante mientras dictaba la conferencia, rasgo que en su propio hogar era reemplazada por la mayor afabilidad y gentileza. Le ofrecí casi el mismo resumen de mis estudios previos que a su colega. Escuchó atentamente la breve narración relacionada con mis estudios y sonrió ante los nombres de Cornelio Agrippa y Paracelso, pero sin el despecho que exhibiera el señor Krempe. Dijo que «eran hombres con cuyo infatigable celo los filósofos modernos tenían una deuda de gratitud, pues les debían la mayor parte de los fundamentos de su conocimiento. Nos dejaron, tarea más fácil, la labor de poner nombres nuevos y de ordenar en clasificaciones orgánicas, los hechos que ellos tuvieron el mérito de llevar a luz. Las obras de los hombres de genio, aunque hayan seguido una dirección equivocada, casi nunca dejan de aprovechar a la humanidad». Escuché esta declaración, formulada sin presunción ni afectación; y luego añadí que su conferencia había eliminado mis prejuicios contra los químicos modernos; me expresé en términos medidos, con la modestia y la deferencia que un joven debe a su instructor, sin dejar escapar (la inexperiencia de la vida me hubiera hecho sentir vergüenza) nada del entusiasmo que estimulaba los trabajos que me proponía realizar. Pedí su consejo en relación con los libros que debía procurarme.

«Me siento feliz —dijo el señor Waldman— de haber ganado un discípulo; y si su aplicación corre pareja con su habilidad, no dudo de su éxito. La química es la rama de la filosofía natural en la cual se han hecho y pueden hacerse las más grandes innovaciones: es por ese motivo que la elegí como mi propio estudio; pero al mismo tiempo no he descuidado las otras ramas de la ciencia. Un hombre sería un pobre químico si atendiera sólo a esa rama del saber humano. Si su deseo es convertirse realmente en hombre de ciencia, y no meramente en experimentador de poca monta, debo aconsejarle que se dedique a todas las ramas de la filosofía natural, incluyendo las matemáticas».

Luego, me llevó a su laboratorio, y me explicó los usos de las diversas máquinas que allí había; me indicó cuáles debía conseguir, y prometió que me permitiría usar las suyas cuando hubiese avanzado en el conocimiento de la ciencia lo necesario para no desarreglar sus mecanismos. También me entregó la lista de libros que yo le había solicitado, después de lo cual me marché.

Así concluyó un día memorable para mí: pues en él se definió mi destino futuro.

Capítulo 4

A partir de ese día la filosofía natural, y sobre todo la química, en el sentido más amplio del término, se convirtió en mi ocupación exclusiva. Leí con ardor las obras, en las que abundaban el genio y la sagacidad, que los investigadores modernos han escrito sobre estos temas. Asistí a las conferencias, y cultivé la relación de los hombres de ciencia de la universidad; y aún en el señor Krempe hallé mucho buen sentido y valiosa información, combinados, es verdad, con una fisonomía y modales repulsivos, pero no por ello menos valiosos. En el señor Waldman encontré a un verdadero amigo. Su bondad nunca estaba manchada por el dogmatismo; e impartía sus instrucciones con un aire de franqueza y buen natural que excluía cualquier sugestión de pedantería. Me allanó de mil modos el camino del conocimiento, y gracias a él las investigaciones más abstrusas me parecieron claras y fáciles. Al principio mi aplicación fue vacilante e incierta; pero se fortaleció a medida que avanzaba, y pronto se manifestó tan ardiente y entusiasta que a menudo rompía el día cuando yo aún estaba trabajando en mi laboratorio.

No es difícil concebir que con tanta aplicación hiciese rápidos progresos. Más aun, mi ardor sorprendía a los estudiantes y mi actitud a los maestros. El profesor Krempe a menudo me preguntaba con una sonrisa maliciosa: «¿Cómo anda Cornelio Agrippa?» Y el señor Waldman manifestaba el más caluroso entusiasmo ante mis progresos. De este modo pasaron dos años, durante los cuales no volví a Ginebra, y me consagré en cuerpo y alma al desarrollo de ciertos descubrimientos, que confiaba realizar. Sólo quienes han vivido la experiencia pueden concebir el atractivo de la labor científica. En otros estudios uno llega tan lejos como aquellos que le precedieron, y luego no hay más que hacer; pero en la actividad científica hay un material permanente de descubrimiento y maravilla. En esta esfera de estudios una mente de capacidad moderada, que desarrolla sin desmayos un estudio, infaliblemente debe adquirir gran aptitud; y yo, que constantemente buscaba alcanzar determinado objeto, y que me interesaba exclusivamente en él, mejoré, tan rápidamente que, al cabo de dos años, realicé ciertos descubrimientos que me permitieron perfeccionar algunos instrumentos químicos; y de ese modo me conquisté la estima y la admiración de la universidad. Cuando hube llegado a este punto, y después de familiarizarme con la teoría y la práctica de la filosofía natural todo lo que me permitían las lecciones de los profesores de Ingolstadt, la prolongación de mi residencia en aquel

lugar no representaba ya la posibilidad de continuar progresando. De modo que pensé retornar a mis amigos y a mi ciudad natal, cuando ocurrió un incidente que prolongó mi estada.

Uno de los fenómenos que habían llamado especialmente mi atención era la estructura del cuerpo humano, y en realidad de todos los animales dotados de vida. ¿De dónde —me preguntaba a menudo— viene el principio de la vida? Era una pregunta audaz, a la cual siempre se ha atribuido carácter misterioso; sin embargo, en muchas cosas el conocimiento está al alcance de la mano, pero la cobardía o el destino limitan nuestra indagación. Medité acerca de estas circunstancias, y decidí que en adelante me aplicaría más particularmente a las ramas de la filosofía natural que se relacionan con la fisiología. Si no me hubiese animado un entusiasmo casi sobrenatural, mi aplicación a esta esfera del estudio habría sido irritante, y casi intolerable. Para examinar las causas de la vida, debemos apelar primero a la muerte. Me familiaricé con la ciencia de la anatomía, pero eso no bastó; también se debía observar la descomposición natural y la corrupción del cuerpo humano. En el curso de mi educación, mi padre había adoptado las mayores precauciones para que ningún horror sobrenatural impresionase mi mente. No recuerdo siquiera haber temblado ante un relato supersticioso, o haber temido la aparición de un espíritu. Las sombras no producían efecto sobre mi fantasía; y un cementerio era para mí simplemente el depósito de algunos cuerpos privados de vida, que después de haber sido asiento de belleza y de fuerza, se habían convertido en alimento de los gusanos. Ahora me veía llevado a examinar la causa y el desarrollo de esta descomposición, y obligado a pasar días y noches en bóvedas y osarios. Mi atención se fijaba en los objetos que eran más insoportables para el refinamiento de los sentimientos humanos. Veía de qué modo la esbelta forma del hombre se degradaba y corrompía; percibía cómo la descomposición de la muerte sucedía a la florescencia de la vida; y como los gusanos heredaban las maravillas del ojo y el cerebro. Me detenía, examinando y analizando todos los detalles de las causas, ejemplificados en el paso de la vida a la muerte, y de la muerte a la vida, hasta que en medio de esta oscuridad una súbita luz brilló sobre mí: una luz tan viva y maravillosa, y al mismo tiempo tan simple, que si bien me aturdió la inmensidad de la perspectiva que ella abría, me sorprendió también, que entre tantos hombres de genio que habían orientado sus investigaciones hacia la misma ciencia, sólo a mí me estuviese reservado descubrir un secreto tan sorprendente.

Recuerde qué no estoy rememorando la visión de un desequilibrado. Lo que ahora afirmo es tan verdadero como el hecho de que el sol brilla en los cielos. Sin duda fue fruto de un milagro, pero en todo caso las etapas del descubrimiento fueron claras y probables. Después de días y noches de trabajos y fatigas increíbles, logré describir la causa de la generación y la vida; más aún, yo mismo adquirí la capacidad de conferir animación a la materia inerte.

El asombro que al principio había experimentado ante este descubrimiento, pronto dejó el sitio a la complacencia y el entusiasmo. Después de tanto tiempo consagrado a esforzados trabajos, llegar de pronto a la culminación de mis deseos representaba la consumación más satisfactoria de mi labor. Pero este descubrimiento era tan grande y abrumador que todos los pasos que me habían llevado progresivamente a este resultado quedaron olvidados, y sólo tuve ojos para el resultado. Aquello que había sido materia de estudio y objetivo de los hombres más sabios a partir de la creación del mundo, estaría ahora al alcance de mi mano. No era que, como

en una esfera mágica, aquello se me hubiese ofrecido de una vez: la información que yo había obtenido venía a manifestarse más bien como una meta hacia la cual orientar mis esfuerzos, y se delineaba como el objeto de mi investigación, antes que como una realidad ya conquistada. Yo era como el árabe que había sido enterrado entre los muertos, y que había hallado un camino de retorno a la vida, contando únicamente con la ayuda de una luz parpadeante y casi inútil.

La ansiedad que usted demuestra, y la maravilla y la esperanza que su mirada expresa, amigo mío, me revelan que usted ansía informarse del secreto que yo conocí; pero eso no es posible: escuche pacientemente hasta que acabe mi relato, y entonces comprenderá fácilmente por qué me muestro reservado en esa cuestión. No quiero llevarlo, indefenso y ardiente como yo entonces, a su propia destrucción y al sufrimiento más infalible. Aprenda de mí, si no de mis palabras, por lo menos de mi ejemplo, cuál peligrosa es la adquisición del conocimiento, y cuánto más feliz es el hombre que cree que su ciudad natal es el mundo, que aquel que aspira a ser más grande de lo que admite su propia naturaleza.

Cuando hallé que poseía un poder tan sorprendente, vacilé mucho tiempo acerca del modo de utilizarlo. Aunque tenía poder para dar la vida, preparar un cuerpo que la recibiera, con su complicada maraña de fibras, músculos y venas, constituía un trabajo de dificultad y esfuerzo inconcebibles. Dudé al principio si convenía crear un ser como yo mismo, o limitarme a una organización más sencilla, pero mi imaginación estaba excesivamente exaltada por mi primer éxito, de modo que me era imposible dudar de mi capacidad para conferir la vida a un animal tan complejo y maravilloso como el hombre. Los materiales que podía utilizar apenas parecían adecuados para empresa tan ardua; pero no dudaba que al fin alcanzaría éxito. Me preparé para afrontar una multitud de fracasos; era posible que mis operaciones fallasen constantemente, y que al fin mi obra fuese imperfecta: sin embargo, cuando consideraba los progresos que sobrevienen diariamente en las ciencias y la mecánica me sentía alentado a esperar que mis intentos actuales por lo menos representarían los cimientos del éxito futuro. Tampoco podía creer que la magnitud y la complejidad de mi plan fuesen argumentos que demostrasen la imposibilidad de realización. Con estos sentimientos comencé la creación de un ser humano. Como la pequeñez de las partes era un grave obstáculo para mi velocidad, resolví, contrariamente a mi primera intención, asignar una estatura gigantesca al ser; es decir, pensé darle alrededor de dos metros y medio de altura, y un grosor proporcional. Después de haber decidido esto último, y de haber pasado varios meses agrupando y organizando los materiales, comencé la tarea.

Nadie puede concebir la diversidad de sentimientos que me impulsaban, como un huracán, en el primer entusiasmo del éxito. La vida y la muerte me parecían límites ideales, que yo sería el primero en franquear, para volcar un torrente de luz sobre el mundo de las sombras. Una especie nueva bendeciría en mí a su creador y origen; y me deberían el ser muchas criaturas felices y excelentes. Ningún padre podría pretender tal gratitud de su hijo de manera tan completa como yo merecería la de mis creaciones. Siguiendo estas reflexiones, pensé que si podía conferir vida a la materia inanimada, en el curso del tiempo lograría (aunque ahora he descubierto que ello es imposible) devolver la vida allí donde la muerte aparentemente había consagrado el cuerpo a la corrupción.

Estos pensamientos sostuvieron mi espíritu mientras desarrollaba mi empresa con incansable ardor. Estaba pálido y demacrado a causa del estudio y el confinamiento. A veces, al borde mismo del descubrimiento, fracasaba; pero de todos modos me aferraba a la esperanza que quizá se realizara al día siguiente o una hora después. Un secreto que sólo yo poseía era la esperanza a la que me había consagrado; y la luna iluminaba mis trabajos nocturnos, mientras con entusiasmo inflexible e incansable perseguía los misterios de la naturaleza en los lugares donde se ocultaban. ¿Quién puede concebir los errores de mis trabajos secretos, mientras rebuscaba entre los húmedos terrones de la tumba, o torturaba al animal vivo para animar la arcilla inerte? Me tiemblan las piernas y mis ojos se humedecen con el recuerdo; pero en ese momento un impulso irresistible y casi frenético me movía a continuar avanzando; me parecía haber perdido el alma o aun la sensibilidad, y que sólo tenía pensamiento para esta empresa. Sin duda, se trataba nada más que de un trance pasajero; y las sensaciones retenidas reaparecían con renovada intensidad tan pronto como, una vez cesado el estímulo antinatural, retornara a mis antiguos hábitos. Coleccioné huesos de los osarios; y perturbé, con dedos profanos, los secretos tremendos del cuerpo humano. En una cámara solitaria, o más bien diría una celda, en el desván de la casa, y separado de todos los demás departamentos por una galería y una escalera, tenía el taller donde realizaba mi repugnante creación: y los ojos comenzaban a salirseme de las órbitas mientras cuidaba los detalles de mi obra. La sala de disección y el matadero aportaron muchos de mis materiales; y a menudo mi naturaleza humana se apartó asqueada de aquella ocupación, al mismo tiempo que, movido por una ansiedad que se acentuaba constantemente, me acercaba por grados a la finalización de mi tarea.

Pasaron los meses del verano mientras yo estaba completamente absorto en mi trabajo. Fue una estación particularmente bella; jamás los campos dieron cosecha más abundante, o los viñedos ofrecieron tan lujuriosa producción: pero mis ojos eran insensibles a los encantos de la naturaleza. Y los mismos sentimientos que me llevaban a ignorar las escenas que me rodeaban, me inducían también a olvidar a los amigos que estaban a tantas millas de distancia, y a quienes no había visto durante mucho tiempo. Sabía que mi silencio les inquietaba, y bien recordaba las palabras de mi padre: «Sé que mientras estés complacido de ti mismo, pensarás en nosotros con afecto, y que tendremos noticias regulares. Me perdonarás si interpreto cualquier interrupción de tu correspondencia como prueba que estás descuidando igualmente tus restantes obligaciones».

De ahí que supiera bien cuáles serían los sentimientos de mi padre, pero no podía apartar el pensamiento de mi actividad, repudiable en sí misma, pero que se había apoderado irresistiblemente de mi imaginación. Deseaba, por así decirlo, refrenar todo lo que se relacionase con mis sentimientos de afecto hasta que hubiese alcanzado el gran objetivo, el que absorbía y anulaba todos los hábitos de mi naturaleza.

Pensé entonces que mi padre se mostraría injusto si atribuía mi descuido al vicio, o a desgano de mi parte; pero ahora estoy convencido de que estaba justificado al creer que yo no me hallaba totalmente a salvo de censura. El ser humano que vive en la perfección debe conservar siempre un espíritu calmo y pacífico, y jamás permitirá que la pasión o un deseo transitorio perturben su tranquilidad. No creo que la persecución del conocimiento represente una excepción a esta regla. Si el estudio al cual uno se aplica muestra cierta tendencia a debilitar los afectos, y a destruir el

gusto por esos sencillos placeres con los cuales no es posible combinar otras cosas, puede afirmarse con certeza que este estudio es contrario a la ley: es decir, inarmónico con la mente humana. Si siempre se observase esta regla, y nadie permitiese que una actividad viniera a perjudicar la tranquilidad de sus afectos domésticos, Grecia no habría sido esclavizada; César no se habría impuesto a su propio país; América habría sido descubierta más gradualmente, y los imperios de México y Perú no habrían sido destruidos.

Pero olvido que estoy moralizando en la parte más interesante de mi relato; y veo dibujado en su rostro una expresión que me reclama continuar mi exposición.

Mi padre no me formuló ningún reproche en sus cartas, y demostró que había tomado nota de mi silencio limitándose a indagar más atentamente que antes en mis ocupaciones. Durante esos trabajos pasaron el invierno, la primavera y el verano; pero no presté atención a las flores o a las hojas nuevas —imágenes que antes siempre me habían aportado supremo placer— mientras estaba absorto en mis tareas. Las hojas de ese año se habían secado antes de que mi tarea se acercase a mi conclusión; y ahora, cada día me mostraba más claramente aún el éxito alcanzado. Pero mi entusiasmo estaba sofrenado por mi ansiedad, y yo parecía más bien un individuo condenado al trabajo esclavo en las minas, o a realizar cualquier otra tarea ingrata, que un artista ocupado en su profesión favorita. Todas las noches me agobiaba una fiebre lenta, y mis nervios sufrían un estado de dolorosa tensión; la caída de una hoja me sobresaltaba, y esquivaba a mis semejantes como si hubiese sido culpable de un crimen. A veces me alarmaba el desorden que advertía en mi propia personalidad; y sólo me sostenía la energía de mis propósitos: pronto pondría fin a mi trabajo, y creía que el ejercicio y la recreación disiparían los signos de la enfermedad incipiente: y así, me prometí ambas cosas para el momento en que hubiese completado mi creación.

Capítulo 5

En una horrible noche de noviembre concluí mi labor. Con una ansiedad que casi lindaba en la agonía reuní a mi alrededor los instrumentos de la vida para poder infundir el soplo de la existencia en la cosa inanimada que yacía a mis pies. Era casi la una de la madrugada; la lluvia golpeaba lúgubrementemente contra los vidrios y mi vela casi se había consumido cuando, al resplandor de la luz casi extinguida vi que se abría el opaco ojo amarillento de la criatura; respiró con esfuerzo y un movimiento convulsivo agitó sus miembros. ¿Cómo puedo describir mis emociones ante esta catástrofe, o cómo bosquejar el monstruo que con tan infinito afán y cuidado había intentado formar? Sus miembros eran proporcionados, y había escogido rasgos bellos. ¡Bellos! ¡Dios mío! Su piel amarillenta apenas cubría el juego de músculos y arterias debajo de ella; el cabello, de un lustroso tinte negro, caía libremente; los dientes tenían la blancura de las perlas; pero estos rasgos exuberantes sólo formaban un contraste tanto más horroroso con sus ojos acuosos que parecían casi del mismo color que las sombrías órbitas blancas en las cuales encajaban, con su tez marchita y sus labios rectos y negros.

Los diferentes accidentes de la vida no son tan inconstantes como los sentimientos de la naturaleza humana. Había trabajado mucho durante casi dos años, con el único propósito de infundir vida a un cuerpo inanimado. Para lograr esta meta me había privado de descanso y salud. La había deseado con un ardor que excedía de lejos la moderación; pero ahora que mi labor estaba concluida, se desvaneció el sueño de belleza, e inenarrable horror y disgusto me llenaban el corazón. Incapaz de soportar el aspecto del ser que había creado, me precipité fuera de la habitación y continué durante mucho tiempo paseando en mi dormitorio, incapaz de calmar la mente y conciliar el sueño. Finalmente una cierta laxitud siguió al tumulto interior; y me arrojé vestido sobre la cama, tratando de buscar unos pocos momentos de olvido. Pero era en vano: en realidad, me dormí, pero me perseguían los sueños más salvajes. Creía ver a Elizabeth, en la flor de la salud, caminando por las calles de Ingolstadt. Deleitado y sorprendido, la abracé; pero cuando estampé el primer beso en sus labios, se tornaron lívidos con la exhalación de la muerte; sus rasgos parecían cambiar y creí tener en los brazos el cuerpo muerto de mi madre; un paño cubría sus formas y vi los gusanos de los sepulcros deslizarse entre los pliegues de la franela. Desperté sobresaltado y embargado de horror; un sudor frío me cubría la frente, mis dientes

castañeteaban y los miembros se movían convulsivamente cuando, a la débil y amarillenta luz de la luna que se abría paso entre las persianas de la ventana distinguí al ser vil: al monstruo miserable que había creado. Levantó la cortina de la cama; y sus ojos, si ojos pueden llamarse, estaban fijos en mí. Movi6 las mandíbulas y musitó algunos sonidos inarticulados mientras una sonrisa le arrugaba las mejillas. Pudo haber hablado, pero no escuché; una mano estaba extendida, aparentemente para detenerme, pero escapé y corrí escaleras abajo. Me refugié en el patio que pertenecía a la casa en que vivía; allí permanecí durante el resto de la noche, caminando de un lado a otro en medio de la mayor agitación, escuchando atentamente, persiguiendo y temiendo cada sonido como si fuera a anunciarme la cercanía del cuerpo demoníaco a quien tan miserablemente había dado vida.

¡Oh! ¡Ningún mortal podía soportar el horror de aquel semblante! Una momia revivida no podía ser tan espantosa como aquel monstruo. Lo había mirado cuando aún no estaba concluido; era feo entonces; pero cuando esos músculos y esas articulaciones adquirieron el don del movimiento, se convirtió en cosa que ni siquiera Dante hubiera podido concebir.

Pasé una noche miserable. Por momentos el pulso me latía tan apresurada, y fuertemente que sentía palpar todas las arterias; en otros momentos estaba a punto de desplomarme debido a la angustia y la extrema debilidad. Mezclado con este horror, sentí la amargura de la desilusión; los sueños que habían sido mi alimento y reposo durante tanto tiempo estaban convirtiéndose en un infierno; ¡y el cambio era tan veloz, la transformación tan completa!

Finalmente llegó la mañana, miserable y húmeda, y descubrió a mis ojos insomnes y dolientes la iglesia de Ingolstadt, su blanco campanario y el reloj que marcaba las seis de la madrugada. El portero abrió los portones del patio que durante aquella noche había sido mi asilo y salí a las calles, recorriéndolas con pasos rápidos, como si tratara de evitar al monstruo a quien temía encontrar cada vez que doblaba una esquina. No me atrevía a regresar al departamento que habitaba, y más bien me sentía impulsado a seguir caminando, aunque me empapaba la lluvia que caía de un cielo gris y sin consuelo.

Continué caminando de ese modo durante algún tiempo, intentando mediante el ejercicio físico atenuar la carga que pesaba sobre mi mente. Atravesaba las calles, sin tener clara conciencia de dónde estaba o de lo que hacía. Me latía el corazón con el padecimiento del miedo; y avanzaba corriendo con pasos irregulares, sin atreverme a mirar a mi alrededor:

*Como alguien que, en camino solitario,
Camina con miedo y horror,
Y, habiéndose vuelto una vez, sigue su rumbo,
Sin volver una vez la cabeza;
Porque sabe que un terrible demonio
Le sigue los pasos de cerca.*

Seguí avanzando de ese modo, y me encontré finalmente frente a la posada ante la cual se detenían habitualmente diversas diligencias y carruajes. Aquí me detuve, sin saber por qué; pero permanecí durante algunos minutos con la vista fija en un carruaje que se dirigía hacia mí desde el otro extremo de la calle. Cuando se acercó, observé que se trataba de la diligencia suiza: se detuvo justo a mi lado y, al abrirse la puerta, vi a Henry Clerval, quien descendió

inmediatamente al reconocerme. «¡Mi querido Frankenstein! —exclamó—, ¡qué contento estoy de verte! ¡Qué afortunada coincidencia que estuvieras aquí en el preciso momento de mi llegada!»

Nada pudo igualar mi goce de ver a Clerval; su presencia devolvió a mi mente la imagen de mi padre, de Elizabeth y de todas aquellas escenas de mi casa, tan caras a la memoria. Me apoderé de sus manos y en un momento olvidé mi horror y mala suerte; por primera vez en muchos meses sentí súbitamente calma y serena alegría. Por lo mismo, di a mi amigo la más cordial de las bienvenidas y nos encaminamos hacia mi colegio. Clerval continuó hablando durante unos momentos de nuestros mutuos amigos y de su propia buena fortuna que le deparó el permiso de venir a Ingolstadt. «Puedes creerme sin vacilar —dijo—, cuán grande fue la dificultad de persuadir a mi padre de que todo el conocimiento necesario no estaba comprendido en el noble arte de la teneduría de libros; y, ciertamente, creo que siguió incrédulo hasta el final, pues su respuesta constante a mis ruegos incansables era la misma que ofreció el viejo maestro holandés en el *Vicario de Wakefield*: Tengo diez mil florines por año sin necesidad de saber griego, como de buena gana sin saber griego». Pero finalmente su afecto por mí venció su disgusto por el estudio, y me permitió emprender un viaje para descubrir la tierra del conocimiento».

«Siento el mayor deleite de verte; pero dime cómo dejaste a mi padre, a mis hermanos y a Elizabeth».

«Muy bien y muy felices, sólo un poco inquietos, ya que raras veces tienen noticias tuyas. En su momento yo mismo me propongo aleccionarte un poco a propósito de eso. Pero, mi querido Frankenstein —continuó, interrumpiéndose bruscamente y dirigiendo una mirada franca a mi rostro—, no había observado qué enfermo pareces; tan delgado y pálido; tienes cara de no haber cerrado un ojo en varias noches».

«Has adivinado bien; últimamente estuve tan absorbido por una tarea que no me he concedido suficiente descanso, como puedes ver: pero espero, y lo espero sinceramente, que todos estos afanes hayan concluido definitivamente».

Un temblor excesivo me sacudía; no soportaba pensar en los sucesos de la noche precedente y mucho menos aludir a ellos. Caminaba con paso rápido y pronto llegamos a mi colegio. Luego reflexioné —y el pensamiento me hizo estremecer— en que la criatura que yo dejará en mi departamento todavía podía encontrarse allí, recorriendo el lugar. Sentía horror de contemplar ese monstruo; pero aún más temía que Henry pudiese verlo. Le pedí, pues, que permaneciera unos instantes al pie de la escalera y me precipité hacia mis cuartos. Tenía la mano ya en el picaporte cuando me dominé. Entonces me detuve; y un temblor frío me recorrió el cuerpo. Abrí la puerta violentamente, al modo de los niños cuando esperan ver un fantasma esperándolos del otro lado; pero no apareció nada. Entré temerosamente; el departamento estaba vacío; y también mi dormitorio estaba libre de su horroroso huésped. Casi no pude creer que suerte tan grande me hubiese favorecido; pero cuando me aseguré de que mi enemigo realmente había huido, palmoteé de alegría y bajé corriendo para buscar a Clerval.

Subimos a mi cuarto, y el criado al poco tiempo nos trajo el desayuno; pero fui incapaz de controlarme. No era sólo alegría lo que me embargaba; sentía que la carne se me crispaba con un

exceso de sensibilidad, y el pulso me latía velozmente. No podía quedarme quieto un momento en el mismo lugar; saltaba sobre las sillas, batía palmas y reía a mandíbula batiente. Al principio, Clerval atribuyó mis inusitadas manifestaciones a la alegría que me causaba su llegada; pero cuando me observó más atentamente, vio una luz salvaje en mis ojos que no podía explicarse; y mi risa fuerte, desenfrenada y sin calor lo asustaba y sorprendía.

«Mi querido Víctor —exclamó—, por Dios, ¿qué te pasa? Vamos, no te rías de ese modo. ¡Qué enfermo estás! ¿Qué está pasando aquí?»

»No me preguntes —exclamé, llevándome las manos a los ojos, pues me pareció que había visto al temido espectro desliarse en la habitación— él podría explicártelo: ¡Oh, sálvame! Imaginé que el monstruo se apoderaba de mí; luché furiosamente, y caí al suelo en un paroxismo.

¡Pobre Clerval! ¿Qué habrá sentido en ese momento? Un encuentro que había anticipado con tanta alegría, ¿se convertía de manera tan extraña en motivo de amargura? Pero no presencié su dolor; pues había perdido el sentido, y no lo recuperé durante mucho tiempo.

Este fue el comienzo de una fiebre nerviosa que me redujo a confinamiento varios meses. Durante todo ese período Henry fue la única persona que me atendió. Supe después que, conociendo la edad avanzada de mi padre, y la imposibilidad de que realizara un viaje tan largo, y el abatimiento que mi enfermedad provocaría en Elizabeth, les ahorró ese sufrimiento disimulando la gravedad de mi dolencia. Sabía que yo no hubiera podido tener un cuidador más bondadoso y atento que él mismo; y confiando firmemente en mi recuperación, no dudó de que, lejos de perjudicarme, realizaba el acto más bondadoso que era posible hacia ellos.

Pero en realidad yo estaba muy enfermo; y es indudable que sólo las atenciones ilimitadas e incansables de mi amigo podían devolverme a la vida. La forma del monstruo que yo había creado se dibujaba constantemente ante mis ojos, y deliraba sin descanso hablando de él. Es indudable que mis palabras sorprendieron a Henry: al principio creyó que eran fruto de los extravíos de mi imaginación perturbada; pero la tenacidad con que retornaba constantemente al mismo tema, le persuadió de que en verdad mi desorden se originaba en un hecho extraño y terrible.

Muy lentamente, y con recaídas frecuentes que alarmaban y dolían a mi amigo, logré sanar. Recuerdo la primera vez que pude observar con cierto sentimiento de placer los objetos exteriores; advertí que las hojas caídas habían desaparecido, y que los árboles que daban sombra a mi ventana habían comenzado a brotar nuevamente. Era una primavera maravillosa; y la estación contribuyó mucho a mi convalecencia. Sentí también que en mi pecho nacían sentimientos de alegría y de afecto; desapareció mi depresión, y poco después recuperé la alegría que había experimentado antes de que me atacase aquella pasión fatal.

«Querido Clerval —exclamé—, cuán bondadoso y amable fuiste conmigo. Todo este invierno, en lugar de consagrarlo al estudio, como te habías prometido, lo pasaste en mi cuarto de enfermo. ¿Cómo podré pagarte jamás lo que hiciste? Experimento el más profundo remordimiento por la decepción que he provocado en ti, pero confío en que sabrás perdonarme».

«Me consideraré perfectamente pagado si no sufres una recaída, y te recuperas con la mayor rapidez posible; y como pareces tan animado, quisiera pedirte permiso para abordar cierto tema».

Comencé a temblar. ¡Cierta tema! ¿Qué podía ser? ¿Acaso aludía a cierta cuestión en la que yo ni siquiera me atrevía a pensar?

«Domínate —dijo Clerval, que observó cómo me demudaba—. No mencionaré el asunto, si ello tanto te agita; pero tu padre y tu prima se sentirían muy felices si recibiesen una carta de tu puño y letra. Apenas conocen la gravedad de tu dolencia, y están inquietos ante tu prolongado silencio».

«¿Eso es todo, mi querido Henry? ¡Cómo podías suponer que mis primeros pensamientos no serían para esos amigos tan queridos a quienes amo, y que tanto merecen mi cariño!»

«Amigo mío, si esta es tu disposición actual, quizá te alegre leer una carta que espera aquí desde hace varios días; creo que ha sido escrita por tu prima».

Capítulo 6

Clerval depositó en mis manos la carta siguiente. Era de mi prima Elizabeth y decía así:

»Mi primo muy querido: estuviste enfermo, muy enfermo, y aun las cartas constantes de nuestro querido Henry no bastan para tranquilizarme en este sentido. Tienes prohibido escribir... no puedes tomar la pluma; sin embargo, necesitamos una palabra tuya, querido Víctor, para calmar nuestra aprensión. Durante mucho tiempo creí que cada correo nos traería esas líneas, y mis esfuerzos han logrado que tío no hiciese el viaje a Ingolstadt. He impedido que afrontase las incomodidades y quizás los peligros de un viaje tan largo; pero al mismo tiempo, ¡cuán a menudo he lamentado no poder hacerlo yo misma! Me imagino que la tarea de cuidarte en el lecho de enfermo ha quedado en manos de alguna enfermera vieja y mercenaria, que jamás podría imaginar tus deseos, ni satisfacerlos con el cuidado y el afecto de tu pobre prima. Sea como fuere, eso ya es cosa del pasado; deseo de todo corazón que muy pronto confirmes con tus propias palabras lo que él nos dice. Ponte bueno... y vuelve a nosotros. Hallarás un hogar feliz y alegre, y amigos que te quieren de todo corazón. La salud de tu padre es buena, y sólo desea verte... pues quiere asegurarse de que estás bien; y así, ninguna preocupación oscurecerá su espíritu benévolo. ¡Cuán grato será para ti observar los progresos de nuestro Ernesto! Tiene ahora dieciséis años, y desborda actividad y espíritu. Ansía ser un auténtico suizo, e ingresar en el servicio exterior. Pero no podemos separarnos de él, por lo menos antes de que su hermano mayor vuelva con nosotros. No complace a mi tío la idea de una carrera militar en un país lejano; pero Ernesto nunca tuvo tu capacidad de aplicación. A sus ojos, el estudio es una obligación pesada y odiosa; pasa el tiempo al aire libre, trepando las colinas o remando en el lago. Me temo que acabará en la ociosidad, a menos que hagamos su gusto y le permitamos ingresar en la profesión que él eligió.

»Desde que nos dejaste, hubo pocos cambios, excepto el hecho de que nuestros queridos niños han crecido. El lago azul y las montañas cubiertas de nieve nunca cambian; y creo que nuestro hogar sereno y nuestros corazones satisfechos están regulados por las leyes inmutables. Mis menudas obligaciones me ocupan el tiempo y me divierten, y los rostros felices y bondadosos que veo alrededor de mí son la recompensa de mis esfuerzos. Desde que te fuiste sólo ha ocurrido un cambio en nuestro hogar. ¿Recuerdas cómo ingresó en nuestra familia

Justine Moritz? Es probable que no; de modo que en pocas palabras relataré su historia. La señora Moritz, madre de esta joven, era una viuda con cuatro niños de los que Justine era la tercera. Esta niña había sido siempre la favorita del padre; pero por obra de una extraña perversión, la madre no podía soportarla, y después de la muerte del señor Moritz la trataba muy mal. Mi tía observó el hecho; y cuando Justine tuvo doce años, convenció a la madre de que le permitiese venir a vivir en nuestra casa. Las instituciones republicanas de nuestro país han producido costumbres más sencillas y felices que las que prevalecen en las grandes monarquías que nos rodean. De ahí que haya menos diferencias entre las diferentes clases de habitantes; y como los grupos inferiores no son tan pobres ni sufren tanto desprecio, sus modales son más refinados y morales. Una sirvienta de Ginebra no es lo mismo que una de Francia o Inglaterra. Justine, que así entró en nuestra familia, aprendió las obligaciones propias de una servidora; condición que, en nuestro afortunado país, no incluye la idea de la ignorancia, ni el sacrificio de la dignidad del ser humano.

»Como recordarás, Justine fue siempre para ti una gran favorita; y recuerdo haberte oído decir que, cuando estabas de malhumor, una mirada de Justine lo disipaba, por la misma razón que Ariosto ofrece con respecto a la belleza de Angélica... es decir, que parecía un corazón tan abierto y feliz. Mi tía le cobró gran afecto, y ese sentimiento la indujo a darle una educación superior a la que inicialmente había pensado. Este beneficio obtuvo amplia recompensa; pues Justine demostró que era la criatura más agradecida del mundo: no quiero decir con eso que formulase expresiones de ninguna clase; jamás le oí comentar el hecho; pero por la expresión de sus ojos se advertía que casi adoraba a su protectora. Aunque tenía un temperamento alegre, y en muchos aspectos casi aturdido, prestaba la mayor atención a todos los gestos de mi tía. Veía en ella el modelo de toda excelencia, y procuraba imitar sus frases y modales, de modo que aún ahora a menudo me la recuerda.

»Cuando mi muy querida tía falleció, todos estaban demasiado absortos en su propio dolor para prestar atención a la pobre Justine, que durante la enfermedad la había asistido con el más profundo afecto. La pobre Justine estaba muy enferma; pero otras pruebas le estaban reservadas.

»Uno por uno murieron sus hermanos y su hermana; y con excepción de esta hija repudiada, la madre quedó sin hijos. La conciencia de esta mujer se sintió perturbada, comenzó a pensar que la muerte de sus favoritos era el castigo celestial de su parcialidad. Era católico-romana, y creo que el confesor confirmó la idea que ella había concebido. De ahí que pocos meses después de tu partida para Ingolstadt Justine fue llamada por su madre arrepentida. ¡Pobre muchacha! Derramó amargas lágrimas cuando tuvo que abandonar nuestra casa; se la veía muy alterada desde la muerte de mi tía; el dolor había suavizado y conferido cierta atractiva benignidad a sus modales, que antes eran notables por la vivacidad. Tampoco puede afirmarse que la estada en la casa de la madre fuese de tal carácter que contribuyera a restaurar su alegría. Aquella pobre mujer manifestaba un arrepentimiento muy vacilante. A veces rogaba a Justine que le perdonara su crueldad, pero mucho más a menudo la acusaba de haber causado la muerte de sus tres hermanos. La inquietud constante al fin abatió la salud de la señora Moritz; esto al principio acentuó su irritabilidad, pero ahora ha alcanzado la paz eterna. Falleció con los primeros

anuncios del tiempo frío, a principios del invierno pasado. Justine ha regresado a mí, y te aseguro que la amo tiernamente. Es muy inteligente y gentil, y extremadamente bella; como dije antes, su rostro y sus expresiones me recuerdan constantemente a mi querida tía.

»Debo decirte también, mi querido primo, algunas palabras sobre el pequeño William. Quisiera que pudieses verlo; es muy alto para su edad, y tiene ojos azules de expresión sonriente y bondadosa, pestañas oscuras y pelo ensortijado. Cuando sonríe, se le dibujan los pequeños hoyuelos en cada mejilla, sonrosada y saludable. Ya ha tenido una o dos pequeñas novias, pero Louisa Biron es su favorita; se trata de un niña de cinco años.

»Ahora, mi querido Víctor, me atrevo a suponer que desearás saber algunas noticias menudas de la buena gente de Ginebra. La linda señorita Mansfield ya ha recibido las visitas de felicitación, motivadas por su próximo matrimonio con un joven inglés, el caballero John Melbourne. Su fea hermana, Manon, contrajo matrimonio con el señor Duvillard, el rico banquero, en el otoño pasado. Tu discípulo favorito, Louis Manoir, ha sufrido varios contratiempos desde que Clerval salió de Ginebra. Pero ya ha recuperado el ánimo y afirmase que pronto contraerá matrimonio con una hermosa francesita, la señora Tavernier. Es viuda, y mucho mayor que Manoir, pero se la admira mucho y todos simpatizan con ella.

»Te he escrito con el ánimo más levantado, querido primo; pero a medida que me acerco al final retorna el sentimiento de ansiedad. Escribe, Víctor querido; una línea, una palabra serán una bendición para nosotros. Un millón de gracias a Henry por su bondad, su afecto y las muchas cartas que nos envió; le estamos sinceramente agradecidos. Adiós, primo mío; cuídate y, te lo ruego, ¡escribe!

*Elizabeth Lavenza
Ginebra, 18 de mayo de 17...*

¡Querida, querida Elizabeth!, exclamé, después de leer la carta, «te escribiré sin demora, y así aliviaré a todos de la ansiedad que sin duda experimentan». Escribí, y el esfuerzo me fatigó mucho; pero había empezado mi convalecencia, y ahora se desarrollaba regularmente. Una quincena después estuve en condiciones de abandonar mi escritorio.

Cuando me recuperé, una de mis primeras obligaciones fue la presentación de Clerval ante los diversos profesores de la Universidad. En el cumplimiento de esta tarea pasé muy malos ratos, poco apropiados para las heridas que mi mente había sufrido. Desde la noche fatal, una vez concluidos mis trabajos y comenzado la época de mi infortunio, había concebido una antipatía violenta aún hacia el nombre de la filosofía natural. Cuando en todo lo demás ya había recuperado la salud, la visión de un instrumento de química renovaba todo el sufrimiento de mis síntomas nerviosos. Henry lo advirtió, y había apartado todos los aparatos de mi vista. También cambió de habitaciones; pues percibió que alimentaba profunda antipatía hacia el cuarto que antes era mi laboratorio. Pero estas precauciones de Clerval fueron inútiles cuando visité a los profesores. El señor Waldman me infligió una verdadera tortura cuando elogió con bondad y calidez los progresos sorprendentes que yo había realizado en ciencias. Pronto advirtió que el tema me desagradaba; pero como no pudo adivinar la causa real, atribuyó mis sentimientos a modestia, y abandonando el tema de mi recuperación, se consagró a la ciencia misma movido por el deseo, como para mí era muy evidente, de apartarme de mis pensamientos. ¿Qué podía

hacer? Quería complacerme, y estaba atormentándome, sentía como si hubiera ordenado cuidadosamente, uno por uno, frente a mí, los mismos instrumentos que después serían utilizados para infligirme una muerte lenta y cruel. Sus palabras me agobiaban, pero no me atrevía a describir el dolor que sentía. Clerval, que sabía discernir rápidamente las sensaciones ajenas, dejó caer el tema, alegando como excusa su ignorancia total; y la conversación cobró un sesgo más general. Desde el fondo del corazón agradecí a mi amigo, pero no pronuncié palabra. Vi con claridad que se sentía sorprendido, pero en todo caso no intentó que yo revelara mi secreto, y aunque le amaba con una mezcla de afecto y reverencia que no conocía límites, no podía persuadirme de que era necesario confiarle ese acontecimiento que tan a menudo se imponía a mi recuerdo, pero que, así lo temía, arraigaría con mayor fuerza aún si lo relatara a otro.

El señor Krempe no se mostró igualmente dócil; y en la condición de sensibilidad casi insoportable en que me hallaba entonces sus ásperos encomios me hicieron sufrir aún más que la aprobación benévola del señor Waldman. «¡Maldito individuo!», exclamó; «vaya, señor Clerval, le aseguro que nos ha superado a todos. Sí, abra los ojos si le place; de todos modos, así es. Un jovencito que hace pocos años creía en Cornelio Agrippa tan firmemente como en el evangelio ahora está a la cabeza de la universidad; y si no se lo sujeta, muy pronto nos dejará a todos fuera de carrera. Caramba, caramba», continuó, observando la expresión de sufrimiento de mi rostro. «El señor Frankenstein es modesto; cualidad excelente en un joven. Los jóvenes deben desconfiar de sí mismos, señor Clerval: esa era mi actitud cuando joven; aunque se necesita muy poco tiempo para perder la modestia».

El señor Krempe había comenzado ahora el panegírico de su propia persona, y me alegré de que la conversación se apartase de un tema que me parecía irritante.

Clerval nunca había simpatizado con mi inclinación hacia la ciencia natural; y sus actividades literarias discrepaban totalmente de las que habían ocupado mi tiempo. Llegaba a la universidad con el propósito de consagrarse totalmente a las lenguas orientales, pues de ese modo pensaba realizar el plan de vida que había trazado. Resuelto a realizar una carrera distinguida, volvía los ojos hacia Oriente, pues creía que allí era posible encontrar campo para su espíritu dinámico. El persa, el árabe, el sánscrito reclamaban su atención, y no fue difícil convencerme de la conveniencia de iniciar los mismos estudios. La ociosidad siempre me había parecido irritante, y ahora que deseaba evitar la reflexión, y que odiaba mis antiguos estudios, me aportó gran alivio ser el condiscípulo de mi amigo, y hallé no sólo instrucción sino consuelo en las obras de los orientalistas. A diferencia de Clerval, no intenté adquirir un conocimiento crítico de esos dialectos, pues no me proponía utilizarlos para otra cosa que un entretenimiento temporario. Leía simplemente para comprender el significado de los textos, y esas lenguas recompensaron con largueza mis trabajos. Su melancolía produce un efecto calmante, su alegría eleva, y experimenté esos efectos en un grado que nunca había conocido al estudiar los autores de otros países. Cuando se leen los escritos producidos en dichas lenguas, la vida parece consistir en un sol cálido y un jardín de rosas, en las sonrisas y los ceños de un enemigo ecuánime, y en el fuego que consume nuestro propio corazón. ¡Cuán distinto era todo esto de la poesía viril y heroica de Grecia y Roma!

Pasó el verano en estas ocupaciones, y se fijó mi regreso a Ginebra para fines del otoño; pero como varios inconvenientes me demoraron, llegó el invierno, y con él la nieve, de modo que los caminos quedaron intransitables y debí demorar el viaje hasta la primavera siguiente. Me dolió mucho esta postergación; pues ansiaba volver a mi ciudad natal y mis amigos bien amados. Había demorado tanto mi regreso porque no me sentía dispuesto a dejar a Clerval en un lugar extraño, antes de que se hubiese relacionado con todos sus habitantes. De todos modos, pasé alegremente el invierno; y aunque la primavera llegó muy tarde, cuando lo hizo compensó el retraso.

Ya había comenzado el mes de mayo, y yo esperaba día tras día la carta que habría de fijar la fecha de mi partida; entonces, Henry propuso un paseo a pie por los alrededores de Ingolstadt, para que yo pudiese despedirme personalmente de la región donde había vivido tanto tiempo. Accedí complacido a esta proposición: me gustaba el ejercicio, y Clerval había sido siempre mi compañero favorito en las excursiones que yo solía realizar en mi región natal.

Dedicamos una quincena a este vagabundo: había recuperado la salud y el ánimo, que se fortalecían paulatinamente gracias al aire salubre que respiraba, a los incidentes naturales de nuestra excursión, y a la conversación de mi amigo. El estudio me había impedido anteriormente establecer relación con mis semejantes, y me había hecho antisocial; pero Clerval evocó los mejores sentimientos de mi corazón; me enseñó nuevamente a amar el aspecto de la naturaleza, y los rostros alegres de los niños. ¡Excelente amigo! ¡Cuán sinceramente me amaste, y quisiste elevar mi mente hasta que estuviese a la par de la tuya! Una actividad interesada hubiese envarado y estrechado mi espíritu, pero tu bondad y tu afecto reconfortaron y abrieron mis sentidos; volvía a ser la misma criatura feliz, que pocos años antes, amada y apreciada por todos, no tenía penas ni cuidados. Era la época en que la naturaleza feliz e inanimada podía concederme las sensaciones más deliciosas. Un cielo sereno y los campos verdes producían en mí verdadero éxtasis. Y la estación que ahora presenciábamos sin duda era maravillosa; las flores de la primavera brotaban en los setos, y las del verano comenzaban a insinuarse. Me vi libre de los pensamientos que el año anterior me habían agobiado, como carga invencible a pesar de mis esfuerzos por desecharlos.

Henry se regocijaba en mi alegría y simpatizaba sinceramente con mis sentimientos: se esforzaba por entretenerme, al mismo tiempo que expresaba las sensaciones que colmaban su alma. En esta ocasión los recursos de su mente fueron en verdad notables: su conversación era por demás imaginativa; y muy a menudo, imitando a los escritores persas y árabes, creaba relatos de fantasía y pasión maravillosas. En otras ocasiones repetía mis poemas favoritos, o me atraía a discusiones que por su parte sostenía con acopio de ingenio.

Retornamos a nuestra universidad un domingo por la tarde: los campesinos bailaban, y todos los que encontramos parecían alegres y felices. Mi propio espíritu rayaba alto; mi corazón latía animado con sentimientos de alegría y regocijo sin límites.

Capítulo 7

Al regreso, hallé la siguiente carta de mi padre:

»Mi querido Víctor: probablemente has esperado con impaciencia una carta que señalase la fecha de tu retorno; y al principio me sentí tentado, de escribir apenas unas líneas, limitándome a mencionar el día que te esperábamos. Pero tal actitud representaría una forma cruel de bondad, y no me atrevo a incurrir en ella. ¿Cuál sería tu sorpresa, hijo mío, si esperando una bienvenida feliz y alegre, hallases, por el contrario, lágrimas e infortunio? Y ahora, Víctor, ¿puedo relatarte nuestra desgracia? La ausencia no pudo haberte hecho insensible a nuestras alegrías y nuestros dolores; ¿y cómo puedo hacer sufrir a un hijo que falta desde hace tanto tiempo? Deseo prepararte para la terrible noticia, pero sé que es imposible; en este mismo momento tus ojos recorren la página, para buscar las palabras que te comunicarán la horrible revelación.

»¡William ha muerto! ¡Ese dulce niño, cuyas sonrisas complacían y reconfortaban mi corazón, que era tan gentil y al mismo tiempo tan alegre! ¡Víctor, le asesinaron!

»No intentaré consolarte; me limitaré simplemente a relatar las circunstancias del hecho.

»El jueves pasado (7 de mayo) con mi sobrina y tus dos hermanos fuimos a pasear por Plainpalais. La tarde era cálida y serena, y prolongamos nuestro paseo más de lo habitual. Ya había anochecido cuando pensamos regresar; y entonces descubrimos que William y Ernesto, que marchaban adelante, no estaban con nosotros. Decidimos, por lo tanto, descansar hasta que regresaran. Poco después apareció Ernesto, y preguntó si habíamos visto a su hermano: afirmó que había estado jugando con él, que William había escapado para ocultarse, y que él lo había buscado vanamente; que lo había esperado largo rato, pero sin resultado.

»El relato nos alarmó un tanto, y continuamos buscándolo hasta que cayó la noche, momento en que Elizabeth supuso que podía haber retornado a la casa. No estaba allí. Volvimos nuevamente al campo, esta vez con antorchas; pues yo no podía descansar pensando que mi dulce niño se había perdido, y que estaba expuesto a la humedad y al rocío de la noche; Elizabeth también experimentaba profunda angustia. Alrededor de las cinco de la mañana descubrí a mi querido hijo, a quien la noche antes había visto desbordante de salud y actividad, extendido sobre el pasto, lívido e inmóvil: sobre el cuello tenía marcado el dedo del asesino.

»Lo llevamos a casa, y la angustia visible en mi rostro reveló el secreto a Elizabeth. Pidió ver el cadáver. Al principio intenté impedirselo; pero insistió, y entrando en el cuarto donde yacía, examinó apresuradamente el cuello de la víctima, y juntando las manos exclamó: ‘¡Oh, Dios! ¡He asesinado a mi querido niño!’.

»Perdió el sentido, y con mucha dificultad logramos que reaccionara. Cuando volvió en sí, no hizo más que gemir y suspirar. Me relató que esa misma tarde William la había inducido a que le prestase una miniatura muy valiosa que tu madre regalara a Elizabeth. Esta imagen ha desaparecido, y sin duda fue la tentación que movió al asesino. Por ahora no hay rastros del individuo, aunque no descansamos en nuestros esfuerzos por descubrirlo; de todos modos, ellos no nos devolverán a mi amado William.

»Ven, querido Víctor; eres el único que puede consolar a Elizabeth. Lloro sin descanso, y se acusa injustamente de la muerte del niño; sus palabras me laceran el corazón. Todos nos sentimos desgraciados; pero ¿no será ese un motivo más para que tú, hijo mío, vuelvas y nos reconfortes? ¡Tu querida madre! ¡Ay, Víctor! ¡Ahora agradezco a Dios que ella no vive para presenciar esta muerte cruel y miserable de su niño más pequeño!

»Ven, Víctor; no cavilando ideas de venganza contra el asesino, sino con sentimientos de paz y de bondad, que curen en lugar de agravar las heridas de nuestro espíritu. Entra en la casa del duelo, amigo mío, pero con la bondad y el afecto hacia quienes te aman, y no con odio hacia tus enemigos. Tu padre afligido que te quiere.

Alphonse Frankenstein.

Clerval, que había observado mi semblante mientras yo leía esta carta, se sorprendió de contemplar la desesperación que siguió a la alegría que expresé al principio, al recibir noticias de mis amigos. Arrojé la carta sobre la mesa, y me cubrí el rostro con las manos.

«Mi querido Frankenstein», exclamó Henry cuando me vio llorar amargamente, “¿has de ser siempre infeliz? Querido amigo, ¿qué ha sucedido?».

Le indiqué con señas que leyese la carta mientras yo atravesaba la habitación en una dirección y en otra, presa de la más extrema agitación. También los ojos de Clerval brotaron lágrimas mientras leía el relato de mi infortunio.

«No puedo ofrecerte consuelo, amigo», dijo; “tu pérdida es irreparable. ¿Qué piensas hacer?».

«Dirigirme inmediatamente a Ginebra; ven conmigo, Henry, a ordenar los caballos».

Durante nuestra caminata, Clerval trató de pronunciar algunas palabras de consuelo; sólo podía manifestar su sentida y sincera simpatía. «¡Pobre William!» dijo, “¡querido niño adorable, ahora duerme con el ángel de su madre! ¡El que lo ha visto brioso y alegre en su juvenil belleza no puede sino llorar su prematura pérdida! ¡Morir tan miserablemente; sentir la garra del asesino! ¡Y tanto más asesino el que pudo destruir tan radiante inocencia! ¡Pobre amiguito! Sólo un consuelo nos resta; sus amigos se conduelen y lloran, pero él está en paz. La angustia ha concluido, sus sufrimientos terminaron para siempre. El césped cubre su gentil forma, y ya no conoce el dolor. No puede ser objeto de compasión; ésta debemos reservarla para los acongojados sobrevivientes».

Así hablaba Clerval mientras recorríamos las calles; las palabras se me grabaron en la mente y las recordé posteriormente en la soledad. Pero ahora, tan pronto como llegaron los caballos, me despedí de mi amigo.

Mi travesía fue dolorosa. Al principio deseaba avanzar aprisa, pues anhelaba consolar y reconfortar a mis seres queridos y los amigos dolientes; pero cuando me acerqué a mi ciudad natal, disminuí la velocidad del avance. Apenas si podía soportar la multitud de sentimientos que bullían en mi mente. Atravesé escenarios familiares a mi juventud, pero que no había visto durante casi seis años. ¡Qué cambiado debía estar todo después de ese tiempo! Una transformación repentina y desconsoladora se había producido; pero un millar de pequeñas circunstancias podían haber obrado gradualmente otras alteraciones que, aunque más discretas, quizá fueran no menos decisivas. El miedo me invadió; no osaba avanzar, temiendo miles de males innominados que me hacían temblar, aunque me sentía incapaz de definirlos.

Permanecí dos días en Lausana, en este penoso estado mental. Contemplaba el lago: las aguas eran plácidas; todo en derredor estaba calmo; y las montañas nevadas, «los palacios de la naturaleza» no habían sufrido ningún cambio. Poco a poco el escenario sereno y celestial me infundió fuerzas, y continué mi viaje en dirección a Ginebra.

El camino seguía paralelamente al lago que se estrechaba a medida que me acercaba a mi ciudad natal. Percibí más nítidamente las laderas negras del Jura, y la refulgente cumbre del Monte Blanco. Lloré como un niño. «¡Queridas montañas! ¡Hermoso lago mío! ¿Qué bienvenida dais al viajero? Sus cimas son claras; el cielo y el lago están azules y plácidos. ¿Debo tomarlo como un augurio de paz o como una burla a mi infelicidad?»

Amigos míos, temo que terminaré por conjurar el tedio si sigo explayándome en estas circunstancias preliminares; pero eran días de relativa felicidad, y los recuerdo con placer. ¡Mi tierra, mi tierra querida! ¡Quién sino un nativo puede describir el goce que sentí al contemplar de nuevo el arroyo y las montañas, y sobre todo el hermoso lago!

Sin embargo, mientras me aproximaba, una vez más el dolor y el miedo me embargaron. También caía la noche; y cuando apenas pude ver las oscuras montañas, me sentí aún más deprimido. El cuadro que se ofrecía parecía un vasto y semiiluminado escenario de maldad y preví oscuramente que estaba destinado a convertirme en el más desgraciado de los seres humanos. ¡Ay de mí! Mi profecía resultó cierta y falló en una única circunstancia, a saber: en toda la miseria que imaginé y temí, no anticipé siquiera la centésima parte de lo que estaba destinado a soportar.

Había caído la noche cuando llegué a las cercanías de Ginebra: las puertas de la ciudad ya estaban cerradas; y me vi obligado a pasar la noche en Secheron, una aldea distante media legua de la ciudad. El cielo aparecía sereno; y como no pude descansar, decidí visitar el sitio donde mi pobre William había sido muerto. Como no podía pasar por la ciudad, tuve que cruzar el lago en bote para llegar a Plainpalais. Durante este breve viaje vi los relámpagos que dibujaban las más bellas figuras en la cima del Monte Blanco. La tormenta parecía acercarse rápidamente; y después de desembarcar, subí una colina baja, para observar sus progresos. Avanzaba paulatinamente; el cielo estaba cubierto de nubes, y pronto sentí la lluvia que caía lentamente en grandes gotas. Pero su violencia se acentuó velozmente.

Abandoné mi silla, y seguí a pie, aunque la oscuridad y la tormenta se intensificaban a cada minuto, y el trueno estalló con estrépito terrorífico sobre mi cabeza. Me llegaron los ecos desde Salève, las montañas del Jura, y los Alpes de Saboya; vivos relámpagos me deslumbraron, iluminando el lago y mostrándolo como una vasta línea de fuego; luego, por un instante todo pareció sumido en profunda oscuridad, hasta que el ojo se acostumbró a la falta de luz. La tormenta, como ocurre a menudo en Suiza, estalló simultáneamente en varios puntos del cielo. El foco más violento estaba exactamente al norte de la ciudad, en esa parte del lago que se extiende entre el promontorio de Belrive y la aldea de Copet. Otra tormenta iluminaba el Jura con débiles relámpagos; y otra ensombrecía y a veces revelaba el Mole, una empinada montaña al este del lago.

Mientras contemplaba la tempestad, bella y al mismo tiempo terrible, avanzaba con paso vivo. Esta noble contienda de los cielos elevó mi espíritu; junté las manos, y exclamé en voz alta: «¡William, querido ángel! ¡Éste es tu funeral, ésta es la última oración!» Había dicho estas palabras, cuando percibí entre las sombras una figura que se deslizaba detrás de un bosquecillo, cerca de mí; permanecí inmóvil, mirando atentamente; no podía equivocarme; un relámpago iluminó el objeto y me reveló claramente su forma; su naturaleza gigantesca, y la deformidad de su aspecto, de una fealdad inhumana, me indicó instantáneamente que era el perverso, el horrible demonio a quien había infundido vida. ¿Qué hacía allí? ¿Podía ser (me estremecí ante la idea) el asesino de mi hermano? Apenas la idea cruzó mi imaginación, y ya estaba convencido de que había acertado; me castañeteaban los dientes, y me vi obligado a apoyarme en un árbol para no caer. La figura se alejó rápidamente, y la perdí entre las sombras. Ningún ser humano podía haber destruido a ese hermoso niño. ¡Él era el asesino! No podía dudar de ello. La mera presencia de la idea era prueba irresistible del hecho. Pensé perseguir a aquel demonio; pero habría sido en vano. Pues otro relámpago me mostró que estaba colgado entre las rocas de la ladera casi perpendicular del Monte Salève, una elevación que limita a Plainpalais, por el Sur. Pronto llegó a la cima y desapareció.

Permanecí inmóvil. Cesaron los truenos; pero la lluvia continuó, y la escena estaba envuelta en tinieblas impenetrables. Rememoré los hechos que hasta ese momento había intentado olvidar: el curso total de mis trabajos hasta la creación; el ser vivo que había creado con mis propias manos, erguido al lado de mi lecho; su partida: ahora habían transcurrido casi dos años desde la noche en que por primera vez había demostrado vida; ¿y era éste su primer crimen? ¡Ay! Había lanzado al mundo un ser depravado, que se complacía en el crimen y el dolor; ¿acaso no había asesinado a mi hermano?

Nadie puede imaginar el sentimiento de angustia que padecí durante el resto de la noche, que pasé, sufriendo frío y humedad, al aire libre. Pero no sentí las molestias provocadas por el tiempo; mi imaginación estaba absorta en escenas de perversidad y desesperación. Pensé en el ser a quien había conferido condición humana, y dotado del poder y la voluntad de realizar hazañas horribles, como la que ahora había cumplido; era mi propio vampiro, mi propio espíritu salido de la tumba, y forzado a destruir todo lo que me era caro.

Rompió el día; y yo dirigí mis pasos hacia la ciudad. Las puertas estaban abiertas, y me apresuré a llegar a la casa de mi padre. Mi primer pensamiento fue revelar lo que sabía del

asesino, y organizar inmediatamente la búsqueda. Pero me contuve cuando reflexioné en la historia que podía relatar. Un ser a quien yo mismo había formado y dotado de vida, estaba a medianoche entre los precipicios de la montaña inaccesible. Recordé también la fiebre nerviosa que me había asaltado en el momento de mi creación, y que conferiría un aire de delirio a un relato para los demás tan improbable. Bien sabía que si cualquier otro me hubiese contado algo por el estilo, no habría tachado de insano. Además, la extraña naturaleza de aquel animal esquivaría todas las persecuciones, aunque se me creyese hasta el extremo de que mis parientes se decidieran a comenzar la búsqueda. Además, ¿de qué serviría la persecución? ¿Quién podía arrestar a una criatura capaz de escalar las empinadas laderas del Monte Salève? Estas reflexiones me decidieron, y resolví permanecer silencioso.

Eran aproximadamente las cinco de la mañana cuando entré en la casa de mi padre. Dije a los sirvientes que no molestasen a la familia y me dirigí a la biblioteca, para esperar que se levantasen.

Habían transcurrido seis años, que eran como un sueño —salvo una marca indeleble— y yo estaba en el mismo lugar donde había abrazado por última vez a mi padre antes de partir para Ingolstadt. ¡Amado y venerable padre! Todavía experimentaba hacia él los mismos sentimientos. Contemplé la imagen de mi madre, ubicada sobre la chimenea. Era un tema histórico, pintando a instancias de mi padre, y representaba a Caroline Beaufort sumida en la desesperación, arrodillada al lado del féretro de su padre muerto. Sus atavíos eran rústicos, y tenía las mejillas pálidas; pero había en ella un aire de dignidad y belleza, que apenas daba lugar al sentimiento de compasión. Debajo de esta imagen se hallaba una miniatura de William; y las lágrimas afluyeron a mis ojos cuando la contemplé. Mientras me hallaba en eso, entró Ernesto: me había oído llegar, y se apresuró a darme la bienvenida. Expresó cierta dolorida complacencia al verme: «bienvenido, querido Víctor», dijo: «¡Ah! ¡Quisiera que hubieses venido hace tres meses, pues entonces nos habrías encontrado a todos felices y complacidos! Ahora llegas para compartir un sufrimiento que nada puede aliviar; pero confío en que tu presencia animará a nuestro padre, que parece agobiado por su infortunio; y que tus palabras induzcan a la pobre Elizabeth a cesar en sus inútiles y torturantes sentimientos de culpa. ¡Pobre William! ¡Cuánto lo queríamos y cómo nos enorgullecíamos de él!»

Las lágrimas fluyeron libremente de los ojos de mi hermano; y todo mi cuerpo experimentó una sensación de mortal sufrimiento. Antes sólo había imaginado la desolación de mi hogar; pero la realidad se me aparecía como un desastre diferente, y no menos terrible. Traté de calmar a Ernesto; y pregunté con mayor detalle respecto de mi padre y de la que yo denominaba mi prima.

«Sobre todo ella dijo Ernesto necesita consuelo; se acusa de la muerte de mi hermano, y ello es la causa de su infelicidad. Pero como se ha descubierto a la persona que cometió el asesinato...»

«¡Que se ha descubierto al asesino! ¡Santo Dios! ¿Cómo puede ser esto? ¿Quién intentará atraparlo? ¡Es imposible!; tanto valdría querer aferrar el viento, o contener la corriente de un río con una paja. ¡También yo lo vi; andaba por el campo anoche!»

«No sé de qué hablas», replicó mi hermano, con acento de asombro, «pero puedo asegurarte que este descubrimiento viene a coronar nuestro dolor. Al principio, nadie lo hubiese creído; y

aún ahora Elizabeth no quiere convencerse, a pesar de las pruebas acumuladas. Ciertamente, ¿quién podría suponer que Justine Moritz, que se mostraba tan cordial, y que tanto simpatizaba con toda la familia, de pronto cometiese un crimen tan tremendo y desconcertante?»

»¡Justine Moritz! Pobre muchacha... ¿a ella se acusa de todo esto? Pero hay un error; sin duda todos lo comprenden así; ¿es posible que alguien crea semejante cosa, Ernesto?

«Al principio, nadie quiso creerlo; pero llegaron a conocerse varias circunstancias que casi nos obligaron a aceptar la verdad; y su propia conducta ha sido tan extraña, que ha agregado a la prueba de los hechos un peso que, mucho me temo, no deja lugar a dudas. Pero hoy la juzgarán, y entonces podrás enterarte de todo».

Ernesto me contó que, la mañana en que se había descubierto el crimen del pobre William, Justine enfermó, debiendo guardar cama durante varios días. Durante ese intervalo, una de las criadas, había tomado por casualidad el vestido que Justine usaba la noche del crimen; y en un bolsillo había descubierto la imagen de mi madre, que según se creía había sido la causa del asesinato. La sirvienta instantáneamente mostró el objeto a otra de las criadas, y esta última, sin decir palabra a ningún miembro de la familia, acudió a un magistrado; y después de escuchar la declaración de la mujer, Justine fue arrestada. Cuando se la acusó del crimen, la acentuada confusión de Justine contribuyó mucho a confirmar la sospecha.

Era un relato ciertamente extraño, pero no conmovió mi fe; y así, repliqué sinceramente: «Todos están equivocados; conozco al asesino. La pobre y buena Justine es inocente».

En ese momento entró mi padre. Vi la infelicidad profundamente marcada en su rostro, pero trató de demostrar alegría en su acogida; y después que cambiamos nuestros tristes saludos, hubiéramos abordado un tema distinto del que se relacionaba con nuestra desgracia, si Ernesto no hubiera exclamado: «¡Por Dios, papá! Víctor afirma saber quién fue el asesino del pobre William».

«Desgraciadamente, también nosotros lo sabemos», replicó mi padre; “pues les aseguro que habría preferido permanecer eternamente sumido en la ignorancia antes que descubrir tanta depravación e ingratitud en una persona a quien tanto estimaba».

«Mi querido padre, estás equivocado; Justine es inocente».

«Si así es, Dios no permita que sufra el castigo de los culpables. Se la juzgará hoy, y abrigo la sincera esperanza de que sea absuelta».

Estas palabras me tranquilizaron. Por mi parte, estaba firmemente convencido de que Justine —y para el caso, cualquier otro ser humano— era inocente del crimen. Por consiguiente, no temía que pudiesen señalarse pruebas circunstanciales suficientes para condenarla. Lo que yo podía decir no estaba destinado a los oídos del público; la gente común interpretaría aquel desconcertante horror como fruto de la locura. Excepto yo mismo, el creador, ¿había alguien capaz de admitir, a menos que sus sentidos lo convenciesen, la existencia de ese monumento viviente de presunción y tosca ignorancia que yo había echado a andar por el mundo?

Pronto Elizabeth vino a reunirse con nosotros.

El tiempo la había cambiado desde la última vez que yo la viera; y la había dotado de una dulzura que sobrepasaba la belleza de sus años infantiles. Mostraba el mismo candor, la misma vivacidad, pero unida a una expresión en la que se mostraba más claramente la sensibilidad y el

intelecto. Me dio la bienvenida con el mayor afecto. «Tu llegada, querido primo», dijo, me trae esperanza. Quizás halles el modo de justificar a mi pobre e inocente Justine. Dios mío, ¿quién puede estar a salvo, si a ella se la condena por ese crimen? Confío en su inocencia con la misma seguridad que en la mía. Nuestro infortunio es doblemente penoso; no sólo hemos perdido a ese niño amable y bondadoso; además, esa desgraciada muchacha, a quien amo sinceramente, está siendo arrastrada por un destino peor aún.

«Si la condenan, no volverá a conocer la felicidad. Pero no lo harán, de eso estoy segura; y pienso que así volveré a hallar la felicidad, aún después de la triste muerte de mi pequeño William».

«Es inocente, Elizabeth», dije; “y así se demostrará; no temas, y levanta tu espíritu con la convicción de que será absuelta».

«¡Cuán amable y generoso eres! Todos los demás creen en su culpabilidad, y ello me hace desgraciada, pues yo bien sabía que era imposible: y ver que todos los demás alimentan tan siniestros prejuicios me ha sumido en la desesperanza y el dolor». Y después de decir estas palabras, Elizabeth lloró.

«Querida sobrina», dijo mi padre, “seca tus lágrimas. Si como tú crees, es inocente, confía en la justicia de nuestras leyes, y en la actividad con la que impediré la más mínima sombra de parcialidad».

Capítulo 8

Sumidos en la tristeza, pasamos unas pocas horas, hasta las once, en que debía comenzar el proceso. Como mi padre y el resto de la familia tenían que asistir en calidad de testigos, los acompañé al tribunal. Mientras duró aquella perversa burla de la justicia, padecí todas las torturas del infierno. Debía resolverse si el resultado de mi curiosidad y mis impíos manejos serían causa de la muerte de dos semejantes: Uno de ellos un niño sonriente, pleno de inocencia y alegría; el otro, asesinado de manera más espantosa, con todos los agravantes de la infamia que podía convertir al crimen en hecho memorable por su horror. Justine era también una joven meritoria, y poseía cualidades que prometían hacerla feliz: ahora todo esto iría a hundirse en una tumba ignominiosa; ¡y yo era la causa! Mil veces hubiese preferido confesarme culpable del delito atribuido a Justine; pero me hallaba ausente cuando se cometió y se habría tomado esa declaración como los extravíos de un loco, de modo que no hubiera conseguido salvar a quien sufría por mi culpa.

Justine mostraba un continente sereno. Llevaba ropas de duelo; y su expresión, siempre atractiva, había adquirido exquisita belleza gracias a la solemnidad de sus sentimientos. De todos modos, parecía confiada en su inocencia, y no temblaba, a pesar de que era el blanco de las miradas de execración de millares de personas; pues todos los buenos sentimientos que en otras condiciones su belleza podría haber sugerido, estaban anulados en la mente de los espectadores por la imaginación del crimen enorme que se le atribuía. Se mostraba tranquila, pero su tranquilidad era evidentemente fruto de un esfuerzo; y como su confusión había sido mencionada antes como prueba de su culpabilidad, ahora se obligaba a demostrar cierta apariencia de coraje. Cuando entró en la sala del tribunal, recorrió el lugar con los ojos, y rápidamente descubrió dónde estábamos sentados. Una lágrima pareció empañar sus ojos cuando nos vio; pero pronto recobró el dominio de sí misma, y una mirada de dolorido afecto pareció atestiguar su absoluta inocencia.

Comenzó el proceso; y después que el fiscal anunció la acusación, fueron llamados varios testigos. Varios hechos extraños concurrían a perjudicar su situación, y sin duda habrían impresionado a quien no dispusiese, como yo, de tantas pruebas de su inocencia. Había estado fuera de su casa la noche del crimen, y hacia la mañana una mujer que tenía puesto en el

mercado la había visto no lejos del lugar donde después halló el cuerpo del niño asesinado. La mujer le preguntó qué hacía allí; pero Justine se comportó de manera muy extraña, y se limitó a ofrecer una respuesta confusa e ininteligible.

Retornó a la casa alrededor de las ocho, y cuando alguien preguntó dónde había pasado la noche, contestó que había estado buscando al niño, y preguntó con ansiedad si se sabía algo de él. Cuando le mostraron el cuerpo, sufrió un violento ataque histérico, y tuvo que guardar cama varios días. Luego, se presentó la imagen que la sirvienta había hallado en el bolsillo de Justine; y cuando Elizabeth, con voz vacilante, afirmó que era el mismo que ella había colocado alrededor del cuello del niño, una hora antes de la desaparición, un murmullo de horror y de indignación recorrió la sala.

Se llamó a Justine para que hiciese su defensa. A medida que avanzaba el proceso, la expresión de su rostro se alteraba. En él hallaron expresión la sorpresa, el horror y el sufrimiento. A veces luchaba con las lágrimas; pero cuando se la incitó a hablar, consiguió dominarse, y se expresó con voz audible aunque desigual.

«Dios sabe», dijo, «que soy completamente inocente. Pero no pretendo que mis protestas me absuelvan: apoyo mi inocencia en una explicación llana y simple de los hechos aducidos contra mí; y espero que el carácter que siempre demostré inclinarán a mis jueces a aceptar una interpretación favorable, donde las circunstancias parezcan dudosas o inciertas».

Relató luego que, con permiso de Elizabeth, había pasado la velada de la noche del crimen en la casa de una tía en Chene, una aldea situada aproximadamente a una legua de Ginebra. Al regreso, aproximadamente a las nueve, encontró a un hombre, que le preguntó si había visto al niño perdido. La noticia la alarmó, y así pasó varias horas buscándolo, y como las puertas de Ginebra fueron cerradas se vio obligada a permanecer varias horas de la noche en un establo perteneciente a una casa de campo, pues no deseaba llamar a sus moradores, de quienes era bien conocida. Pasó la mayor parte de la noche allí, observando; y creía que hacia la mañana había dormido algunos minutos; unos pasos la inquietaron, y entonces despertó. Estaba amaneciendo, y la joven abandonó su refugio para reanudar la búsqueda de mi hermano. Si había pasado cerca del lugar donde yacía el cuerpo, lo había hecho sin saberlo. Que se desconcertase ante la pregunta de la mujer del mercado no debió sorprender, pues había pasado una noche sin sueño, y la suerte del pobre William aún no estaba aclarada. Con respecto a la imagen, no podía ofrecer ninguna explicación.

«Bien sé», continuó la infeliz víctima, «cuánto pesa en contra de mi inocencia esta circunstancia fatal, pero no estoy en condiciones de explicarla; y una vez que he manifestado mi total ignorancia, sólo me resta formular conjeturas acerca de las causas más probables de que alguien la haya deslizado en mi bolsillo. Pero también aquí me veo impedida. Creo no tener enemigos en la tierra, y sin duda nadie puede haber sido tan malvado como para buscar intencionadamente mi destrucción. ¿Acaso el asesino puso allí el medallón? No sé que haya tenido oportunidad para hacer tal cosa; y si la tuvo, ¿para qué quiso robar la joya, si tan pronto debía desprenderse de ella?

»Entrego mi causa a la justicia de los jueces, aunque no veo motivo de esperanza. Solicito que se llame a algunos testigos para que se refieran a mi carácter; y si su testimonio no invalida

mi culpa supuesta, que se me condene, aunque estoy dispuesta a subordinar mi salvación a mi inocencia.”

Fueron llamados varios testigos, que la habían conocido durante muchos años, y todos hablaron bien de ella; pero el temor y el repudio al crimen que le atribuían determinaron que vacilaran y demostrasen poca voluntad. Elizabeth advirtió que aun este último recurso, el carácter excelente de la joven y su conducta irreprochable, de poco serviría a la acusada; de modo que, a pesar de que se hallaba en estado de violenta agitación, solicitó permiso para dirigirse al tribunal.

«Soy», dijo, “la prima del desgraciado niño que fue muerto, o más bien su hermana, pues fui educada por sus padres y vivo con ellos desde que nació, y aún desde mucho antes. Quizá por ello se juzgue indecente que hable en esta ocasión; pero cuando veo que un semejante corre el riesgo de perecer por la cobardía de sus pretendidos amigos, deseo que se me permita hablar, para decir lo que conozco de su carácter. Estoy perfectamente al tanto de la personalidad de la acusada. He vivido en la misma casa con ella, una vez durante cinco y otra durante casi dos años. Siempre me pareció la más cordial y benévola de las criaturas humanas. Cuidó de la señora Frankenstein, mi tía, en su última enfermedad, y demostró el afecto más profundo y el cuidado más atento; y después asistió a su propia madre durante una penosa enfermedad, de un modo que provocó la admiración de todos los que la conocieron; luego volvió a vivir en casa de mi tío, donde era querida por toda la familia. Dispensaba el más cálido cariño al niño que ahora ha muerto, y se comportaba frente a él como una madre muy afectuosa. Por mi parte, no vacilo en decir que, a pesar de todas las pruebas esgrimidas contra ella, creo y confío en su perfecta inocencia. El acto que se le imputa no pudo tentarla: en cuanto al medallón que es la prueba principal, si lo hubiese deseado sinceramente, de buena gana se lo hubiera regalado; tanto la estimo y la aprecio».

Las palabras sencillas y vigorosas de Elizabeth provocaron un murmullo de aprobación; pero era una manifestación suscitada por su generosa intervención, y no un movimiento en favor de la pobre Justine, contra la cual la indignación pública se volcó con renovada violencia, acusándola de la más negra ingratitud. La propia acusada lloró ante las palabras de Elizabeth, pero no contestó. Mi agitación y mi angustia fueron extremos durante todo el proceso. Creía en la inocencia de Justine; sabía a qué atenerme. ¿Era posible que el demonio, que había asesinado a mi hermano (de ello no dudé ni un instante) se hubiera gozado en la demoníaca diversión de llevar a una inocente a la muerte y la ignominia? No podía soportar el horror de mi situación; y cuando advertí que la voz del pueblo, y la expresión de los jueces ya habían condenado a mi infeliz víctima, huí del tribunal perseguido por el sufrimiento. La tortura de la acusada no podía compararse con las mías; la sustraía su inocencia, pero las garras del remordimiento destrozaban mi pecho, y no parecían dispuestas a soltar presa.

Pasé una noche de dolor inenarrable. A la mañana siguiente fui al tribunal; tenía los labios y la garganta resecos. No me atreví a formular la pregunta fatal; pero me conocían, y el funcionario supuso cuál era la causa de mi visita. Se habían depositado los votos; todos la condenaban, y Justine fue declarada culpable.

No puedo tratar de describir lo que sentí entonces. Anteriormente había experimentado sensaciones de horror; y he tratado de explicarlas como corresponden, pero las palabras no pueden dar una idea de la atroz desesperación que entonces experimenté. La persona a quien me dirigí agregó que Justine ya había confesado su culpa. «Esta prueba», observó, “apenas era necesaria en un caso tan evidente, pero me alegro de que así haya ocurrido; ciertamente, ninguno de nuestros jueces gusta condenar a un criminal con pruebas circunstanciales, por decisivas que sean».

Era una noticia extraña e inesperada; ¿qué podía significar? ¿Quizá mis ojos me habían engañado? ¿Y yo estaba realmente tan loco como el mundo entero me creería, si llegara a revelar el objeto de mi sospecha? Me apresuré a regresar a casa, y Elizabeth me preguntó ansiosa el resultado.

«Prima», repliqué, “se ha resuelto como podía esperarse. Todos los jueces prefieren que diez inocentes sufran, y no que un culpable escape. Pero ella ha confesado».

Fue un golpe terrible para la pobre Elizabeth, que había confiado firmemente en la inocencia de Justine. «¡Ay!», dijo, “¿cómo podré volver a creer en la bondad humana? Justine, a quien amaba y estimaba como a una hermana, ¿cómo pudo esbozar esa sonrisa de inocencia, cuando sólo pensaba en la traición? Sus ojos bondadosos parecían incapaces de durezas o culpas, y, sin embargo, ha cometido un crimen.

Poco después supimos que la pobre víctima había expresado el deseo de ver a mi prima. Mi padre no quería que ella fuese; pero dijo que dejaba la decisión librada al juicio y los sentimientos de la propia Elizabeth. «Sí», dijo Elizabeth, “iré, a pesar de que es culpable; y tú, Víctor, me acompañarás: no puedo ir sola». La idea de esta visita me torturaba, y a pesar de todo no podía negarme.

Entramos en la celda sombría, y vi a Justine sentada sobre un montón de paja, en el extremo más alejado; tenía sujetas las manos, y la cabeza descansaba sobre las rodillas. Se puso de pie cuando nos vio entrar; y cuando nos dejaron solos con ella, se arrojó a los pies de Elizabeth, sollozando amargamente. Mi prima también lloraba.

«¡Oh, Justine!», dijo, “¿Por qué me quitaste mi último consuelo? Confiaba en tu inocencia; y aunque entonces me sentía muy desconsolada, no estaba tan profundamente dolorida como ahora».

«¿Y tú también crees que soy tan profundamente malvada? ¿Te unes a los enemigos que me agobian y me condenan como si fuese una asesina?» Su voz estaba sofocada por los sollozos.

«Levántate, pobre muchacha», dijo Elizabeth, “¿Por qué te arrodillas, si eres inocente? No pertenezco al grupo de tus enemigos; te creí inocente, a pesar de todas las pruebas, hasta que oí decir que tú misma habías confesado tu culpabilidad. Dices que la noticia es falsa; y ten la certeza querida Justine, de que sólo tu propia confesión podría destruir la confianza que deposité en ti».

«Sí, confesé; pero he mentado. Confesé para que se me diese la absolución; pero ahora esa falsedad pesa sobre mi corazón más que todos los demás pecados. ¡Que el Dios del cielo me perdone! Desde que me condenaron mi confesor me asedió, me amenazó constantemente, hasta que casi comencé a pensar que yo era el monstruo que él describía. Amenazó excomulgarme y

enviarme al fuego del infierno si continuaba obstinándome. Querida Elizabeth, no tenía a nadie que me sostuviese; para todos era una infeliz condenada a la ignominia y la perdición. ¡Qué podía hacer! En mal momento admití una mentira; y sólo ahora me siento realmente miserable».

Se interrumpió, sollozando, y luego continuó: «Pensé con horror, que ustedes creerían que su Justine, a quien la difunta señora tanto había honrado, y que ustedes amaban, era una criatura capaz de un crimen que sólo el diablo pudo haber perpetrado. ¡Querido William! ¡Querido y bendito niño! Pronto volveré a verte en el cielo, donde todas seremos felices; y ello me consuela, puesto que he de padecer infamia y muerte».

«¡Oh, Justine! Perdóname por haber desconfiado un instante de ti. ¿Por qué confesaste? Pero no te inquietes, querida muchacha. No temas. Proclamaré y demostraré tu inocencia. Ablandaré los corazones de piedra de tus enemigos con mis lágrimas y mis plegarias. ¡No morirás! ¡Tú, mi compañera de juegos, mi amiga y hermana, abatida en el cadalso! ¡No! ¡No! Nunca podría sobrevivir infortunio tan horrible».

Justine meneó la cabeza. «No temo a la muerte», dijo. “Ese dolor es cosa del pasado. Dios me da fuerzas y coraje para soportar lo peor. Abandono un mundo triste y amargo; y si me recuerdas, si piensas que he sido condenada injustamente, me resignaré al destino que me espera. ¡Aprende de mí, querida amiga, a someterte con paciencia a la voluntad del cielo!».

Durante esta conversación yo me había retirado a un rincón de la celda, donde podía ocultar la horrible angustia que me poseía. ¡Desesperación! ¿Quién se atrevía a hablar de eso? La pobre víctima que al día siguiente debía traspasar el límite atroz entre la vida y la muerte, no experimentaba un dolor tan profundo y amargo como yo. Rechiné los dientes, emitiendo un gemido que brotó de lo más hondo de mi alma. Justine se sobresaltó. Cuando vio de qué se trataba, se acercó a mí y dijo: «Querido señor, ha sido muy amable de su parte visitarme; confío que no creará en mi culpabilidad».

No pude responder. «No, Justine», dijo Elizabeth; “Está aún más convencido que yo de tu inocencia; pues ni siquiera cuando oyó que habías confesado quiso admitirlo».

«Se lo agradezco de veras. En estos últimos momentos experimenté la gratitud más sincera hacia quienes piensan en mí con bondad. ¡Cuán dulce es el afecto de otros para una desgraciada como yo! Disipa más de la mitad de mi infortunio; y siento como si pudiera morir en paz, ahora que mi inocencia ha sido reconocida por ustedes, querida Elizabeth, y por tu primo».

Así, la pobre doliente procuraba confortarme. Y ciertamente, había obtenido la resignación que deseaba. Pero yo, el verdadero asesino, sentía que en mi pecho continuaba su obra el ser maligno que no permitía esperanza ni consuelo. Elizabeth también lloraba, y se sentía infeliz; pero sufría el dolor de la inocencia, que como una nube que pasa frente a la luna, durante un momento disimula pero no disipa su brillo. La angustia y la desesperación habían penetrado en mi corazón; en mi fuero íntimo alimentaba un infierno que nada podía extinguir. Permanecí varias horas con Justine; y con mucha dificultad Elizabeth pudo abandonarla. «Desearía», exclamó, “morir contigo; no puedo vivir en este mundo de dolor».

Justine mostró un aire animoso, aunque apenas podía contener amargas lágrimas. Abrazó a Elizabeth, y dijo con voz que expresaba una emoción apenas contenida: «Adiós, querida Elizabeth, mi bien amada y única amiga; quiera el cielo en su bondad bendecirte y preservarte;

¡que éste sea el último infortunio que debas padecer! Vive, y sé feliz, y derrama felicidad sobre otros».

A la mañana siguiente, Justine murió. La conmovedora elocuencia de Elizabeth no modificó la actitud de los jueces, convencidos del delito de la joven. Mis exhortaciones apasionadas y coléricas no hicieron mella en ellos. Y cuando recibí sus frías respuestas, y oí los duros e insensibles razonamientos de estos hombres, la confesión que había proyectado hacer murió en mis labios. Pues si proseguía con mis planes sólo conseguiría sentar plaza de desequilibrado, pero no revocar la sentencia que afectaba a mi desgraciada víctima. ¡Y así, Justine pereció en el cadalso como asesina!

Cuando apartaba los ojos de las torturas de mi propio corazón, debía contemplar el dolor profundo y mudo de Elizabeth. ¡También esto era obra mía! ¡Y el dolor de mi padre, y la desolación de ese hogar antes tan feliz, todo eso era fruto de mis manos tres veces malditas! Sí, debía llorar; ¡pero no serían estas mis últimas lágrimas! ¡Nuevamente entonaría el cántico funerario, y una y otra vez se oiría el sonido de mis lamentaciones! Frankenstein, el hijo, el compatriota, el amigo bien amado, el mismo que estaría dispuesto a derramar hasta la última gota de sangre por el bien común el que no tiene otro pensamiento ni más alegría que la que pueda reflejarse en los rostros de sus seres queridos, el hombre que desea volcar bendiciones y consagrar la vida al servicio de los seres amados, es él la causa del sufrimiento, él quien incita a derramar lágrimas innumerables; el hombre que se sentiría inenarrablemente feliz si con lo ocurrido el destino inexorable se sintiese satisfecho, y si la destrucción cesara antes de que la paz de la tumba fuese el fin de tan tristes tormentos. Así habló mi alma profética, cuando desgarrada por el remordimiento, el horror y la desesperación, contemplaba a mis seres queridos condolerse vanamente sobre las tumbas de William y Justine, las primeras víctimas impotentes de mis artes siniestras.

Capítulo 9

Nada más doloroso para la mente humana que, después que los sentimientos han alcanzado la más alta tensión por obra de una rápida sucesión de hechos, la mortal calma de la inacción y la certidumbre que siguen, y que privan al alma tanto de esperanza como de temor. Justine había muerto; ella descansaba y yo estaba vivo. La sangre corría libremente por mis venas, pero la desesperación y el remordimiento agobiaban mi corazón, y nada lograba aliviarme. Me era imposible dormir; erraba como un espíritu maligno, pues había cometido fechorías imposibles de describir, y más, mucho más (de ello estaba persuadido) me reservaba el destino. Sin embargo, mi corazón desbordaba bondad y amor a la virtud. Había comenzado la vida con benévolas intenciones, y deseando que llegase cuanto antes el momento en que pudiese realizarlas, haciéndome útil a mis semejantes. Ahora todo eso estaba destruido: en lugar de esa serenidad de la conciencia que me permitía volver los ojos hacia el pasado, satisfecho de mí mismo, para obtener de él la promesa de nuevas esperanzas, estaba poseído por el remordimiento y el sentido de culpabilidad, que me arrojaba a un infierno de intensas torturas que ningún lenguaje sabría describir.

El estado de mi mente se cebó en mi salud, que nunca se había recuperado totalmente del primer choque. Huí del rostro del hombre; las expresiones de la alegría o la complacencia eran una tortura para mí; la soledad constituía mi único consuelo; una soledad profunda, oscura y letal.

Mi padre observó dolorido la visible alteración de mi temperamento y mis hábitos, y con argumentos extraídos de su serena conciencia y su vida recta procuró inspirarme fortaleza, y despertar en mí el coraje que me moviera a disipar la oscura nube que se abatía sobre mi persona. «¿Acaso crees, Víctor», dijo cierta vez, «que yo no sufro? Nadie podría amar a un niño más de lo que yo quise a tu hermano» (mientras hablaba los ojos se le llenaron de lágrimas); «pero ¿no crees que nuestro deber hacia los sobrevivientes, es abstenernos de ahondar su desgracia con una apariencia de dolor inmoderado? También es un deber hacia tu propia persona; pues el dolor excesivo impide progresar o ser feliz, o siquiera cumplir nuestras obligaciones diarias, gracias a las cuales somos útiles a la sociedad».

Este consejo era sensato, pero totalmente inaplicable a mi caso; habría sido el primero en ocultar mi dolor y consolar a mis amigos, si el remordimiento no hubiese agregado su amargura y el terror su alarma a las sensaciones que experimentaba. Y ahora, sólo podía responder a mi padre con una mirada de desesperación, y tratar de evitar que me viese.

Por ese tiempo nos retiramos a nuestra casa de Belrive. El cambio fue particularmente grato para mí. La residencia en la ciudad de Ginebra había acabado por ser muy irritante, pues las puertas se cerraban regularmente a las diez de la noche, y después de esa hora era imposible permanecer en el lago. Ahora era libre. A menudo, después que el resto de la familia se había retirado a descansar, me embarcaba en el bote y pasaba muchas horas en el agua. A veces, con las velas desplegadas, me dejaba llevar por el viento; y otras, después de remar hacia el medio del lago, dejaba que la embarcación siguiera su propio curso, y me sumía en mis miserables reflexiones. A menudo me sentí tentado, cuando todo era paz alrededor de mí, y yo mismo era la única cosa inquieta que erraba nerviosamente en una escena tan bella y celestial —si se exceptúa algún murciélago o las ranas, cuyo croar duro e interrumpido se oía sólo cuando me acercaba a la costa—, a menudo, digo, me sentí tentado de sumergirme en el lago silencioso, de modo que las aguas se cerraran sobre mí y mis calamidades para siempre. Pero me contenía cuando pensaba en la heroica y doliente Elizabeth, a quien amaba tiernamente, y cuya existencia estaba atada a la mía. También pensaba en mi padre y en mi hermano Ernesto: ¿Acaso en un acto de mezquina deserción los dejaría expuestos a la malicia del malvado que yo mismo creara?

En esos momentos lloraba amargamente, y deseaba que la paz volviera a mi mente, para ser capaz de consolarlos y devolverles la felicidad, pero tal cosa no podía ser. El remordimiento destruía todas las esperanzas. Había sido el autor de males irreparables; y vivía en constante temor, no fuese que el monstruo que yo creara viniese a perpetrar nuevas atrocidades. Experimentaba el oscuro sentimiento de que no había concluido todo, y de que aquel ser aún cometería algún terrible crimen, que por su enormidad anulase los recuerdos del pasado. Mientras viviese alguno de los seres que yo amaba, siempre habría motivo de temor. Es imposible imaginar cómo aborrecía a aquel malvado. Cuando pensaba en él, rechinaba los dientes, se me inflamaban los ojos, y deseaba ardientemente extinguir esa vida que de modo tan irreflexivo había concebido. Cuando reflexionaba en sus crímenes y en su malicia, mi odio y espíritu de venganza desbordaban todos los límites de la moderación. Habría aceptado realizar una peregrinación a la cumbre mas elevada de los Andes, si una vez llegado allí se me hubiese permitido precipitarlo hasta la base de la montaña. Deseaba verlo otra vez, para destruir el mal que anidaba en su cabeza y vengar las muertes de William y Justine.

Nuestra casa era un lugar de duelo. La salud de mi padre estaba profundamente conmovida por el horror de los hechos recientes. Elizabeth se mostraba triste y desolada; ya no le agradaban sus ocupaciones habituales; a sus ojos todo lo que significara placer representaba un sacrilegio hacia los muertos; y para ella el dolor y las lágrimas eternas eran el justo tributo que debía pagar a la inocencia calumniada y destruida. Ya no era esa feliz criatura que otrora paseaba conmigo a la orilla del lago, y hablaba extasiada de nuestros planes para el futuro. El primero de esos dolores que nos agobian en la tierra, se había abatido sobre ella, y su sombría influencia había borrado la alegría de su rostro.

«Cuando reflexiono, mi querido primo», dijo cierta vez, “en la muerte miserable de Justine Moritz, ya no veo el mundo y sus cosas como se me aparecían antes. Otrora, miraba los relatos del vicio y la injusticia, todo lo que leía en los libros o escuchaba de labios de otros, como cosas antiguas, o males imaginarios; por lo menos, eran asuntos remotos, y más familiares a la razón que a la imaginación; pero ahora el dolor ha entrado en nuestra casa, y los hombres me parecen monstruos sedientos de la sangre del prójimo. Y, sin embargo, es indudable que soy injusta. Todos creían en la culpabilidad de esa pobre muchacha; y si pudo haber cometido el crimen por el cual la condenaron, sin duda fue la más depravada de las criaturas humanas. Por unas pocas joyas, asesinar al hijo de su amigo y benefactor, al niño que ella había criado desde la cuna, y a quien aparentemente amaba como propio. Yo no podría consentir la muerte de ningún ser humano; pero ciertamente habría admitido que dicha criatura no podía permanecer en la sociedad de los hombres. Pero ella era inocente. Sé, siento que era inocente; y tú eres de la misma opinión, y ello confirma mi actitud. Dios mío, Víctor, cuando la falsedad puede asumir a tal extremo el aspecto de la verdad, ¿quién puede saber dónde está la felicidad cierta? Siento como si estuviera marchando al borde de un precipicio, hacia donde convergen millares de personas, que tratan de arrojarme al abismo. William y Justine fueron asesinados, y el criminal huye; camina libre por el mundo y quizás es un individuo respetado. Pero aunque me condenaran a pagar en el cadalso los mismos crímenes, no cambiaría mi lugar por el de ese malvado».

Oí estas palabras con el sentimiento más atroz. Yo no había dado muerte a William y Justine, pero de hecho era el verdadero asesino.

Elizabeth percibió la angustia que se dibujaba en mi rostro, y tomándome de la mano dijo: «Mi querido amigo, debes tranquilizarte. Dios sabe cuán profundamente estos acontecimientos me afectaron; pero no estoy tan perturbada como tú. En tu rostro se dibuja a veces una expresión de desesperación y de venganza que me inspira temor. Querido Víctor, destierra esas oscuras pasiones, recuerda a los amigos que te rodean y que depositan en ti todas sus esperanzas. ¿Has perdido la capacidad de hacerlos felices? ¡Ah! Mientras amemos... mientras nos seamos mutuamente fieles, en esta región de paz y belleza, en nuestro país natal, podemos cosechar todas las bendiciones... ¿qué puede perturbar nuestra paz?».

Y esas palabras, pronunciadas por la mujer a quien estimaba más que a todos los dones de la fortuna, ¿no bastarían para expulsar al malvado que acechaba en mi corazón? En el mismo momento en que ella hablaba, me acerqué, como poseído de terror; no fuese que en ese mismo momento el horrible destructor se aproximase para despojarme de su presencia.

Así, ni la ternura de la amistad, ni la belleza de la tierra o del cielo, podían redimir mi alma del dolor: los acentos del amor eran ineficaces. Estaba rodeado de una nube que no dejaba penetrar ninguna influencia benéfica. Podía compararseme al ciervo herido, que arrastra sus miembros desfallecientes hasta un soto escondido en el bosque, allí contempla la flecha que lo ha atravesado, y luego muere...

A veces podía afrontar la sorda desesperación que me abrumaba: pero otras, las encrespadas pasiones de mi alma me impulsaban a buscar, mediante el ejercicio corporal y el cambio de lugar, cierto alivio a mis intolerables sensaciones. Durante un acceso de esta clase dejé repentinamente mi casa, y dirigiendo mis pasos hacia los cercanos valles alpinos, busqué en la

magnificencia y la eternidad de dichas escenas olvidar mi propio ser y mis dolores, efímeros por su propia naturaleza humana. Mis vagabundeos me llevaron directamente hacia el valle de Chamounix. Lo había visitado frecuentemente en mi adolescencia. Después, habían transcurrido seis años: Yo era un ser destrozado... pero nada había cambiado en esos escenarios salvajes y eternos.

Hice a caballo la primera parte de mi viaje. Después, alquilé una mula, porque era animal de pie más seguro, y había menos probabilidades de que se hiriese en esos caminos accidentados. El tiempo era bueno: estábamos a mediados del mes de agosto, casi dos meses después de la muerte de Justine; ese período miserable en el cual se había originado toda mi desgracia. El peso que agobiaba mi espíritu se alivió sensiblemente a medida que penetraba en el desfiladero de Arve. Las montañas y los precipicios inmensos que se alzaban a ambos lados, el sonido que se despeñaba entre las rocas, y el movimiento de las cascadas alrededor, testimoniaban la existencia de un ser todopoderoso; y así dejé de temer, o de doblegarme ante ningún ser menos poderoso que el que había creado y gobernado los elementos, y que se manifestaba aquí en su aspecto más terrorífico. Y a medida que ascendía, el valle adoptaba un carácter más extraordinario y sorprendente. Castillos arruinados al borde de precipicios, montañas cubiertas de pinos; el Arve impetuoso, y aquí y allá las casitas que se asomaban entre los árboles, formaban una escena de singular belleza. Pero los Alpes poderosos la ampliaban y le conferían un carácter sublime, y las blancas y deslumbrantes pirámides y cúpulas montañosas dominaban el paisaje, como si perteneciesen a otra tierra, como si fueran la residencia de otra raza de seres.

Pasé el puente de Pélissier, donde el cañón formado por el río se abrió ante mí, y comenzó a ascender la montaña. Poco después, entré en el valle de Chamounix. Este valle es más maravilloso y sublime, pero no tan bello y pintoresco como el de Servox, que había dejado atrás. Las montañas altas y nevadas eran los límites inmediatos; pero no vi otros castillos en ruinas, ni campos fértiles. Varios glaciares inmensos cercaban el camino; oí el rugido lejano de las avalanchas, y percibí el polvo de nieve levantado por la caída. El Monte Blanco, el supremo y magnífico Monte Blanco, se alzaba entre las agujas circundantes y su cúpula tremenda dominaba el valle.

Un antiguo sentimiento de placer me asaltó a menudo durante viaje. Un recodo del camino, un objeto nuevo percibido y reconocido súbitamente, me recordaba tiempos pasados, y se asociaba con la despreocupada alegría de la adolescencia. Los vientos mismos soplaban serenamente, y la naturaleza maternal me incitaba a que dejase de llorar. Luego, se desvaneció nuevamente esa benigna influencia, me hallé atado otra vez al dolor, y hundido en el sufrimiento de la reflexión. Clavé las espuelas en mi animal, tratando de olvidar el mundo, mis temores, y sobre todo mi propia persona; o cuando me sentía más desesperado, desmontaba, y arrojándome sobre el pasto, me dejaba abrumar por el horror y la desesperación.

Finalmente, llegué a la aldea de Chamounix. El agotamiento fue la consecuencia de la extrema fatiga del cuerpo y la mente que yo había soportado. Durante un breve lapso permanecí frente a la ventana, contemplando las pálidas luces que jugaban sobre el Monte Blanco, y escuchando la cascada del Arve, que se abría paso en dirección al valle. Los mismos sonidos serenos contribuyeron a calmar mis sensaciones excesivamente vivas: cuando descansé la cabeza

sobre la almohada, el sueño me cubrió como un manto protector; lo sentí llegar, y bendije el alivio que me aportaba esa fuente de olvido.

Capítulo 10

Pasé el día siguiente recorriendo el valle. Estuve sobre las fuentes del Arveiron, que nace en un glaciar, y que lentamente desciende desde la cumbre hasta el valle. Frente a mí se alzaban las laderas abruptas de vastas montañas; la pared helada del glaciar pendía sobre mí; aquí y allá veía unos pocos pinos; y el silencio solemne de esta gloriosa naturaleza estaba interrumpido solamente por el murmullo de las aguas, o por la caída de algún vasto fragmento, o el trueno de las avalanchas, o los crujidos y las reverberaciones del hielo acumulado, que gracias a la acción silenciosa de leyes inmutables, se fragmentaba y reabría constantemente en un juego infinitamente renovado. Estas escenas sublimes y magníficas me ahorraban el más profundo de los consuelos. Me elevaban, apartándome de otros sentimientos más mezquinos; y aunque no disipaban mi dolor, lo calmaban y tranquilizaban. Asimismo, hasta cierto punto apartaban mi mente de los pensamientos que habían sido materia de cavilación todo el mes anterior. Por la noche me retiraba a descansar; y por así decirlo velaban mi sueño las grandes formas que había contemplado durante el día. Se congregaban alrededor de mí las cimas nevadas de la montaña, las rocas relucientes, los bosques de pinos, los cañones bravíos y desnudos, el águila, surcando el aire entre las nubes, todos se reunían alrededor de mí y velaban mi sueño.

¿Adónde habían huido a la mañana siguiente, cuando desperté?

Mientras dormía desapareció todo lo que hubiese podido alegrarme, y una oscura melancolía ensombreció mis pensamientos. La lluvia caía en torrentes, y una espesa bruma ocultaba las cimas de las montañas, de modo que ni siquiera pude ver el rostro de aquellos amigos poderosos. De todos modos, estaba dispuesto a penetrar el velo brumoso, y a buscarles en su sombrío retiro. ¿Qué eran para mí la lluvia y la tormenta? Me trajeron la mula a la puerta, y decidí ascender a la cima de Montanvert. Recordé el efecto que la visión de aquel glaciar tremendo, en permanente movimiento, había suscitado en mi espíritu la primera vez que lo contemplé. Entonces provocó en mí un sublime éxtasis que daba alas al alma, y que le permitía elevarse desde el mundo oscuro a la luz y la alegría. La visión de lo terrible y lo majestuoso de la naturaleza siempre había logrado exaltar mi espíritu, induciéndome a olvidar los cuidados pasajeros de la vida. Decidí seguir adelante sin guía, pues conocía bien el camino, y la presencia de otro hubiera destruido la grandeza solitaria de la escena.

La subida es accidentada, pero el camino está dividido en recodos breves, que se suceden constantemente, y que permiten superar la perpendicularidad de la montaña. Es una escena terroríficamente desolada. En mil lugares aparecen los rastros de la avalancha infernal; los árboles yacen destruidos en el suelo, algunos arrancados totalmente, otros doblados, apoyándose en las rocas salientes de la montaña, o transversalmente sobre otros árboles. A medida que uno asciende, el camino aparece cortado por hondonadas llenas de nieve, a donde van a parar las piedras que ruedan continuamente de lo alto; una de ellas es en particular peligrosa, pues el más mínimo sonido, por ejemplo una frase dicha en voz alta, produce un movimiento de aire suficiente para atraer la destrucción sobre la cabeza del culpable. Los pinos no son altos y abundantes, sino sombríos, y agregan un aire de severidad a la escena. Contemplé el valle que se abría a mis pies; de los ríos que lo atravesaban brotaban vastas masas de bruma, que iban a romper en flecos espesos sobre la ladera de las montañas del extremo opuesto, cuyas cimas estaban ocultas entre nubes, mientras la lluvia caía del cielo ensombrecido, y se sumaba a la impresión de melancolía que provocaban en mí los elementos del paisaje. ¡Ay! ¿Por qué el hombre se vanagloria de su sensibilidad superior a la del bruto? Pues ahora ella se ha convertido en algo indispensable. Si nuestros impulsos estuviesen limitados al hambre, la sed y el deseo, seríamos casi libres; pero ahora actuamos a impulsos de cada soplo de viento, de la palabra casual o de la escena que esa palabra quizá nos transmite.

Era casi mediodía cuando llegué a la cima de la ladera. Pasé un rato sentado sobre la roca que domina el mar de hielo. La bruma cubría esa montaña y las que me rodeaban. Poco después la brisa disipó las nubes, y descendí al glaciar. La superficie es muy desigual; se eleva como las olas de un mar agitado, desciende en hoyas profundas, y está salpicada de montículos y depresiones. El campo de hielo tiene casi una legua de ancho; pero me llevó aproximadamente dos horas cruzarlo. La montaña que se alza enfrente es una roca desnuda y cortada a pico. Desde el sitio en que ahora me hallaba, Montanvert estaba exactamente enfrente, a distancia de una legua; y sobre él se alzaba el Monte Blanco, terrible y majestuoso. Permanecí en una entrada de la roca, contemplando esta escena maravillosa y estupenda. El mar, o más bien diríamos el vasto río de hielo, corría entre las montañas, cuyas elevadas cimas se inclinaban sobre los recesos. Los picos helados y centelleantes brillaban bajo la luz del sol, sobre las nubes. Mi corazón, antes agobiado y dolorida ahora sentía algo semejante a la alegría; exclamé: «Espíritus errabundos, si en verdad sois como presencias móviles, y no seres inmóviles en vuestros angostos lechos, permitidme esta leve felicidad; o llevadme como vuestro compañero, lejos de las orillas de la vida».

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando divisé la figura de un hombre, a cierta distancia, que se acercaba a mí con velocidad sobrehumana. Saltaba sobre los accidentes del hielo entre los cuales yo había avanzado con precaución; y cuando se aproximó, vi que también su estatura parecía exceder la de un hombre. Me sentí inquieto: una niebla me cubrió los ojos, y tuve la impresión de que me desmayaba; pero la fría brisa montañesa me permitió reaccionar rápidamente. Cuando la forma se acercó, percibí (¡imagen tremenda y aborrecida!) que era el monstruo por mí creado. Temblé de cólera y horror; resolví esperar que llegase a donde yo estaba, para luego trabarme en mortal combate. Se aproximó; su rostro reflejaba amarga

angustia, combinada con desdén y malignidad, y su fealdad ultra terrena lo hacia casi demasiado horrible para los ojos humanos. Pero yo apenas observaba esto último; la cólera y el odio me privaron inicialmente del habla, y la recuperé sólo para abrumarlo con palabras que reflejaban el odio y el desprecio más furiosos.

«Demonio exclamé, ¿te atreves a acercarte a mí? ¿Y no temes que la fiera venganza de mi brazo se abata sobre tu cabeza miserable? ¡Huye, repugnante insecto! ¡O mejor aún, quédate, para que pueda devolverte al polvo! ¡Ah! ¡Si al extinguir tu miserable existencia yo pudiese devolver la vida a esas víctimas a quienes asesinaste de manera tan diabólica!»

«Esperaba que me recibieses de este modo —dijo el demonio—. Todos los hombres odian al desgraciado; ¡piensa, entonces, cómo seré odiado yo, que soy el más miserable de los seres vivos! Pero, tú, mi creador, me detestas y denigras, a pesar de que soy tu criatura, a la que estás ligado por vínculos que sólo pueden disolverse con la destrucción de uno de nosotros. Pretendes matarme; ¿cómo te atreves a jugar así con la vida? Cumple tu deber para conmigo, y yo cumpliré el mío hacia ti y hacia el resto de la humanidad. Si satisfaces mis condiciones, dejaré a los hombres y a ti mismo en paz; pero si rehúsas, alimentaré el monstruo de la muerte, hasta que se sacie con la sangre de los amigos que aún te quedan».

«¡Monstruo aborrecido! ¡Ser vil y maligno! Las torturas del infierno representan una venganza muy benigna para tus crímenes. ¡Perverso demonio! Me reprochas haberte creado; ven, pues, para que pueda extinguir la chispa que tan descuidadamente te concedí».

Experimentaba ilimitada cólera; salté sobre él, impulsado por todos los sentimientos que pueden armar a un ser contra la existencia de otro.

Me esquivó fácilmente, y dijo:

«¡Cálmate! Te ruego me oigas, antes de descargar tu odio sobre mi cabeza. ¿Acaso no he sufrido bastante para que busques acrecentar mi sufrimiento? La vida me es cara, pese a que puede ser una acumulación de sentimientos de angustia, y la defenderé. Recuerda que me hiciste más poderoso que tú mismo; soy más alto que tú, y mis articulaciones son más flexibles. Pero nada me inducirá a luchar contigo. Soy tu criatura, y aun me mostraré manso y dócil con mi señor natural y mi rey, si estás dispuesto a cumplir tu parte, tus obligaciones hacia mí. Oh, Frankenstein, seamos equitativos, y no pretendas que sufra solamente yo, a quien más debes justicia, y aun clemencia y afecto. Recuerda que soy tú criatura; que a tus ojos debo representar el papel de Adán; aunque más bien podría decirse que soy el ángel caído, a quien desterraste de la alegría sin que él fuese culpable. Por doquier veo felicidad, y de ella sólo yo estoy excluido irrevocablemente. Era benévolo y bueno; pero la miseria me hizo malvado. Hazme feliz, y volveré a ser virtuoso».

«¡Vete! No quiero oírte más. No puede haber comunión entre tú y yo; somos enemigos. Huye, o probemos nuestras fuerzas en la lucha, de modo que uno de los dos desaparezca».

«¿Cómo podría conmoverte? ¿Mis exhortaciones no lograrán que vuelvas a mirar con buenos ojos a tu criatura, que implora tu bondad y compasión? Créeme, Frankenstein: yo era benévolo; mi alma resplandecía de amor y humanidad: ¿pero acaso no estoy solo, miserablemente solo? Tú, mi propio creador, me aborreces; ¿qué puedo esperar de tus semejantes, que nada me deben? Me rechazan y me odian. Las montañas desiertas y los desolados glaciares son mi refugio. Recorrí

estas tierras durante muchos días; las cavernas de hielo, que sólo en mí no despiertan temor, son mi refugio, y el único que el hombre no usurpa. Levanto mi voz agradecida a estos cielos sombríos, pues se muestran conmigo más compasivos que tus semejantes. Si la humanidad conociese mi existencia, haría lo mismo que tú, y se armaría para destruirme. Así, pues, ¿no debo odiar a quienes me aborrecen? De mis enemigos nada quiero saber. Soy un miserable, y ellos compartirán mi infortunio. Sin embargo, puedes recompensarme, y liberarlos de un mal que puedes agravar a tal extremo que no sólo tú y tu familia, sino otros muchos perezcan tragados por el torbellino de su cólera. Deja que hable tu compasión, y no me desprecies. Escucha mi relato: cuando lo hayas oído, abandóname o compadéceme, como mejor te parezca. Pero óyeme: de acuerdo con las leyes humanas, se permite aun a los culpables más sanguinarios que hablen en defensa propia antes de condenarlos. Óyeme, Frankenstein. Me acusas de haber asesinado; y pese a todo serías capaz, con la conciencia tranquila, de destruir a tu propia criatura. ¡Oh, exaltas la justicia eterna del hombre! Sin embargo, no te pido que me perdones: escúchame; y luego, si puedes y quieres, destruye la obra de tus manos».

«¿Por qué evocas en mi recuerdo —repliqué— circunstancias que me estremecen, cuando rememoro que soy el origen y el miserable autor que las creó? ¡Maldito sea el día, demonio aborrecido, en que viste por primera vez la luz! ¡Maldito seas (aunque bien me maldigo yo mismo) por las manos que te formaron! Me has acarreado el peor de los infortunios. No me has dejado poder suficiente para considerar si soy justo contigo o no. ¡Vete! Aparta de mis ojos tu imagen detestada».

«Pues bien, apartaré mi imagen de tus ojos —dijo, y puso esas manos odiadas delante de mis ojos, y yo las aparté con violencia—; así te ahorraré una imagen que aborreces. De todos modos, puedes oírme, y concederme tu compasión. Por las virtudes que antaño me adornaron, esto reclamo de ti. Oye mi relato; es extenso y extraño, y la temperatura de este sitio no es apropiada para tus delicadas sensaciones; ven a la choza, sobre la montaña. El sol aún está alto en el cielo; antes de que descienda para ocultarse detrás de esos precipicios nevados, y para iluminar otro mundo, habrás oído mi relato, y podrás decidir. De ti depende que abandone para siempre la vecindad del hombre, y lleve una vida inofensiva, o me convierta en azote de tus semejantes, y en causa de tu acelerada ruina».

Así dijo, y me guió entre las masas de hielo: lo seguí. Sentía el corazón agobiado; y no le contesté; pero a medida que avanzaba, ponderaba los distintos argumentos que él había utilizado, y decidí que por lo menos oíría lo que tuviese que decirme. En parte me movía la curiosidad, y la compasión vino a confirmar mi actitud. Hasta entonces había supuesto que él era el asesino de mi hermano, y buscaba ansiosamente confirmar o denegar esta opinión. Además, por primera vez veía cuáles eran las obligaciones de un creador hacia su criatura, y que estaba obligado a hacerlo feliz antes de quejarme de su maldad. Estos motivos me indujeron a satisfacer su reclamo. De modo que cruzamos el campo de hielo, y ascendimos la ladera contraria. El aire era frío, y nuevamente empezó a llover: entramos en la choza, el malvado con aire regocijado, yo con el corazón dolorido y el ánimo deprimido. Pero consentí oírle; y después de acomodarse al lado del fuego que mi odioso compañero había encendido, comenzó su relato.

Capítulo 11

»Recuerdo muy dificultosamente el período original de mi ser: todos los hechos de esa época parecen confusos e indistintos. Una extraña multiplicidad de sensaciones se apoderó de mí, y vi, sentí, oí y olí, todo al mismo tiempo; y ciertamente, pasó mucho tiempo antes de que aprendiese a distinguir entre los movimientos de mis diversos sentidos. Recuerdo que cierta vez una luz más intensa hirió mis nervios, de modo que me vi obligado a cerrar los ojos. Entonces sobrevino la oscuridad, y me inquietó; pero apenas había percibido esto íntimo cuando, al abrir los ojos, según ahora supongo, la luz me acometió de nuevo. Caminé y, según creo, descendí de un punto a otro; pero de pronto observé una gran alteración en mis sensaciones. Antes, estaba rodeado de cuerpos oscuros y opacos, inmunes al tacto o a la vista; comprobé ahora que podía vagabundear libremente, y que no había obstáculos que no pudiese superar o evitar. La luz vino a ser cada vez más opresiva para mí; y como el calor estorbaba mi marcha, busqué un lugar donde pudiese recibir sombra. Fue el bosque cercano a Ingolstadt; y allí descansé a la vera de un arroyo, reponiéndome de mis fatigas, hasta que me sentí atormentado por el hambre y la sed. Estas sensaciones me arrancaron de mi estado casi latente, e ingerí algunas bayas que había en los árboles, o tiradas en el suelo. Sació mi sed en el arroyo; y luego, recostado sobre el pasto, me acometió el sueño.

»Cuando desperté, había oscurecido; además, tenía frío, y hasta cierto punto estaba atemorizado, por así decirlo instintivamente, al encontrarme tan solo. Antes de abandonar tu departamento, impulsado por una sensación de frío, me había cubierto con algunas ropas, pero ellas no bastaban para defenderme del rocío nocturno. Yo era un pobre, impotente y miserable desvalido; nada sabía, y nada podía distinguir; y como un sentimiento doloroso me agujoneaba por todos lados, me senté en el suelo y lloré.

»Poco después una suave luz se insinuó en el cielo, y me dio una sensación de placer. Me incorporé, y contemplé una forma radiante que se elevaba entre los árboles. La miré asombrado. Se desplazaba lentamente, pero iluminaba mi camino; y nuevamente me dediqué a buscar bayas. Aún sentía frío, pero poco después bajo uno de los árboles hallé un amplio manto, con el cual me cubrí, acomodándome en el suelo. Mi mente no se fijaba en una idea determinada; todo era muy confuso. Tenía sensaciones luminosas, y hambre, y sed, y una visión de las sombras;

innumerables sonidos llegaban a mis oídos, y de todos lados me saludaban diversos olores: el único objeto que podía distinguir claramente era la luna, y sobre ella fijé complacido los ojos.

»Pasaron varios días con sus noches, y la duración de la noche había disminuido mucho, cuando comencé a distinguir unas sensaciones de otras. Paulatinamente vi con claridad el arroyo donde bebía, y los árboles cuyo follaje me aportaban sombra. Me sentí complacido cuando descubrí por primera vez que un grato sonido, que a menudo saludara mis oídos, provenía de la garganta de unos animalitos alados que a menudo me habían interceptado la luz. También comencé a observar con mayor precisión las formas que me rodeaban, y a percibir los límites del cielo radiante y luminoso. A veces trataba de imitar las amables canciones de los pájaros, pero no lo conseguía. Otras, quería expresar mis sensaciones a mi propio modo, pero los sonidos toscos e inarticulados que brotaban de mi pecho me intimidaban y me inducían al silencio.

»La luna había desaparecido de la noche, y luego volvió a mostrarse, aunque disminuida, mientras yo continuaba en el bosque. En ese momento mis sensaciones ya eran más claras, y mi mente recibía todos los días ideas adicionales. Mis ojos se acostumbraron a la luz, y a percibir la verdadera forma de los objetos; distinguía al insecto de la hierba, y paulatinamente, a una hierba de otra. Comprobé que el gorrión sólo emitía notas duras, y que en cambio el canto del mirlo y el malvís era dulce y seductor.

»Cierta día en que sufría los efectos del frío, hallé un fuego que había sido abandonado por algunos vagabundos, y advertí complacido que gracias a él experimentaba calor. En mi alegría acerqué la mano a las brasas, pero rápidamente la retiré con un grito de dolor. ¡Cuán extraño — pensé— que la misma causa produzca efectos tan opuestos! Examiné los materiales del fuego, y para mi alegría hallé que se trataba de madera. Rápidamente reuní algunas ramas; pero estaban húmedas, y no querían arder. Me acongojó el hecho, y permanecí sentado, contemplando el fuego. La madera húmeda que había depositado cerca del calor acabó secándose, y al fin se inflamó. Reflexioné sobre el fenómeno; y tocando las distintas varas, descubrí la causa, y me apresuré a reunir gran cantidad de madera, con el fin de secarla y disponer de abundante combustible. Cuando llegó la noche, y con ella el sueño, experimenté el mayor temor de que mi fuego se extinguiese. Lo cubrí cuidadosamente con madera seca y hojas, y sobre todo ello deposité algunas ramas húmedas; y luego, extendiendo mi manto, me eché en el suelo y me dormí.

»Desperté a la mañana siguiente, y mi primer cuidado fue examinar el fuego. Quité las ramas, y una suave brisa pronto le arrancó llamas. Observé también este fenómeno, y con algunas ramas conseguí formar un abanico, que me permitió avivar las brasas cuando estaban casi extinguidas. Cuando volvió la noche, comprobé complacido que el fuego daba luz tanto como calor; y que el descubrimiento de este elemento era útil a mi alimentación; pues advertí que algunos de los víveres que los viajeros dejaban allí se habían cocido y tenían mucho mejor sabor que las bayas que yo recogía de los árboles. Por consiguiente, procuré aderezar mi alimento del mismo modo, depositándolo sobre las brasas. Así descubrí que la operación echaba a perder las bayas, pero que las nueces y las raíces mejoraban mucho.

»Sin embargo, el alimento comenzó a escasear; y a menudo pasaba todo el día buscando en vano unas pocas bellotas que calmasen los retortijones del hambre. Cuando vi la situación en que

me hallaba, decidí abandonar el lugar que había habitado hasta entonces, buscando otro donde mis escasas necesidades pudieran satisfacerse con mayor facilidad. En esta emigración, lamenté mucho perder el fuego que había conseguido casualmente, porque no sabía el modo de volver a encenderlo. Reflexioné varias horas sobre esta dificultad; pero me vi forzado a abandonar todos mis intentos; y envolviéndome en el manto, eché a andar por el bosque en dirección al poniente. Pasé tres días en este movimiento, y al fin salí a campo abierto. La noche anterior había nevado mucho, y los campos estaban cubiertos uniformemente de blanco; todo parecía desolado, y comprobé que la sustancia fría y húmeda que cubría el suelo me helaba los pies.

»Era alrededor de las siete de la mañana, y yo deseaba obtener alimento y refugio; finalmente, vi una pequeña choza, en terreno elevado, que sin duda había sido levantada para conveniencia de algún pastor. El espectáculo era nuevo para mí y examiné la estructura con viva curiosidad. Como hallé la puerta abierta, entré en el refugio. Un hombre estaba sentado cerca del fuego, y preparaba su desayuno. Se volvió al oír un ruido; y al verme, lanzó un sonoro aullido, y abandonando la choza atravesó a la carrera los campos, con una velocidad de la cual jamás se le habría creído capaz en vista de su cuerpo debilitado. Su apariencia, distinta de todo lo que yo había visto antes, y su fuga, me sorprendieron un tanto. Pero me agradó la apariencia de la choza: aquí no podían penetrar la nieve y la lluvia; el terreno estaba seco; y me parecía un retiro tan exquisito y divino como habrá sido Pandemonio para los diablos del infierno después de los padecimientos que sufrieron en el lago de fuego. Devoré codicioso los restos del desayuno del pastor, formado de pan, queso, leche y vino; pero no me agradó este último. Luego, abrumado por la fatiga me eché sobre un montón de paja, y caí dormido.

»Era mediodía cuando desperté; e incitado por la calidez del sol, que iluminaba con luz brillante el suelo blanco, decidí reanudar mi viaje; y depositando los restos del desayuno del campesino en un bolso que hallé, marché por los campos varias horas, hasta que al atardecer llegué a una aldea. Creí hallarme ante un espectáculo milagroso. Las cabañas, las pulcras casitas y las residencias señoriales comprometieron sucesivamente mi admiración. Las verduras en los huertos, la leche y el queso que vi depositados en las ventanas de algunas de las casas, excitaron mi apetito. Entré en una de las construcciones de mejor apariencia; pero apenas había puesto el pie en el interior, cuando los niños comenzaron a gritar y una de las mujeres perdió el sentido. Toda la aldea se alzó; algunos huyeron, otros me atacaron, hasta que, lastimado por las piedras y por muchos otros tipos de armas arrojadas, huí a campo abierto, y temeroso busqué refugio en una choza de escasa altura, completamente vacía, y que ostentaba una apariencia desdichada después de los palacios que había visto en la aldea. Sin embargo, esta choza estaba anexa a una casa de aspecto limpio y agradable; pero después de la última e ingrata experiencia, no me atreví a penetrar en ella. Mi refugio era de madera, pero tan bajo que apenas podía sentarme. Sin embargo, no había madera sobre la tierra, que formaba el piso; pero estaba seco. Y aunque el viento entraba por innumerables grietas, hallé que el sitio era un refugio agradable que me protegía de la nieve y la lluvia.

»El lugar fue mi retiro, y descansé feliz de haber hallado un refugio, por miserable que fuese, para protegerme de la inclemencia de la estación, y aún más de la barbarie del hombre.

»Apenas rompió el alba, me deslicé fuera de mi choza, para contemplar la casa adyacente, y descubrir si podía permanecer en la habitación que había hallado. Estaba situada contra la pared del fondo de la casa, y rodeada a ambos lados por una pocilga y un estanque de agua clara. Una parte estaba abierta, y por ella me había deslizado; pero ahora cubrí con piedras y matas todas las aberturas que podían denunciar mi presencia, aunque lo hice de tal modo que me fuese fácil retirarlas cuando quisiera salir: toda la luz que llegaba a mi refugio pasaba por la pocilga, y eso me bastaba.

»Después de haber dispuesto mi vivienda, y de alfombrarla con paja limpia, me retiré; pues vi a la distancia la figura de un hombre y recordaba demasiado bien el tratamiento de la noche anterior para confiarme a él. Sin embargo, había previsto mi sustento del día; en efecto, tenía una hogaza de pan moreno, y una taza con la cual podía beber, mejor que con la mano, el agua pura que corría cerca de mi refugio. El piso estaba un poco levantado, de modo que se mantenía perfectamente seco, y gracias a la proximidad de la chimenea de la casa, la temperatura era tolerable.

»Concluidos esos arreglos, resolví vivir en esa choza hasta que ocurriese algo que pudiese modificar mi decisión. Ciertamente, era un paraíso comparado con el bosque sombrío, mi antigua residencia, las ramas anegadas en lluvia, y la tierra húmeda. Tomé mi desayuno con verdadero placer, y me disponía a separar un madero para obtener un poco de agua, cuando oí pasos, y mirando por una pequeña grieta, vi una joven criatura, con un cántaro en la cabeza, que pasaba frente a mi choza. La muchacha era joven, y de continente gentil, muy distinta de las criadas y las jóvenes campesinas que hasta entonces había conocido. Sin embargo, estaba humildemente vestida, pues su único atuendo eran una tosca pollera azul y una chaqueta de lino; tenía los cabellos rubios peinados, pero no adornados: parecía paciente, pero entristecida. Dejé de verla; y aproximadamente un cuarto de hora después volvió, trayendo el cántaro, que ahora estaba parcialmente lleno de leche. Mientras caminaba, aparentemente incomodada por la carga, vino a reunirse con ella un joven cuya expresión reflejaba un dolor aún más profundo. Después de decir unas pocas palabras con cierto aire de melancolía, el muchacho se apoderó del cántaro y lo llevó a la casa. La joven lo siguió, y ambos desaparecieron de la vista. Poco después vi otra vez al joven, que con algunas herramientas en la mano cruzaba el campo, detrás de la casa; y la muchacha también estaba atareada, a veces con la casa, y otras en el huerto.

»Mientras examinaba mi refugio, descubrí que una de las ventanas de la casa había ocupado antes una parte de la choza, pero el hueco había sido tapado con tablas. En una de ellas había una grieta pequeña, casi imperceptible, por la cual podía verse el interior de la casa. Dicha grieta me permitió ver una sala pequeña, blanqueada y limpia, pero apenas amueblada. En un rincón, cerca de un pequeño fuego, estaba sentado un anciano, la cabeza apoyada en las manos en actitud desconsolada. La joven se ocupaba en el arreglo de la habitación; pero poco después retiró algo de un cajón, y se sentó al lado del anciano; y este último, recogiendo un instrumento, comenzó a tocar, y a producir sonidos más dulces que la voz del ruiseñor o del malvís. Era un espectáculo grato, aún para mí ¡pobre infeliz! que nunca había visto nada que pudiese llamarse bello. Los cabellos plateados y la expresión benévola del anciano conquistaron mi respeto, y los modales gentiles de la joven excitaron mi amor. El anciano tocó un aire dulce y plañidero, que según

percibí arrancó lágrimas a los ojos de su amable compañera; el anciano pareció no advertir la reacción de la muchacha, hasta que ella sollozó de manera audible; entonces, él pronunció unos locos sonidos, y la dulce criatura, dejando su labor, se arrodilló a los pies del hombre. Él procuró alzarla, y sonrió con tanta bondad y afecto que experimenté sensaciones de naturaleza peculiar y abrumadora; eran como una mezcla de dolor y placer, algo que jamás había experimentado antes, fuese por el hambre o el frío, el calor o el alimento; me retiré de la ventana, incapaz de soportar estas emociones.

»Poco después regresó el joven, llevando sobre los hombros una carga de leña. La muchacha lo recibió en la puerta, le ayudó a dejar la carga y, llevando parte del combustible al interior de la casa, lo agregó al fuego; luego, ella y el joven se alejaron hacia una entrante de la sala, y él le mostró una gran hogaza de pan y un trozo de queso. La muchacha pareció complacida, y se dirigió al huerto para buscar algunas raíces y verduras, que puso en agua y colocó sobre el fuego. Después, continuó su labor, mientras el joven se dirigía al huerto, y se atareaba cavando el suelo y extrayendo raíces. Después de trabajar en esto más o menos una hora, la muchacha se reunió con él y juntos entraron en la casa.

»Entretanto, el anciano había adoptado una actitud pensativa; pero cuando aparecieron sus compañeros, mostró un aire más animoso, y todos se sentaron a comer. La comida concluyó rápidamente. La joven volvió a ocuparse en el arreglo de la habitación; el anciano paseó frente a la casa, bajo el sol, durante unos minutos, apoyado en el brazo del hombre. Nada más bello que el contraste entre estas dos excelentes criaturas. Uno era un anciano, de cabellos plateados y expresión que trasuntaba benevolencia y amor: el más joven tenía figura delgada y grácil, y sus rasgos estaban modelados con la más delicada simetría; sin embargo, sus ojos y sus actitudes expresaban la más profunda tristeza y melancolía. El anciano retornó a la casa; y el joven, llevando herramientas distintas de las que había utilizado por la mañana, dirigió sus pasos a los campos.

»La noche cayó rápidamente; pero comprobé con profundo asombro que los habitantes de la casa podían prolongar la luz mediante velas, y me complació observar que la caída del sol no ponía fin al placer que experimentaba observando a mis vecinos humanos. Por la noche, la joven y su compañero se atarearon en diversas ocupaciones cuyo sentido yo no comprendía. Y el anciano tomó nuevamente el instrumento que producía los divinos sonidos que me habían encantado esa misma mañana. Cuando él terminó, el joven comenzó, no a tocar, sino a emitir sonidos monótonos, de ningún modo semejantes a la armonía del instrumento del anciano, ni a los cantos de los pájaros: después descubrí que leía en voz alta, pero en ese momento yo desconocía la ciencia de las palabras o las letras.

»Después de haberse entretenido en estas cosas un corto rato, la familia apagó las luces y se retiró, según supuse, para descansar.”

Capítulo 12

»Yacía sobre la paja, pero no podía dormir. Pensaba en los episodios del día. Sobre todo me impresionaban los modales gentiles de esas personas; anhelaba reunirme con ellas, pero no me atrevía. Recordaba demasiado bien el tratamiento que había sufrido la noche anterior a manos de los bárbaros aldeanos, y resolví que, al margen de la conducta que ulteriormente me pareciese adecuada, por el momento me mantendría discretamente en mi choza, observando y tratando de descubrir los motivos que influían en los actos de los habitantes de la casa.

»A la mañana siguiente se levantaron antes de salir el sol. La joven arregló las habitaciones y preparó los alimentos; y el varón salió después de la primera comida.

»El día repitió la misma rutina de la ocasión anterior. El joven trabajaba constantemente fuera de la casa, y la muchacha se ocupaba de diversas actividades en el interior de la misma. El anciano, que como pronto advertí era ciego, entretenía sus horas de ocio con el instrumento o meditando. Nadie hubiera podido demostrar sentimientos tan profundos de amor y de respeto como los que se manifestaban en la actitud de la joven pareja hacia su venerable compañero. Le prestaban con dulzura todos los pequeños servicios que imponen el afecto y el deber; y él los recompensaba con sus benévolas sonrisas.

»Aquellos tres seres no eran del todo felices. El joven y su compañera a menudo se separaban y parecían llorar. No advertí el motivo de su desgracia; pero el hecho me afectaba profundamente. Si tan amables criaturas se sentían infelices, era menos extraña la desgracia de un ser tan imperfecto y solitario como yo. De todos modos, ¿en qué consistía la desgracia de estos seres tan bondadosos? Poseían una hermosa casa (pues así la consideraba yo) y todos los lujos; tenían un fuego para calentarse cuando hacía frío, y deliciosas viandas para satisfacer el apetito; estaban vestidos con ropas excelentes; y más aún, gozaban de la compañía y el diálogo mutuo, e intercambiaban cotidianamente expresiones de afecto y de bondad. ¿Qué significaban esas lágrimas? ¿Realmente expresaban dolor? Al principio me sentí incapaz de resolver estas cuestiones; pero la constante observación y el tiempo me explicaron muchas apariencias que al principio eran misteriosas.

»Transcurrió un período considerable antes de que yo pudiese descubrir una de las causas de la inquietud de esta amable familia: me refiero a la pobreza, en verdad, padecían ese mal en

medida inquietante. Se alimentaban exclusivamente con las verduras de su huerto, y con la leche de una vaca; que daba muy poco durante el invierno, cuando sus dueños apenas podían obtener alimento para nutrirlos. Creo que a menudo padecían intensamente las torturas del hambre, especialmente los dos miembros más jóvenes, pues varias veces les vi colocar un plato de alimento frente al anciano, sin reservarse nada para ellos mismos.

»Este rasgo de bondad me conmovió profundamente. Me había acostumbrado a robar durante la noche una parte de aquellos alimentos para mi propio consumo; pero cuando descubrí que ello perjudicaba gravemente a los habitantes de la casa, me abstuve, y me satisficé con bayas, nueces, y raíces que recogía en el bosque vecino.

»Descubrí también otro medio que me permitía aliviar la situación de aquella familia. Advertí que el joven pasaba gran parte del día recogiendo leña para el hogar de la familia; de modo que durante la noche a menudo tomaba sus herramientas, cuyo uso descubrí rápidamente, y llevaba a la casa material suficiente para el consumo de varios días.

»Recuerdo la primera vez que hice lo que acabo de explicar: la joven, cuando abrió la puerta a la mañana, pareció muy sorprendida de ver una gran pila de leña junto a la casa. Dijo algunas palabras en voz alta, y cuando su compañero vino a reunírsele también expresó sorpresa. Observé complacido que ese día el muchacho no fue al bosque, y por el contrario lo pasó reparando la casa y cultivando el huerto.

»Paulatinamente realicé un descubrimiento más importante aún. Observé que estas personas poseían un método que les permitía comunicarse sus experiencias y sentimientos mediante sonidos articulados. Advertí que las palabras que pronunciaban a veces suscitaban placer o dolor, sonrisas o tristeza, en la mente y el rostro del interlocutor. Sin duda, se trataba de una ciencia propia de los dioses, y mi más ardiente deseo era llegar a asimilarla. Pero mis intentos en este sentido se vieron frustrados. Pronunciaban rápidamente las palabras, y como lo que decían no guardaba relación aparente con objetos visibles, no pude descubrir ninguna clave que me permitiese develar el misterio de sus manifestaciones. Sin embargo, gracias a mi intensa aplicación, y después de haber permanecido en mi refugio el espacio de varias revoluciones de la luna, descubrí los nombres que asignaban a algunos de los objetos más familiares; aprendí y apliqué las palabras *fuego, leche, pan y leña*. Aprendí también los nombres de los propios habitantes de la casa. El joven y su compañera respondían a varios nombres, pero el anciano no tenía más que uno, que era *padre*. La muchacha respondía a las palabras *hermana* o *Agatha*; y el joven era Félix, *hermano* o *hijo*. No puedo describir el placer que experimenté cuando conocí las ideas que correspondían a cada uno de estos sonidos, y fui capaz de pronunciarlos. Distinguí otras palabras, aunque aún no estaba en condiciones de entenderlas o de aplicarlas; por ejemplo, *bueno, querido, desgraciado*.

»De este modo pasé el invierno. Los modales gentiles y la belleza de aquellos seres los hicieron acreedores a mis más profundos sentimientos; cuando ellos se mostraban desgraciados, yo me sentía deprimido; cuando ellos se regocijaban, yo simpatizaba con sus alegrías. Vi pocos seres humanos, además de los miembros de esta familia; y si por azar otras personas entraban en la casa, sus modales rudos y su continente torpe destacaban a mis ojos las cualidades superiores de mis amigos. Observé que el anciano a menudo procuraba alentar a sus hijos, como oí que

solía llamarlos, para que desechasen su melancolía. Les hablaba con acento animoso, y una expresión de bondad que era fuente de placer aún para mí. Agatha escuchaba con respeto, sus ojos a veces llenos de lágrimas, que trataba de enjugar discretamente; pero observé que en general su expresión y su tono eran más alegres después de haber escuchado las exhortaciones del padre. No ocurría lo mismo con Félix. Era siempre el más sombrío del grupo; y aun para mi ojo poco ejercitado, era evidente que había sufrido más profundamente que los otros dos. Pero si su expresión era más dolorida, su voz tenía tonos más animosas que la de su hermana, especialmente cuando se dirigía al anciano.

»Podría mencionar innumerables ejemplos que, si bien menudos, señalaban las inclinaciones de estos cordiales habitantes de la casa. En medio de la pobreza y la necesidad, Félix llevaba complacido a su hermana la primera florecilla blanca que se abría en el suelo nevado. En las primeras horas de la mañana, antes de que ella hubiese despertado, apartaba la nieve que obstruía el camino de la joven hacia el establo, sacaba agua del pozo, y traía madera de la leñera, donde, para perpetuo asombro del propio joven, hallaba una existencia constantemente renovada por una mano invisible. Según creo, durante el día a veces trabajaba para un campesino de la vecindad, porque a menudo se marchaba y no regresaba hasta la hora de la cena, a pesar de lo cual, no traía leña. Otras veces trabajaba en el huerto; pero como había poco que hacer en la estación fría, leía para el anciano y para Agatha.

»Estas lecturas me habían desconcertado mucho al principio; pero descubrí paulatinamente que durante la lectura el joven pronunciaba muchos de los sonidos utilizados en la conversación. Conjeturé, por lo tanto, que leía en el papel los signos de su propio lenguaje, y deseé ardientemente llegar a conocerlos; pero ¿cómo lograría tal cosa, si ni siquiera entendía los sonidos representados por esos signos? De todos modos, progresé considerablemente en esta ciencia, pero no lo suficiente para seguir la conversación, aunque aplicaba todas las fuerzas de mi mente a la tarea: pues percibí con facilidad que, si bien tenía el más vivo deseo de hacerme conocer de los habitantes de la casa, no debía intentarlo hasta haber asimilado su idioma, dado que ese conocimiento me permitiría inducirlos a ignorar la deformidad de mi figura; en verdad, el contraste que se ofrecía constantemente a mis ojos me había hecho comprender la naturaleza real de mi situación.

»Yo había admirado las formas perfectas de mis vecinos: su gracia, su belleza y su refinada constitución. Pero ¡cuán profundo fue mi terror cuando me contemplé en un estanque de agua clara! Al principio retrocedí, incapaz de creer que mi propia persona se reflejaba en el espejo; y cuando me convencí cabalmente de que era en realidad ese monstruo que tú ves, se apoderaron de mí las más crueles sensaciones de tristeza y mortificación. ¡Dios mío! Aún no conocía totalmente los efectos fatales de esta miserable deformidad.

»Cuando se acentuó el calor y se alargaron los días, desapareció la nieve, y pude contemplar los árboles desnudos y la tierra negra. Entonces Félix comenzó a desarrollar más actividad; y los conmovedores signos del hambre desaparecieron. Como comprobé después, sus alimentos eran toscos, pero sanos; tenían lo necesario. En el huerto obtuvieron nuevos productos, que utilizaban en sus comidas; y estos signos de abundancia se multiplicaban a medida que avanzaba la estación.

»El anciano, apoyado en su hijo, solía pasear al mediodía, si el tiempo no estaba lluvioso, como según descubrí se decía cuando de lo alto caían cascadas de agua. La lluvia era un hecho frecuente, pero los vientos intensos secaban rápidamente la tierra, y la estación pronto fue más grata que durante las semanas anteriores.

»Mi modo de vida en el refugio era siempre igual. Por la mañana, vigilaba los movimientos de los habitantes de la casa, y cuando se dispersaban para atender a sus diversas ocupaciones, yo dormía: pasaba el resto del día observando a mis amigos; cuando se retiraban a descansar, si había luna, o la noche estaba estrellada, me dirigía a los bosques, recogía mis alimentos y leña para la casa. Cuando regresaba, con la frecuencia que fuese necesaria, limpiaba la nieve del camino, y ejecutaba las tareas que había visto realizar a Félix. Después comprobé que estos trabajos, ejecutados por una mano invisible, les asombraban grandemente; y en estas ocasiones, una o dos veces les oí pronunciar las palabras *espíritu bueno, maravilloso*; pero entonces no entendía el significado de esos términos.

»En ese momento comencé a reflexionar más intensamente, y traté de descubrir los motivos y los sentimientos de estas amables criaturas. Quise saber por qué Félix parecía tan doliente y Agatha tan triste. Se me ocurrió (¡tonto de mí!) que quizá estuviese en mi poder devolver la felicidad a estos seres que bien la merecían. Cuando dormía o estaba fuera de mi refugio, las formas del padre ciego y venerable, de la gentil Agatha y del excelente Félix danzaban frente a mis ojos. Los miraba como a seres superiores, que serían los árbitros de mi destino futuro. Formé en mi imaginación mil escenas en las cuales me presentaba ante ellos, y concebía también el modo en que me recibirían. Imaginé que se mostrarían disgustados, hasta que mi conducta gentil y mis palabras conciliadoras me permitiesen conquistar, primero el favor de la familia, y después su amor.

»Estos pensamientos me exaltaron, y me indujeron a acometer eso renovado ardor el estudio del lenguaje. Ciertamente, mis órganos eran toscos, pero al mismo tiempo flexibles; y aunque mi voz era muy distinta de la dulce música de mis amigos, en todo caso yo pronunciaba con tolerable discreción las palabras que entendía. Era la historia del asno y el perrito; de todos modos, el asno gentil cuyas intenciones eran afectuosas, aunque tuviese modales toscos, merecía mejor tratamiento que los golpes y el repudio.

»Las benéficas lluvias y el calor fecundo de la primavera modificaron profundamente el aspecto de la tierra. Los hombres, que antes de este cambio parecían haberse ocultado en cavernas, se dispersaron, y aplicaron sus fuerzas a las diversas artes del cultivo. Las aves cantaron sus notas más alegres, y las hojas comenzaron a brotar en los árboles. ¡Tierra feliz! Residencia apropiada de los dioses que, tan poco tiempo antes era un lugar sombrío, húmedo e inhóspito. Mi espíritu se sintió reconfortado por la apariencia seductora de la naturaleza; borróse de mi memoria el pasado, el presente se manifestaba sereno, y el futuro estaba enmarcado por los rayos brillantes de la esperanza y las anticipaciones de la felicidad”.

Capítulo 13

»Me acerco ahora a los episodios más conmovedores de mi relato. Describiré hechos que inspiraron en mí sentimientos profundos, y que me transformaron en lo que soy ahora.

»La primavera avanzó rápidamente, el tiempo era bueno, y el cielo se presentaba límpido. Me sorprendió que el campo antes desierto y sombrío se cubriese ahora con las flores y las plantas más bellas. Mis sentidos se complacían y refrescaban con mil aromas placenteros y mil espectáculos desbordantes de belleza.

»Uno de esos días, en que mis vecinos descansaban periódicamente del trabajo —el anciano tocaba su guitarra, y los hijos le escuchaban— observé que el rostro de Félix exhibía inenarrable melancolía; suspiraba con frecuencia; en una ocasión el padre interrumpió la música, y deduje de sus modales que había inquirido la causa de la pena de su hijo. Félix replicó con acento animoso, y el anciano estaba recomenzando su ejecución cuando alguien golpeó la puerta.

»Era una dama de a caballo, acompañada por un campesino que cumplía funciones de guía. La dama vestía ropas oscuras, y estaba cubierta con un espeso velo negro. Agatha formuló una pregunta, a lo cual la extranjera se limitó a replicar pronunciando con dulce acento el nombre de Félix. Su voz era musical, pero distinta de la que había oído a mis amigos. Al oír esta palabra, Félix acudió apresuradamente, y cuando ella lo vio, retiró el velo, y contemplé un rostro de belleza y expresión angelicales. Los cabellos eran de color negro azabache, y entretejidos en extrañas trenzas; tenía los ojos oscuros, pero bondadosos, aunque animados; sus rasgos mostraban regularidad, su piel era maravillosamente blanca, y en cada mejilla exhibía un bello sonrosado.

»Félix pareció transportado de placer cuando la vio, y todo signo de dolor desapareció de su rostro, que expresó instantáneamente una estática alegría, de la cual apenas le habría creído capaz. Sus ojos centellearon, sus mejillas enrojecieron de placer; y en ese momento era tan bello como la extranjera. Ella pareció afectada por sentimientos distintos; enjugando unas lágrimas de sus hermosos ojos, extendió la mano a Félix que la besó transportado, y la llamó, según pude entender, su dulce árabe. Ella no pareció comprenderle, pero sonrió. El joven la ayudó a desmontar, y despidiendo al guía, la introdujo en la casa. Félix sostuvo una breve conversación

con su padre; y la joven extranjera se arrodilló a los pies del anciano, y le habría besado la mano si él no la hubiese obligado a incorporarse, al mismo tiempo que la abrazaba afectuosamente.

»Pronto comprendí que, si bien la extranjera pronunciaba sonidos articulados, y parecía tener su propio lenguaje, no era entendida por la familia, ni ella misma los entendía. Hicieron muchos signos y gestos que no comprendí; pero bien vi que su presencia inundaba de alegría la casa, disipando el dolor de sus habitantes como el sol disipa las brumas matutinas. Félix parecía particularmente feliz, y con sonrisas de placer daba la bienvenida a la visitante. Agatha, la doncella siempre gentil, besaba las manos de la amable extranjera; y señalando a su hermano, hacía gestos que a mi juicio querían decir que él había sufrido hasta la llegada de la joven. Pasaron varias horas, y durante ese tiempo, con sus expresiones todos manifestaron alegría, cuya causa yo no atinaba a entender. Poco después advertí, gracias a la frecuente repetición de cierto sonido que la extranjera pronunciaba imitando a los miembros de la familia, que ella trataba de aprender su lenguaje; y se me ocurrió instantáneamente la idea de que yo podía aprovechar las mismas instrucciones para el mismo fin. La extranjera aprendió unas veinte palabras en la primera lección, y la mayoría de ellas coincidían con las que yo ya conocía; pero en todo caso aproveché las que eran nuevas para mí.

»Cuando cayó la noche, Agatha y la joven árabe se retiraron temprano. Cuando se separaron, Félix besó la mano de la forastera y dijo: ‘Buenas noches, dulce Safie’. El joven permaneció mucho más rato, conversando con su padre; y por la frecuente repetición del nombre de la visitante, conjeturé que la encantadora huésped era el tema de la conversación. Deseaba ardientemente comprenderle, y me esforcé todo lo posible con ese fin, pero descubrí que me era absolutamente imposible.

»A la mañana siguiente Félix salió a realizar su trabajo; y una vez concluidas las ocupaciones habituales de Agatha, la joven árabe se sentó a los pies del anciano y tomando la guitarra tocó algunos aires tan seductores que arrancaron a mis ojos lágrimas de dolor y de placer. La joven cantó y su voz fluía en una rica cadencia, elevándose o descendiendo, como un ruiseñor de los bosques.

»Cuando concluyó, entregó la guitarra a Agatha, quien al principio rehusó. Tocó un aire sencillo, y su voz acompañó la música con dulces acentos, pero distinto de la melodía maravillosa de la forastera. El anciano pareció transportado, y pronunció algunas palabras, que Agatha trató de explicar a Safie, aparentemente con el deseo de comunicarle que con su música la joven estaba procurando al anciano el mayor de los placeres.

»Los días transcurrieron ahora tan apaciblemente como antes, si se exceptúa el hecho de que la alegría había ocupado el lugar de la tristeza en las expresiones de mis amigos. Safie se mostraba siempre alegre y feliz; ella y yo avanzábamos rápidamente en el conocimiento del lenguaje, de modo que dos meses después yo comenzaba a comprender la mayoría de las palabras pronunciadas por mis protectores.

»Entretanto, también la tierra negra se había cubierto de hierbas, y las verdes orillas estaban salpicadas de flores innumerables, tan gratas al olfato como a los ojos, como estrellas de pálido brillo entre los bosques bañados por la luz de la luna; el sol era más cálido, y las noches claras y fragantes; y mis paseos nocturnos me aportaban un placer supremo, aunque se veían

considerablemente abreviados porque el sol se ponía tarde y aparecía temprano; pues nunca me aventuraba fuera de mi refugio durante el día, temeroso de hallar el mismo tratamiento que había soportado antes en la primera aldea en que había entrado.

»Pasaba los días prestando la mayor atención, para asimilar más velozmente el idioma; y puedo vanagloriarme de que hice progresos más veloces que la joven árabe, que entendía muy poco, y conversaba con pronunciado acento extranjero, al paso que yo entendía y podía imitar casi todas las palabras que oía.

»Mientras mejoraba mi lenguaje, también aprendía la ciencia de las letras, a medida que la extranjera recibía sus lecciones; y esta experiencia me abrió un amplio campo de asombro y maravilla.

»El libro que Félix utilizaba para instruir a Safie era *Las ruinas de los imperios, de Volney*. Yo no hubiese podido comprender el propósito de este libro, si al leerlo Félix no hubiese ofrecido simultáneamente explicaciones muy minuciosas. Dijo que había elegido esta obra porque el estilo declamatorio pretendía imitar a los autores orientales. Gracias a este libro alcancé un conocimiento superficial de historia, y adquirí ciertos conceptos de los diversos imperios que ahora existen en el mundo; y también me ofreció cierta visión de las costumbres, los gobiernos y las religiones de las diferentes naciones de la tierra. Oí hablar de los asiáticos perezosos; del genio estupendo y la actividad mental de los griegos; de las guerras y la virtud maravillosa de los romanos primitivos y de su degeneración posterior y la decadencia de ese imperio poderoso, de la caballería, el cristianismo y los reyes. Oí hablar del descubrimiento del hemisferio americano, y lloré con Safie ante el destino atroz de sus primitivos habitantes.

»Estas narraciones maravillosas provocan en mí extraños sentimientos. ¿En verdad, el hombre era al mismo tiempo tan poderoso, tan virtuoso y magnífico, y, sin embargo, tan vicioso y perverso? En ocasiones parecía mero juguete del principio del mal, y en otras representaba todo lo que puede concebirse de noble y divino. Ser un hombre grande y virtuoso parecía el supremo honor que cabe a un ser sensible; ser bajo y maligno, como lo fueron muchos personajes de la historia, parecía la peor de las degradaciones, una condición más abyecta que el topo ciego o el inofensivo gusano. Durante mucho tiempo no pude concebir cómo un hombre podía resignarse a cometer el asesinato de un semejante, o siquiera por qué había leyes y gobiernos; pero cuando escuché los detalles del vicio y el derramamiento de sangre, cesó mi extrañeza, y me aparté de todo ello con susto y repugnancia.

»Cada conversación de mis vecinos me revelaba nuevas maravillas. Mientras escuchaba las enseñanzas de Félix a la joven árabe, fui conociendo el extraño sistema de la sociedad humana. Oí hablar de la división de la propiedad, de las riquezas inmensas de unos y la pobreza de otros; de la jerarquía, y la sangre noble.

»Esas palabras me indujeron a examinar mi propia situación. Supe que las posesiones más estimadas por tus semejantes son el linaje heredado y puro unido a las riquezas. Puede respetarse al hombre que posea sólo una de estas ventajas; ¡pero si no tiene ninguna, se le consideraba, excepto en casos muy raros, un vagabundo y un esclavo, condenado a desperdiciar sus cualidades en beneficio de los pocos elegidos! ¿Y qué era yo? De mi creación y mi creador nada sabía; pero no ignoraba que carecía de dinero, de amigos o de propiedad. Además, tenía una

figura horriblemente deforme y repugnante; ni siquiera era de la misma naturaleza que el hombre. Era más ágil que ellos, y podía mantenerme con una dieta más tosca; soportaba los extremos del calor y frío con menos perjuicio para mi cuerpo; mi estatura excedía con mucho la de los hombres. Cuando miraba alrededor, no veía a nadie semejante ni oía hablar de cosa parecida. Entonces, ¿yo era un monstruo, una mancha sobre la tierra, algo de lo cual todos los hombres huían, y a quien todos rechazarían?

»No puedo describirte la agonía que estas reflexiones provocaron en mí: trate de rechazarla, pero el dolor se acentuaba con el conocimiento. ¡Ah, si hubiera permanecido para siempre en mi bosque nativo, sin saber ni sentir nada fuera de las sensaciones de hambre, sed y calor!

»¡Cuán extraña la naturaleza del conocimiento! Cuando ha penetrado en la mente, se aferra a ella como un líquen a la roca. A veces deseaba desprenderme de mis pensamientos y mis sensaciones; pero aprendí que no hay más que un medio para anular la sensación de dolor, y es la muerte, un estado que ya temía, aun sin comprenderlo. Admiraba la virtud y los buenos sentimientos, y amaba los modales gentiles y las cualidades bondadosas de mis vecinos; pero me veía excluido de la relación con ellos, excepto apelando a medios que, obtenía mediante el robo, cuando no me veían ni sabían de mí, y que más bien ahondaban que satisfacían mi deseo de ser uno más entre mis semejantes. Las bondadosas palabras de Agatha, y las animadas sonrisas de la encantadora joven árabe, no eran para mí. Las gentiles exhortaciones del anciano y la vivaz conversación del bien amado Félix, no eran para mí. ¡Miserable y desgraciado desvalido!

»Otras lecciones se grabaron aún más profundamente en mi espíritu. Supe de la diferencia de los sexos; y del nacimiento y el desarrollo de los niños; de cómo el padre se regocijaba con las sonrisas del infante, y con las ingeniosas travesuras del niño mayor; y cómo toda la vida y los cuidados de la madre estaban dirigidos hacia los hijos; cómo la mente de los niños se ampliaba y asimilaba conocimientos, supe de la existencia de hermanos, hermanas, y todas las variadas relaciones que unen en lazos de mutuo afecto a los seres humanos.

»Pero ¿dónde estaban mis amigos y parientes? No tenía un padre que hubiese contemplado mis momentos infantiles, ni una madre que me bendijese con sonrisas y caricias; o si habían existido, toda mi vida anterior era ahora como un borrón, un ciego vacío en el cual nada distinguía. Según mis recuerdos, mi altura y mis proporciones habían sido siempre lo que eran entonces. Jamás había visto un ser que se me pareciese, o que afirmase su deseo de mantener alguna relación conmigo. ¿Quién era yo? La misma pregunta reaparecía constantemente, y sólo podía responder a ella con gemidos.

»Pronto explicaré hacia dónde se orientaban estos sentimientos; pero ahora, me permitirás retornar a los habitantes de la casa, cuya historia promovió en mí tan diversas sensaciones de indignación, de placeres y de portentos aunque todos culminaban en renovados sentimientos de amor y reverencia hacia mis protectores (pues así me placía llamarlos, en una inocente y casi diría dolorosa actitud de autoengaño).”.

Capítulo 14

»Pasó cierto tiempo antes de que conociese la historia de mis amigos. En realidad, no podía dejar de impresionarme profundamente, pues incluía cierto número de circunstancias cada una de las cuales era interesante y prodigiosa para quien estaba tan absolutamente desprovisto de experiencias como yo.

»El anciano se llamaba De Lacey. Descendía de una buena familia de Francia, donde había vivido muchos años en la riqueza, respetado por sus superiores y amado por sus iguales. Su hijo se había educado en el servicio de su patria; y Agatha se contaba entre las damas de mayor distinción. Pocos meses antes de mi llegada habían vivido en una ciudad grande y lujosa llamada París, rodeados de amigos, gozando de todos los placeres que podían procurarles la virtud, el refinamiento del intelecto o del gusto, y una fortuna moderada.

»El padre de Safie había sido la causa de su ruina. Era un comerciante turco que había vivido en París muchos años; de pronto, por cierta razón que no pude conocer, cayó en desgracia con el gobierno. Fue apresado y llevado a la cárcel, el mismo día que Safie llegaba de Constantinopla para reunirse con él. Se le procesó y condenó a muerte. La injusticia de la sentencia era por demás evidente; todo París estaba indignado; y se juzgó que su religión y su riqueza, antes que el crimen que se le imputaba, habían sido la causa de la condena.

»Por obra de la casualidad, Félix había estado en el proceso; experimentó horror e indignación incontrolables cuando oyó el fallo de los jueces. En ese mismo instante hizo voto solemne de liberar al condenado, y luego buscó los medios. Después de muchos intentos fracasados de entrar en la prisión, halló una ventana provista de sólidos barrotes, en una parte poco vigilada del edificio, por donde entraba luz a la mazmorra del infortunado musulmán; éste, cargado de cadenas, aguardaba con desesperación el cumplimiento de la bárbara sentencia. Félix visitó el lugar durante la noche, y comunicó al prisionero las intenciones que lo animaban. El turco, sorprendido y exaltado, trató de avivar el celo de su benefactor con promesas de recompensa y riqueza. Félix rechazó con desprecio esas ofertas; pero cuando vio a la bella Safie, a quien se permitía visitar al padre, y que con gestos le expresó su profunda gratitud, el joven no pudo evitar el pensamiento de que el cautivo poseía un tesoro que recompensada con creces tantos esfuerzos y peligros.

»El turco advirtió rápidamente la impresión que su hija había suscitado en el corazón de Félix, y trató de sujetarlo más completamente a sus propios intereses prometiéndole la mano de la joven, tan pronto todos hubiesen llegado a un lugar seguro. Félix era demasiado digno para aceptar esta oferta; pero en todo caso contemplaba la probabilidad del hecho como la coronación de su propia felicidad.

»Durante los días que siguieron mientras se completaban los preparativos para la fuga del comerciante, avivaron el celo de Félix varias cartas que recibió de la amable joven, quien halló medios de expresar sus pensamientos en el lenguaje del enamorado mediante la ayuda de un anciano, servidor de su padre, que entendía francés. La joven le agradeció en los términos más ardientes el plan que se proponía realizar en beneficio del turco; y al mismo tiempo deploraba gentilmente su propio destino.

»Tengo copias de esas cartas; pues mientras estuve en la choza, conseguí implementos de escribir; y las cartas estaban a menudo en manos de Félix o de Agatha. Antes de partir, te las entregaré para demostrar la verdad de mis relatos; pero ahora, como el sol ya ha avanzado mucho en su curso, tendré tiempo solamente para repetir la sustancia de las mismas.

»Safie relató que su madre era una árabe cristiana, capturada y convertida en esclava por los turcos; mujer de particular belleza, conquistó el corazón del padre de Safie, que contrajo matrimonio con ella. La joven habló de su madre en términos elevados y entusiastas; nacida en la libertad, aborrecía la servidumbre a la que ahora se veía reducida. Instruyó a la hija en los dogmas de su religión, le enseñó a aspirar a las potencias superiores del intelecto, y le inculcó una independencia espiritual que estaba prohibida a las mujeres educadas en la religión de Mahoma. La dama murió; pero sus lecciones quedaron indeleblemente grabadas en la mente de Safie, a quien enfermaba la perspectiva de retornar a Asia para vivir encerrada entre los muros de un harén, consagrada enteramente a entretenimientos infantiles, poco apropiados para el temple de su alma, que ahora se había acostumbrado a las grandes ideas y a la noble emulación de la virtud.

»La perspectiva de casarse con un cristiano, y de permanecer en un país donde se permitía a las mujeres ocupar un lugar en la sociedad, la seducía completamente.

»Se había fijado el día de la ejecución del turco; pero la noche anterior el prisionero abandonó la cárcel, y antes de que rompiese el alba estaba a muchas leguas de París. Félix había obtenido pasaportes para su propio padre, su hermana y él mismo. Previamente había comunicado sus planes al primero, que colaboró en el engaño abandonando su casa, con el pretexto de un viaje, y ocultándose con su hija en un barrio apartado de París.

»Félix condujo a los fugitivos hasta Lyons, y después de atravesar el Monte Cenis, el grupo llegó a Leghorn, donde el comerciante había decidido esperar una oportunidad favorable de pasar al territorio bajo dominio turco.

»Safie resolvió permanecer con el padre hasta el día de la partida, y durante ese periodo el turco renovó su promesa de que ella se debía al hombre que lo había liberado; Félix permaneció con ellos en la esperanza del acontecimiento; entretanto, se complacía en el trato de la joven árabe, que le manifestaba el afecto más sencillo y tierno. Conversaban por intermedio de un intérprete, y a veces por gestos; Safie le cantaba las dulces canciones de su país natal.

»El turco permitió esta intimidad, y alentó las esperanzas de los jóvenes amantes, al mismo tiempo que en el fondo de su corazón preparaba planes muy distintos. Aborrecía la idea de que su hija se uniese a un cristiano; pero temía el resentimiento de Félix, si se mostraba tibio; pues sabía que aún se hallaba en poder del hombre que lo había liberado, si éste se inclinaba a entregarlo al estado italiano donde ahora residía. En su mente examinó mil planes que le permitieran prolongar el engaño hasta que ya no fuese necesario; y el día de la partida, pensaba llevarse consigo a su hija. Las noticias que entonces llegaron de París vinieron a facilitar sus planes.

»El gobierno de Francia reaccionó violentamente ante la huida de su víctima, y no ahorró esfuerzos para descubrir y castigar al organizador de la fuga. Muy pronto se descubrió la conspiración de Félix, y De Lacey y Agatha fueron encarcelados. La noticia llegó a oídos de Félix, y lo despertó del sueño de placer. Su padre ciego y anciano, y su dulce hermana yacían en una mazmorra, mientras él gozaba de la libertad y el trato de la mujer amada. Esta idea lo torturaba. Acordó rápidamente con el turco que si este último hallaba una oportunidad favorable de huir antes de que Félix pudiese regresar a Italia, Safie permanecería en un convento de Leghorn; y luego, abandonando a la dulce árabe, marchó apresuradamente a París, y se entregó a la venganza de la ley, confiando en liberar a De Lacey y Agatha con esta actitud.

»No tuvo éxito. Los tres permanecieron encarcelados cinco meses, antes de la realización del proceso; y el fallo de los jueces los privó de su fortuna y los condenó al destierro perpetuo.

»Habían hallado un asilo miserable en la casita de Alemania cuando yo los descubrí. Félix pronto supo que el turco traidor, por quien él y su familia habían soportado tan inaudita opresión, al descubrir que su liberador estaba reducido a la pobreza y la ruina, había traicionado los buenos sentimientos y el honor, abandonando Italia con su hija; y en actitud insultante, había enviado a Félix una suma mezquina, según dijo para ayudar a su mantenimiento.

»Tales los acontecimientos que se cebaron en el corazón de Félix, y que habían hecho de él, cuando yo lo conocí, el ser más miserable de su familia. Podía haber soportado la pobreza; y mientras este padecimiento era la prueba de su virtud, aún le satisfacía: pero la ingratitud del turco, y la pérdida de su bien amada Safie eran infortunios más crueles e irreparables. De ahí que la llegada de la joven árabe infundiese nueva vida a su alma.

»Cuando llegó a Leghorn la noticia de que Félix había perdido su riqueza y su rango, el comerciante ordenó a su hija que no pensara más en su amante, y que se preparase para retornar a su país natal.

»La naturaleza generosa de Safie se vio ultrajada ante esta orden; intentó convencer al padre, pero éste se marchó encolerizado, reiterando su tiránico mandato.

»Pocos días después, el turco entró en las habitaciones de su hija, y le explicó apresuradamente que tenía motivos para creer que su residencia en Leghorn había sido divulgada, y que no pasaría mucho tiempo antes de que lo entregaran al gobierno francés; por lo tanto, había contratado un navío que lo llevara a Constantinopla, para dónde debía zarpar pocas horas más tarde. Se proponía dejar a su hija al cuidado de un criado de confianza, para que lo siguiese sin apremio con la mayor parte de su propiedad, que aún no había llegado a Leghorn.

»Cuando estuvo sola, Safie trazó el plan de conducta que debía seguir en esta emergencia. Aborrecía la idea de vivir en Turquía; se oponía a ello tanto su religión como sus sentimientos. Algunos documentos de su padre, que habían llegado a manos de Safie, le informaron del exilio de su amante, y así supo el nombre de la localidad donde él residía. Vaciló un tiempo, pero al fin se decidió. Con algunas joyas que le pertenecían, y una suma de dinero, salió de Italia con una servidora, nativa de Leghorn, pero que entendía el idioma corriente de Turquía, y partió para Alemania.

»Llegó sana y salva a una ciudad enclavada a unas veinte leguas de la casa de la familia De Lacey, y entonces su servidora cayó gravemente enferma. Safie la cuidó con el más abnegado afecto; pero la pobre muchacha falleció, y la joven árabe quedó sola, ignorante del lenguaje del país, y de las costumbres del mundo. Sin embargo, cayó en buenas manos. La italiana había mencionado el nombre del lugar a donde se dirigían; y después de su muerte, la mujer de la casa en que ellas habían vivido se ocupó de que Safie llegase a la residencia de su amante.»

Capítulo 15

»Tal era la historia de mis amados vecinos. Me impresionó profundamente, y los conceptos de la vida social que ella desarrollada me enseñaron a admirar sus virtudes y a repudiar los vicios de la humanidad.

»En ese momento todavía consideraba el crimen como una perversidad distante; la benevolencia y la generosidad se me manifestaban constantemente, incitando el deseo de ser protagonista en el atareado escenario donde se evocaban y manifestaban tan admirables cualidades. Pero al ofrecer una reseña del progreso de mi intelecto; no debo omitir una circunstancia que ocurrió a principios del mes de agosto del mismo año.

»Una noche, durante mi acostumbrada visita al bosque vecino, donde recogía mi propio alimento y la leña que reservaba para mis protectores, hallé en el suelo una valija de cuero, que incluía varios artículos de vestir y algunos libros. Me posesioné ansiosamente del hallazgo, y con él retorné a mi refugio. Felizmente, los libros estaban escritos en el mismo idioma que se hablaba en la casa; Eran el *Paraíso Perdido*, un volumen de las *Vidas* de Plutarco, y los *Dolores de Werther*. La posesión de estas riquezas me complació profundamente; y en adelante ejercí constantemente mi espíritu en esas obras, mientras mis amigos se ocupaban de sus actividades habituales.

»Apenas puede describirse el efecto de estos libros. Suscitaron en mí una infinidad de imágenes y sentimientos nuevos, que a veces me elevaban en éxtasis, pero más a menudo me hundían en la más atroz depresión. En los Dolores de Werther, además del interés del relato sencillo y conmovedor, la obra aporta tantas opiniones y arroja una luz tan viva sobre temas que hasta ese momento habían sido muy oscuros para mí, que hallé en ellas una fuente inagotable de reflexión y sorpresa. Las costumbres gentiles y domésticas que en ellas se describen, combinadas con los sentimientos más elevados y trascendentes, armonizaron bien con la experiencia que yo había realizado en la cercanía de mis protectores, y con las permanentes necesidades que alentaban en mi propio pecho. Pero se me ocurrió que el propio Werther era un ser más divino que todo lo que jamás había visto o imaginado; su carácter no era pretencioso, pero sí profundo. Las reflexiones sobre la muerte y el suicidio tenían que maravillarme. No pretendí hacer balance

de los méritos del caso, pero de todos modos me inclinaba hacia las opiniones del héroe, frente a cuya muerte lloré, aunque no lo entendiese con cabal exactitud.

»Pero a medida que leía, aplicaba muchas cosas a mis propios sentimientos y a mi condición. Me parecía que yo era semejante, pero al mismo tiempo extrañamente distinto a los seres de los cuales leía, y cuya conversación escuchaba. Simpatizaba con ellos, y en parte los comprendía, pero mi mente carecía de forma; yo no dependía de nadie y con nadie estaba vinculado. El camino de mi partida estaba libre, y no existía ningún ser que lamentara mi destrucción. Mi persona era repugnante y gigantesca mi estatura. ¿Qué significaba todo esto? ¿Quién era, qué era yo? ¿De dónde venía? ¿Cuál era mi destino? Estas preguntas se repetían constantemente, pero yo no podía resolverlas.

»El volumen de las *Vidas* de Plutarco que había llegado a mis manos contenía una historia de los primeros fundadores de las antiguas repúblicas. Este libro produjo en mí un efecto distinto que el de los *Dolores de Werther*. Las imaginaciones de Werther me enseñaron la tristeza y el pesar: pero Plutarco me inculcó elevados pensamientos. Me exaltó sobre la mezquina esfera de mis propias reflexiones, induciéndome a admirar y amar a los héroes de antaño. Muchas de las cosas que leí sobrepasaban mi comprensión y mi experiencia. Poseía un conocimiento muy confuso de los reinos, que para mí eran amplias extensiones de territorio, grandes ríos y mares ilimitados. Pero desconocía del todo la existencia de las ciudades, y los grandes agrupamientos de hombres. La choza de mis protectores había sido la única escuela en la cual yo había estudiado la naturaleza humana; pero este libro me ofrecía nuevos y más amplios escenarios de acción. Supe que había hombres que se ocupaban de los asuntos públicos, gobernando o masacrando a sus semejantes. Sentí que se acentuaba en mí el más intenso ardor virtuoso; y el aborrecimiento del vicio, en la medida en que comprendía el significado de esos términos, relativos en sí mismos, y en que los aplicaba exclusivamente al placer y el dolor. Inducido por estos sentimientos, es natural que me viese llevado a admirar a los legisladores pacíficos como Numa, Solón y Licurgo, antes que a Rómulo o a Teseo. La vida patriarcal de mis protectores determinaba que estas impresiones arraigasen firmemente en mi espíritu; quizá, si mi primer contacto con la humanidad se hubiese realizado por intermedio de un joven soldado, ardiente de gloria y de matanza, mis primeras sensaciones hubieran sido distintas.

»Pero el *Paraíso Perdido* excitó emociones nuevas y mucho más profundas. Lo leí, lo mismo que los restantes volúmenes que habían caído en mis manos, como una historia auténtica. Suscitó todos los sentimientos de maravilla y reverente temor que la imagen de un Dios omnipotente en lucha con sus criaturas podía excitar. A menudo refería las situaciones generales a las mías propias, pues su semejanza me llamaba la atención. Como Adán, aparentemente yo no estaba atado por ningún vínculo a otros seres reales; pero en todo lo demás, su estado era muy distinto del mío. Había nacido de las manos de Dios como una criatura perfecta, feliz y próspera, protegida por los cuidados especiales de su Creador; podía mantener relación con seres de naturaleza superior, y obtener de ellos algún conocimiento. Por el contrario, yo era un individuo infeliz, impotente y solitario. Muchas veces pensé que Satán era un emblema más apropiado de mi condición; pues a menudo, lo mismo que él, cuando contemplaba la felicidad de mis protectores, la hiel amarga de la envidia se elevaba en mí.

»Otra circunstancia acentuó y afirmó estos sentimientos. Poco después de mi llegada a la choza, descubrí algunos papeles en el bolsillo del traje que había tomado de tu laboratorio. Al principio los había descuidado; pero ahora que podía descifrar los caracteres en que estaban escritos, comencé a estudiarlos con diligencia. Era tu diario de los cuatro meses anteriores al momento de mi creación. En esos papeles describías minuciosamente cada uno de los pasos que dabas en el progreso de tu trabajo; y esta historia se entremezclaba con noticias de ciertos hechos domésticos. Sin duda recuerdas esos papeles. Aquí están. En ellos se menciona todo lo que guarda relación con mi origen maldito; se describe con todo detalle esa serie de repugnantes circunstancias; y se ofrece con el más minucioso detalle una descripción de mi odiosa y asqueante persona, en un lenguaje que pinta tu propio horror e hizo indeleble el mío. Mientras leía estas páginas se apoderaba de mí una oleada de asco. «¡Odioso día aquel en que recibí la vida!» exclamé con un sentimiento de agonía. ¡Maldito creador! ¿Por qué hiciste un monstruo tan repugnante que tú mismo debiste apartarte disgustado? Dios, que es compasivo, hizo al hombre bello y seductor, a su propia imagen; pero mi forma no es más que una inmundicia copia de la tuya, más horrible aún por su mismo parecido. Satán tenía a sus compañeros, los diablos, que lo admiraban y alentaban; pero yo estoy solo y todos me aborrecen.

»Tales fueron las reflexiones de mis horas de tristeza y soledad; pero cuando contemplaba las virtudes de mis vecinos, y sus disposiciones cordiales y benévolas, me persuadía de que tan pronto conociesen la admiración que despertaban en mí sus virtudes, se compadecerían de mi persona, e ignorarían mi deformidad personal. ¿Podían rechazar de su puerta a quien, por monstruoso que fuese, solicitaba su compasión y amistad? Resolví que por lo menos no debía desesperar, y que debía tratar de prepararme una entrevista que decidiría mi destino. Postergué este intento varios meses; pues la importancia que atribuía a su éxito acentuaba mi temor al fracaso. Además, comprobé que mi comprensión mejoraba mucho a medida que pasaban los días, de modo que no estaba dispuesto a realizar el intento hasta haber agregado a mi sagacidad unos pocos meses más.

»Entretanto, ocurrieron varios cambios en la casa. La presencia de Safie era motivo de felicidad para sus habitantes; y observé también que ahora había más abundancia; Félix y Agatha dedicaban más tiempo al entretenimiento y la conversación, y en sus trabajos tenían la ayuda de varios servidores. No parecían ricos, pero sí satisfechos y felices; sus sentimientos eran serenos y pacíficos, al paso que los míos se mostraban cada día más tumultuosos. El aumento de mi propio conocimiento sólo me sirvió para percibir más claramente que nunca mi condición de infeliz proscrito. Es verdad que alentaba esperanzas; pero estas se desvanecían cuando contemplaba mi rostro reflejado en el agua, o mi sombra a la luz de la luna, aunque no se tratase más que de esa frágil imagen y de esa sombra inconstante.

»Traté de disipar esos temores, y de fortificarme para la prueba que pensaba afrontar pocos meses después; y a veces dejaba que mis pensamientos liberados del freno de la razón, vagasen a su antojo por los campos paradisiacos, y me atrevía a imaginar criaturas amables y cordiales que simpatizaban con mis sentimientos, y disipaban mi humor sombrío; entonces, sus expresiones angélicas derramaban sonrisas de consuelo. Pero no era más que un sueño; no había una Eva que calmase mis dolores o compartiese mis pensamientos; estaba solo. Recordé la súplica de Adán a

su Creador. Pero ¿dónde estaba el mío? Me había abandonado: y en la amargura de mi corazón, lo maldije.

»Así pasó el otoño. Con sorpresa y dolor vi que las hojas amarilleaban y caían, y que la naturaleza adoptaba otra vez la apariencia estéril y sombría que había tenido cuando por primera vez contemplé los bosques y la hermosa luna. Sin embargo, no me preocupaba la crudeza del tiempo; gracias a mi conformación podía soportar el frío mejor que el calor. Pero obtenía mis principales placeres de la visión de las flores, las aves y todos los demás alegres acompañantes del verano; de modo que cuando me faltaban, presté más atención a los habitantes de la casa. La ausencia del verano no disminuyó su felicidad. Se amaban y simpatizaban unos con otros; y como sus alegrías dependían de ellos mismos, no estaban interrumpidas por las desgracias que ocurrían alrededor de ellos. Más los conocía, y más se avivaba en mí el deseo de reclamar su protección y su bondad; mi corazón anhelaba ser conocido y amado por estas amistosas criaturas: y el límite más alto de mi ambición era contemplar sus dulces miradas vueltas hacia mí con afecto. No me atrevía a pensar en que se apartarían de mi persona con desdén y horror. Los pobres que se detenían a la puerta de aquella casa jamás eran rechazados. Es verdad que yo reclamaba tesoros mayores que un poco de alimento o de descanso: necesitaba bondad y simpatía; pero no me creía totalmente indigno de ellas.

»Avanzó el invierno, y desde el día de mi despertar a la vida había asistido a una revolución completa de las estaciones. En ese momento mi atención estaba dirigida exclusivamente hacia el plan que me permitiría entrar en la casa de mis protectores. Cavilé muchos proyectos, pero finalmente decidí que llamaría a aquella puerta cuando el anciano ciego estuviese solo. Poseía sagacidad suficiente para descubrir que la fealdad antinatural de mi persona era principal objeto de horror para quienes me habían visto hasta ese momento. Mi voz era dura, pero en ella no había nada terrible; por consiguiente pensé que si durante la ausencia de sus hijos podía conquistar la buena voluntad y la mediación del anciano De Lacey quizás eligiese lo necesario para que mis protectores más jóvenes me toleraran.

»Cierta día, cuando el sol iluminaba las hojas rojizas que alfombraban el suelo, difundiendo claridad y alegría, aunque ya aportase escaso calor, Safie, Agatha y Félix partieron para realizar un largo paseo; y por su propio deseo el anciano quedó solo en la casa. Cuando sus hijos partieron, él tomó la guitarra y tocó varios aires dolidos pero dulces, mas dulces y sombríos que todo lo que yo había oído tocar antes. Al principio su rostro se iluminó de placer, pero a medida que continuaba predominaron la cavilación y la tristeza; finalmente, dejando el instrumento, se absorbió en sus reflexiones.

»Mi corazón latió aceleradamente; era la hora y el momento de la prueba, la que decidiría mis esperanzas o realizaría mis temores. Los criados se habían marchado a una feria vecina. En la casa y alrededor de ella todo estaba silencioso. Era una excelente oportunidad; pero cuando procedí a ejecutar mi plan, las piernas se negaron a obedecerme, y caí al suelo. Me incorporé nuevamente; y apelando a toda la voluntad de que era capaz, quité las tablas que había puesto a la entrada de mi refugio, para disimularlo de la vista. El aire fresco me reanimó, y con renovada decisión me acerqué a la puerta de la casa.

»Di varios golpes. ‘¿Quién está allí?’, dijo el anciano. ‘Adelante’.

»Entré en la casa; ‘Perdóneme esta intrusión’, dije: ‘soy un viajero que necesita descansar un poco; usted me haría un gran favor si me dejase estar unos minutos al lado del fuego’.

»‘Entre’, dijo De Lacey; ‘y haré lo posible para aliviar su necesidad; lamentablemente mis hijos han salido, y como soy ciego, me temo que no me será nada fácil procurarle alimento’.

»‘No se inquiete, bondadoso anfitrión, tengo alimento; mis únicas necesidades son un poco de calor y descanso’.

»Me senté, y reinó silencio. Sabía que cada minuto me era precioso, y pese a todo vacilaba acerca del modo de iniciar la entrevista; de pronto el anciano me habló.

»‘Por su idioma, supongo que usted es un compatriota; ¿es francés?’.

»‘No; pero me educó una familia francesa, y es el único idioma que entiendo. Ahora voy a reclamar la protección de algunos amigos, a quienes amo sinceramente, y cuyo favor tengo esperanza de conquistar’.

»‘¿Son alemanes?’.

»‘No, son franceses. Pero dejemos este tema. Soy una criatura infortunada y sola, miro alrededor de mí y no tengo parientes ni amigos en la tierra. Estas buenas personas hacia quienes me dirijo nunca me vieron, y poco saben de mí. Estoy lleno de temor; pues si fracaso en esto, podré considerarme definitivamente proscrito’.

»‘No desespere. Carecer de amigos ciertamente es lamentable; pero los corazones de los hombres, cuando no los ata el prejuicio de un evidente interés personal, abundan en amor fraterno y caridad. Así, pues, afírmese en sus esperanzas; y si esos amigos son buenos y cordiales, no desespere’.

»‘Son bondadosos... son las criaturas más excelentes del mundo; pero lamentablemente alimentan cierta antipatía contra mí. Tengo buenas disposiciones; en el curso de mi vida no hice daño a nadie, y tengo en mi haber algunos actos benéficos; pero un prejuicio fatal les impide ver con claridad, y donde deberían encontrar un amigo sensible y bondadoso, creen hallar sólo un monstruo detestable’.

»‘Sin duda, se trata de una situación desgraciada, pero si en realidad usted carece de culpa, ¿no puede sacarlos de su engaño?’

»‘Me propongo hacerlo; y precisamente por eso experimento un miedo tan abrumador. Amo tiernamente a esos amigos. Sin que ellos lo supieran, durante muchos meses he procurado favorecerlos con actos cotidianos de bondad; pero creen que deseo lastimarlos y este prejuicio es el que deseo destruir’.

»‘¿Dónde residen sus amigos?’

»‘Cerca de aquí’.

»El anciano se interrumpió, y luego continuó: ‘Si usted me confía sin reservas los detalles del caso, quizá pueda ayudarle a sacarlo de su error. Soy ciego, y no puedo juzgar basándome en su continente, pero en sus palabras hay algo que me persuade de su sinceridad’.

»‘Soy pobre y estoy exilado; pero me complacerá mucho ser útil a una criatura humana’.

»‘¡Hombre excelente! Le agradezco y acepto su generosa oferta’.

»‘Sus palabras tan bondadosas me elevan desde el polvo en que he caído; y confío en que con su ayuda no tendré que renunciar a la sociedad y la simpatía de mis semejantes’.

»‘¡Dios no lo permita! Pues aunque usted fuese realmente un criminal, con ello sólo se conseguiría impulsarlo a la desesperación en lugar de moverlo a la virtud. También yo soy infortunado; mis familiares y yo hemos sido condenados, a pesar de nuestra inocencia: juzgue, pues, si no tomo a pecho sus infortunios’.

»‘¿Cómo agradecerle, mi buen benefactor? De sus labios he oído la voz de la bondad dirigida hacia mí. Le manifestaré eterno agradecimiento; y su actual humanidad me asegura el éxito en los tratos con esos amigos a quienes dentro de poco veré’.

»‘¿Puedo conocer los nombres y el lugar donde residen?’.

»Guardé silencio. Pensé que era el momento decisivo, que había de darme la felicidad o me la quitaría para siempre. Luché vanamente para hallar la firmeza que me permitiese contestarle, pero el esfuerzo disipó mis últimas energías; y hundido en la silla, sollocé incontinentemente. En ese momento oí los pasos de mis protectores más jóvenes. No tenía un momento que perder; y apoderándome de la mano del anciano exclamé: ‘¡Ahora es el momento! ¡Sálveme! Usted y su familia son los amigos que yo busco. ¡No me abandone en esta hora de prueba!’.

»‘¡Dios mío!’, exclamó el anciano. ‘¿Quién es usted?’

»En ese instante se abrió la puerta de la casa, y entraron Félix, Safie y Agatha. ¿Quién puede describir el horror y la consternación que experimentaron al verme? Agatha se desmayó; y Safie, incapaz de asistir a su amiga, huyó fuera de la vivienda. Félix se arrojó hacia delante, y con fuerza sobrenatural me apartó del padre, ante quien yo estaba arrodillado. Movido por la furia, me arrojó al suelo y golpeó violentamente con un bastón. Podía haberlo destrozado, como el león desgarrar al antílope. Pero mi amargura me quitó toda la fuerza y me abstuve. Lo vi dispuesto a repetir el golpe, y entonces, dominado por el dolor y la angustia abandoné la casa, y en el tumulto general escapé hacia mi refugio.”

Capítulo 16

»¡Maldito, maldito creador! ¿Por qué vivía yo? ¿Por qué, en ese instante, no apagué la chispa de vida que tan irresponsablemente me habías dado? No lo sé; la desesperación aun no se había posesionado de mí; mis sentimientos eran de cólera y venganza. Con verdadero placer hubiera destruido la casa y sus habitantes, regodeándome en sus alaridos y sus sufrimientos.

»Cuando llegó la noche, abandoné mi refugio y me dirigí al bosque; y ahora, como ya no debía temer que me descubriesen, expresé mi angustia en terribles alaridos. Era como una bestia salvaje que ha roto sus cadenas; destruía todo lo que se me ponía por delante, y corría por el bosque con la velocidad de un venado. ¡Qué noche miserable! Las frías estrellas brillaban burlonas, y los árboles desnudos agitaban sus ramas sobre mí: de tanto en tanto la dulce voz de un pájaro rompía la quietud universal. Salvo yo, todo descansaba y se complacía en el momento: y yo, el archimalvado, llevaba un infierno en mí mismo; como no tenía quién simpatizara conmigo, deseaba arrancar los árboles, sembrar el caos y la destrucción alrededor de mí, para sentarme luego a gozar del espectáculo.

»Pero esto último era un lujo que no podía darme; me fatigué por el exceso de actividad física, y me hundí en el pasto húmedo, dominado por la enfermiza impotencia de la desesperación. Ninguno entre tantos hombres que existía sobre la tierra estaba dispuesto a compadecerme o a ayudarme; ¿y debía mostrarme bondadoso hacia mis enemigos? No: desde ese momento declaré una guerra permanente a la especie, y sobre todo a aquel que me había formado, obligándome a soportar este inenarrable sufrimiento.

»Salió el sol; oí voces de hombres, y comprendí que no podría regresar a mi refugio ese día. De modo que me oculté entre unos matorrales espesos, decidido a ocupar las horas siguientes en reflexionar sobre mi situación.

»La luz del sol y la pureza del aire matutino me devolvieron cierto grado de tranquilidad; y cuando consideré lo que había ocurrido en la casa, no pude dejar de creer que me había apresurado excesivamente a extraer conclusiones. Sin duda, había procedido de manera imprudente. Era obvio que mi conversación había interesado al padre de los jóvenes, y había sido tonto de mi parte mostrarme y provocar el horror de los hijos. Debía haber familiarizado al anciano De Lacey con mi persona, revelándome paulatinamente al resto de la familia, cuando

hubiesen estado preparados para ello. Pero no creía que mis errores fuesen irreparables; y después de reflexionar mucho, decidí retornar a la casa, buscar al anciano, y con mis palabras reconquistarlo para mi causa.

»Estos pensamientos me tranquilizaron, y esa tarde me sumergí en profundo sueño. Pero la fiebre que agitaba mi sangre no me permitió tener sueños pacíficos. Me representaba una y otra vez la horrible escena del día anterior; las mujeres huían, y el encolerizado Félix me apartaba de los pies de su padre. Me desperté agotada; y cuando vi que ya había anochecido, salí de mi escondrijo y comencé a buscar alimentos.

»Cuando calmé el hambre, dirigí mis pasos por el camino que llevaba a la casa. Todo estaba en paz. Me deslicé en mi refugio, y esperé silencioso la hora en que la familia solía despertar. Pasó el momento, el sol ascendió en el cielo, pero los habitantes de la casa no aparecieron. Temblé violentamente, temeroso de alguna terrible desgracia. El interior de la vivienda estaba oscuro, y no se oían movimientos; no puedo describir la agonía de mi expectativa.

»Poco después dos campesinos pasaron cerca; desarrollaban una conversación animada, y gesticulaban enérgicamente; pero no entendí lo que decían, pues hablaban el idioma del país, distinto del que utilizaban mis protectores. Sin embargo, poco después se acercó Félix acompañado de otro hombre: el hecho me sorprendió, pues yo sabía que él no había abandonado la casa esa mañana, de modo que esperé ansiosamente descubrir, por sus palabras, qué había ocurrido realmente.

»‘¿Usted está dispuesto’, decía el acompañante de Félix, ‘a pagar tres meses de alquiler, y a perder los productos de su huerto? No deseo aprovecharme, y por lo tanto le ruego que se tome unos días para reconsiderar su decisión’.

»‘Es absolutamente inútil’, replicó Félix; ‘jamás volveremos a vivir en esta casa. La vida de mi padre corre verdadero peligro debido a la terrible circunstancia que he relatado. Mi esposa y mi hermana nunca podrán olvidar ese horror, y por eso le ruego que no discutamos más. Tome posesión de su vivienda, y déjeme huir de este lugar’.

»Félix temblaba violentamente mientras hablaba. Con su acompañante entró en la casa, donde permaneció unos pocos minutos, y luego ambos se marcharon. Jamás volví a ver a ninguno de los miembros de la familia De Lacey.

»El resto del día permanecí en mi refugio, en estado de absoluta y estúpida desesperación. Mis protectores habían partido, rompiendo el único vínculo que me unía con el mundo. Por primera vez los sentimientos de venganza y odio inflamaron mi pecho, y no intenté controlarlos; por el contrario, dejándome llevar de mis impulsos, me entregué a ideas de destrucción y muerte. Cuando pensaba en mis amigos, en la voz bondadosa de De Lacey, los ojos gentiles de Agatha y la exquisita belleza de la joven árabe, estos pensamientos se desvanecían, y las lágrimas venían a tranquilizarme. Pero luego, cuando recordaba cómo me habían atacado y abandonado retornaba a la cólera, una cólera furiosa; capaz de herir a los seres humanos, volvía mi furia hacia los objetos inanimados. En el curso de la noche acumulé diversos combustibles alrededor de la casa; y después de haber destruido todo vestigio de cultivo en el huerto, esperé impaciente que la luna se ocultara para comenzar mis actividades.

»A medida que avanzaba la noche, un fuerte viento partió de los bosques, y rápidamente dispersó a las nubes que se habían agrupado en el cielo: el viento sopló incansable, como una avalancha poderosa, y provocó en mi espíritu una suerte de infamia que quebró todas las fronteras de la razón y la reflexión. Encendí la rama seca de un árbol, y la alcé enfurecido alrededor de la casa que tan hondos sentimientos provocaba otrora en mí, mis ojos todavía fijos en el horizonte occidental, cuyo borde la luna casi tocaba. Al fin una parte de su disco se ocultó, y yo agité mi rama; la luna desapareció, y con un alarido incendié la paja, las ramas y los arbustos que había amontonado. El viento avivó el fuego, y la casa rápidamente quedó envuelta en llamas, que se aferraron a ella y la lamieron con sus lenguas bifurcadas y destructoras.

»Tan pronto me convencí de que nada ni nadie podía salvar ni siquiera una parte de la construcción, abandoné el lugar y busqué refugio en los bosques.

»Y ahora teniendo el mundo ante mí, ¿a dónde dirigiría mis pasos? Resolví huir lejos de la escena de mis infortunios; aunque para ser odiado y despreciado, todos los países debían ser igualmente horribles. Al fin, el pensamiento de tu persona cruzó mi mente. Supe por tus propios papeles que eras mi padre, mi creador; ¿y a quién podía acudir sino a aquel que me había dado la vida? Entre las lecciones que Félix diera a Safie, no se había omitido la geografía. Había aprendido de ellos las situaciones relativas de los diferentes países de la tierra. Tú habías dicho que Ginebra era tu ciudad natal; de modo que resolví dirigirme a ese lugar.

»Pero ¿cómo podía orientarme? Sabía que debía viajar en dirección sur oeste para llegar a destino, siendo el sol mi única guía. Desconocía los nombres de las ciudades por las que debía pasar, y tampoco estaba en condiciones de solicitar información a ningún ser humano; de todos modos, no desesperé. Sólo de ti podía esperar socorro, aunque no suscitabas en mí otros sentimientos que el odio. ¡Cruel e implacable creador! Me diste capacidad de percibir y sentir, y luego me arrojaste al mundo como víctima del desprecio y el horror de la humanidad. Pero sólo a ti podía reclamarte compasión y reparo, y estaba decidido a exigirte la justicia que vanamente intentaba obtener en otros seres de forma humana.

»Mis viajes fueron prolongados, y los padecimientos que soporté intensos. Bien avanzado el otoño abandoné el distrito donde había vivido durante mucho tiempo. Viajaba sólo de noche, temeroso de encontrar rostros humanos. La naturaleza se adormecía alrededor de mí, el sol perdía fuerza y calor; a menudo llovía y nevaba; los grandes ríos estaban helados. La superficie de la tierra aparecía dura y fría, y desnuda, y yo no tenía donde refugiarme. ¡Oh, tierra! ¡Cuántas veces maldije mi propia existencia! Había desaparecido la benignidad de mi naturaleza, y en mi interior todo era hiel y amargura. A medida que me aproximaba a la región donde vivías, sentía más vivo en mi corazón el espíritu de venganza. Caía la nieve, y el agua se congelaba, pero yo no me tomaba descanso. Aquí y allá algunos accidentes del terreno me orientaban, y había conseguido un mapa de la región; pero a menudo me apartaba mucho de mi camino. La agonía de mis sentimientos no me daba descanso: y todo lo que me ocurría era combustible para mi cólera y mis padecimientos. Pero una circunstancia ocurrida cuando llegaba a los límites de Suiza, en una época del año en que el sol ya había recuperado su calidez, y la tierra nuevamente reverdecía, confirmó de manera especial la amargura y el horror de mis sentimientos.

»Solía descansar durante el día, y viajaba sólo cuando la noche me protegía de los ojos del hombre. Pero una mañana, viendo que mi camino atravesaba un espeso bosque, me aventuré a continuar marchando después que el sol se levantó; el día, uno de los primeros de la primavera, reanimó mi espíritu con la vivacidad de la luz solar y el perfume del aire. Experimenté sensaciones de suavidad y placer, que parecían muertas desde hacía mucho tiempo. A medias sorprendido por la novedad de estas sensaciones me dejé llevar por ellas; y olvidando mi soledad y mi deformidad, me atreví a ser feliz. Blandas lágrimas surcaron nuevamente mis mejillas, y aun alcé mis ojos húmedos y agradecidos hacia el sol bendito que era la causa de mi alegría presente.

»Continué marchando por los senderos del bosque, hasta que llegué a sus límites, señalados por un río profundo y veloz, en el cual muchos de los árboles hundían sus ramas, ahora cubiertas con los brotes que eran el signo de la primavera renovada. Aquí me detuve, sin saber exactamente qué camino seguir, cuando oí el sonido de voces que me indujeron a ocultarme a la sombra de un ciprés. Apenas me había escondido, cuando una niña pequeña se acercó corriendo al lugar donde yo estaba oculto; reía, como si huyese juguetonamente de alguien. Continuó su carrera sobre la orilla escarpada del río, cuando de pronto perdió pie y cayó a la rápida corriente. Salí apresuradamente de mi escondijo; y con mucho esfuerzo a causa de la fuerza de la corriente, conseguí salvarla y la llevé a la orilla. Había perdido el sentido; y puse en obra todos los medios a mi alcance para lograr que reaccionara, cuando me vi bruscamente interrumpido por la aparición de un rústico, que era probablemente la persona de la cual ella había huido en el juego. Al verme, se arrojó hacia mí, y arrancando de mis brazos a la niña, huyó hacia lo más profundo del bosque. Lo seguí rápidamente, apenas puedo decir por qué; pero cuando el hombre vio que me acercaba, extrajo una pistola, me apuntó e hizo fuego. Caí al suelo, y mi heridor, apresurando el paso, se perdió en el bosque.

»¡Esta era, por lo tanto, la recompensa de mi benevolencia! Había salvado de la destrucción a un ser humano, y como premio ahora me retorció bajo el dolor miserable de una herida, que había destrozado la carne y el hueso. Los sentimientos de bondad y gentileza que alimentaba unos pocos instantes antes dejaron el sitio a una cólera furiosa y al rechinar de dientes. Inflamado por el dolor, juré odio y venganza eterna a toda la humanidad. Pero el dolor de mi herida se impuso; comencé a vacilar, y al fin me desmayé.

»Durante varias semanas llevé una vida miserable en los bosques, tratando de curar la herida recibida. La bala me había entrado en el hombro, e ignoraba que había quedado allí o había salido; en todo caso, no tenía medios de traerla. Venía a aumentar mi sufrimiento la opresiva sensación de injusticia y la ingratitud que esa agresión representaba. Día tras día pensaba en la venganza: una venganza profunda y mortal, la única que podía compensar los ultrajes y la angustia que yo había soportado.

»Después de varias semanas mi herida curó, y continué la travesía. Los esfuerzos que debía soportar ya no se aliviaban con el brillo del sol o las brisas gentiles de la primavera; toda alegría no era más que una burla, un insulto a mi desolación, y me inducía a sentir más dolorosamente que el goce del placer no estaba hecho para mí.

»Pero mis penurias se acercaban a su fin; y dos meses después llegué a las cercanías de Ginebra.

»Anocheceía cuando llegué al lugar, y me retiré a un escondrijo entre los campos que rodean la ciudad, para meditar el modo de acercarme a ti. Me sentía agobiado por la fatiga y el hambre, y por demás desgraciado para gozar de las suaves brisas del atardecer, o del espectáculo ofrecido por el sol que se ponía delante de las altas montañas del Jura.

»En este momento un ligero sueño acalló el dolor de mi reflexión; pero me despertó la llegada de un hermoso niño, que con el espíritu vivaz de la infancia se acercaba corriendo al refugio que yo había elegido. De pronto, al contemplarlo, se me ocurrió que esta criaturita carecía de prejuicio, y que había vivido muy corto tiempo para aprender el horror de la deformidad. Por lo tanto, si lograba apoderarme de él, y educarlo como compañero y amigo, no me sentiría tan abandonado en esta tierra poblada de seres humanos.

»Movido por este impulso, aferré al niño cuando pasaba a mi lado y lo atraje hacia mí. Apenas contempló mi forma, se llevó las manos a los ojos y lanzó un alarido: apelando a la fuerza retiré sus manos y dije: ‘Niño, ¿qué significa esto? No quiero lastimarte, escucha’.

»Forcejeó violentamente. ‘Déjame ir —exclamó—. ¡Monstruo! ¡Villano! Quieres comerme y destrozarme... Eres un ogro... Déjame ir o le contaré a mi papá’.

»‘Niño, nunca volverás a ver a tu padre; tendrás que acompañarme’.

»‘¡Monstruo maligno! Déjame ir. Mi papá es síndico... Es el señor Frankenstein... y te castigará. No te atreverás a retenerme.’

»‘¡Frankenstein! Entonces, eres uno de mis enemigos... Eres uno de aquellos contra quienes he jurado eterna venganza... Y tú serás mi primera víctima’...

»El niño seguía luchando, y descargaba sobre mí epítetos que llenaban de angustia mi corazón; le apreté la garganta para silenciarlo, y un instante después yacía muerto a mis pies.

»Contemplé a mi víctima, el corazón henchido de exaltación y demoníaco triunfo: batiendo palmas, exclamé: ‘También yo puedo provocar la desolación; mi enemigo no es invulnerable; esta muerte lo llevará a la desesperación, y otros mil sufrimientos habrán de atormentarlo y destruirlo’.

»Mientras tenía los ojos fijos en el niño, vi un objeto brillante en su pecho. Lo tomé; era el retrato de una mujer muy hermosa. A pesar de mi malignidad, la imagen me ablandó y me atrajo. Durante unos instantes contemplé complacido sus ojos oscuros, bordeados por largas pestañas, y sus labios llenos; pero poco después retornó mi cólera: recordé que estaba privado para siempre de los placeres que criaturas tan bellas podían conceder; y que esa mujer cuyo rostro yo contemplaba, al mirarme habría trocado su aire de divina benignidad en expresión de disgusto y horror.

»¿Te extrañas de que estos pensamientos avivasen mi cólera? Sólo me asombra que en este momento, en lugar de expresar mis sensaciones mediante exclamaciones y gestos de dolor, yo no corriese en medio de la humanidad y pereciese en el intento de destruirla.

»Abrumado por estos sentimientos, dejé el sitio donde había cometido el crimen, y buscando un escondrijo más apartado, entré en un establo que creí vacío. Una mujer dormía sobre un montón de pajas; era joven: ciertamente, no tan bella como la imagen del medallón; pero tenía un

aspecto agradable, y florecía en la hermosura de la juventud y la salud. Aquí, pensé, está una de esas mujeres cuyas sonrisas irradian alegría sobre todos, menos sobre mí. Entonces me incliné sobre ella y murmuré: ‘Despierta, hermosura, tu amante está cerca... Ha llegado el hombre que daría su vida para obtener una mirada de afecto de tus ojos: ¡despierta, amada mía!’

»La durmiente se agitó; me recorrió un estremecimiento de terror. ¿Si despertaba, me veía, me maldecía, y corría a denunciar al asesino? Sin duda eso haría, si sus ojos ensombrecidos se abrían y me contemplaba. La idea me enloqueció; evocó lo peor de mí... y me dije: ‘No yo, ella ha de sufrir. Expiará el crimen que he cometido porque se me ha despojado para siempre de todo lo que ella misma podría darme. El crimen en ella tenía su fuente: ¡suyo sea el castigo!’ Gracias a las lecciones de Félix y a las leyes sanguinarias del hombre ahora sabía hacer el mal. Me incliné y deslicé el medallón en uno de los pliegues de su vestido. La joven se movió nuevamente, y yo huí.

»Varios días recorrí el lugar donde habían ocurrido estas escenas; a veces deseaba verte, y otras resolvía abandonar para siempre el mundo y sus padecimientos. Al fin, me dirigí a estas montañas, y he explorado sus inmensos recesos, consumido de una ardiente pasión que sólo tú puedes calmar. No debemos separarnos hasta que me hayas prometido cumplir mi reclamo. Estoy solo, y soy miserable; el hombre no quiere asociarse conmigo; pero no me negará ese vínculo un ser que fuese tan deforme y horrible como yo mismo. Este compañero ha de ser de la misma especie, y tener los mismos defectos, y tú debes crearlo.”

Capítulo 17

El ser dejó de hablar, y fijó sus ojos en mí, ansioso de una respuesta. Pero yo me sentía desconcertado, perplejo e incapaz de organizar mis ideas en la medida necesaria para comprender la verdadera trascendencia de su propuesta. Continuó hablando:

«Debes crear una mujer para mí, una persona con la cual pueda vivir intercambiando las simpatías necesarias para mi ser. Sólo tú puedes hacerlo; y te lo reclamo como un derecho que no puedes rehusarme».

La última parte de su relato había encendido nuevamente en mí la cólera extinguida mientras él narraba la vida pacífica que había llevado entre los habitantes de la casa de campo; y cuando dijo esto último, me fue imposible contener la cólera que ardía en mi fuero íntimo.

«Me niego —repliqué— y ni las torturas me obligarán a consentir. Puedes hacer de mí el más desdichado de los hombres, pero nunca me convertirás en un ser vil a mis propios ojos. Si errara otro individuo como tú, ¡reunidos serían capaces de asolar el mundo! ¡Vete! Ya te he dado mi respuesta; puedes torturarme, pero jamás consentiré».

«Estás equivocado —replicó el malvado—; y en lugar de amenazar, me limitaré a razonar contigo. Soy malvado porque me siento desdichado. ¿Acaso no me esquivo y odia toda la humanidad? Tú, mi creador, serías capaz de destruirme, y te gozarías en ello; recuérdalo, y dime: ¿por qué he de compadecer al hombre más de lo que él se compadece de mí? No hablarías de asesinato si pudieras precipitarme en uno de esos desfiladeros, y destruir mi cuerpo, que es obra de tus propias manos. ¿Debo respetar al hombre que me condena? Déjame que viva con él intercambiando actos de bondad; y en lugar de herirle, le concederé todos los beneficios, y, además, derramaré lágrimas de gratitud si las acepta. Pero eso no puede ser; los sentimientos humanos son obstáculos insuperables que se oponen a dicha unión. De todos modos, no me someteré a una actitud de abyecta esclavitud. Vengaré mis ofensas: si no puedo inspirar amor, provocaré miedo; y procuraré lograrlo principalmente en ti, mi archienemigo, a quien, porque eres mi creador, juro odio inextinguible. Cuídate: trabajaré en tu destrucción, y no he de terminar hasta que haya arrasado tu corazón, de modo que maldigas la hora en que naciste».

Una cólera maligna le animaba mientras decía estas palabras; su rostro estaba deformado en contorsiones demasiado horribles para ser vistas por ojos humanos; pero poco después se calmó, y continuó hablando...

«Me propuse razonar. Esta pasión me hace daño; y en verdad, no reflexionas en que *tú* eres la causa de dicho exceso. Si un ser cualquiera experimentase emociones benévolas hacia mí, las devolvería centuplicadas cien veces; ¡por el bien de esa criatura, podría hacer las paces con toda la especie! Pero ahora estoy incurriendo en sueños de felicidad que son imposibles. Esto que te pido es razonable y justo; reclamo una criatura de otro sexo, pero tan horrible como yo mismo; la satisfacción es pequeña, pero es todo lo que puedo recibir, y me bastará. Es cierto que seremos monstruos, separados del resto del mundo; pero por esa misma razón viviremos más unidos. Nuestra vida no será feliz, pero sí inofensiva, y libre de los padecimientos que ahora sufro. ¡Oh! ¡Mi creador!, ¡Hazme feliz; déjame sentir gratitud hacia ti siquiera sea por un beneficio! Déjame ver que excito la simpatía por lo menos de un ser; ¡no rechaces mi solicitud!»

Me sentía conmovido. Me estremecí al pensar en las posibles consecuencias de mi consentimiento; pero también entreví que en la argumentación de aquel ser había cierto grado de justicia. Su relato, y los sentimientos que ahora expresaba, demostraba que era una criatura de delicados sentimientos; y puesto que yo lo había creado, ¿no le debía siquiera esa parte de felicidad que estaba en mi poder conceder? Advirtió el cambio de mis sentimientos y continuó:

«Si consientes, ni tú ni otro ser humano volverá a vernos: marcharé a las vastas extensiones salvajes de América del Sur. Mi alimento no es el mismo del hombre; no destruyo al cordero ni al cabrito para satisfacer mi apetito; bellotas y bayas me aportan nutrición suficiente; mi compañera tendrá la misma naturaleza, y se contentará con el mismo destino. Haremos nuestro lecho con hojas secas; el sol brillará sobre nosotros como sobre el hombre, y madurará nuestro alimento. La imagen que aquí te expongo es pacífica y humana, y debes comprender que sólo podrás negarte movido por el capricho del poder y la crueldad. Aunque fuiste implacable conmigo, ahora veo la compasión en tus ojos; déjame aprovechar el momento favorable para persuadirte de que prometas lo que deseo tan ardientemente».

«Propones —repliqué— huir de los lugares donde reside el hombre, habitar las extensiones desiertas donde las bestias del campo serán tus únicos compañeros. ¿Cómo es posible que tú, que tanto anhelas el amor y la simpatía del hombre perseveres en ese exilio? Volverás, y nuevamente buscarás la bondad de los seres humanos, y otra vez podrás comprobar que te detestan; se renovarán tus malas pasiones, y entonces tendrás una compañera, que te ayude en la tarea de destrucción. Eso no puede ser: cesa en tus argumentos, pues no puedo consentir».

«¡Cuán inconstantes son tus sentimientos! Hace un momento te conmovieron mis palabras; ¿por qué ahora endureces nuevamente tu corazón frente a mis quejas? Por la tierra que habito y por ti mismo que me hiciste, te juro que con la compañera que me des abandonaré la vecindad del hombre, e iré a residir en los sitios más agrestes. ¡Mis malas pasiones se habrán desvanecido, pues habré encontrado la simpatía que busco! Mi vida discurrirá serenamente, y al momento de morir no maldeciré a mi creador».

Sus palabras me produjeron extraño efecto. Le compadecía, y a veces experimentaba el deseo de consolarlo; pero cuando lo miraba, cuando veía la horrible masa que se movía y hablaba, mi

corazón desfallecía, y mis sentimientos se trocaban en otros de terror y odio. Traté de ahogar esas sensaciones; pensé que, como no podía simpatizar con él, no tenía derecho de privarle de la pequeña parte de felicidad que aún podía concederle.

«Juras —dije— ser inofensivo; ¿pero no has demostrado ya un grado de malicia que razonablemente debe moverme a desconfiar de ti? ¿Quizá no es esto más que una ficción que ensancha tu triunfo permitiendo a tu venganza un ámbito más amplio?»

«¿Qué significa esto? No quiero que juegues conmigo: y exijo una respuesta. Si carezco de vínculos y de afectos, el odio y el vicio serán mi destino; el amor de otro destruirá la causa de mis crímenes, y me convertiré en un ser de cuya existencia nadie tendrá noticia. Mis vicios son los hijos de una soledad forzada que aborrezco; e inevitablemente se manifestarán mis virtudes cuando pueda comulgar con un igual. Sentiré los afectos propios de un ser sensible, y me vincularé con la cadena de la existencia y los acontecimientos, de la cual ahora estoy excluido».

Me detuve un momento para reflexionar en todo lo que me había relatado, y en los diversos argumentos que había utilizado. Pensé en la promesa de virtudes que manifestara al comienzo de su existencia y cómo después todos sus buenos sentimientos habían sido sofocados por el repudio y el desdén que sus protectores le demostraron. Su poder y sus amenazas no estaban excluidos de mis cálculos: una criatura que podía existir en las cavernas de hielo de los glaciares, y burlar la persecución entre los riscos de inaccesibles precipicios era un ser dotado de facultades con las cuales era vano luchar. Después de prolongada pausa consagrada a la reflexión decidí que la justicia que él y mis semejantes merecían imponía satisfacer su pedido. De modo que me volví hacia él y dije:

«Consiento en tu demanda, bajo solemne juramento de que saldrás para siempre de Europa, y de todos los demás lugares habitados por el hombre, apenas te entregue una mujer que te acompañe en el exilio».

«Juro —exclamó— por el sol, por el cielo azul, y por el fuego de amor que arde en mi corazón, que si concedes mi pedido, mientras ellos existan no volverán a verme. Parte para tu hogar, y comienza tu trabajo: vigilaré tus progresos con inenarrable ansiedad; y no temas, cuando estés dispuesto yo apareceré».

Dicho esto, me dejó bruscamente, quizá temeroso de que cambiase de opinión. Lo vi descender la montaña con velocidad mayor que el vuelo de un águila, y perderse rápidamente entre las ondulaciones del mar de hielo.

Su relato había ocupado el día entero, y cuando partió el sol se acercaba al horizonte. Comprendí que debía apresurar mi descenso hacia el valle, pues pronto me hallaría rodeado de sombras; pero me sentía deprimido, y mis pasos eran lentos. La tarea de recorrer los estrechos senderos de la montaña, fijando firmemente los pies a medida que avanzaba, me pareció desconcertante, agobiado como estaba por las emociones originadas en los hechos del día. Era bien entrada la noche cuando llegué al refugio situado a mitad de camino, y me senté al lado de la fuente. Las estrellas brillaban a intervalos, cubiertas a veces por las nubes; los oscuros pinos se alzaban ante mí, y aquí y allá yacía en el suelo un árbol destruido: era una escena de maravillosa solemnidad, y suscitaba extraños pensamientos en mí. Sollocé amargamente; y cerrando las manos con desesperación exclamé: «¡Oh! Aquí se han citado las estrellas, las nubes y los vientos

para hacer burla de mí: si realmente me compadecieran, desterrarían sensaciones y recuerdos; me hundirían en la nada; pero si no se cuidan de mí, que partan, que huyan, dejándome en las sombras».

Eran pensamientos desesperados y miserables; pero no puedo describir cómo el pestañeo eterno de las estrellas me agobiaba, y cómo oía cada golpe de viento como si se tratase del sofocante y atroz siroco destinado a consumirme.

Rompió la mañana antes de que yo llegase a la aldea de Chamounix; no me di descanso, y retorné inmediatamente a Ginebra. Ni siquiera, en mi propio corazón podía expresar las sensaciones que me aquejaban... pesaban sobre mí como una montaña, y su mismo exceso amortiguaba el sufrimiento. Así regresé a mi hogar, y al entrar en la casa me presenté a la familia. Mi apariencia macilenta y espectral provocó intensa alarma; pero no respondí a las preguntas, y apenas hablé. Me sentía como puesto bajo un decreto de destierro —como si no tuviese derecho a reclamar la simpatía de aquellos seres— como si nunca más pudiese gozar de la compañía que ellos me dispensaban. A pesar de todo, los amaba hasta la adoración; y para salvarlos, resolví consagrarme a la tarea que más aborrecía. La perspectiva de esta ocupación hizo que todas las demás circunstancias de la existencia pasaran ante mis ojos como un sueño; y que ese único pensamiento representase para mí la realidad de la vida.

Capítulo 18

Después de mi regreso a Ginebra, pasaron días y semanas; y no podía reunir el valor suficiente para reanudar mi tarea. Temía la venganza originada en la desilusión de aquel ser maligno, pero al mismo tiempo no podía vencer la repugnancia que me impedía abordar la tarea. Descubrí que no podía formar una mujer sin consagrar nuevamente varios meses a profundos estudios y laboriosas reflexiones. Había oído hablar de ciertos descubrimientos realizados por un filósofo inglés, y el conocimiento de esas novedades representaba un material importante para mi éxito; así, a veces pensaba obtener el consentimiento de mi padre para visitar Inglaterra con ese fin; pero me aferraba a todos los motivos de demora, y rehuía dar el primer paso en una empresa cuya necesidad inmediata comenzaba a parecerme menos absoluta. Ciertamente, en mí había ocurrido un cambio: mi salud, que antes declinara, ahora se hallaba muy restablecida; y mi espíritu, cuando no debía afrontar el recuerdo de mi infeliz promesa, se elevaba de manera proporcionada. Mi padre advirtió complacido este cambio, y orientó su pensamiento buscando el mejor método de eliminar los restos de mi melancolía, que de tanto en tanto retornaba por accesos y con sus sombras anulaban la luminosidad de mi mejoría. En esos momentos yo me refugiaba en la soledad más total. Pasaba días enteros en el lago, solo en una pequeña embarcación, contemplando las nubes, y escuchando el murmullo de las olas, silencioso y abstraído. Pero el aire fresco y la luz del sol rara vez dejaban de devolverme por lo menos un mínimo de bienestar; y al regreso, respondía a los saludos de mis amigos, con una sonrisa más pronta y un corazón más animoso.

Regresaba de uno de estos paseos, cuando mi padre, llamándome aparte, me habló de este modo:

«Me alegro de ver, querido hijo, que has reanudado las actividades que antes te complacían, y que aparentemente están devolviéndote la salud. Y, sin embargo, todavía te sientes desgraciado, y aun evitas nuestra sociedad. Durante un tiempo me perdí en conjeturas sobre la causa de esta actitud; pero ayer se me ocurrió una idea, y si está bien fundada, te conjuro a que me digas la verdad. La reserva en ese punto no sólo sería inútil, sino que acrecentaría de manera inconmensurable nuestro sufrimiento».

Comencé a temblar violentamente ante estas palabras, y mi padre continuó:

«Confieso, hijo mío, que siempre he considerado tu matrimonio con esa querida Elizabeth como la coronación de nuestra felicidad doméstica, y el reparo de mis años de vejez. Ustedes dos vivieron unidos desde la más tierna infancia; estudiaron juntos, y tanto por las disposiciones como por los gustos parecen hechos el uno para el otro. Pero tan ciega es la experiencia del hombre que quizá lo que creí eran factores más propicios para mi plan, hayan acabado por destruirlo. Es posible que la mires como a una hermana, y que no desees hacerla tu esposa. O tal vez has encontrado otra mujer a la que amas; y considerándote atado por lazos de honor a Elizabeth, esta lucha sea la causa del acerbo sufrimiento que parece experimentar».

«Querido padre, tranquilízate. Amo a mi prima tierna y sinceramente. Nunca vi una mujer, que, como Elizabeth, excitara mi admiración y mi afecto más cálidos. Mis esperanzas y perspectivas futuras están relacionadas completamente con la perspectiva de nuestra unión».

«Querido Víctor, la expresión de nuestros sentimientos acerca de este asunto me da más placer del que he experimentado durante mucho tiempo. Si así sientes, sin duda seremos felices, sean cuales fueren los pesares que ahora afrontamos. En todo caso, quisiera disipar este humor sombrío que ahora parece influir tan poderosamente sobre tu ánimo. Dime, por lo tanto, si te opones a la concertación inmediata del matrimonio. Hemos sido infortunados, y los hechos recientes destruyeron la tranquilidad cotidiana que sería propia de mis años y dolencias. Tú eres más joven; de todos modos, no creo que, en vista de tus medios, un matrimonio temprano estorbe de ningún modo los planes futuros de progreso y provecho que quizá te hayas forjado. Sin embargo, no creas que pretendo dictar el curso futuro de tu vida, o que cierta demora de tu parte me afecte demasiado. Interpreta mis palabras con sinceridad, y te ruego me contestes con confianza y franqueza».

Escuché en silencio a mi padre, y durante unos minutos no pude responderle. Reflexioné rápidamente una multitud de cosas, y traté de llegar a cierta conclusión. En verdad, la idea de una unión inmediata con Elizabeth era para mí motivo de horror y desaliento. Estaba atado por una promesa solemne, que aún no había cumplido, y que no me atrevía a romper; y si lo hacía, ¡cuántos padecimientos no se abatirían sobre mi abnegada familia! ¿Podía iniciar una celebración solemne con ese peso mortal colgado del cuello, e inclinándome hacia el suelo? Debía cumplir mi compromiso y dejar que el monstruo partiese con su compañera, antes de permitirme la alegría y el placer de una unión que me aportaría la paz.

Acordé también la necesidad de viajar a Inglaterra, o de iniciar una prolongada correspondencia con los filósofos de ese país, cuyos conocimientos y hallazgos me eran indispensables en la obra que me proponía. El segundo de los métodos para obtener los datos deseados era moroso e insatisfactorio: además, me repugnaba profundamente la idea de iniciar la horrible tarea en la casa de mi padre, mientras mantenía relaciones familiares con aquellos a quienes amaba. Sabía que podían ocurrir mil accidentes terribles, y que aun el más menudo de ellos revelaría una situación capaz de conmover a todos los que estaban vinculados conmigo. También tenía conciencia de que a menudo perdería el dominio de mí mismo, y mi capacidad de ocultar las atroces sensaciones que me poseerían durante el desarrollo de mi espantosa ocupación. Debía apartarme de todos los que amaba mientras trabajaba en ello. Una vez que iniciara, la cosa terminaría rápidamente, y podría volver a mi familia en paz y felicidad.

Cumplida mi promesa, el monstruo partiría para siempre. O (así quería imaginarlo) un accidente quizá lo destruyera, y terminase para siempre mi esclavitud.

Estos sentimientos dictaron la respuesta que di a mi padre. Expresé el deseo de visitar Inglaterra; pero, ocultando las verdaderas razones de mi pedido, disimulé mis deseos bajo un disfraz que no provocó sospechas, al mismo tiempo que manifestaba mi anhelo con una sinceridad y un entusiasmo que indujeron a mi padre a acceder. Después de un período tan prolongado de absorbente melancolía, que por su intensidad y sus efectos se asemejaba al desequilibrio, le alegró comprobar que yo era capaz de hallar placer en la idea del viaje, y confió en que el cambio de escenario y los variados motivos de entretenimiento propios del viaje acabarían por devolverme totalmente la salud física y mental.

Se dejó a mi decisión la duración de mi ausencia; unos pocos meses, o a lo sumo un año fue el período contemplado. Sin embargo, a modo de amable precaución, mi padre se ocupó de asegurarme compañía. Sin comunicármelo previamente, y de acuerdo con Elizabeth, arregló que Clerval se reuniese conmigo en Estrasburgo. Esta iniciativa venía a destruir la soledad que yo ansiaba para desarrollar mi tarea; sin embargo, al comienzo del viaje la presencia de un amigo no podía constituir un estorbo, y en verdad me alegró que de ese modo pudiese evitar muchas horas de reflexión solitaria y enervante. Más aún, Henry podía interponerse entre mi persona y la intrusión de mi enemigo. Si yo estaba solo, ¿aquel monstruo no impondría a veces su presencia aborrecida, para recordarme mi tarea o contemplar los progresos realizados?

Por consiguiente, marché a Inglaterra, y se sobrentendía que me uniría con Elizabeth inmediatamente después del regreso. La edad de mi padre le inducía a oponerse profundamente a toda postergación. Por mi parte, me prometía una recompensa por los detestados trabajos que debería realizar: un consuelo a mis sufrimientos sin igual; era la perspectiva del día en que, liberado de mi miserable esclavitud, pudiese reclamar la mano de Elizabeth y olvidar el pasado en mi unión con ella.

Realicé los preparativos del viaje; pero me perseguía un sentimiento que me llenaba de temor y agitación. Durante mi ausencia dejaría a mis amigos desprevenidos respecto de la existencia de su enemigo, y faltos de protección ante sus ataques, ya que el monstruo podría exasperarse a causa de mi partida. Pero él había prometido seguirme donde quiera yo fuese; ¿y acaso no me acompañaría a Inglaterra? Esta idea, terrible en sí misma, vino a tranquilizarme, porque representaba una forma de seguridad para mis amigos. Me torturaba la posibilidad de que las cosas ocurriesen a la inversa.

Pero durante todo el período en que fui el esclavo de mi criatura, me dejé dominar por los impulsos del momento; y mis sensaciones actuales me sugirieron claramente que el malvado me seguiría, y que de ese modo mi familia estaría a salvo de sus peligrosas maquinaciones.

A fines de septiembre abandoné nuevamente mi país natal. Yo mismo había sugerido el viaje, y por consiguiente Elizabeth convino en ello. Pero la inquietaba profundamente la idea de que pudiese sufrir, lejos de ella, los efectos del padecimiento y el dolor. Por su iniciativa tuve un compañero en Clerval, y, sin embargo, un hombre se muestra ciego a un millar de pequeñas circunstancias que atraen la atención cuidadosa de una mujer. Ella deseaba rogarme que

apresurase mi retorno, pero mil sentimientos contrarios la obligaron a enmudecer mientras me ofrecía una despedida triste y silenciosa.

Entré en el carruaje que me llevaría lejos, casi sin saber adonde iba, y sin preocuparme de lo que ocurría alrededor. Sólo recordé, y después reflexioné en ello con amarga angustia, que debía ordenar la inclusión de mis instrumentos químicos en el equipaje. Agobiado por tristes ideas, atravesé muchos escenarios de singular belleza y majestuosidad; pero mis ojos se mantenían inmóviles, sin ver nada.

Sólo podía pensar en el objetivo de mis viajes, y en el trabajo que me ocuparía mientras aquello durase.

Después de varios días pasados en indiferente indolencia, durante los cuales recorrí muchas leguas, llegué a Estrasburgo, donde esperé dos días a Clerval. Vino al fin. ¡Dios mío, cuán profundo era el contraste entre nosotros! Henry se mostraba atento a todo lo nuevo; alegre cuando contemplaba la belleza del sol poniente, y más feliz aún cuando comenzaba el día. Me mostraba los cambiantes colores del paisaje, y las apariencias del cielo. «¡Esto es vivir —exclamaba—, ahora gozo de la existencia! Pero tú, mi querido Frankenstein, ¿por qué estás tan triste y caviloso?» En verdad, mi mente estaba absorta en sombríos pensamientos, y no veía el descenso del lucero vespertino, ni los rayos del sol reflejados en el Rhin; y usted, amigo mío, se entretendría mucho más escuchando las experiencias de viaje de Clerval, que observaba el paisaje con un ojo capaz de sentir y complacerse, que oyendo el relato de mis reflexiones. Yo, pobre miserable, era perseguido por una maldición que me impedía el más menudo de los goces.

Habíamos convenido descender el Rhin en una embarcación que iba de Estrasburgo a Rotterdam, desde donde pensábamos transbordar para dirigirnos a Londres. Durante este viaje pasamos entre islas cubiertas de sauces, y vimos varias hermosas ciudades. Permanecimos un día en Mannheim, y al quinto de nuestra partida de Estrasburgo llegamos a Maguncia. El curso del Rhin después de Maguncia es mucho más pintoresco. El río desciende rápidamente, y serpentea entre colinas, no muy altas pero empinadas, que exhiben bellas formas. Vimos muchos castillos arruinados alzándose al borde de precipicios, rodeados de espesos bosques, altos e inaccesibles. Ciertamente, esta parte del Rhin ofrece un paisaje singularmente variado. En un lugar aparecen escarpadas colinas, castillos arruinados al borde de tremendos precipicios, mientras el oscuro Rhin corre debajo; y al volver un promontorio, aparecen viñedos florecientes, verdes orillas pendientes, un río sinuoso, y populosas ciudades distribuidas aquí y allá. Viajamos en la época de la vendimia, y mientras descendíamos la corriente de agua oímos el canto de los trabajadores. A pesar de mi depresión, y de que mi espíritu estaba constantemente agitado por sombríos sentimientos, me sentí complacido. Yacía en el fondo de la embarcación, y mientras contemplaba el cielo azul sin nubes, parecía absorber una tranquilidad que durante mucho tiempo me había sido extraña. Y si estas eran mis sensaciones, ¿quién puede describir las de Henry? Sentía como si lo hubiesen transportado al País de las Maravillas, y gozaba de una felicidad raramente gustada por el hombre. «He visto —dijo— los más bellos paisajes de mi país; he visitado los lagos de Lucerna, y Uri, donde las montañas nevadas descienden casi perpendicularmente hacia el agua, formando sombras oscuras e impenetrables, que crearían una apariencia sombría y mortecina, si no fuera por las islas cubiertas de verde que alivian la imagen con su alegre apariencia; he visto

este lago agitado por una tempestad, cuando el viento levanta los remolinos de agua y nos sugiere el carácter de las trombas del mar abierto; las olas golpean con furia la base de la montaña, donde el cura y su amante fueron arrastrados por una avalancha, y se afirma que sus voces moribundas todavía se oyen entre las pausas del viento nocturno; he visto las montañas de La Valais, y el Pays de Vaud: pero esta región, Víctor, me agrada más que todas esas maravillas. Las montañas de Suiza son más majestuosas y extrañas; pero en las orillas de este río divino existe encanto tal, que, jamás vi nada igual. Mira ese castillo al borde del precipicio; y ése que se alza en la isla, casi oculto entre el follaje de sus hermosos árboles; y ahora, ese grupo de trabajadores que vienen de las viñas, y esa aldea media oculta en el receso de la montaña. Oh, sin duda el espíritu que habita y guarda este lugar tiene un alma más armónica con la del hombre que los que moran en el glaciar, o que aquellos que se retiran a los picos inaccesibles de las montañas de nuestra patria».

¡Clerval! ¡Amado amigo! Aún ahora me complace anotar tus palabras y demorarme en el elogio que tanto mereces. Era un ser formado en la «poesía de la naturaleza». Su imaginación desenfrenada y entusiasta estaba moderada por la sensibilidad del corazón. Su alma desbordaba de ardientes afectos, y su amistad tenía este carácter abnegado y puro que los hombres de mundo nos enseñan a buscar sólo en la imaginación. Pero ni siquiera las simpatías humanas, bastaban para satisfacer su mente ansiosa. El escenario de la naturaleza, que otros contemplan sólo con admiración, para él era motivo de ardiente amor:

La catarata murmurante

Lo embrujaba como una pasión: la alta roca,

La montaña, y el hondo y umbrío bosque,

Sus colores y sus formas, eran entonces para él

Un apetito; un sentimiento, y un amor,

Que no requerían encanto más remoto,

Aportado por el pensamiento, ni interés

Ajeno al mundo de las formas.

Y ahora, ¿dónde está él? ¿Este ser gentil y amable se ha perdido para siempre? Este espíritu, tan abundante de ideas, de imaginaciones fantasiosas y magníficas, que formaba un universo, y cuya existencia dependía de la vida de su creador... ¿este espíritu ha perecido? ¿Ahora existe solamente en mi memoria? No, no es así; su forma tan divinamente plasmada y desbordante de belleza se ha descompuesto, pero su espíritu todavía visita y consuela a su desgraciado amigo.

Perdóneme este movimiento de dolor; estas palabras ineficaces no son más que un pequeño tributo al valor sin ejemplo de Henry, pero en todo caso calman mi corazón, colmado por la angustia que su recuerdo evoca. Continúo con mi relato.

Después de Colonia descendimos a las llanuras de Holanda; y decidimos continuar en carruaje el resto de nuestro viaje; pues teníamos vientos contrarios; y la corriente del río era demasiado débil para prestarnos ayuda.

Aquí nuestro viaje perdió el interés originado en la belleza del paisaje; pero en todo caso tardamos pocos días en llegar a Rotterdam, de donde seguimos por mar a Inglaterra. En una mañana clara, durante los últimos días de diciembre, vi por primera vez los blancos riscos de

Gran Bretaña. Las orillas del Támesis ofrecían un espectáculo diferente, eran llanas, pero fértiles, y casi todas las ciudades estaban señaladas por el recuerdo de algún episodio. Vimos Tilbury Fort, y recordamos a la Armada Española; Gravesend, Woolwich, y Greenwich, lugares de los que había oído hablar aun en mi país.

Finalmente, vimos las numerosas torres de Londres, Saint Paul se destacaba entre todas, y también la Torre famosa en la historia inglesa.

Capítulo 19

Londres era la ciudad donde pensábamos descansar; decidimos permanecer varios meses en esta ciudad asombrosa y celebrada. Clerval quería conocer a los hombres de genio y de talento que florecían entonces, pero para mí ese era un objetivo secundario; me preocupaba sobre todo obtener la información necesaria para completar mi promesa, y rápidamente utilicé las cartas de introducción que había traído conmigo, dirigidas a los filósofos naturales más distinguidos.

Si hubiese realizado este viaje en mis años de estudio y felicidad, me habría proporcionado inenarrable placer. Pero una maldición se había abatido sobre mi existencia, y ahora visitaba a ese pueblo sólo en busca de la información que podía obtener acerca de una cuestión en la cual mi interés era terrible y profundo. La compañía me irritaba; cuando estaba solo, podía ocupar mi mente con las imágenes del cielo y de la tierra; la voz de Henry me tranquilizaba, y de ese modo obtenía una paz transitoria. Pero los rostros atareados, alegres y al mismo tiempo carentes de interés me sumían en la desesperación.

Veía una barrera insuperable interpuesta entre mi persona y mis semejantes; esta barrera estaba sellada con la sangre de William y Justine; y cuando reflexionaba sobre los hechos vinculados con esos nombres, mi alma se saturaba de angustia.

Pero en Clerval veía la imagen de mi antiguo yo; era una personalidad inquisitiva, y estaba ansioso de obtener experiencia y conocimientos. Las diferencias de costumbres que observaba representaban para él una fuente inagotable de instrucción y entretenimiento. También perseguía un objetivo que hacía mucho tenía en vista. Su designio era visitar India, en la creencia de que gracias a su práctica de las diversas lenguas que allí se hablaban, y a las particularidades de su sociedad, disponía de los medios necesarios para contribuir materialmente al progreso de la colonización y el comercio europeo. En Inglaterra podía encontrar las condiciones que facilitarían la ejecución de su plan. Estaba siempre atareado; y lo único que a veces frustraba su placer era mi espíritu entristecido y desolado. Traté de ocultar mi ánimo todo lo posible, para no apartar de los placeres naturales a quien ingresa en una nueva forma de vida, ajeno a cuidados o recuerdos amargos. A menudo me negué a acompañarlo, aduciendo otros compromisos, con el fin de quedarme solo. Ahora había comenzado también a reunir los materiales necesarios para mi nueva creación, y esta actividad era para mí como la tortura de la gota de agua que cae

constantemente sobre la cabeza. Cada pensamiento que consagraba al asunto era un motivo de profunda angustia, y cada palabra que hablaba en alusión al caso hacía temblar mis labios y mi corazón.

Después de pasar algunos meses en Londres, recibimos una carta de una persona de Escocia, que antaño nos había visitado en Ginebra. Mencionaba las bellezas de su país natal, y nos preguntaba si ellas no representaban atractivos suficientes para inducirnos a prolongar nuestro viaje hasta Perth, donde residía. Clerval deseaba ansiosamente aceptar la invitación, y por mi parte, aunque aborrecía la sociedad, quería ver de nuevo montañas y ríos, y todas las cosas maravillosas con las cuales la Naturaleza adorna sus lugares preferidos.

Habíamos llegado a Inglaterra a principios de octubre, y ahora estábamos en febrero. Así, decidimos iniciar nuestro viaje hacia el norte al cabo de otro mes. En esta expedición no nos proponíamos seguir el gran camino que lleva a Edimburgo, sino visitar Windsor, Oxford, Matlock y los lagos de Cumberland, para llegar al final de nuestra gira aproximadamente a fines de julio. Envolví mis instrumentos químicos y los materiales que había reunido, decidiendo concluir mis trabajos en algún oscuro escondrijo de las montañas septentrionales de Escocia.

Salimos de Londres el 27 de marzo, y estuvimos unos pocos días en Windsor, paseando en el hermoso bosque. Para nosotros, nativos de la montaña, era un escenario diferente, los robles majestuosos, la abundancia de caza, y los rebaños de magníficos venados eran todas novedades para nuestros ojos.

De allí pasamos a Oxford. Cuando entramos en esta ciudad, recordamos los hechos ocurridos allí más de un siglo y medio antes. Aquí Carlos I había agrupado sus fuerzas. Esta ciudad le había permanecido fiel, después que toda la nación olvidó su causa para unirse al estandarte del Parlamento y la libertad. La memoria de ese monarca infortunado, y de sus compañeros, el amistoso Falkland, el insolente Goring, su reina y su hijo, confería un interés particular a cada sector de la ciudad que uno podía imaginar había sido habitada por ellos. El espíritu de antiguos tiempos hallaba su morada aquí, y nos complacíamos en descubrir sus huellas. Y si estos sentimientos no hubiesen encontrado una gratificación imaginaria, la apariencia de la ciudad ostentaba en sí misma belleza suficiente para excitar nuestra admiración. Las universidades son antiguas y pintorescas; las calles, casi magníficas; y el hermoso Isis, que fluye a un costado, entre prados de exquisito verdor, se extiende después en un plácido remanso de aguas, que reflejan su majestuosa reunión de torres, agujas, y cúpulas, rodeadas de antiguos árboles.

Me complacé en la visión de esta escena; y, sin embargo, mi goce se disipaba tanto por el recuerdo del pasado como por la anticipación del futuro. Yo estaba hecho para la felicidad serena. Durante mis años de juventud el descontento jamás visitó mi espíritu; y si alguna vez me vi dominado por el tedio, la visión de lo que es bello en la naturaleza, o el estudio de lo que es excelente y sublime y la producción del hombre, siempre interesaban a mi corazón, y transmitían elasticidad a mi espíritu. Pero ahora soy como un árbol quemado, el rayo penetró en mi alma; y en ese momento sentía que había sobrevivido para mostrar, lo que pronto dejaré de ser, una miserable imagen de destruida humanidad, lamentable a los ojos de otros e intolerable a los propios.

Pasamos un período considerable en Oxford, vagabundeando por, los alrededores, y tratando de identificar todos los lugares que podían relacionarse con las épocas más agitadas de la historia inglesa. Nuestras pequeñas excursiones de exploración se prolongaban a menudo a causa de los sucesivos objetos que se nos ofrecían. Visitamos la tumba del ilustre Hampden, y el campo en que cayó el patriota. Por un momento mi alma se apartó de sus bajos y miserables temores, para contemplar las divinas ideas de libertad y sacrificio, de las cuales estas obras eran monumento y recordatorio. Por un instante me atreví a sacudir mis cadenas, y a mirar alrededor de mí con espíritu libre y elevado; pero el hierro había mordido mi carne; y al fin me hundí, tembloroso y desesperado, en mi yo miserable.

Dejamos Oxford de mala gana, y seguimos a Matlock, el siguiente lugar de estada. La campiña en la vecindad de esta aldea se parecía más al paisaje suizo; pero todo se daba en menor escala, y las verdes colinas carecían de la corona nevada de los Alpes distantes, que siempre se alzan entre las montañas cubiertas de pinos de mi país natal. Visitamos la caverna maravillosa; y los pequeños gabinetes de historia natural, donde las curiosidades están ordenadas del mismo modo que en las colecciones de Servox y Chamounix. Este último nombre desataba en mí un temblor cuando lo pronunciaba Henry; y me apresuré a salir de Matlock, con el cual esa terrible escena se había asociado.

Saliendo de Derby, siempre en dirección al norte, pasamos dos meses en Cumberland y Westmoreland. Ahora casi podía imaginarme entre las montañas suizas. Los pequeños parches nevados que perduraban en las laderas septentrionales de las montañas, los lagos, y el movimiento de los ríos de montaña, eran todos espectáculos familiares y queridos. Aquí también hicimos algunas relaciones, que casi me obligaron a gustar la antigua felicidad. El placer de Clerval fue proporcionalmente mayor que el mío; su mente se dilataba en la compañía de los hombres de talento, hallaba en su propia naturaleza cualidades y recursos mayores a los que él mismo podría haber imaginado en su persona cuando se asociaba con inferiores. «Podría pasarme la vida aquí», me dijo cierta vez; “y entre estas montañas apenas añoraría el paisaje de Suiza y el Rhin».

Pero él mismo descubrió que la vida del viajero incluye mucho dolor en medio de sus goces. Sus sentimientos parecen obligarlo a marchar constantemente, y cuando comienza a relajarse en el reposo, se ve obligado a abandonar el lugar de descanso y el placer en busca de algo nuevo, que ahora compromete su atención, y que también olvidará en busca de otras novedades.

Apenas habíamos visitado los diversos lagos de Cumberland y Westmoreland, y concebido ciertos lazos de afecto hacia alguno de sus habitantes, cuando ya se acercaba el período de la cita con nuestro amigo escocés; de modo que nos despedimos para continuar viaje. Por mi parte, no lo lamenté. Había descuidado mi promesa durante cierto tiempo, y temía los efectos de la decepción del monstruoso ser. Quizás estaba en Suiza, dispuesto a descargar su venganza sobre mis parientes. Esta idea me perseguía, y me atormentaba en todos los instantes que hubiera podido dedicar al reposo y a la paz. Esperaba carta de mi familia con febril impaciencia: si se demoraba, me sentía torturado y dominado por mil temores; y cuando llegaba, y veía la letra de Elizabeth o de mi padre, apenas me atrevía a leer y a dilucidar mi suerte. A veces creía que el malvado me estaba siguiendo, y que podía acicatear mi diligencia asesinando a mi compañero.

Cuando estos pensamientos me poseían, no abandonaba a Henry un instante, y por el contrario lo seguía como una sombra, para protegerlo de la imaginaria cólera de su destructor. Servía como si hubiese cometido un grave crimen, y la conciencia del mismo me persiguiese. Era inocente, pero ciertamente había atraído una horrible maldición sobre mi cabeza; un vituperio tan mortal como el crimen.

Visité Edimburgo con mirada y espíritu indiferentes; y, sin embargo, esa ciudad podría haber interesado al ser más infortunado. A Clerval no le agradó tanto como Oxford: pues a sus ojos la antigüedad de esta última era más grata. Pero la belleza y la regularidad de la ciudad nueva en Edimburgo, su romántico castillo, sus alrededores, los más deliciosos del mundo, el trono de Arturo, el pozo de San Bernardo y las colinas Pentland, compensaron el cambio, y provocaron su alegría y admiración. Pero yo estaba impaciente por llegar al final de mi viaje.

Salimos de Edimburgo una semana después, pasamos por Coupar, Saint Andrew's, y siguiendo las orillas del Tay, llegamos a Perth, donde nos esperaba nuestro amigo. Pero yo no estaba de humor para reír y conversar con desconocidos, o para enterarme de sus sentimientos o sus planes con el buen humor que se espera de un huésped; de modo que dije a Clerval que deseaba seguir solo la gira por Escocia.

«Te ruego», dije, «que estés cómodo, y que esperes aquí mi llegada. Quizás esté ausente un mes o dos; pero te pido que no estorbes mis movimientos: déjame tranquilo y solo un breve tiempo; y creo que cuando regrese estaré más animado y armonizaré mejor con tu propio humor».

Henry quiso disuadirme; pero como me mostré firme, abandonó sus propósitos. Me exhortó a escribir a menudo. «Preferiría ir contigo», dijo, «en tus paseos solitarios, antes que permanecer al lado de estos escoceses a quienes no conozco. Apresúrate a volver; querido amigo, para que pueda sentirme otra vez realmente cómodo, algo que no lograré en tu ausencia».

Después de separarme de mi amigo, decidí visitar algún lugar remoto de Escocia, y concluir mi trabajo en la soledad. No dudaba que el monstruo me seguía, y que habría de descubrirme tan pronto concluyese mi tarea, para recibir a su compañera.

Con esta resolución atravesé las tierras altas del norte, y establecí en una de las islas más remotas del grupo de las Orkney la escena de mis trabajos. Era un lugar adecuado para la tarea, pues apenas se trataba más que de un montón de rocas, golpeadas constantemente por las olas. El suelo era estéril, y el pasto alimentaba a unas pocas y miserables vacas; producía una pequeña cantidad de avena para sus habitantes, unas cinco personas, cuyos miembros enflaquecidos y deformes demostraban a las claras la vida de privaciones que llevaban. Las verduras y el pan, cuando se permitían esos lujos, y aun el agua fresca, provenían de tierra firme, a unas cinco millas de distancia.

En toda la isla no había más que tres chozas miserables, y una de ellas estaba vacía cuando llegué. Alquilé el lugar. No había más que dos habitaciones, y éstas exhibían toda la sordidez de la miseria más absoluta. El techo de paja se había hundido, las paredes carecían de revoque y la puerta se había soltado de los goznes. Ordené que reparasen la casa, compré algunos muebles, y tomé posesión del lugar; un incidente que sin duda habría provocado cierta sorpresa si la inteligencia misma de los habitantes no hubiese estado amortiguada por la necesidad y la terrible

pobreza. Según estaban las cosas, nadie se ocupó de mí ni me molestó, y apenas me agradecieron los pocos alimentos y las ropas que pude suministrarles; a tal punto el sufrimiento anula aun las sensaciones más primarias de los hombres.

En este retiro, consagraba la mañana al trabajo; pero por la tarde, cuando el tiempo lo permitía, me dirigía a la pedregosa orilla del mar, para escuchar a las olas que rompían a mis pies. Era una escena monótona y al mismo tiempo cambiante. Recordé el paisaje suizo, muy distinto de este panorama desolado y abrumador. Sus colinas están cubiertas de viñedos, y sus casas campesinas dispersas en las llanuras. Sus lagos tranquilos reflejan un cielo azul y amable; y cuando sopla el viento, el tumulto no es más que el juego de un infante vivaz, comparado con los rugidos del océano gigantesco.

De este modo distribuí mis ocupaciones apenas llegué; pero a medida que avanzaba mi trabajo, la tarea me parecía más horrible e irritante. A veces pasaba varios días sin que pudiese persuadirme de la necesidad de entrar en mi laboratorio; y otras, trabajaba día y noche para completar mi obra. Ciertamente, la labor que había iniciado representaba un proceso repugnante. Durante mi primer experimento una suerte de entusiasta frenesí me había impedido ver el horror de mi tarea; mi mente estaba absorta en la consumación de mi objetivo, y mis ojos se cerraban al horror de los detalles. Pero ahora cumplía mi trabajo a sangre fría, y mi corazón a menudo desfallecía ante la tarea que ejecutaban mis manos.

Así, ocupado en la labor más detestable, sumergido en una soledad en la que nada podía apartar mi atención ni siquiera por un instante de la escena real que me absorbía, mi humor comenzó a sufrir las consecuencias; mi temperamento se mostró inquieto y nervioso. A cada instante temía encontrarme con mi perseguidor. A veces me sentaba con los ojos fijos en el suelo, temeroso de levantarlos, no fuese que hallara el objeto que tanto temía contemplar. Temía alejarme de la vista de mis semejantes, porque quizá él esperaba hallarme solo para venir a reclamar su compañera.

Entre tanto, continuaba trabajando, y mi obra ya había avanzado bastante. Anticipaba la finalización de la tarea con una esperanza trémula y ansiosa, de la que no me atrevía a dudar, pero que se mezclaba con oscuros presentimientos de desastre, llenando de angustia mi corazón.

Capítulo 20

Cierta noche estaba sentado en mi laboratorio; el sol se había puesto y la luna acababa de aparecer sobre el mar; no disponía de suficiente luz para mis tareas, y permanecí ocioso en un momento de reflexiones en que me preguntaba si debía dejar mi labor durante la noche o apresurar su conclusión mediante una atención sin desfallecimiento. Mientras estaba sentado, se me ocurrieron una serie de meditaciones que me llevaron a considerar los efectos de lo que me encontraba haciendo. Tres años antes ejecutaba la misma tarea y había creado un ser maligno cuya barbarie sin parangón me llenó de remordimiento. Estaba a punto ahora de crear otro ser cuyas disposiciones también ignoraba; podía llegar a ser diez mil veces más maligna que su compañero y solazarse, por el simple placer que le brindaba, en asesinatos y perversidades. Él había jurado alejarse de la vecindad de los hombres y ocultarse en los desiertos; no así ella; y esa criatura, que con toda probabilidad debía convertirse en un animal pensante y dotado de raciocinio, bien podía rehusarse a cumplir un pacto concertado antes de su creación. Aun era posible que se odiaran mutuamente; el ser que ya vivía maldecía su propia deformidad; ¿y no era posible que concibiera una repugnancia aún mayor cuando la contemplara bajo la forma femenina? Podía suceder que ella se apartara con disgusto de su compañero y se sintiera atraída por la belleza superior del hombre; era posible que lo abandonara y que él siguiera nuevamente solo, exasperado por la provocación de un miembro de su propia especie.

Aun así abandonaban Europa y habitaban los desiertos del nuevo mundo, no obstante uno de los primeros resultados de las simpatías que el demonio anhelaba serían los niños, y una raza de diablos poblaría la tierra; una raza que podía convertir la existencia misma de la especie humana en una condición precaria y terrorífica. ¿Tenía yo derecho, por mi propio beneficio, a infligir esta maldición a las generaciones venideras? Antes me habían conmovido los sofismas del ser que yo creara; sus malignas amenazas me habían aturdido: pero ahora, por primera vez, advertí la perversidad de mi promesa; me estremecí al pensar que las épocas futuras podían maldecirme como a un ser que en su egoísmo no había vacilado en comprar su propia paz al precio, quizá, de la existencia de toda la raza humana.

Temblé y mi corazón se detuvo cuando, al levantar la vista, vi a la luz de la luna el rostro del demonio en la ventana. Una horrorosa sonrisa le arrugaba los labios mientras contemplaba cómo

cumplía la tarea que me había impuesto. Sí, me había seguido en mis viajes; vagando por los bosques, escondido en cuevas o buscando refugio en brezales silvestres y desiertos; y ahora venía para comprobar mi progreso y reclamar el cumplimiento de mi promesa.

Su semblante expresaba el más elevado grado de malicia y perversidad. Recordé con una sensación de locura mi promesa de crear otro ser similar a él, y, temblando de pasión, destrocé en pedazos la cosa en que trabajaba. El monstruo me vio destruir la criatura de cuya existencia futura dependía su felicidad y, con un aullido de satánica desesperación y venganza, se retiró.

Abandoné el recinto y mientras cerraba la puerta formulé solemnes votos de no reanudar jamás mi labor; y luego, con pasos temblorosos, me dirigí a mi propio aposento. Estaba solo; nadie había a mi lado para disipar la melancolía y aliviar la enfermiza opresión de las más terribles de las ensoñaciones.

Transcurrieron varias horas, y permanecí cerca de mi ventana contemplando el mar; estaba casi inmóvil, pues los vientos habían amainado, y toda la naturaleza reposaba bajo la mirada serena de la luna. Sólo unos pocos pesqueros surcaban las aguas y de tanto en tanto la brisa gentil llevaba el sonido de las voces, cuando los pescadores se comunicaban. Sentía el silencio, aunque apenas tenía conciencia de su extrema profundidad, hasta que súbitamente mi oído percibió el chapoteo de unos remos cerca de la costa, y una persona desembarcó cerca de mi casa.

Pocos minutos después oía el rechinar de mi puerta, como si alguien intentara abrirla suavemente. Temblaba de pies a cabeza; tuve el presentimiento de la identidad de mi visitante y deseé despertar a uno de los campesinos que habitaban una cabaña cercana a la mía; pero me invadió esa sensación de impotencia, experimentada tan a menudo en las alucinaciones, cuando en vano se trata de huir de un inminente peligro y uno se siente encadenado al mismo lugar.

Súbitamente oí el sonido de pasos en el pasillo; se abrió la puerta, y apareció el infeliz ser a quien temía. Cerró, se me acercó, y dijo en voz baja:

«Has destruido la labor que comenzaste; ¿cuál es tu invención? ¿Osarás romper tu promesa? He soportado trabajo y miseria. Abandoné Suiza simultáneamente contigo; me deslicé a lo largo de las orillas del Rhin, entre sus islas llenas de sauces y en las cumbres de sus montes. He vivido muchos meses en los bosques de Inglaterra y entre los desiertos de Escocia. Soporté fatiga, frío y hambre; ¿te atreves a destruir mis esperanzas?»

«¡Vete! Quebrantaré mi promesa; nunca crearé otro ser como tú, parejo en deformidad y malicia».

»Esclavo, anteriormente razoné contigo, pero demostraste ser indigno de mi condescendencia. Recuerda que poseo poder; tú te crees miserable, pero te puedo hacer tan desgraciado que la luz del día se te antojará odiosa. Tú eres mi creador, pero yo soy tu dueño: ¡obedece!

«La hora de mi indecisión pertenece al pasado, y ha llegado el período de tu poder. Tus amenazas no pueden moverme a realizar un acto de perversidad; pero sí me confirman en mi determinación de no crearte una compañera en el vicio. ¿Habré yo, a sangre fría, de dejar la tierra a merced de un demonio, cuyo solaz es la muerte y la perversidad? ¡Vete! Me mantengo firme, y tus palabras sólo exasperarán mi furia».

El monstruo vio la determinación pintada en mi rostro y rechinó los dientes con la impotencia de la cólera. “¿Acaso todo hombre —exclamó— habrá de encontrar esposa para abrazarlo, y cada bestia tener su pareja, y yo debo quedarme solo? Tuve sentimientos de afecto y fueron aplastados por el odio y el desprecio. ¡Hombre! Tú puedes odiar; ¡pero aguarda! Tus horas transcurrirán en medio del horror y la miseria; y pronto se correrá el cerrojo que te separará por siempre de tu felicidad. ¿Acaso puedo permitir que seas feliz mientras yo me arrastro en medio de la intensidad de mi desgracia? Puedes destruir mis restantes pasiones; pero la venganza perdura: la venganza que de ahora en adelante me será más cara que la luz o el alimento. Puedo morir; pero primero tú, mi tirano y martirizador, habrás de maldecir al sol que ilumina tu miseria. Cuídate; pues desconozco el temor y por lo tanto soy poderoso. Observaré con la astucia de una víbora, para herir con su mismo veneno. Hombre, te arrepentirás de las heridas que infliges.

«Calla, diablo; y no envenenes el aire con la ponzoña de estos sonidos de maldad. Te he declarado mi decisión, y no soy cobarde para inclinarme ante las palabras. Déjame solo; soy inexorable».

«Esta bien; me iré; pero recuerda, estaré contigo en tu noche de bodas».

Me arrojé hacia delante y exclamé: «¡Villano! Antes de firmar mi condena a muerte, vigila tu propia seguridad».

Quería aferrarlo, pero me eludió y abandonó la casa sin precipitación. Pocos momentos después lo vi en el bote que se deslizó sobre el agua con la velocidad de una flecha y pronto se perdió entre las olas.

Nuevamente se hizo el silencio; pero sus palabras resonaban en mis oídos. Ardía con furia capaz de perseguir al asesino de mi paz y precipitarlo en el océano. Atravesé una y otra vez mi pieza, nervioso e inquieto, mientras mi imaginación conjuraba mil imágenes que me torturaban y herían. ¿Por qué no le había seguido para medirme con él en lucha mortal? Pero había permitido que partiera, y se había dirigido a tierra firme. Me estremecí al pensar quién podría ser la próxima víctima sacrificada a su insaciable sed de venganza.

Y luego recordé nuevamente sus palabras: *Estaré contigo en tu noche de bodas*. Ese era, pues, el período fijado para el cumplimiento de mi destino. En esa hora moriría y al mismo tiempo satisfaría y extinguiría su maldad. La perspectiva no me infundió miedo; sin embargo, cuando pensé en mi adorada Elizabeth —en sus lágrimas y su infinito dolor, cuando hallara al ser querido tan bárbaramente arrancado de su lado—, brotaron de mis ojos las primeras lágrimas en muchos meses, y resolví no rendirme a mi enemigo sin encarnizada lucha.

Pasó la noche y el sol emergió del océano; mis sentimientos se calmaron, si puede llamarse calma al estado en que la violencia de la furia se hunde en los abismos de la desesperación. Abandoné la casa, el horrible escenario de la disputa de la víspera, y camino sobre la playa en dirección al mar que consideraba una barrera casi insuperable entre mis prójimos y yo; es más, me asaltó el deseo de que tal fuese la situación real. Ambicionaba pasar la vida sobre esa roca desnuda, por cierto que poseído por el tedio, pero a salvo del embate súbito de la desgracia. Si regresaba, sería para perecer sacrificado, o para ver a los que más amaba morir bajo la garra de un demonio que yo mismo había creado.

Caminé por la isla cual espectro inquieto, separado de todo lo que amaba, y miserable a causa de la separación. Cuando llegó el mediodía y el sol se acercó al cenit, me recosté en el pasto y me venció un profundo sueño. Había estado despierto toda la noche precedente, mis nervios se hallaban tensos y tenía los ojos inflamados por la vigilia y la infelicidad. El sueño que se apoderó de mí, renovó mis fuerzas; y cuando desperté sentí nuevamente que pertenecía a la raza humana; comencé a reflexionar con más compostura sobre lo ocurrido; y, sin embargo, las palabras del demonio todavía resonaban en mis oídos como un toque de difuntos; aparecían como un sueño, y no obstante nítidas y opresivas como una realidad.

El sol descendía, y todavía me encontraba sentado a la orilla, satisfaciendo mi hambre voraz con un pastel de avena, cuando vi que mi bote de pesca atracaba cerca de mí, y uno de los hombres me trajo un paquete; contenía cartas de Ginebra, y una de Clerval, que me exhortaba a reunirme con él. Decía que estaba perdiendo el tiempo inútilmente en aquella isla; que las cartas de los amigos que había hecho en Londres exigían su regreso para completar la negociación que habían comenzado en relación con la empresa en la India. No podía postergar más su partida; pero dado que su viaje a Londres sería seguido, más pronto aún de lo que ahora suponía, por otra travesía más prolongada, me pedía que le dedicara todo el tiempo posible. Me instaba, por consiguiente, a abandonar mi isla solitaria para encontrarlo en Perth, de modo que juntos pudiéramos seguir viaje hacia el sur. Esta carta me devolvió gradualmente a la vida, y decidí abandonar mi isla en el plazo de dos días.

Sin embargo, antes de partir era preciso cumplir una tarea ante la cual me estremecía: debía empaquetar mis instrumentos de química; y con ese fin era necesario entrar en el recinto que había sido escenario de mi odioso trabajo; también debía manejar aquellos utensilios cuya simple vista me enfermaba. A la mañana siguiente, al romper el alba, reuní suficiente coraje y abrí la puerta de mi laboratorio. Los restos de la criatura semiconcluida que destruí yacían dispersos sobre el piso, y casi sentí como si hubiera profanado la carne viva de un ser humano. Me detuve para recuperar la calma, y luego entré en el recinto. Con mano temblorosa llevé los instrumentos fuera de la habitación; pero pensé que no debía abandonar los restos de mi labor, pues ello podía excitar el horror y la suspicacia de los campesinos; de modo que los coloqué en un canasto con una gran cantidad de piedras y, guardándolos, resolví arrojarlos al mar esa misma noche; mientras tanto me senté en la playa, ocupado en limpiar, y ordenar mis aparatos químicos.

Sería imposible concebir una transformación tan absoluta como la que sufrieron mis sentimientos desde la noche de la aparición del demonio. Antes contemplaba mi promesa con una suerte de lúgubre desesperación, como algo que, al margen de las consecuencias, era necesario concluir; pero ahora sentía como si una venda hubiera caído de mis ojos y que, por primera vez, veía con claridad.

Ni por un instante se me ocurrió la idea de reanudar mi labor; la amenaza pesaba sobre mis pensamientos, pero no se me ocurrió que un acto voluntario de mi parte podía desviarla. Había decidido que crear otro ser maligno como el primero constituiría un acto del más bajo y atroz egoísmo; y desterré de mi mente todo pensamiento que pudiera llevar a una conclusión distinta.

Entre las dos y las tres de la madrugada se levantó la luna; y entonces, subiendo mi canasto a bordo de un pequeño esquife, me alejé unas cuatro millas de la costa. El escenario era

perfectamente solitario: unos pocos botes estaban regresando hacia la costa, pero me alejé de ellos. Sentía como si estuviera a punto de cometer un terrible crimen, y evitaba con temblorosa ansiedad el encuentro con otros seres humanos. En cierto momento la luna, antes despejada, súbitamente desapareció tras una espesa nube, y tomé ventaja de ese momento de oscuridad para arrojar mi canasto al mar. Escuché el sonido de succión mientras se hundía y luego alejé el bote del lugar. El cielo se nubló; pero el aire era puro, aunque frío con la brisa del noreste que empezó a soplar. Pero me refrescó, y me llenó de agradables sensaciones, de modo que resolví prolongar mi estada en el agua; fijé el timón en posición directa y me extendí en el fondo del bote. Las nubes ocultaron la luna, todo estaba oscuro y sólo oí el sonido del bote mientras su quilla cortaba las olas; el murmullo me adormeció y al poco tiempo dormía profundamente.

No sé cuánto tiempo permanecí en esta situación, pero cuando desperté hallé que el sol ya estaba bastante alto. El viento soplaba fuerte, y las olas amenazaban la seguridad de mi pequeño esquife.

Descubrí que el viento soplaba del noreste, y que me debía haber alejado mucho de la costa en que había embarcado. Intenté cambiar el curso, pero descubrí que al intentarlo, el bote embarcaba mucha agua. Así, pues, mi único recurso consistía en navegar delante del viento. Confieso que experimenté cierta sensación de terror. No llevaba compás, y estaba tan poco familiarizado con la geografía de esa región del mundo que el sol me resultaba de poco provecho. Podía ser arrastrado hacia el ancho Atlántico, y padecer todas las torturas de la inanición, o hundirme en las inconmensurables aguas que rugían y golpeaban alrededor. Hacía muchas horas que estaba navegando y sentí el tormento de una ardiente sed, preludio de mis restantes sufrimientos. Miré el cielo cubierto de nubes que avanzaban delante del viento, sólo para ser reemplazadas por otras; miré el mar destinado a ser mi tumba. «¡Monstruo maligno! — exclamé—, tu obra ya está cumplida». Pensé en Elizabeth, en mi padre y en Clerval; en todos los que dejaba atrás, en quienes el monstruo podía saciar sus pasiones sanguinarias y crueles. Esta idea me sumergió en una ensoñación, tan desesperante y terrible que aún ahora, cuando me dispongo a desaparecer para siempre de la escena, me estremezco al recordarla.

Así pasaron algunas horas; gradualmente el sol declinó hacia el horizonte, el viento se atenuó para convertirse en gentil brisa, y el mar aquietó sus olas. Pero éstas cedieron su lugar a una pesada marejada; me sentía enfermo, apenas en condiciones de sostener el timón, cuando súbitamente vi una línea de tierras altas hacia el sur.

Aunque agotado por la fatiga y el terrible suspenso que soporté durante varias horas, esta repentina certeza de vida impulsó una corriente de cálida alegría hacia mi corazón, y las lágrimas me inundaron los ojos.

¡Qué cambiantes son nuestros sentimientos, y qué extraño es ese amor persistente a la vida aun en medio de la más absoluta desgracia! Construí otra vela con una parte de mi vestimenta, y ávidamente tomé curso hacia tierra. Tenía aspecto silvestre y rocoso; pero, a medida que me acercaba, percibí trazas de civilización. Vi barcos cerca de la orilla, y repentinamente me hallé transportado nuevamente a la vecindad de los hombres civilizados. Calculé cuidadosamente los accidentes de tierra, y me orienté hacia un campanario que vi emergiendo detrás de un pequeño promontorio. Dado que me hallaba en estado de extrema debilidad, resolví dirigirme

directamente a la ciudad, el lugar donde más fácilmente podría procurarme alimento. Por fortuna llevaba dinero. Cuando rodeé el promontorio, avisté una pequeña y limpia ciudad y un buen puerto al que entré con el corazón palpitante de alegría ante mi inesperada salvación.

Mientras me ocupaba de atar el bote y de arreglar las velas, varias personas convergieron hacia el lugar. Parecían muy sorprendidos por mi aspecto; pero, en lugar de ofrecerme ayuda, susurraron entre ellos con gestos que en cualquier otro momento me habría producido una sensación de alarma. Como estaban las cosas, sólo noté que hablaban en inglés; y por lo tanto me dirigí a ellos en el mismo idioma: «Buenos amigos —dije—, ¿tendrían la amabilidad de decirme el nombre de esta ciudad e informarme dónde me encuentro?»

«Se enterará usted de este detalle con suficiente prontitud —replicó un hombre con voz bronca—. Quizá haya llegado a un lugar que no se acomode mucho a su gusto; pero le prometo que no se le pedirá su opinión con respecto a su vivienda».

Me sentí sorprendido en extremo al recibir una respuesta tan ruda de un extraño; y también me desconcerté al percibir los ceños fruncidos y los semblantes coléricos de sus compañeros. «¿Por qué me contesta con tanta rudeza? —pregunté—; seguramente no es costumbre de los ingleses recibir a los extranjeros con tan escasa hospitalidad».

Ignoro —dijo el hombre— cuáles son las costumbres de los ingleses; pero los irlandeses acostumbraban odiar a los villanos.”

Observé que la multitud aumentaba rápidamente mientras continuaba este extraño diálogo. Los rostros expresaban una mezcla de curiosidad y cólera que hasta cierto punto me molestaba y alarmaba. Pedí se me indicara el camino hacia la posada; pero nadie replicó. Y entonces avancé, y un murmullo surgió de la multitud a medida que me seguían y rodeaban cuando se me acercó un hombre de mal aspecto que me tocó en el hombro y dijo: «Venga, señor, deberá seguirme a la oficina del señor Kirwin, para rendir cuenta de su persona».

«¿Quién es el señor Kirwin? ¿Por qué he de dar cuenta de mi persona? ¿No es éste un país libre?»

«Sí, señor, bastante libre para la gente honesta. El señor Kirwin es oficial de justicia; y usted habrá de rendir cuentas respecto de la muerte de un caballero a quien se encontró asesinado anoche».

La respuesta me sobresaltó; pero no tardé en recuperar la compostura. Era inocente; podía probarlo fácilmente; por lo tanto, seguí a mi conductor en silencio y fui dirigido a uno de los mejores edificios de la ciudad. Poco faltaba para que me desplomase de fatiga y hambre; pero, rodeado por una multitud, pensé que era más sabio hacer acopio de toda mi fuerza, para que ninguna debilidad física fuera interpretada como aprensión o culpa consciente. Difícilmente esperaba yo la calamidad que dentro de pocos instantes habría de abatirse sobre mí, para extinguir en su horror y desesperación todo temor de ignominia o muerte.

Debo interrumpirme aquí; pues exige toda mi fortaleza evocar el recuerdo de los terribles acontecimientos que me dispongo a relatar con apropiados detalles.

Capítulo 21

Pronto fui llevado a la presencia del magistrado, anciano benévolo, de maneras calmas y gentiles. Sin embargo, me contempló con cierta severidad; y luego, dirigiéndose hacia mis conductores, preguntó quiénes aparecían en esta ocasión en calidad de testigos.

Alrededor de media docena de hombres se adelantaron; y, elegido uno de ellos por el magistrado, declaró que había estado de pesca la víspera, en compañía de su hijo y su cuñado, Daniel Nugent, cuando, alrededor de las diez, observaron que se levantó un fuerte viento del noreste, hecho que los indujo a tomar curso hacia el puerto. Tratábase de una noche muy oscura, dado que aún no había salido la luna; no atracaron en el puerto sino, como acostumbraban hacerlo, en una caleta situada unas dos millas de distancia más abajo. El testigo caminaba a la cabeza del grupo, llevando sus aparejos de pesca, y sus compañeros le seguían a cierta distancia. Mientras avanzaba sobre la arena, su pie chocó contra algo, y el hombre cayó pesadamente al suelo. Sus compañeros se acercaron para ayudarlo; y, a la luz de las linternas, descubrieron que había tropezado con el cuerpo de un hombre, aparentemente muerto. Su primera suposición era que se trataba del cadáver de alguna persona ahogada y arrojada en ese lugar por las olas; pero, al examinarlo, hallaron que las ropas no estaban mojadas, y que el cuerpo no estaba del todo frío aun. Inmediatamente llevaron el cadáver a la choza de una vieja que vivía cerca del lugar e intentaron —aunque en vano— devolverle la vida. Aparentemente se trataba de un joven de buena traza, de unos veinticinco años de edad. Parecía haber sido estrangulado; pues no existían marcas de violencia, con excepción de las huellas negras de los dedos en su cuello.

La primera parte de esta declaración no revestía ningún interés para mí; pero cuando mencionaron la marca de los dedos, recordé el asesinato de mi hermano y me sentí extremadamente agitado; me temblaron las extremidades, y se me nublaron los ojos, cosa que me obligó a reclinarme en una silla en busca de apoyo. El magistrado me observó atentamente, y naturalmente extrajo un augurio desfavorable de mis maneras.

El hijo confirmó el relato de su padre; pero cuando se llamó a Daniel Nugent, juró positivamente que, justo antes de la caída de su compañero, vio un bote tripulado por un hombre a poca distancia de la costa; y, por lo que pudo juzgar a la luz de unas pocas estrellas, se trataba del mismo bote en que yo acababa de desembarcar.

Una mujer declaró que vivía cerca de la playa y que había estado de pie en la puerta de su choza, a la espera del regreso de los pescadores, alrededor de una hora antes de oír del descubrimiento del cadáver, cuando vio un bote, con un hombre en él, alejarse de la parte de la playa donde se hallara luego el cuerpo.

Otra mujer confirmó el relato de los pescadores; habían llevado el cadáver a su casa; aún no estaba frío. Acostaron el cuerpo en la cama y lo friccionaron; y Daniel se dirigió a la ciudad en busca de un boticario, pero la vida ya se había extinguido.

Se interrogó a otros hombres con respecto a mi desembarco; y concordaron en que, con el fuerte viento norte que había soplado durante la noche, era muy probable que hubiera navegado a la deriva durante muchas horas, viéndome obligado a regresar casi al mismo lugar de donde partiera. Además, observaron que, según parecía, yo había traído el cuerpo desde otro lugar, y que era probable que, puesto que aparentemente no conocía la costa, me hubiese dirigido al puerto por ignorar la distancia entre la ciudad de... y el lugar donde depositara el cadáver.

Después de escuchar esta evidencia, el señor Kirwin quiso que me llevaran a la habitación donde yacía el cuerpo, para que pudiera observarse el efecto que la vista del mismo producía en mí. Esta idea surgió probablemente por la extrema agitación que exhibí cuando fue descrita la forma de asesinarlo. Fui, pues, conducido por el magistrado y varias otras personas hacia la posada. No pude menos que sentirme sobrecogido por las extrañas coincidencias acaecidas esa noche colmada de acontecimientos; pero como había conversado con varias personas en la isla que habitaba alrededor de la hora en que se halló el cadáver, estaba perfectamente tranquilo en cuanto a las consecuencias de ese asunto.

Penetré en el recinto donde yacía el cuerpo, y fui conducido hacia el ataúd. ¿Cómo describir mis sensaciones al contemplarlo? Aún me siento paralizado de horror, y no puedo pensar en aquel terrible momento sin experimentar estremecimientos y agonía, El interrogatorio, la presencia del magistrado y los testigos se borraron de mi mente como un sueño cuando vi la forma inanimada de Henry Clerval tendida frente a mí. Traté de recuperar el aliento; y, arrojándome sobre el cuerpo, exclamé: «Queridísimo Henry, ¿también a ti mis maquinaciones asesinas te quitaron la vida? Ya he destruido a dos; otras víctimas aguardan su destino: pero tú, Clerval, mi amigo, mi benefactor...»

El organismo humano no podía soportar las agonías que yo sufrí, y me llevaron fuera de la habitación presa de fuertes convulsiones.

Un ataque de fiebre sucedió a este acontecimiento. Estuve durante dos meses al borde de la muerte: mis delirios —como me enteré posteriormente— eran alucinantes: decía que era el asesino de William, de Justine y de Clerval. A veces exhortaba a mis cuidadores a ayudarme en la destrucción del demonio que me torturaba; y en otros momentos sentía los dedos del monstruo ya aferrándome el cuello, y gritaba fuertemente en agonía y terror. Afortunadamente, dado que hablaba en mi lengua nativa, sólo el señor Kirwin me entendía; pero mis gestos y dolorosos gritos eran suficientes para espantar a los demás testigos.

¿Por qué no perecí? Más infeliz que hombre alguno, ¿Por qué no me hundí en el olvido y el reposo? La muerte se apodera de muchos nidos florecientes, única esperanza de sus amorosos padres. ¡Cuántas novias y jóvenes amantes estuvieron un día en la flor de la salud y la esperanza,

y al siguiente eran presa de la podredumbre y la decadencia de la tumba! ¿De qué material estaba hecho para resistir así los numerosos golpes que, como vueltas de la rueda, continuamente renovaban la tortura?

Pero estaba condenado a vivir; y, al cabo de dos meses, me encontré despertando de un sueño, en una prisión, tendido sobre una mala cama, rodeado de carceleros, guardianes, cerrojos y todo el desgraciado aparato de la prisión. Recuerdo que una mañana recuperé la lucidez; había olvidado los detalles de lo sucedido, y sólo sabía que una gran desgracia se había abatido sobre mí; pero cuando eché una ojeada alrededor y vi las ventanas protegidas por barrotes, la suciedad de la habitación en que me encontraba, todo afluyó a mi memoria, y gemí amargamente.

Este sonido despertó a una anciana que estaba durmiendo, en una silla a mi lado. Tratábase de una enfermera contratada, esposa de uno de los guardianes, y su rostro expresaba las bajas cualidades que caracterizan a su especie. Las líneas de su cara eran duras y toscas, como las de una persona acostumbrada a contemplar sin simpatía el rostro de la desgracia. Su tono expresaba cabal indiferencia; me habló en inglés, y me pareció que había escuchado esa voz durante mis padecimientos.

«¿Se encuentra mejor ahora, señor?» —me preguntó.

Respondí en el mismo idioma, con voz débil: «Creo que sí; pero si todo es cierto, si realmente no soñé, lamento que esté aun vivo para sentir la infelicidad y el horror».

«En cuanto a ese asunto —respondió la anciana—, si se refiere al caballero a quien asesinó, creo que sería mejor que estuviera muerto, pues me imagino que le aguardan tiempos duros. Sea como fuere, eso no me concierne; me enviaron para cuidarlo y ayudar a reponerlo; cumplo con mi deber con la conciencia limpia; estaría muy bien si todos hicieran lo propio».

Me aparté con aversión de la mujer que podía articular palabras tan crueles a una persona recién salvada, que se hallaba al borde mismo de la muerte; pero me sentía decaído, incapaz de reflexionar sobre todo lo que había sucedido. Todo el desarrollo de mi vida se me antojaba un sueño; a veces dudaba de la verdad, pues ésta nunca se manifestaba a mi espíritu con la fuerza de la realidad.

A medida que las imágenes que flotaban en mi mente se hicieron más nítidas, volvió a dominarme la fiebre; la oscuridad que me envolvía era oprimente; nadie acudía a calmarme con los acentos gentiles del amor; ninguna mano querida me apoyó. Vino el médico y prescribió medicinas, y la vieja las preparó para mí; pero una cabal indiferencia era visible en el primero, y la expresión de brutalidad estaba fuertemente marcada en el rostro de la segunda. ¿Quién podía interesarse en el destino de un asesino, salvo el verdugo para ganar sus honorarios?

Estas fueron mis primeras reflexiones; pronto me enteré que el señor Kirwin me había demostrado extrema amabilidad. Dispuso que prepararan para mí la mejor habitación de la prisión (poca cosa en realidad era la mejor); y también fue él quien proporcionó el médico y la enfermera. Ciertamente, raras veces venía a verme, pues, aunque mucho deseaba aliviar los sufrimientos de cualquier criatura humana, no quería presenciar las agonías y los miserables delirios de un asesino. Por lo tanto, venía de tanto en tanto para ver si no se me descuidaba; sus visitas eran breves, y los intervalos largos.

Cierto día, cuando comenzaba a recuperarme, me encontraba sentado en una silla, con los ojos semiabiertos y las mejillas lívidas como las de un muerto. Me sentía invadido por la melancolía y la infelicidad, y a menudo pensaba que más valía buscar la muerte que continuar en un mundo que se me antojaba tan lleno de desgracia y perversidad. En cierto momento consideré la idea de declararme culpable y sufrir la pena de la ley, menos inocente de lo que fuera la pobre Justine. Estas eran mis cavilaciones cuando se abrió la puerta de mi celda y entró el señor Kirwin. Acercó una silla a la mía y se dirigió a mí en lengua francesa:

«Me temo que este lugar es muy deprimente para usted: ¿puedo hacer algo para que esté más cómodo?»

«Gracias; pero todo lo que usted menciona nada significa para mí. En toda la tierra no hay consuelo para mí».

«Sé que la simpatía de un extraño poco puede confortar a alguien tan deprimido por tan extraña desgracia. Pero espero que pronto abandonará esta melancolía; pues sin duda, será fácil obtener las pruebas que lo liberen de la acusación criminal».

«Esta es la menor de mis inquietudes; extraños acontecimientos me han convertido en el más infeliz de los mortales. Perseguido y torturado como soy y fui, ¿puede inspirarme miedo la muerte?»

«En verdad, nada podría ser más infortunado y doloroso que los extraños y fortuitos acontecimientos ocurridos últimamente. Una rara casualidad lo trajo a estas orillas conocidas por su hospitalidad, donde le apresaron y acusaron de asesinato. El primer espectáculo que se ofreció a su vista fue el cuerpo de su amigo, asesinado de la manera más atroz y que un ser perverso dejó en el camino que usted debía recorrer».

Estas palabras del señor Kirwin me ofrecían un resumen de mis pasados sufrimientos y renovaron mi agitación; pero también experimenté considerable sorpresa ante el conocimiento que parecía poseer de mi persona. Supongo que cierto asombro se manifestó en mi rostro, pues el señor Kirwin se apresuró a decir:

«Inmediatamente después de enfermar usted, me trajeron todos los papeles que tenía sobre su persona, y yo los examiné para descubrir alguna pista que me permitiese enviar a sus parientes un relato de su desgracia y su enfermedad. Hallé varias cartas y, entre ellas, una de su padre. Sin perder tiempo escribí a Ginebra; casi dos meses han transcurrido desde entonces. Pero usted está enfermo; ahora mismo está temblando: y por ningún motivo debe agitarse».

«Esta duda es mil veces peor que el hecho más horrible. Díganle qué nueva muerte ha ocurrido, a quién debo llorar ahora».

«Su familia está perfectamente bien —dijo el señor Kirwin con gentileza— y alguien, un amigo, ha venido a visitarlo».

No sé qué asociación de ideas me indujo a pensar que el asesino había acudido para burlarse de mi desgracia, y mofarse de la muerte de Clerval, quizá pensando que de ese modo me obligaría a satisfacer sus demoníacos deseos. Coloqué la mano delante de los ojos y exclamé con voz torturada:

«¡Oh! ¡Llévenselo! No puedo verlo; ¡por Dios, no le permitan entrar!»

El señor Kirwin me contempló con expresión preocupada. No podía menos que ver en mi exclamación una confesión de culpa, y dijo en tono más bien severo:

«Habría pensado, joven, que la presencia de su padre sería bienvenida, en lugar de inspirar tan violenta repugnancia».

«¡Mi padre! —exclamé, mientras todos mis rasgos y mis músculos se relajaban, pasando de la angustia al placer—: ¿Realmente ha venido mi padre? ¡Qué amable, qué gentil! Pero ¿dónde está, porqué no se apresura a correr a mi lado?»

Mi cambio de conducta sorprendió y complació al magistrado; quizá pensara que mi exclamación anterior era un momentáneo retorno al delirio, y ahora al punto reasumió su benevolencia anterior. Se puso de pie y abandonó la habitación con mi enfermera, y un momento más tarde entró mi padre.

Nada, en ese momento, hubiera podido darme mayor placer que la llegada de mi padre. Extendí la mano hacia él y exclamé:

«Entonces, ¿estás bien... y también Elizabeth... y Ernest?»

Mi padre me calmó con protestas de su bienestar e intentó, al explayarse sobre ese tema tan caro a mi corazón, levantar mi ánimo deprimido; pero pronto sintió que una prisión no puede ser morada de alegría. «¡Qué lugar es este que habitas, hijo mío! —dijo mirando tristemente las ventanas enrejadas y el aspecto desaliñado del cuarto—. Viajaste para buscar la felicidad, pero una fatalidad parece perseguirte. Y el pobre Clerval...»

El nombre de mi infortunado amigo asesinado provocó una agitación demasiado intensa para que la soportara en mi estado de debilidad; derramé lágrimas.

«¡Ah! Sí, padre —respondí—, el más horrible destino me amenaza, y debo vivir para cumplirlo, pues ciertamente debería haber muerto sobre el ataúd de Henry».

No se nos permitió conversar durante mucho tiempo, pues mi precario estado de salud hacía necesario las mayores preocupaciones para asegurarme tranquilidad. El señor Kirwin entró e insistió en que no debía agotar mis fuerzas en conversaciones muy prolongadas. Pero la presencia de mi padre representó un poderoso aliento, y gradualmente recobré la salud.

A medida que me restablecía, se apoderaba de mí una lúgubre y negra melancolía que nada podía disipar. Veía constantemente la imagen de Clerval, desfigurado y muerto. Más de una vez la agitación en que me sumieron estas reflexiones hicieron temer a mis amigos una peligrosa recaída. ¡Ah! ¿Por qué preservaron una vida tan infeliz y detestada? Seguramente para que pudiera cumplir con mi destino, que ahora se acercaba a su final. Pronto, muy pronto, la muerte concluirá estos sufrimientos y me liberará del peso de esta angustia que me hunde en el polvo; y al ejecutar el fallo de la justicia, también hallaré mi descanso. En esos instantes la apariencia de la muerte parecía distante, aunque mi pensamiento la evocaba siempre; y a menudo me quedaba sentado durante horas, inmóvil y sin hablar, deseando que una terrible catástrofe me enterrara, junto a mi destructor, entre sus ruinas.

Se aproximaba el momento del juicio. Llevaba tres meses en la cárcel, y si bien aún me sentía débil y corría peligro de sufrir una recaída, debí viajar casi cien millas a la cabecera de condado donde se reunía el tribunal. El señor Kirwin tomó a su cargo la tarea de reunir testigos, y también las medidas necesarias para preparar mi defensa. Se me evitó la vergüenza de aparecer

en público como un delincuente, pues el caso no se trató ante el tribunal de causas penales. El gran jurado rechazó la acusación tan pronto se demostró que me encontraba en las Islas Orkney cuando fue hallado el cuerpo de mi amigo; y una quincena después de mi absolución salí de la prisión.

Mi padre sintióse feliz al verme libre de la acusación criminal. Ahora podía gozar otra vez de la luz del sol y regresar a mi patria. No compartía estos sentimientos; pues a mis ojos los muros de una mazmorra o de un palacio eran igualmente odiosos. El cáliz de la vida estaba emponzoñado para siempre, y aunque el sol derramaba sus rayos sobre mí tanto como sobre los seres humanos felices y de corazón alegre, no veía alrededor más que sombras densas y terribles, penetradas únicamente por el centelleo de dos ojos que miraban con odio. A veces eran los ojos expresivos de Henry, que languidecían en la muerte, las órbitas oscuras casi cubiertas por los párpados, bordeados de largas y oscuras pestañas; a veces, eran los ojos acuosos y ensombrecidos del monstruo, tal como los había visto por primera vez en mi dormitorio de Ingolstadt.

Mi padre procuró avivar mis sentimientos de afecto. Me habló de Ginebra, que yo visitaría pronto: de Elizabeth y Ernesto; pero sus palabras sólo conseguían arrancarme profundos gemidos. Sin duda, a veces deseaba que estos seres fuesen felices; y pensaba con melancólica complacencia en mi amada prima; o anhelaba, con uno ardiente *maladie du pays*, ver nuevamente el lago azul y el Ródano veloz que me habían sido tan caros en mi infancia: pero mi estado más habitual era un sopor en el cual la cárcel representaba una residencia tan apropiada como el más divino escenario de la naturaleza; y estos accesos rara vez dejaban el sitio a otros estados que no fuesen paroxismos de angustia y desesperación. En esos momentos a menudo deseaba acabar una existencia que me parecía detestable; se necesitaba ayuda y vigilancia constantes para impedir que yo cometiese algún terrible acto de violencia.

Sin embargo, aún tenía presente una obligación, y el recuerdo de ese deber finalmente triunfó de la desesperación egoísta. Era necesario que retornase sin demora a Ginebra, para cuidar de la vida de aquellos a quienes tanto amaba; para estar al acecho del asesino, de modo que, si la casualidad me revelaba su escondite, o si se atrevía a presentarse, yo pudiese, con infalible puntería, acabar la existencia de la imagen monstruosa a la cual había dado la burla de un alma aún más monstruosa. Mi padre deseaba demorar nuestra partida, temeroso de que yo no lograra soportar la fatiga del viaje: pues mi estado era deplorable; en verdad, yo no era más que la sombra de un ser humano. Había perdido las fuerzas, y estaba reducido a un esqueleto; y una fiebre que no me daba respiro se cebaba en mi cuerpo gastado.

De todos modos, reclamé que partiésemos de Irlanda, y lo hice con tanta inquietud e impaciencia, que mi padre creyó más conveniente ceder. Tomamos pasaje a bordo de un navío que se dirigía a Havre de Grace, y abandonamos las costas irlandesas impulsados por vientos favorables. Era medianoche. Yacía en la cubierta, contemplando las estrellas y escuchando el movimiento de las olas. Agradecí las sombras que me impedían contemplar las costas de Irlanda; y mi pulso latió con afiebrada alegría cuando pensé que pronto volvería a ver Ginebra. El pasado se me apareció como un sueño terrible; sin embargo, el navío en que me hallaba, el viento que me alejaba de las costas detestadas de Irlanda, y el mar que me rodeaba, me decían muy a las

claras que no se trataba de una visión: Clerval, mi amigo y el más querido de los compañeros, había caído víctima de mi iniciativa y del monstruo que yo creara. Repasé en la memoria toda mi vida; mi serena felicidad cuando residía con mi familia en Ginebra, la muerte de mi madre, y mi partida para Ingolstadt. Recordé, estremecido, el absurdo entusiasmo que me había impulsado a crear aquel monstruoso enemigo, y evoqué la noche en que el malvado había nacido a la vida. No pude continuar esa sucesión de pensamientos; mil sensaciones me apremiaron, y me eché a llorar amargamente.

Desde que desapareciera la fiebre había adoptado la costumbre de tomar todas las noches una pequeña cantidad de láudano; porque sólo así podía descansar lo que necesitaba para preservar la vida. Agobiado por el recuerdo de mis diversos infortunios, tomé esa noche el doble de la cantidad habitual, y pronto dormía profundamente. Pero el sueño no me liberó de los recuerdos y los sufrimientos; en mis pesadillas veía mil objetos que me atemorizaban. Hacia la mañana me asaltó una pesadilla particularmente atroz; sentí la garra del malvado en el cuello, y no podía liberarme; los gemidos y los gritos resonaban en mis oídos. Mi padre, que estaba observándome, advirtió mi inquietud y me despertó; se oía el ruido de las olas: arriba, el cielo encapotado; el monstruo no estaba allí: una sensación de seguridad, el sentimiento de que se había establecido una tregua entre este momento y el futuro irresistible y desastroso, me aportó una suerte de sereno olvido, estado para el cual la mente humana es particularmente susceptible por su misma estructura.

Capítulo 22

El viaje llegó a su fin. Desembarcamos y seguimos camino hacia París. Pronto comprobé que había confiado demasiado en mis fuerzas, y que debía descansar antes de continuar viaje. Las atenciones y los cuidados de mi padre eran infatigables; pero no conocía el origen de mis sufrimientos, y aplicaba métodos erróneos para remediar el mal incurable. Deseaba que buscara entretenimiento en la sociedad. Yo aborrecía el rostro del hombre. ¡Oh, no lo aborrecía en realidad! Los hombres eran mis hermanos, mis semejantes, y me sentía atraído aun hacia los más repulsivos, porque los veía como a criaturas de naturaleza angélica y estructura celestial. Pero sentía que no tenía derecho a compartir su trato. Había lanzado a un enemigo entre ellos, a un ser cuya alegría era derramar la sangre de los humanos y gozarse en sus gemidos. ¡Y no dudaba que todos y cada uno de los seres humanos me hubiesen aborrecido y expulsado del mundo, si hubiesen conocido los actos impíos y los crímenes que tenían su origen en mí!

Al fin, mi padre cedió a mis deseos de evitar el contacto social, y apeló a varios argumentos para disipar mi desesperación. A veces creía que yo estaba profundamente resentido porque se me había obligado, a responder a la acusación de asesinato, y procuraba demostrarme la futilidad del orgullo.

«¡Ay, padre mío! —dije—, cuán poco me conoces. Los seres humanos, sus sentimientos y pasiones sin duda habrían caído muy bajo si un malvado como yo sintiese orgullo. Justine, la pobre e infeliz Justine, era tan inocente como yo, y sufrió la misma acusación, murió por ello, y yo soy la causa de todo: yo la asesiné. Yo maté a William, a Justine y a Henry... todos murieron por mi mano».

Durante el período en que estuve encarcelado, mi padre me había oído a menudo la misma afirmación; y cuando me acusaba así, a veces parecía apreciar mi explicación, y otras creía que todo era fruto del delirio, y que durante mi enfermedad alguna idea de esa clase se había apoderado de mi imaginación; de modo que ahora, durante mi convalecencia, a veces aparecía su recuerdo. Por mi parte evité las explicaciones, y mantuve un constante silencio con respecto al desastre que yo mismo había provocado. Estaba convencido de que me creerían loco; y en sí mismo ello bastaba para refrenar mi lengua. Pero, además, no podía decidirme a revelar mi secreto que sumiría a mi oyente en la consternación, haciendo del miedo y del horror los

compañeros habituales de su pecho. Refrené, por lo tanto, mi impaciente sed de simpatía, y guardé silencio cuando habría dado un mundo por revelar el fatal secreto. De todos modos, palabras como las que acabo de mencionar brotaban incontrolablemente de mi pecho. No podía ofrecer ninguna explicación de ellas; pero la verdad que contenían aliviaba en parte la carga de mi angustia misteriosa.

En esta ocasión mi padre dijo, con expresión de ilimitado asombro: «Mi querido Víctor, ¿qué absurdo es este? Hijo querido, te ruego no digas jamás cosa semejante».

«No estoy loco —exclamé enérgicamente—; el sol y los cielos que han contemplado mis proceder, son testigos de la verdad de lo que digo. Soy el asesino de esas víctimas inocentes; ellas murieron por mis maquinaciones. Hubiera preferido mil veces derramar mi propia sangre, gota a gota, y haber salvado la vida de esos seres; pero no podría, padre mío, no podía sacrificar a toda la raza humana».

La conclusión de este discurso convenció a mi padre de que yo tenía los sentidos perturbados, y al punto cambió el tema de nuestra conversación, tratando de modificar el curso de mis pensamientos. Ansiaba borrar, en la medida de lo posible, el recuerdo de las escenas ocurridas en Irlanda, y nunca aludía a ellas, ni permitía que yo hablase de mis infortunios.

A medida que transcurría el tiempo, se acentuaba mi infelicidad: el sufrimiento se había aposentado en mi corazón, pero yo había dejado de hablar incoherentemente de mis propios crímenes; me parecía suficiente tener conciencia de ellos. Aplicando al esfuerzo la mayor violencia, sofoqué la voz misteriosa de la desgracia, que a veces deseaba manifestarse al mundo entero; y mis modales se mostraron más serenos y más compuestos que nunca desde el día de mi viaje al mar de hielo.

Pocos días antes de salir de París camino a Suiza, recibí la siguiente carta de Elizabeth:

»Mi querido amigo: con el mayor placer recibí una carta de mi tío, fechada en París; ya ustedes no están a una distancia formidable, y puedo confiar en que los veré en menos de una quincena. Mi pobre primo, ¡cuánto debes haber sufrido! Supongo que te veré aún más enfermo que cuando saliste de Ginebra. Ese invierno ha sido realmente lamentable, pues me he visto torturada por profundos sentimientos de ansiedad; de todos modos, espero ver serenado tu rostro, y deseo que tu corazón no esté totalmente desprovisto de confortamiento y tranquilidad.

»Sin embargo, temo se manifiesten ahora los mismos sentimientos que tanto te hicieron sufrir hace un año, y quizá aún acrecentados por el tiempo. No te molestaría en este momento, en que tantos infortunios gravitan en tu alma; pero una conversación que sostuve con tío, antes de su partida, me obliga a afrontar una explicación antes de que nos reunamos.

»¡Una explicación! Quizá te preguntes: ¿Qué puede querer explicar Elizabeth? Si eso afirmas, de hecho habrás respondido a mis preguntas, y todas mis dudas se habrán disipado. Pero estás lejos de mí, y es posible que temas, y al mismo tiempo te complazca esta explicación; y si existe una probabilidad de que éste sea el caso, no me atreveré a postergar un minuto más lo que, durante tu ausencia, a menudo quise expresarte, pero nunca tuve el coraje de hacer.

»Bien sabes, Víctor, que nuestra unión había sido el plan favorito de tus padres desde nuestra infancia. Nos lo dijeron cuando éramos pequeños, y nos enseñaban a considerar el asunto como un hecho que ciertamente ocurriría. Durante la niñez fuimos afectuosos

compañeros de juego, y cuando crecimos quiero creer pasamos a la condición de amigos que se quieren y estiman. Pero así como el hermano y la hermana a menudo alimentan un vivo afecto mutuo, sin desear una unión más íntima, ¿no puede ser ése nuestro caso? Dime, querido Víctor. Contéstame, te lo pido, en beneficio de nuestra mutua felicidad, y dime la verdad pura y simple: ¿amas a otra?

»Has viajado; pasaste varios años de tu vida en Ingolstadt; y te confieso, amigo mío, que cuando el otoño pasado te vi tan desgraciado, buscando la soledad, y esquivando el trato de todas las criaturas, no pude dejar de suponer que podías añorar alguna relación, y creerte obligado por lazos de honor a satisfacer los deseos de tus padres, aunque se opusieran a tus inclinaciones. Pero todo esto significa razonar equivocadamente. Confieso, amigo mío, que te amo, y que en las aladas fantasías que alimenté acerca del futuro tú eras mi amigo y mi compañero constante. Pero deseo tu felicidad tanto como la mía, y afirmo, que nuestro matrimonio me haría eternamente infeliz si no estuviese dictado por tu propio y libre consentimiento. Aún ahora lloro al pensar que, agobiado como estás por los más crueles infortunios, eres capaz de sofocar, por obra de la palabra honor, toda esperanza de ese amor y esa felicidad que es lo único que puede devolverte el equilibrio. Yo, que aliento un afecto tan desinteresado hacia ti, puedo acrecentar infinitamente tus padecimientos convirtiéndome en obstáculo que se alza en el camino de tus deseos. ¡Ah! Víctor, ten la certeza de que tu prima y compañera de juegos alienta hacia ti un amor demasiado sincero, de modo que la suposición misma es para ella fuente de sufrimiento. Sé feliz, amigo mío; y si me atiendes en este único pedido, puedes estar seguro de que nada sobre la tierra tendrá el poder de perturbar mi felicidad.

»No permitas que esta carta te inquiete; no contestes mañana, o al día siguiente, y ni siquiera a tu regreso, si ello te hace sufrir. Mi tío me enviará noticias de tu salud; y si cuando nos encontremos veo aunque sólo sea una sonrisa de tus labios, ocasionado por esta actitud o por otros gestos míos, no necesitaré otra felicidad.

Elizabeth Lavenza.

Ginebra, 18 de marzo de 17...

Esta carta revivió en mi memoria lo que había logrado olvidar, la amenaza del malvado: *¡Estaré contigo en la noche de bodas!* Tal mi sentencia, y esa noche el demonio utilizaría todas sus artes para destruirme, y arrancarme de la imagen de felicidad que prometía consolarme parcialmente de mis sufrimientos. Él había decidido que esa noche coronaría sus crímenes con mi muerte. Pues bien, si así fuera, sin duda libraríamos una lucha mortal, de modo que si él triunfaba yo estaría en paz, y acabaría de una vez para siempre su poder sobre mí. Si le vencía, sería un hombre libre. Dios mío, ¿qué libertad? La libertad de la cual goza el campesino cuando ha visto a su familia masacrada ante sus propios ojos, su casa incendiada, sus tierras arrasadas; y él mismo camina sin rumbo, sin hogar, sin dinero y solo, pero libre. Tal sería mi libertad, excepto que en Elizabeth yo tenía un verdadero tesoro; pero contrapesado por los errores del remordimiento y la culpabilidad que me perseguirían hasta la muerte.

¡Dulce, y bien amada Elizabeth! Yo leía y releía su carta, y ciertos dulces sentimientos se insinuaban en mi corazón y osaban murmurar paradisíacos sueños de amor y alegría; pero la

manzana ya había sido mordida, y el brazo del ángel se preparaba a privarme de toda esperanza. Sin embargo, yo estaba dispuesto a morir para hacerla feliz. Si el monstruo ejecutaba su amenaza, la muerte era inevitable; y pese a todo, me pregunté si el matrimonio apresuraría mi destino. Era muy posible que mi destrucción sobreviniese unos pocos meses antes; pero si mi torturador sospechaba que yo estaba postergando el acontecimiento bajo la influencia de sus amenazas, seguramente hallaría otros medios de venganza, quizá más temibles. El monstruo había prometido *estar conmigo la noche de la boda*, pero ello no lo obligaba a vivir en paz antes de ese día; como para demostrarme que aún no estaba saciado de sangre, había asesinado a Clerval inmediatamente después de formular sus amenazas. Por consiguiente, resolví que si mi unión inmediata con mi prima podía llevar a su felicidad o a la de mi padre, los designios de mi adversario contra mi vida no debían retardar un instante el enlace.

En este estado de ánimo escribí a Elizabeth. Mi carta fue serena y afectuosa. «Me temo, muchacha querida —dije— que nos queda poca felicidad sobre la tierra; de todos modos, la que pueda tener depende de ti. Desecha esos temores ociosos; sólo a ti consagraré mi vida y mis esfuerzos en procura de felicidad. Tengo un secreto, Elizabeth, algo terrible; cuando te lo revele sentirás verdadero horror, y entonces, lejos de sorprenderte ante mi dolor, te asombrarás de que haya podido soportar tanto. Te confiaré este relato de miseria y de terror al día siguiente de nuestro matrimonio; pues debo decirte, querida prima, que debe haber confianza total entre nosotros. Pero hasta ese momento, te ruego no menciones este hecho ni aludas a él. Y estoy seguro de que sabrás cumplir con este pedido que aquí te hago».

Aproximadamente una semana después de recibida la carta de Elizabeth retornamos a Ginebra. La dulce niña me dio la bienvenida con cálido afecto; sin embargo, había lágrimas en sus ojos cuando contempló mi cuerpo adelgazado y mis mejillas febriles. Advertí que ella también había cambiado. Estaba más delgada, y había perdido mucho de esa vivacidad que antes me seducía; pero su gentileza y sus bondadosas miradas de compasión hacían de ella una compañera más apropiada para un ser miserable y destruido como yo.

La tranquilidad que ahora tenía no duró. El recuerdo renovaba el desequilibrio; y cuando pensaba en lo que había ocurrido, una verdadera locura se apoderaba de mí; a veces enfurecía y ardía de cólera; otras veces, me sentía deprimido y triste. No hablaba ni miraba a nadie, y permanecía sentado e inmóvil, desconcertado por la multitud de sufrimientos que me agobiaban.

Solamente Elizabeth era capaz de dominar estos ataques; su voz gentil me calmaba cuando estaba transportado por la pasión, y me inspiraba sentimientos humanos cuando me hallaba hundido en el sopor. Lloraba conmigo y por mí. Cuando retornaba a la razón, me reprendía y trataba de inspirarme resignación. ¡Ah! Es bueno que el infortunado se resigne, pero para el culpable no hay paz. Las agonías del remordimiento envenenan la complacencia que a veces hallamos en el exceso de dolor.

Poco después de mi llegada, mi padre habló de mi matrimonio inmediato con Elizabeth. Yo permanecí silencioso.

«¿Tienes, acaso, otros vínculos?»

«Ninguno. Amo a Elizabeth, y espero complacido el momento de nuestra unión. Fijemos el día; y cuando llegue, me consagraré, en la vida o en la muerte, a la felicidad de mi prima».

«Mi querido Víctor no hables así. Hemos padecido graves desgracias; pero aferrémonos más que nunca a lo que queda, y traspasemos el amor que sentimos por los que se fueron a los que aún viven. Nuestro círculo será reducido, pero estará estrechamente unido por los vínculos del afecto y la desgracia común. Y cuando el tiempo haya suavizado tu desesperación, aparecerán nuevos y caros objetos de cuidado, que reemplacen a aquellos que te fueron arrebatados tan cruelmente».

Tales eran las lecciones de mi padre. Pero yo tenía siempre vivo el recuerdo de la amenaza; y tampoco puede extrañar que, en vista de que el malvado hasta ese momento había mostrado su omnipotencia en tantos hechos sanguinarios, le considerase casi insensible, de modo que al recordar las palabras: «estaré contigo en tu noche de bodas», entendiéndose que la suerte que me amenazaba era inevitable. Pero para mí la muerte no era un destino fatal, si la comparaba con la pérdida de Elizabeth; y, por consiguiente, con expresión animosa “y aun alegre convine con mi padre en que, si mi prima lo aceptaba, se realizase la ceremonia de aquí a diez días: un acto, que, así lo imaginaba, sellaría mi destino.

¡Dios santo! Si por un instante hubiese adivinado la intención infernal de mi malvado adversario, hubiera preferido desterrarme para siempre de mi país natal, y vagar, exiliado y sin amigos, sobre la superficie de la tierra, antes que consentir en ese miserable matrimonio. Pero como poseído de poderes mágicos, el monstruo me había impedido adivinar sus verdaderas intenciones; y cuando creía que sólo preparaba mi propia muerte, en realidad estaba apresurando la de una víctima que me era mucho más querida.

A medida que se acercaba el día fijado para nuestro enlace, fuese por cobardía o por cierta oscura premonición, me sentí desfallecer. Pero oculté mis sentimientos con una apariencia de alegría, que suscitó sonrisas y regocijos en mi padre, pero apenas engañó al ojo siempre atento y más agudo de Elizabeth. La joven anticipaba nuestra unión con una actitud de plácido contentamiento, no desprovista de un poco de temor, originado en los infortunios pasados, no fuese que lo que ahora parecía una felicidad cierta y concreta, se convirtiese muy pronto en un sueño vacío, y no dejase más rastros que cierta añoranza profunda y perdurable.

Realizamos preparativos para el acontecimiento, recibimos visitas de felicitación; y todo exhibía una apariencia de contentamiento. Guardé lo mejor posible en lo profundo de mi corazón la angustia que me devoraba, y participé con aparente entusiasmo en los planes de mi padre, aunque estos sólo pudiesen servir como decorado de mi tragedia. Gracias a sus esfuerzos, el gobierno austríaco había devuelto a Elizabeth una parte de su herencia. Le pertenecía una pequeña propiedad a orillas del lago de Como. Se convino en que inmediatamente después de nuestra unión iríamos a Villa Lavenza, y pasaríamos los primeros días de felicidad en las cercanías de ese bello lago.

Entretanto, adopté todas las precauciones posibles para defenderme, si acaso el monstruo me atacaba de frente. Llevaba siempre pistolas y una daga, y me mantenía atento para impedir cualquier embuste, y de ese modo obtuve mayor grado de tranquilidad. Ciertamente, a medida que se acercaba el momento, la amenaza se me antojaba un engaño, nada que pudiese perturbar mi paz, y la felicidad que esperaba obtener de mi matrimonio tenía mayor apariencia de

certidumbre a medida que se aproximaba el día fijado para la ceremonia, y que yo oía mencionar como un hecho que no podía ser frustrado por ningún accidente.

Elizabeth parecía feliz; mi actitud serena contribuía mucho a calmar su espíritu. Pero el día que debía presenciar la coronación de mis deseos y mi destino se mostró melancólica, y la asaltó un presentimiento siniestro; quizá también pensaba en mi terrible secreto que había prometido revelarle al día siguiente. Entretanto, mi padre se mostraba muy animoso, y en la agitación de los preparativos creyó ver en la melancolía de su sobrina nada más que el nervioso rubor de la novia.

Después de cumplida la ceremonia, se realizó en casa de mi padre una numerosa reunión; pero se convino en que Elizabeth y yo iniciaríamos nuestro viaje por agua, pasando la noche en Evian, y continuando al día siguiente. El tiempo era bueno, el viento favorable, y todo se presentaba propicio para nuestra navegación nupcial.

Fueron los últimos momentos de mi vida en que experimenté un sentimiento de felicidad. La embarcación avanzaba rápidamente; el sol era intenso, pero estábamos protegidos de sus rayos por una suerte de toldo; gozábamos de la belleza del paisaje, a veces sobre un costado del lago, donde se alzaba el monte Saleve, las orillas de Montalegre, y a la distancia, dominándolo todo, el hermoso Monte Blanco, y el grupo de montañas nevadas que en vano intentaba emularlo; a veces, sobre la orilla opuesta, veíamos el poderoso Jura, oponiendo su oscura ladera a la ambición que quiere abandonar el país natal, y una barrera casi insuperable al invasor que pretendiera esclavizarlo.

Tomé la mano de Elizabeth: «Estás triste, querida mía. ¡Ah! Si supieras lo que he sufrido, y lo que quizás aún soporte, me exhortarías a gustar la calma y la libertad de las cuales puedo gozar por lo menos hoy».

»Sé feliz, querido Víctor —replicó Elizabeth—; confío en que no hay aquí nada que te inquiete; y puedes estar seguro de que si mi rostro no expresa una alegría muy intensa, mi corazón está satisfecho. Algo me dice que no debo confiar demasiado en la perspectiva que se abre ante nosotros; pero no prestaré oídos a una voz tan siniestra. Mira cuán velozmente avanzamos, y cómo las nubes, que a veces oscurecen y otras se elevan sobre la cúpula del Monte Blanco, confieren mayor interés aún a la belleza de esta escena. Mira también los peces innumerables que nadan en las aguas claras, donde podemos distinguir cada uno de los guijarros asentados en el fondo. ¡Qué día maravilloso! ¡Cuán feliz y serena parece la naturaleza!»

Así, Elizabeth procuraba apartar sus pensamientos y los míos de la reflexión relacionada con los temas que podían provocar nuestra melancolía. Su ánimo era variable; a veces, la alegría se reflejaba unos instantes en sus ojos, pero constantemente dejaba el sitio a la distracción y al ensueño.

El sol se hundió en el horizonte; pasamos el Río Drance, y observamos su curso entre las paredes de las colinas más altas y las rocas de las más bajas. Aquí, los Alpes se acercan más al lago, y así nos aproximamos al anfiteatro de montañas que forman su límite oriental. La aguja de Evian brilló entre los bosques que la rodean, y la hilera de montañas que le sirven de mar.

El viento, que hasta ese momento nos había impulsado con sorprendente rapidez, al atardecer se convirtió en ligera brisa. El aire blando apenas acariciaba el agua, y provocaba un suave movimiento entre los árboles a medida que nos acercábamos a la costa, de la cual nos llegaba el

olor delicioso de las flores y el heno. Cuando desembarcamos, el sol se ponía en el horizonte; al poner pie en la costa, sentí que revivían los cuidados y temores que pronto habían de aferrarme para siempre.

Capítulo 23

Eran las ocho de la noche cuando desembarcamos; caminamos un rato por la costa, aprovechando la poca luz que aún quedaba; luego nos retiramos a la posada y contemplamos la amable escena formada por las aguas, los bosques, las montañas, paulatinamente envueltas en sombras, y a pesar de todo señalando sus oscuros perfiles.

El viento, que había perdido impulso en el sur, comenzó a soplar con gran violencia en el oeste. La luna había alcanzado su punto más alto en los cielos, y comenzaba a descender; las nubes se desplazaban más velozmente que el vuelo del buitre y oscurecían los rayos lunares, mientras el lago reflejaba la escena de los cielos atareados, y aportaba a la actividad natural el movimiento de innumerables olas que empezaban a agitarse. De pronto, se descargó una intensa tormenta de lluvia.

Me había mostrado sereno durante el día; pero apenas la noche oscureció las formas de los objetos, mil temores asaltaron mi mente. Estaba ansioso y alerta, y con la mano derecha aferraba una pistola oculta en mi cintura; todos los sonidos me sobresaltaban, pero resolví que vendería cara la vida, y que no rehuiría la lucha hasta perecer o haber acabado con la vida de mi adversario.

Elizabeth observaba mi agitación en un silencio temeroso; pero en mi mirada había algo que le infundía terror, y temblando preguntó: «¿Qué te agita, querido Víctor?»

«Oh, tranquilízate, amor mío repliqué; que pase esta noche, y todo estará bien: pero esta noche es temible, muy temible».

Pasé una hora en este estado de ánimo, y de pronto reflexioné que el combate que esperaba de un momento a otro sería terrible para mi esposa; de modo que la exhorté a descansar, y decidí que no iría a reunirme con ella hasta no haber determinado cuál era la situación de mi enemigo.

Elizabeth me dejó, y continué un rato recorriendo la casa, e inspeccionando todos los rincones que podían ofrecer refugio a mi adversario. Pero no vi rastros de su presencia, y estaba comenzando a conjeturar que algún azar afortunado había intervenido para impedir que ejecutase sus amenazas, cuando de pronto oí un terrible alarido. Venía de la habitación adonde Elizabeth se había retirado. Cuando escuché el grito, comprendí en un momento la verdad, se me cayeron los brazos, y quedaron suspendidos los movimientos de cada fibra y cada músculo de mi cuerpo.

Sentía la sangre latíendome en las venas y pulsando en las extremidades de mis miembros. Ese estado duró apenas un instante, se repitió el grito y corrí hacia la habitación. ¡Dios mío! ¿Por qué no pude morir en ese momento? ¿Por qué estoy aquí para relatar la destrucción de la más bella esperanza y la más pura criatura de la tierra? Estaba allí, inerte e inanimada, arrojada sobre el lecho, la cabeza colgando, y los rasgos pálidos y deformados a medias cubiertos por el cabello. Dondequiera vuelvo los ojos veo la misma figura: sus brazos exangües y su forma sin vida arrojada por el asesino sobre el lecho conyugal. ¿Era posible que yo viese ese espectáculo y continuase viviendo? ¡Ay! La vida es obstinada y más se aferra cuanto más se la odia. En un momento perdí el sentido; caí desmayado al suelo. Cuando reaccioné, me veía rodeado por los habitantes de la posada; todos expresaron un terror inenarrable; pero el horror de aquellos seres me parecía apenas una burla, una sombra de los sentimientos que me oprimían. Me aparté de todos y acudí a la habitación donde yacía el cuerpo de Elizabeth, mi amor, mi esposa, que poco antes era un ser vivo, tan valioso y tan caro para mi corazón. Habían movido su cuerpo, y ahora, la figura yacente, la cabeza sobre el brazo, y un pañuelo sobre el rostro y el cuello, hubiera podido creer que dormía. Corrí hacia el lecho, y la abracé con ardor; pero la inmovilidad letal y la frialdad de los miembros me dijeron que lo que ahora tenía en mis brazos había dejado de ser la Elizabeth a quien amaba y veneraba. Tenía en el cuello la marca asesina del monstruo, y su pecho había dejado de respirar.

Mientras estaba abrazado a su cuerpo, en la agonía de la desesperación, levanté un instante la vista. Un momento antes las cortinas de la habitación estaban corridas, y experimenté una suerte de pánico cuando vi que la pálida y amarillenta luz de la luna iluminaba la cámara. Alguien había retirado las persianas; y con indescriptible sensación de horror vi enmarcada en la ventana abierta la figura más horrible y aborrecida. Una sonrisa se dibujaba en el rostro del monstruo; parecía burlarse mientras con un dedo maligno señalaba el cadáver de mi esposa. Corrí hacia la ventana, y extrayendo una pistola disparé; pero el malvado me esquivó, saltó desde el lugar al que había trepado, y corriendo con la velocidad del rayo se arrojó al lago.

El estampido de la pistola atrajo mucha gente al cuarto. Señalé el lugar donde el monstruo había desaparecido, y seguimos el rastro en varios botes; se arrojaron algunas redes, pero en vano. Después de varias horas, abandonamos la búsqueda, pues la mayoría de mis compañeros creía que había sido una forma conjurada por mi fantasía. Después de desembarcar, se organizó la búsqueda en toda la región, y varios grupos partieron en diferentes direcciones para examinar los bosques y los viñedos.

Intenté acompañarlos, y me alejé unos pocos metros de la casa, pero la cabeza me daba vueltas, y caminaba como si hubiese estado borracho. Finalmente caí en un estado de agotamiento total: una niebla me cubrió los ojos; y la piel comenzó a arderme con el calor de la fiebre. En ese estado me llevaron de vuelta y me depositaron sobre un lecho, apenas consciente de lo que había ocurrido; mis ojos recorrían la habitación como buscando algo que había perdido.

Después de un rato me incorporé, y como impulsado por el instinto me dirigí a la habitación donde yacía el cadáver de mi amada. Varias mujeres estaban llorando alrededor del lecho —me incliné sobre él, y uní mis tristes lágrimas a las que ellas derramaban— y ni por un instante mi mente concibió una idea clara; por el contrario, mis pensamientos se aferraban a diversas

cuestiones, y reflexionaba conjuntamente sobre mis infortunios y la causa que los había motivado. Estaba envuelto en una nube de asombro y de horror. La muerte de William, la ejecución de Justine, el asesinato de Clerval y finalmente el de mi esposa; y en ese momento ignoraba si los únicos amigos que me restaban podían considerarse a salvo de la malignidad del monstruo; era muy posible que en ese mismo instante mi padre estuviese retorciéndome bajo su apretón, y que Ernesto se hallase muerto a sus pies. Esta idea provocó un estremecimiento de mi cuerpo, y me indujo a actuar. Me incorporé y resolví regresar cuanto antes a Ginebra.

No era posible conseguir caballos, de modo que debía regresar por el lago; pero el viento soplaba en dirección contraria y caían torrentes de lluvias. De todos modos, apenas despertaba la mañana, y era razonable suponer que llegaría por la noche. Contraté remeros, y yo mismo tomé un remo; pues siempre el ejercicio corporal me había aliviado la tortura mental. Pero el sufrimiento agobiador que ahora experimentaba, y el exceso de agitación me impidieron realizar esfuerzos. Arrojé el remo, y hundiendo la cabeza entre las manos me dejé llevar por las ideas más sombrías. Si levantaba los ojos, veía las escenas que tanto me habían complacido en tiempos más felices, y que el día anterior había contemplado en unión de la que ahora no era más que una sombra y un recuerdo. Las lágrimas brotaron de mis ojos. La lluvia había cesado un momento, y vi a los peces jugar en el agua como lo habían hecho pocas horas antes; entonces, habían llamado la atención de Elizabeth. Nada tan doloroso para la mente humana como un cambio profundo y súbito. El sol podía brillar o las nubes surcar la superficie del cielo: pero nada me parecería lo mismo que el día anterior. Un monstruo malvado me había arrebatado toda esperanza de felicidad futura: ninguna criatura se había sentido jamás tan desgraciada como yo; porque un hecho tan atroz es único en la historia del hombre.

Pero ¿por qué demorarme en los incidentes que siguieron a la última tragedia? El mío ha sido un relato de horror; he alcanzado su culminación, y lo que ahora debo decirle quizá sea tedioso para usted. En fin, sepa que me fueron arrebatados mis amigos uno por uno; quedé abandonado a mi propia soledad. Mis fuerzas están agotadas, y puedo decir en pocas palabras lo que resta de mi horrible narración.

Llegué a Ginebra. Pero mi padre y Ernesto vivían; sin embargo, el primero estaba abrumado por el mismo pesar que a mí me afectaba. ¡Lo veo ahora, anciano excelente y venerable! Sus ojos estaban perdidos en el vacío, pues ya no tenían el encanto y la complacencia que siempre los habían caracterizado —su Elizabeth—, la joven que era más que una hija, a quien dispensaba todo el afecto de un hombre que, hacia el final de su vida, tiene pocos lazos con el mundo, y por eso mismo se aferra más firmemente a los que restan. ¡Maldito, maldito el malvado que provocó el sufrimiento de este hombre y le condenó al dolor y la desgracia! Ya no podía vivir sometido a los horrores que se habían acumulado alrededor de él; los resortes de la existencia cedieron súbitamente: no pudo salir del lecho, y pocos días después murió en mis brazos.

Entretanto, ¿qué había sido de mí? No lo sé; dejé de sentir, y las cadenas y las sombras eran los únicos objetos que persistían alrededor mío. A veces soñaba que estaba paseando entre prados floridos y amables valles con los amigos de mi juventud; pero al despertar me hallaba en una mazmorra. Seguían estados de melancolía, pero paulatinamente alcanzaba a percibir con claridad mis sufrimientos y mi situación, y entonces me liberaba de mi prisión. Pues habían

dicho que yo estaba loco; y según entendí, durante muchos meses una celda solitaria había sido mi habitación.

De todos modos, la libertad habría sido un don inútil para mí si al despertar a la razón, no lo hubiese hecho al mismo tiempo a la venganza. A medida que el recuerdo de los pasados infortunios retornaba a mi memoria, comenzaba a reflexionar en su causa: el monstruo que yo mismo había creado, el miserable demonio que enviase al mundo para provocar mi propia destrucción. Me poseía una cólera furiosa cuando pensaba en él, y deseaba y rogaba ardientemente que pudiese tenerlo al alcance de la mano para satisfacer una venganza profunda y señalada en su cabeza maldita.

Por lo demás, mi odio no se limitó durante mucho tiempo a ociosos deseos; comencé a reflexionar en los medios más apropiados para apresararlo, y con ese fin, aproximadamente un mes después de mi curación, me dirigí a un juez de la ciudad, y le dije que deseaba formular una acusación; que conocía al ser que era causante de la destrucción de mi familia; y reclamaba que ejercitase toda su autoridad para aprehender al asesino.

El magistrado me escuchó con atención y bondad: «Señor, tenga la certeza —dijo— que no ahorraré esfuerzos para descubrir al malvado».

«Se lo agradezco —repliqué—; escuche, por lo tanto, mi declaración. Es un relato tan extraño que temería que usted no le diese crédito, si no se tratase de algo que, en verdad, a pesar de sus aspectos fantásticos, se impone a la convicción. Las partes de esta historia forman un conjunto demasiado armónico, como para creer en un sueño, y no tengo motivos que me impulsen a mentir». Mi actitud, mientras hablaba al magistrado, era enérgica pero serena; estaba decidido a obtener la persecución, la muerte de mi enemigo; este propósito serenaba mi dolor, y por un tiempo me reconciliaba con la vida. Relaté mi historia, brevemente pero con firmeza y precisión, señalando exactamente las fechas, y sin proferir jamás invectivas o exclamaciones.

Al principio, el magistrado se mostró totalmente incrédulo, pero a medida que yo continuaba parecía más atento e interesado; vi que a veces se estremecía de horror, y otras manifestaba viva sorpresa, mezclada de incredulidad.

Cuando concluí mi narración, dije: «Este es el ser a quien acuso y reclamo que usted ejerza todo su poder para apresararlo y darle el castigo que merece. Es su deber como magistrado, y creo y espero que sus sentimientos como hombre no lo apartarán de la ejecución de estas funciones en la ocasión presente».

Esta alocución provocó un cambio considerable en la fisonomía de mi oyente. Había escuchado mi historia creyéndola a medias, como cuando se oye un relato acerca de los espíritus o de hechos sobrenaturales; pero cuando le reclamé que actuase en su condición de funcionario, se manifestó toda la fuerza de su incredulidad. De todos modos, contestó serenamente: “De buena gana le prestaría toda la ayuda necesaria para organizar la persecución, pero según parece la criatura de la cual usted habla dispone de poderes capaces de burlar todos mis esfuerzos. ¿Quién puede seguir un animal capaz de atravesar el mar de hielo, que habita cuevas y escondrijos en los que ningún ser humano se aventuraría a entrar? Además, han transcurrido varios meses desde que cometió sus crímenes; y nadie puede imaginar adónde se dirigió, o cuál es la región que ahora habita.

«No dudo que se encuentra cerca del lugar que yo habito; y si realmente se ha refugiado en los Alpes, puede dársele caza como al ante, y destruirlo como a una bestia de presa. Pero adivino sus pensamientos: usted no cree en mi relato, y no se propone perseguir a mi enemigo para darle el castigo que merece».

Mientras hablaba, la cólera encendía mis ojos; y el magistrado pareció intimidarse: «Está equivocado —dijo—, haré todo lo posible; y si está en mi poder capturar al monstruo, tenga la certeza de que sufrirá un castigo proporcionado a sus delitos. Pero por lo que usted mismo ha hablado de sus cualidades, me temo que ello no será posible; por lo tanto, al mismo tiempo que se adoptan todas las medidas adecuadas, usted debe prepararse para soportar el fracaso».

«Eso no es posible; pero sé que todo lo que diga será inútil. En este momento mi venganza carece de importancia para usted; pero aunque concedo que es un vicio, confieso que es la única pasión de mi vida. Mi cólera desborda todos los límites cuando recuerdo que aún existe el asesino que yo mismo he creado y lanzado sobre la sociedad. Usted rehusa mi justa demanda: no me queda más que un recurso; y es consagrar mi vida o mi muerte a su destrucción».

Mientras decía esto, el exceso de agitación hacía temblar todo mi cuerpo. En mi actitud había un frenesí y no dudo que algo semejante a la altiva fiereza que, según se afirma, poseían los antiguos mártires. Pero para un magistrado ginebrino, cuya mente se ocupaba en conceptos muy alejados de la devoción y el heroísmo, esta elevación de la mente se asemejaba mucho a la locura. Trató de calmarme como lo hace una niñera con su pequeño, y comenzó a considerar que mi relato era simple efecto del delirio.

«Hombre —exclamé—, ¡cuán ignorante es usted en el orgullo de su sabiduría! Basta ya; no sabe lo que dice».

Salí de aquella casa colérico y perturbado, y me retiré para meditar otras formas de acción.

Capítulo 24

En la situación en que ahora me hallaba no podía pensar serenamente. Me impulsaba violentamente la cólera; sólo la venganza me daba fuerza y compostura; moldeaba mis sentimientos, y me permitía proceder con cálculo y serenidad, en circunstancias tales que de no mediar ese objetivo habría sido presa del delirio o la muerte.

Mi primera resolución fue abandonar Ginebra para siempre; mi patria, que me era tan cara cuando me sentía feliz y amado, ahora en la adversidad, me parecía odiosa. Reuní una suma de dinero, así como unas pocas joyas que habían pertenecido a mi madre, y partí.

Y así comenzaron mis viajes, que habrán de cesar con mi vida. He atravesado una vasta porción de la tierra, he soportado todas las privaciones que los viajeros encuentran en los desiertos y en los países bárbaros. Apenas sé cómo he vivido; muchas veces extendí los miembros vacilantes sobre la llanura arenosa y rogué que viniese la muerte, pero la venganza me mantenía vivo; no me atrevía a morir y a dejar con vida a mi adversario.

Cuando abandoné Ginebra mi primer trabajo fue obtener cierto indicio que me permitiera seguir el rastro de mi maligno enemigo. Pero no pude formar ningún plan; y vagué muchas horas a cierta distancia de la ciudad, incierto del camino que debía seguir. Cuando caía la noche, me hallé a la entrada del cementerio donde reposaban William, Elizabeth y mi padre. Entré y me acerqué a las lápidas que señalaban las tumbas. Todo estaba silencioso, excepto las hojas de los árboles, agitadas por el viento; la noche estaba casi totalmente oscura; y la escena habría sido solemne y conmovedora aun para el observador desinteresado. Los espíritus de los muertos parecían agitarse en rededor y arrojar sombras, sentidas pero no vistas alrededor de la cabeza del doliente.

El dolor profundo que esta escena había provocado inicialmente pronto dejó sitio a la cólera y la desesperación. Estaban muertos, y yo vivía; el criminal también vivía, y para destruirlo yo debía prolongar una existencia sin objeto. Me arrodillé en el pasto, besé la tierra, y con labios temblorosos exclamé: «Por esta tierra sagrada en que me arrodillo, por las sombras que vagan cerca de mí, por el dolor profundo y eterno que experimento, juro; y por ti, oh noche y los espíritus que me presiden, me comprometo a perseguir al demonio que causó tanto dolor, hasta que él o yo perezcamos en conflicto mortal. Con este fin preservaré la vida: para ejecutar esta

venganza tan deseada contemplaré nuevamente el sol y hollaré los verdes campos de la tierra, que si no fuera por esto desaparecerían de mis ojos para siempre. Y os invoco, espíritus de los muertos; También a vosotros, errabundos ministros de la venganza, que con mano segura podéis dirigirme y ayudarme en mi obra. Que el monstruo infernal y maldito beba hasta el final la copa del dolor; experimente esta desesperación con la cual ahora me atormenta».

Había comenzado mi juramento con solemnidad y reverente temor, de modo tal que estaba casi seguro que las sombras oían y aprobaban mi devoción; pero la cólera se apoderó de mí cuando concluía, y el odio ahogó mis últimas palabras.

Me contestó en la quietud de la noche una risa estrepitosa y malévolas. Resonó en mis oídos con un eco prolongado y agrio; las montañas devolvieron el sonido, y sentí como si el infierno me rodease con sus burlas y sus risas. Sin duda en ese momento me habría poseído de frenesí, y hubiese acabado destruyendo mi existencia miserable; pero se había escuchado mi voto, y mi ser estaba reservado para la venganza. La risa se extinguió; una voz conocida y aborrecida, al parecer muy cerca de mi oído, me dijo en un murmullo audible: «¡Estoy satisfecho, miserable villano! Estás decidido a vivir, y ello me satisface».

Me dirigí hacia el lugar de donde procedía la voz; pero el demonio esquivó mi apretón. De pronto, apareció el ancho disco de la luna y derramó su luz sobre la forma espectral y horrible que huía con velocidad más que vertiginosa.

Lo perseguí, y durante muchos meses ésa ha sido mi tarea. Guiado por cierto menudo indicio seguí el curso del Ródano, pero en vano. Apareció el Mediterráneo azul; y por una extraña casualidad, vi al malvado, cierta noche, entrar y ocultarse en una nave que se dirigía al mar Negro. Tomé pasaje en la misma embarcación, pero huyó, ignoro cómo.

Seguí su pista en los desiertos de Tartaria y Rusia, aunque siempre consiguió evitarme. A veces los campesinos, atemorizados por esta horrible aparición, me informaban de su rumbo; a veces él mismo que temía que al perder todo rastro de su paso yo desesperase y muriese, dejaba cierto indicio para guiarme. Las nieves descendieron sobre mi cabeza, y vi la huella de su enorme pie en la llanura blanca. Usted, que por primera vez entra en mi vida, que desconoce los cuidados y las agonías, ¿cómo puede comprender lo que he sentido y aún siento? El frío, la necesidad y la fatiga fueron las dificultades menores que yo debía soportar; estaba bajo la maldición de un demonio, y llevaba conmigo mi infierno eterno; sin embargo, un espíritu bueno todavía seguía y orientaba mis pasos; y cuando yo murmuraba descontento, súbitamente me salvaba de dificultades aparentemente insuperables. A veces, cuando la naturaleza, acabada por el hambre, se hundía en el agotamiento, el desierto me aportaba un refrigerio que restauraba mis fuerzas y me devolvía el ánimo. Sin duda, era un alimento tosco, como los que consumen los campesinos; pero no dudo que estaban allí por obra de los espíritus cuya ayuda yo había invocado. A menudo, cuando carecía de agua, bajo un cielo sin nubes, y la garganta atenaceada por la sed, una ligera nube se formaba en el cielo, dejaba caer las escasas gotas que me revivían, y luego se desvanecía.

Cuando me era posible, seguía el curso de los ríos; pero el monstruo generalmente los evitaba, pues, allí se hallaba la mayoría de los centros poblados. En otros sitios rara vez era posible hallar seres humanos; y yo solía alimentarme con los animales salvajes que estaban en el

camino. Llevaba dinero, y conquistaba la amistad de los aldeanos distribuyéndolo; o portaba conmigo parte del alimento que había cazado, y después de utilizar una pequeña parte, siempre lo ofrecía a quienes me habían suministrado fuego y utensilios para cocinar.

Sin duda, esta vida me parecía odiosa, y sólo en el sueño hallaba algún placer. ¡Sueño bendito! A menudo, cuando me sentía más miserable, me echaba al suelo para descansar, y los sueños parecían transportarme. Los espíritus que me protegían habían facilitado esos momentos, o más bien las horas de felicidad, para que yo pudiese conservar las fuerzas que me permitirían realizar mi peregrinación. Privado de este respiro, habría perecido a causa de los sufrimientos. Durante el día me sostenía e inspiraba la esperanza de que llegase la noche: pues en el sueño veía a mis amigos, a mi esposa y a mi amado país; reaparecía ante mis ojos la expresión benévola de mi padre, oía los tonos argentinos de la voz de mi Elizabeth, y contemplaba la salud y la juventud gozosas de Clerval.

A menudo, cuando estaba agotado a causa de una marcha particularmente fatigosa, me persuadía de que estaba soñando hasta que la noche llegaba, y que debía gozar de esta realidad vivida en los brazos de mis amigos más queridos. ¡Qué doloroso amor me inclinaba hacia ellos! ¡Cómo me aferraba a sus formas amadas, cuando me rodeaban en las horas de vigilia, y cómo me persuadía de que aun estaban vivos! En esos momentos la venganza, que ardía en mi corazón, parecía extinguida, y yo seguía el camino que llevaba a la destrucción del demonio más como una tarea impuesta por el cielo, como el impulso mecánico de cierta oscura potencia, que como el deseo ardiente de mi alma.

Ignoraba los sentimientos de mi perseguido. Ciertamente, a veces escribía frases en la corteza de los árboles, o las grababa en la piedra, guiándome y avivando mi furia: «Mi reino aún no ha concluido» (estas palabras podían leerse en una de dichas inscripciones); «tu vives, y mi poder es total. Sígueme; busco los hielos eternos del norte; donde sentirás los padecimientos del frío y la helada, para los cuales soy inmune. Hallarás cerca de este lugar, si no demoras demasiado, una liebre muerta; come y repone fuerzas. Ven, enemigo; aún tenemos que luchar por la vida; pero soportarás muchas horas de dureza y padecimiento antes de que llegue ese momento».

¡Maligno burlón! Nuevamente juro venganza; de nuevo afirmo, malhechor miserable, que estás destinado a ser carne de tortura y de muerte. ¡No renunciaré a la búsqueda hasta que él o yo perezcamos; y luego, con verdadero éxtasis me uniré a Elizabeth y a mis amigos muertos, que ya están preparando la recompensa de mis tediosos esfuerzos y mi horrible peregrinación!

Mientras yo seguía mi viaje hacia el norte, la nieve formó un colchón más espeso y el frío se acentuó hasta hacerse casi insoportable. Los campesinos se enterraban en sus chozas, y sólo los más audaces se aventuraban para cazar animales cuando el agotamiento los forzaba a salir de sus escondrijos, en busca de la presa. Los ríos estaban cubiertos de hielo, y no era posible pescar; y así, me vi impedido de obtener mi principal alimento.

El triunfo de mi enemigo se acentuó al mismo tiempo que aumentaba la dificultad de mis trabajos. Cierta vez dejó a mi paso la siguiente inscripción: «¡Prepárate! Tus trabajos apenas han comenzado: envuélvete en pieles y procúrate alimentos; pues pronto iniciaremos un viaje en el curso del cual tus sufrimientos satisfarán mi odio eterno».

Mi coraje y mi perseverancia se fortalecieron con estas palabras burlonas; decidí no cejar en mi propósito; y reclamando el apoyo del cielo, inicié imperturbable la travesía de inmensos desiertos, hasta que a lo lejos apareció el océano formando el límite extremo del horizonte. ¡Oh! ¡Cuán distinto era de los mares azules del sur! Cubierto de hielo, se distinguía de la tierra por la mayor desolación y los accidentes más ásperos. Los griegos lloraron de alegría cuando contemplaron el Mediterráneo desde las colinas de Asia, y saludaron extasiados el fin de sus trabajos. Yo no lloré; pero caí de rodillas, y, con el corazón henchido, agradecí al espíritu que me guiaba por haberme conducido sano y salvo al lugar donde, así lo esperaba, y a pesar de las burlas de mi adversario, afrontaré el encuentro definitivo.

Unas semanas antes de este período me había procurado un trineo y perros, y así atravesaba las nieves con inconcebible velocidad. Ignoraba si el ente maligno tenía las mismas ventajas; descubrí que, así como antes había perdido diariamente terreno en la persecución, ahora lo ganaba: tanto que, cuando por vez primera vi el océano, estaba a un solo día de viaje delante mío, y esperé interceptarlo antes de que él llegara a la costa. Por lo tanto, seguí adelante con renovados bríos, y dos días después llegué a un mísero puerto en la orilla del mar. Interrogué a los habitantes respecto del monstruo, y reuní información precisa. Decían que un monstruo gigantesco había llegado la noche anterior, armado de un fusil y numerosas pistolas, ahuyentando a los habitantes de una solitaria cabaña debido a su aspecto terrorífico. Se había llevado sus reservas de alimentos para el invierno y, subiéndolos al trineo para arrastrar el cual se había apoderado de numerosos perros entrenados, les colocó los aparejos, y durante la misma noche, para alegría de los aldeanos embargados por el horror, había reanudado su viaje a través del mar en una dirección que no conducía a ninguna clase de tierra firme; los habitantes del puerto suponían que pronto sería destruido por el deshielo, o moriría de frío por las heladas eternas.

Esta información me sumió en un temporario acceso de desesperación. Se me había escapado; y yo debía comenzar un viaje destructivo y casi eterno a través de los montañosos hielos del océano, en medio de un frío que pocos de los habitantes podían soportar durante mucho tiempo y que yo, nativo de un suave y soleado clima, no tenía esperanzas de sobrevivir. Sin embargo, ante la idea de que el monstruo viviría y saldría triunfante, mi furia y venganza nuevamente se posesionaron de mí y, cual poderosa oleada, ahogaron todo otro sentimiento. Después de un breve reposo, durante el cual los espíritus de los muertos me acuciaban y me instigaban a destruir y a vengar, me preparé para el viaje.

Cambié mi trineo de tierra por otro concebido para las desigualdades de terreno del Océano Helado; y adquiriendo una abundante cantidad de provisiones, dejé atrás la tierra.

No puedo adivinar cuántos días han transcurrido desde entonces; pero soporté desgracias que nada, excepto el eterno sentimiento de una justa retribución que arde en mi corazón me habría permitido soportar. A menudo impedían mi paso inmensas y accidentadas montañas de hielo, y con frecuencia oía el rugido del mar que amenazaba destruirme. Pero nuevamente bajaba la temperatura y consolidaba los caminos que yo debía recorrer.

Por la cantidad de provisiones que había consumido, supuse que llevaba tres semanas en este viaje; y la continua postergación de la esperanza, venía a agobiar mi corazón y a menudo

arrancaba a mis ojos amargas lágrimas de desesperación y tristeza. El dolor casi había conquistado su presa, y muy pronto me dejaría caer, abatido por este sufrimiento. Cierta vez, después que los pobres animales que arrastraban el trineo habían alcanzado con increíble esfuerzo la cima de una empinada montaña de hielo, y uno de ellos, agobiado por la fatiga, acababa de morir, contemplé angustiado el dilatado terreno que se extendía frente a mí; de pronto mi ojo percibió un punto oscuro en la llanura cubierta de polvo de nieve. Forcé la vista para descubrir qué era, y lancé un grito salvaje de éxtasis cuando distinguí un trineo y las proporciones deformes de una figura que me era muy conocida. ¡Oh! ¡Cuán fuertemente se reavivó la esperanza en mi corazón! Mis ojos se llenaron de cálidas lágrimas, y las enjuagué rápidamente para que no estorbaran la visión del demonio que yo perseguía; pero de todos modos lágrimas ardientes continuaron nublando mi visión, hasta que cediendo a las emociones que me oprimían, lloré incontinentemente.

Pero este no era el momento de perder tiempo: aparté del resto al animal muerto, y ofrecí a los perros una ración abundante; después de una hora de descanso, que era absolutamente necesaria, a pesar de lo cual me pareció profundamente irritante, continué camino. El trineo seguía visible; y no volví a perderlo de vista, excepto cuando por breves minutos algún montículo helado venía a ocultarlo entre sus grietas. Más aún, poco a poco yo iba ganando terreno; y cuando después de casi dos días de viaje contemplé mi enemigo apenas a una milla de distancia, el corazón empezó a latirme fuertemente.

Pero entonces, cuando parecía que el monstruo estaba al alcance de mi mano, se disiparon súbitamente mis esperanzas, y perdí todo rastro de su figura, y ahora mucho más absolutamente que antes.

Oí el ruido del mar debajo del hielo; el sonido profundo de su avance, a medida que las aguas se deslizaban y crecían bajo el piso, a cada instante que pasaba se mostraba más ominoso y terrorífico. Apresuré la marcha, pero en vano. Se levantó viento; el mar rugió; y con el impulso poderoso de un terremoto, rompió y agrietó el suelo con un sonido tremendo y abrumador. El trabajo concluyó muy pronto: en unos pocos minutos un mar tumultuoso se interpuso entre mi persona y mi enemigo, y quedé derivando sobre un trozo de hielo, que disminuía constantemente, y que por lo tanto me condenaba a una muerte horrible.

De este modo pasaron muchas horas angustiosas; varios de mis perros murieron; y yo mismo estaba a punto de renunciar a la lucha, abrumado por la acumulación de desgracias, cuando vi esta nave anclada, y con ella se renovaron mis esperanzas de hallar socorro y conservar la vida. No tenía idea de que hubiera navíos tan al norte, y el hecho me asombró. Destruí rápidamente parte de mi trineo para tener remos; y de ese modo pude, con infinita fatiga, desplazar mi balsa de hielo en dirección al barco. Había decidido que si ustedes se dirigían al sur, prefería confiarme a la suerte del mar, antes que abandonar mi propósito. Esperaba convencerlos de que me diesen un bote con el cual perseguiría a mi enemigo. Pero ustedes van hacia el norte. Me subieron a bordo cuando había agotado las fuerzas y cuando pronto, golpeado por mil contratiempos y privaciones, me hubiera sumergido en una muerte que aún temo... puesto que todavía no he cumplido mi tarea.

¡Oh! ¿Cuándo llegará el momento en que el espíritu que me guía, facilite mi encuentro con ese demonio, y me permita obtener el descanso que tanto deseo; o quizá yo debo morir y él continuar viviendo? Si yo perezco, júreme, Walton, que él no podrá escapar; que usted le buscará y cumplirá mi venganza con su muerte. ¿Me atrevo a pedirle que prolongue mi peregrinación, para soportar las mismas privaciones que yo? No; no soy tan egoísta. Pero si yo muero, y él aparece; si los ministros de la venganza facilitan el encuentro con usted, júreme que no lo dejará vivir: jure que él no triunfará de la acumulación de mis desdichas sobreviviendo para aumentar la lista de sus siniestros crímenes. Es un ser elocuente y persuasivo; otrora sus palabras aún tenían poder sobre mi corazón: pero no confíe en él. Su alma es tan infernal como su forma, y desborda traición y perversa malicia. No le escuche; pronuncie los nombres de William, Justine, Clerval, Elizabeth, mi padre, y del desdichado Víctor, y clávele la espada en el corazón. Yo estaré cerca para llevar a destino el acero.

Continuación de la correspondencia de Walton

26 de agosto de 17...

Margaret: has leído este relato extraño y terrorífico; ¿y no sientes que se te congela de horror la sangre, como aún ahora me ocurre a mí? A veces, abrumado por un súbito dolor, él no podía continuar narrando; y otras, quebrantada la voz, y a pesar de todo penetrante, expresaba con dificultad sus frases angustiadas. Sus ojos sensitivos y bondadosos ora se encendían de indignación, y ora se apagaban en desvalida pena, saturados de infinita desgracia. A veces era dueño de su expresión y su tono, y relataba los incidentes más horribles con voz serena, reprimiendo todo indicio de agitación; y luego, como un volcán en erupción, su rostro cobraba súbitamente una expresión de cólera indomable, mientras lanzaba imprecaciones a su perseguidor.

Su historia tiene coherencia, y lo dice con todas las apariencias de la más sencilla verdad; sin embargo, te confieso que las cartas de Félix y Safie que me mostró, y la aparición del monstruo que vimos desde nuestra nave, me aportaron mayor convicción de la verdad del relato

que todas las afirmaciones de este hombre, por sinceras y coherentes que hayan sido. ¡Así, pues, el monstruo posee existencia real! No puedo dudar de ello; sin embargo, me dominan la sorpresa y la admiración. Varias veces procuré obtener de Frankenstein los detalles de la formación de su criatura: pero en este punto se mostró impenetrable.

«¿Ha enloquecido, amigo mío? —dijo— ¿Adónde le llevaría insensata curiosidad? ¿Se propone crear también para usted y para el mundo un enemigo demoníaco? ¡Paz, paz! Aprenda la lección de mis sufrimientos, y no quiera aumentar los suyos».

Frankenstein observó que yo tomaba nota mientras él hablaba: solicitó verlas, luego las corrigió y amplió en muchos lugares; pero sobre todo infundió vida y espíritu a las conversaciones que había sostenido con su enemigo. «Como usted ha conservado mis palabras —dijo—, no deseo que llegue a la posteridad un relato mutilado».

Así, ha transcurrido una semana, y en este período escuché el más extraño suceso que una imaginación humana haya podido crear. Mis pensamientos y todos los sentimientos de mi alma se han visto absorbidos por el interés que mi huésped, su relación y su personalidad, sus modales elevados y gentiles han sabido suscitar. Deseo tranquilizarlo; pero ¿puedo aconsejar que continúe viviendo a un ser tan infinitamente miserable, tan despojado de toda esperanza de consuelo? ¡Oh, no! La única alegría que ahora puede conocer será la que obtenga cuando logre llevar su espíritu quebrantado a la paz y la muerte. Sin embargo, le ha sido concedido un motivo de confortamiento, fruto de la soledad y el delirio: cree que; cuando dialoga con sus amigos, y extrae de esa comunicación consuelo a sus sufrimientos o excitación para su venganza, todo eso no es creación de su fantasía, sino los seres mismos que lo visitan viniendo de un mundo remoto. Esta fe confiere cierta solemnidad a sus ensueños, y los hacen a mis ojos casi tan imponentes e interesantes como la verdad.

Nuestras conversaciones no siempre se limitan a su propia historia y sus infortunios. En todos los puntos de la literatura general revela ilimitado conocimiento y comprensión veloz y aguda. Su elocuencia es vigorosa y conmovedora, y cuando narra un incidente patético o trata de conmover las pasiones de la piedad o el amor, no puedo escucharlo sin derramar lágrimas. ¡Qué gloriosa criatura habrá sido en sus mejores tiempos, si se muestra tan noble y elevado en la decadencia! Y se diría que percibe su propio valor y la grandeza de su caída.

«Cuando era más joven —me dijo— me creía destinado a una gran empresa. Mis sentimientos son profundos; pero poseía, además, un juicio ponderado que me hacía apto para abordar grandes realizaciones. Este sentimiento del valor de mi naturaleza me apoyaba allí donde otros se habrían sentido oprimidos; pues me parecía criminal malgastar en inútiles lamentaciones los talentos que podían ser beneficiosos para mis semejantes. Cuando reflexioné en el trabajo que había completado, nada menos que la creación de un animal sensitivo y racional, no pude incluirme en el grupo de los inventores comunes. Pero este pensamiento, que me sostenía en los principios de mi carrera, ahora sirve únicamente para hundirme más profundamente en el polvo. Todas mis especulaciones y esperanzas de nada valen; y, como el arcángel que aspiró a la omnipotencia, estoy encadenado en un infierno eterno. Mi imaginación era vivaz, y al mismo tiempo mis cualidades de análisis y aplicación muy intensas; mediante la unión de esas virtudes concebí la idea y realicé la creación de un hombre. Aún ahora no puedo

recordar sin conmoverme los sueños que alimenté mientras la obra estaba incompleta. Recorría el cielo en mis cavilaciones, ora gozándome en mis poderes, ora ardiendo ante la idea de sus efectos. Desde mi infancia alimenté elevadas esperanzas y profunda ambición; ¡pero cómo me he hundido! Oh, amigo mío, si usted me hubiese conocido como era antaño, habría sido incapaz de identificarme en este estado de degradación. La tristeza rara vez visitaba mi corazón; y un elevado destino parecía esperarme, hasta que al fin caí, para no volver a levantarme jamás».

¡Es preciso, entonces, que este ser admirable se pierda! Durante mucho tiempo anhelé tener un amigo; y he buscado una persona que simpatizase conmigo y me amase. Y bien, en estos mares desiertos lo he hallado, pero me temo que lo encontré sólo para reconocer su valor y al fin perderlo. Quisiera reconciliarlo con la vida, pero rechaza la idea.

«Le agradezco, Walton —dijo—, sus bondadosas intenciones ante esta ruina miserable que yo soy; pero cuando usted habla de nuevos vínculos y de renovados afectos, ¿cree acaso que algo puede reemplazar a quienes han desaparecido? ¿Algún hombre puede ser para mí lo que fue Clerval; o una mujer puede ser otra Elizabeth? Aunque los afectos no estén impulsados poderosamente por una excelencia superior, los compañeros de nuestra infancia siempre poseen sobre nuestra mente un poder que difícilmente adquieren los amigos de épocas posteriores. Conocen nuestras inclinaciones infantiles, que si bien después se modifican, nunca desaparecen del todo; y pueden juzgar nuestros actos y extraer conclusiones más válidas respecto de la integridad de nuestros motivos. Una hermana o un hermano jamás pueden, a menos que dichos síntomas se hayan manifestado precozmente, sospechar al otro de fraude o falsedad; pero otro amigo, por hondos que sean los lazos que lo unen, y aun a pesar de sí mismo, puede ser contemplado con sospecha. Pero yo tuve amigos, queridos no sólo por razones de hábito y asociación, sino por sus propios méritos; y dondequiera me encuentre, la voz serena de mi Elizabeth y la conversación de Clerval siempre llenarán a mis oídos como un murmullo. Están muertos, y en esta soledad sólo un sentimiento puede persuadirme de la necesidad de conservar la vida. Si me hallase comprometido en una empresa o un designio elevado, seguro de los beneficios que podría reportar a mis semejantes, quizá viviera para cumplirlo. Pero no es ése mi destino; debo perseguir y destruir al ser que yo mismo he creado; luego, se habrá cumplido mi destino en la tierra, y podré morir».

2 de septiembre

Mi querida hermana: te escribo mientras me encuentro rodeado de peligros, y sin saber si estoy condenado a ver nunca más nuestra querida Inglaterra, y nuestros amigos que la habitan. Estoy sitiado por montañas de hielo que no tienen salida y amenazan aplastar en cualquier momento mi embarcación. Los valerosos hombres que forman mi tripulación vuelven los ojos hacia mí en busca de ayuda; pero no puedo ofrecerles ninguna. Hay algo terrible y abrumador en nuestra situación, pero no me abandonan el coraje y las esperanzas. Sin embargo, es terrible reflexionar en que la vida de todos esos hombres corre peligro por mi causa. Si desaparecemos, habrá que imputar la culpa a mis absurdos planes.

¿Y cuál será, Margaret, tu estado de ánimo? No tendrás noticias de mi destrucción, y esperarás ansiosamente mi retorno. Pasarán los años, y tendrás momentos de desesperación, y a pesar de todo te verás torturada por la esperanza. Oh, mi bien amada hermana, el atroz fracaso de tus sentidas ilusiones es, en perspectiva, más terrible para mí que la propia muerte. Pero tienes marido y bellos niños; puedes ser feliz: ¡el cielo te bendiga y te dé la dicha!

Mi infortunado huésped me contempla con la más bondadosa compasión. Procura infundirme ánimo; y habla como si la vida fuese una posesión que él valorara. Me recuerda cuán a menudo otros navegantes que surcaron este mar afrontaron los mismos accidentes; y a pesar de mí mismo, sus augurios animosos consiguen levantar mi ánimo. Aún los marineros sienten el poder de su elocuencia: cuando él habla, ya no desesperan; excita sus energías, y mientras oyen su voz, creen que estas vastas montañas de hielo son como hormigueros que serán derrumbados por la voluntad del hombre. Estos sentimientos son transitorios; los sucesivos días de espera los llenan de temor, y casi anticipo un motín provocado por esta desesperación.

5 de septiembre

Acaba de ocurrir una escena tan desusada, que aunque es muy probable que estos documentos nunca lleguen a tus manos, no puedo dejar de registrarla.

Aún estamos rodeados por montañas de hielo, y todavía nos vemos en inminente peligro de morir aplastados por el choque de estas moles. El frío es excesivo, y muchos de mis infortunados camaradas ya hallaron la tumba en esta escena de desolación. La salud de Frankenstein ha declinado día tras día: un fuego febril todavía brilla en sus ojos; pero está agotado, y cuando se esfuerza por realizar una tarea cualquiera, al punto se hunde nuevamente en un estado de visible inercia.

En mi carta anterior dije que temía un motín. Esta mañana, mientras contemplaba el rostro demacrado de mi amigo —los ojos semicerrados, los miembros colgando inertes— se presentaron ante mi puerta varios marineros que solicitaban permiso para entrar en la cabina. Pasaron a la cámara, y el que los dirigía me habló. Me dijo que él y sus compañeros habían sido elegidos por la tripulación para que, con carácter de delegación, vinieran a formularme un pedido que yo no podía rehusar. Estábamos rodeados por el hielo, y probablemente nunca podríamos salir de allí; pero temían que si, como era posible, el hielo se abría y se nos ofrecía un pasaje libre, yo mostrase temeridad suficiente para continuar el viaje, llevándolos al encuentro de nuevos peligros después de haber sorteado felizmente el que ahora nos amenazaba. Por lo tanto, insistían en que yo me comprometiese solemnemente a dirigirme de inmediato hacia el sur si los hielos dejaban libre el barco.

Esta representación me inquietó. No había desesperado; y tampoco había concebido la idea de regresar si conseguíamos salvarnos de los hielos. A pesar de todo, ¿era justo, o siquiera posible rechazar el pedido? Vacilé sin contestar; y entonces, Frankenstein, que al principio había guardado silencio, y que en efecto parecía que apenas tenía fuerza suficiente para oír, se

incorporó en su litera; los ojos le centelleaban, y sus mejillas enrojecieron en una manifestación pasajera de fuerza. Volviéndose hacia los hombres dijo:

«¿Qué significa esto? ¿Qué están pidiendo al capitán? ¿Es posible que tan fácilmente abandonen los propósitos que hasta ahora se habían fijado? ¿No decían que ésta era una expedición gloriosa? ¿Y por qué era gloriosa? No porque el camino estuviese desembarazado y libre como en los mares meridionales, sino porque abundaba en peligros y motivos de terror; porque en cada incidente nuevo se ponía a prueba la fortaleza y el coraje de todos; porque estaban rodeados de peligros y de muerte, y tenían valor suficiente para soportarlos. Por eso era gloriosa, y por eso se afirmó que constituía una empresa honorable. Ustedes vinieron aquí para que más tarde se los elogiase como a los benefactores de la raza humana; para que venerasen el nombre de cada uno, como el de un hombre valeroso que enfrentó la muerte para honor y beneficio de la humanidad. Y ahora, al primer atisbo de peligro, o si lo prefieren, a la primera prueba grave y aun terrorífica del coraje de todos, vemos que retroceden, y que pretenden se les trate como a hombres que no poseen fuerza suficiente para soportar el frío y el peligro; y así, pobres almas, afirman que están congelados y que desean retornar a sus fuegos hogareños. Vaya, para esto no se necesitaba tanta preparación; no era preciso haber venido tan lejos ni arrastrado al capitán de la nave hacia la vergüenza de una derrota, simplemente para probar que ustedes eran cobardes. ¡Oh! Es necesario que aquí todos demuestren ser hombres, o si lo prefieren, más que hombres. Que cada uno muestre la firmeza de sus propósitos y la dureza de una roca. Este hielo no está hecho de la misma materia que nuestro corazón; es mudable y no podrá prevalecer contra ustedes, si ustedes no lo quieren. Que nadie regrese a su familia con el estigma de la vergüenza marcado en la frente. Retornemos como héroes que han luchado, conquistado, que no saben lo que es volver la espalda al enemigo».

Dijo todo esto con una voz tan adecuada para los diferentes sentimientos que mostró en el discurso, en sus ojos una expresión de tan elevado heroísmo, que nadie hubiera podido asombrarse de que lograra conmover a esos hombres. Se miraron unos a otros, y no supieron qué contestar. Les hablé; les dije que se retiraran y reflexionasen sobre lo que se había dicho: que no continuaría avanzando hacia el norte si realmente se oponían a ello: pero que confiaba en que, después de pensarlo, recuperarían el valor.

Se retiraron, y yo me volví hacia mi amigo: estaba sumido en el sopor, y casi privado de vida.

Ignoro cómo acabará todo esto; pero prefiero morir antes que regresar avergonzado... es decir, sin haber cumplido mi propósito. Sin embargo, me temo que ésa será mi suerte; los hombres, que no están sostenidos por ideas de gloria y honor, mal pueden continuar soportando de buena gana estas privaciones.

7 de septiembre

La suerte está echada; he aceptado regresar si los hielos no nos destruyen. Así, la cobardía y la indecisión han destruido mis esperanzas; regreso ignorante y decepcionado. Se necesita más filosofía de la que yo poseo para soportar pacientemente esta injusticia.

12 de septiembre

Todo ha concluido; regreso a Inglaterra. He perdido mis esperanzas de provecho y gloria; y he perdido a mi amigo. Querida hermana, trataré de relatarte en detalle estas amargas circunstancias; y mientras navegue hacia Inglaterra y hacia ti, procuraré mantener mi ánimo levantado.

El 9 de setiembre el hielo comenzó a desplazarse, y oímos a la distancia el estrépito poderoso provocado por las islas que se dividían y desplazaban en todas direcciones. Nos hallábamos en el más grave peligro; pero como sólo podíamos esperar, consagré casi toda mi atención a mi infortunado huésped, cuya enfermedad se agravó de tal modo que se vio completamente confinado a su lecho. El hielo se partió detrás de nuestra nave, y fue llevado con fuerza hacia el norte; una brisa sopló desde el oeste, y el 11 se liberó totalmente el paso hacia el sur. Cuando los marineros lo advirtieron, y comprendieron que estaba asegurado el retorno a la patria, lanzaron gritos de tumultuosa alegría, prolongados durante largo rato. Frankenstein, que estaba dormitando, despertó y preguntó la causa del tumulto. «Gritan —dije— porque pronto regresarán a Inglaterra».

«Entonces, ¿de veras piensa volver?»

«Lamentablemente así es; no puedo negarme a los reclamos de estos hombres. No puedo llevarlos contra su voluntad a enfrentar el peligro, y debo regresar».

«Hágalo, si así lo desea; pero yo no lo acompañaré. Usted puede renunciar a su objetivo, pero el Cielo me ha fijado el mío, y no me atrevo a rehusarlo. Estoy debilitado; pero sin duda los espíritus que colaboraron en mi venganza me aportarán fuerza suficiente». Dicho lo cual, trató de salir de la litera, pero el esfuerzo fue excesivo para él; cayó nuevamente y se desmayó.

Pasó mucho tiempo antes de que reaccionase; y varias veces creí que su vida se había extinguido. Al fin abrió los ojos; respiraba con dificultad y no podía hablar. El cirujano le dio una pócima y ordenó que no lo molestásemos. Entretanto, me dijo que no quedaban muchas horas de vida a mi amigo.

Se había dictado su sentencia, y por mi parte sólo podía condolerme y mostrarme paciente. Me senté a su lado, contemplándolo; tenía los ojos cerrados, y me pareció que dormía; pero poco después me llamó con voz débil, y pidiendo que me acercara dijo: “¡Ay!, la fuerza que me sostenía se ha disipado; siento que pronto moriré, y él, mi enemigo y perseguidor, quizás aún esté vivo. No crea, Walton, que en los últimos momentos de mi existencia experimento ese odio profundo y ese ardiente deseo de venganza que expresé otrora; pero siento que estoy justificado al desear la muerte de mi adversario. Durante estos últimos días me he ocupado de examinar mi conducta pasada; y no la creo censurable. En un momento de locura entusiasta formé una criatura racional, traté de asegurar su felicidad y bienestar, en cuanto estaba en mi poder. Tal

era mi obligación; pero tenía otro deber superior aún a éste que acabo de indicar. Mi deber hacia los seres humanos y hacia mi propia especie tenía mayor derecho a mi atención, porque incluía una parte mayor de felicidad o de sufrimiento. Movidio por ese criterio, rehusé, e hice bien en negarme a crear una compañera para la primera criatura. Ese monstruo demostró malignidad y egoísmo sin iguales. Destruyó a mis amigos; condenó a la muerte a seres que poseían sensibilidad exquisita, felicidad y sabiduría; y por mi parte ignoro cuándo acabará su sed de venganza. El mismo es un ser abyecto, y debe morir para que no pueda provocar la infelicidad ajena. Mía era la tarea de destruirlo, pero he fracasado. Impulsado por motivos egoístas, le pedí que afrontase la tarea que yo no había sabido concluir; y renuevo ese pedido ahora, pero lo hago inducido únicamente por la razón y la virtud.

»Sin embargo, no puedo pedirle que renuncie a su patria y a sus amigos para cumplir esta misión; y ahora que regresa a Inglaterra tendrá escasa oportunidad de encontrar a la criatura que yo he creado. Pero dejo librado a su juicio la consideración de estos puntos, y la ponderación de lo que usted defina como sus deberes; mi juicio y mis ideas ya están perturbados por la aproximación de la muerte. No me atrevo a pedirle que haga lo que creo justo, pues es posible que aún me desoriente la pasión.

«Que ese ser continúe viviendo como instrumento del mal me inquieta; en otro sentido, esta hora, que entraña la promesa de una rápida liberación, es el único instante de felicidad que he tenido en varios años. Las formas de los muertos amados se ciernen sobre mí y me apresuro a arrojarme en sus brazos. ¡Adiós, Walton! Busque la felicidad en la existencia serena y evite la ambición, aunque se trate del anhelo en apariencia inocente del que quiere distinguirse en las ciencias y los descubrimientos. Pero ¿por qué digo esto? Si yo mismo me vi frustrado persiguiendo tales esperanzas, quizás otro alcance el éxito deseado».

A medida que hablaba, su voz se debilitó; y al fin, agotado hoy el esfuerzo, guardó silencio. Una media hora después nuevamente intentó hablar, pero no pudo; me apretó débilmente la mano, y sus ojos se cerraron para siempre, mientras una gentil sonrisa se dibujaba fugazmente en sus labios.

Margaret, ¿qué puedo decir de la lamentable extinción de este glorioso espíritu? ¿Cómo puedo explicarte lo ocurrido, de modo que comprendas la profundidad de mi dolor? Todo lo que podría decir sería inadecuado y superficial. Las lágrimas surcan mis mejillas; mi mente está ensombrecida por una nube de desilusión; pero viajo hacia Inglaterra, y quizás allí encuentre consuelo.

Mientras escribo, algo me interrumpe. ¿Qué significan esos ruidos? Es medianoche; el viento sopla suavemente, y el vigía en el puente apenas se mueve. Nuevamente; es el sonido de una voz humana, pero más tosca; viene de la cabina donde yacen los restos de Frankenstein. Debo ir a ver. Buenas noches, hermana mía.

¡Dios mío! ¡Qué escena me ha tocado presenciar! Aún estoy aturdido ante el recuerdo de esta experiencia. Apenas sé si seré capaz de describirla; sin embargo, el relato que hice de estos acontecimientos sería incompleto sin esta catástrofe final y portentosa.

Entré en la cabina donde yacen los restos de mi desventurado y admirable amigo. Sobre él se inclinaba una forma que apenas sabría describirte; de estatura gigantesca, pero de

proporciones toscas y deformes. Mientras se inclinaba sobre el ataúd, su rostro estaba oculto por largos mechones de cabellos desordenados; pero extendía una ancha mano, cuyo color y textura aparente la semejaba a la de una momia. Cuando oyó que me aproximaba, interrumpió sus exclamaciones de pena y horror y se lanzó hacia la ventana. Jamás contemplé una visión tan horrible como su rostro, de fealdad repugnante y al mismo tiempo conmovedor. Involuntariamente cerré los ojos, y procuré recordar cuáles eran mis obligaciones con respecto a este monstruo. Dirigiéndome a aquel ser, le dije que permaneciese en el sitio.

Se detuvo, mirándome con asombro; y volviéndose nuevamente hacia la forma inerte de su creador, pareció olvidar mi presencia, y se hubiera dicho que cada uno de sus rasgos y sus gestos estaban dominados por la cólera más salvaje de una pasión incontrolable.

«¡Esta es también mi víctima! —exclamó—: Con su muerte he coronado mis crímenes; ¡la serie miserable de mi ser llega a su fin! ¡Oh, Frankenstein! ¡Ser generoso y abnegado! ¿De qué servirá que ahora solicite su perdón? ¡Yo, que te destruí irremediamente al destruir todo lo que amabas! ¡Ay! Ya está frío, ya no puede contestarme».

Su voz parecía sofocada; y mis primeros impulsos, que me habían sugerido obedecer la última demanda de mi amigo, destruyendo a su adversario, se vieron suspendidos ahora por una mezcla de curiosidad y compasión. Me acerqué a este ser tremendo; pero no me atrevía a elevar los ojos hasta su rostro, pues en su fealdad había algo temible y fantástico. Intenté hablar, pero las palabras murieron en mis labios. El monstruo continuaba dirigiéndose reproches desenfrenados e incoherentes. Al fin, conseguí hablarle en una pausa de la tempestad de sus pasiones: «El arrepentimiento que ahora muestra», dije, “ya es superfluo. Si hubiese escuchado la voz de la conciencia y atendido a los agujonazos del remordimiento, antes de haber llevado a tales extremos, su diabólica venganza, Frankenstein seguiría viviendo».

«¿Lo cree usted?» dijo el demonio; “¿cree que yo era inmune a la agonía y el remordimiento? Él, continuó, señalando el cadáver, “no sufrió en la consumación del hecho... ¡oh! Ni la diez milésima parte de la angustia que yo padecí en el detalle interminable de su ejecución. Un espantoso egoísmo me apremiaba, mientras mi corazón estaba envenenado por el remordimiento. ¿Cree acaso que los gemidos de Clerval eran música para mis oídos? Mi corazón estaba conformado para mostrarse sensible al amor y la simpatía; y cuando el sufrimiento lo inclinó al vicio y al odio, no soportó la violencia del cambio sin padecer torturas que usted no puede siquiera imaginar.

«Después de la muerte de Clerval regresé a Suiza deshecho, con el corazón destrozado. Compadecía a Frankenstein; y mi compasión alcanzaba la intensidad del horror: me aborrecía a mí mismo. Pero cuando descubrí que él, al mismo tiempo el autor de mi existencia y de sus inenarrables tormentos, se atrevía a alimentar esperanzas de felicidad; que mientras acumulaba desgracias y desesperación sobre mí procuraba su propio goce en sentimientos y pasiones que me estaban vedados para siempre, la envidia impotente y la indignación más cruel suscitó en mí una sed insaciable de venganza. Recordé mi amenaza, y decidí que habría de cumplirla. Sabía que estaba preparando para mí mismo una tortura letal; pero yo era el esclavo, no el amo de un impulso que detestaba, y que a pesar de todo no podía desobedecer. ¡Y, sin embargo, no puedo decir lo que sentí cuando ella murió! No, entonces no me sentí miserable. Había sofocado todo

sentimiento, eliminado toda angustia, para desenfrenarme en el exceso de mi desesperación. Desde este punto en adelante el mal fue mi bien. Empujado a esos extremos, sólo podía adaptar a mi naturaleza un elemento que yo había elegido voluntariamente. Rematar mi plan demoníaco se convirtió en pasión insaciable. Y ahora todo ha concluido; ¡ahí está mi última víctima!»

Al principio me sentí conmovido por las expresiones de su sufrimiento; pero cuando recordé lo que Frankenstein había dicho de su capacidad de elocuencia y persuasión, y cuando nuevamente fijé los ojos en la forma inerte de mi amigo, se encendió nuevamente la indignación en mi fuero íntimo. «¡Malvado!», dije, “vienes aquí a gemir sobre la desolación que tú provocaste. Arrojas una antorcha en las viviendas de los hombres; y cuando el fuego los consume, te sientas entre las ruinas y lamentas el desastre. ¡Malvado hipócrita! Si el hombre a quien lloras aún viviese, nuevamente sería el objetivo y la presa de tu maldita venganza. No sientes compasión; sólo te lamentas porque la víctima de tu malignidad ha quedado fuera de tu alcance».

«Oh, no es así... no es así», interrumpió el monstruo; “sin embargo, tal debe ser la impresión que provoca el propósito aparente de mis actos. Pero no busco un alma comprensiva de mi sufrimiento. Jamás hallaré simpatía. Cuando busqué inicialmente, deseaba participar en el amor de la virtud, los sentimientos de felicidad y de afecto, de todo lo cual mi ser desbordaba. Pero ahora que la virtud se ha convertido para mí en una sombra, y que la felicidad y el afecto se trocaron en amarga desesperación, ¿por qué he de reclamar simpatía? Me basta sufrir solo, mientras duren mis sufrimientos: cuando muera, me daré por satisfecho si el aborrecimiento, y el oprobio acompañan mi memoria. Otrora mi fantasía se regocijaba con sueños de virtud, de fama y de placer. Antes esperaba equivocadamente conocer individuos que, excusando mi forma exterior, me amasen por las excelentes cualidades que yo podía demostrar. Me nutrían elevados pensamientos de honor y devoción. Pero ahora el crimen me ha rebajado al nivel del animal más repugnante. No hay culpa, ni fechoría, ni malignidad, ni bajeza comparables con las mías. Cuando recorro el espantoso catálogo de mis pecados, no puedo creer que soy la misma criatura cuyos pensamientos se nutrían antaño de visiones sublimes y trascendentes de la belleza y la majestad del bien. Pero es así; el ángel caído se convierte en demonio maligno. Pero aun ese enemigo de Dios y del hombre tenía amigos y asociados en su desolación; yo estoy solo.

»Usted, que llama amigo a Frankenstein, parece conocer mis crímenes e infortunios. Pero en el relato que él le hizo no pudo condensar las horas y los meses de padecimiento que yo soporté, agobiado por pasiones impotentes. Pues mientras destruía sus esperanzas, no por ello satisfacía mis propios deseos. Éstos eran mucho más ardientes y profundos; aún anhelaba amor y fraternidad, y todavía me encontraba despreciado. ¿Acaso esto no representaba una injusticia? ¿Ha de creérsese el único criminal cuando toda la especie humana pecó contra mí? ¿Por qué nadie odia a Félix, que tan cruelmente expulsó al amigo de su puerta? ¿Por qué nadie repudia al rústico que quiso destruir al salvador de su hija? ¡No, estos son seres virtuosos e inmaculados! Yo, el miserable y el abandonado, soy un aborto, el ser que merece desprecio, golpes y atropellos. Aún ahora mi sangre hierve al recordar la injusticia.

»Pero es verdad que soy un malvado. Asesiné al bueno y al indefenso; estrangulé al inocente Henry en el sueño, y quité la vida a quien nunca me hirió, ni hizo daño a otro ser vivo. Hundí en

el sufrimiento a mi creador, el ejemplar selecto de todo lo que es digno de amor y admiración entre los hombres; y lo perseguí hasta llevarlo al desastre irremediable. Allí yace, blanco y frío en la muerte. Usted me odia, pero su aborrecimiento no puede equipararse al que yo mismo me dispense. Contemplo las manos que cumplieron el hecho; pienso en el corazón que imaginó el acto, y espero el momento en que esas manos se posarán sobre mis ojos, y en que esa imaginación cesará de acicatear mis pensamientos.

»No tema que yo llegue a ser instrumento de futuras fechorías.

Mi trabajo casi ha concluido. No necesito su muerte ni la de otro hombre cualquiera para consumir la misión de mi ser, y para cumplir lo que debe hacerse; pero sí necesito mi propia muerte. No crea que demoraré en ejecutar este sacrificio. Abandonaré su buque en la balsa de hielo que me trajo aquí, y buscaré el extremo más septentrional del globo; formaré mi pira funeraria y reduciré a cenizas este cuerpo miserable, de modo que sus restos nada digan al curioso y al impío que pretenda crear otro ser como yo. Moriré.

»Ya no sentiré los padecimientos que ahora me consumen, ni seré presa de anhelos insatisfechos. Ha muerto quien me dio el ser; y cuando yo no exista, el recuerdo de ambos se desvanecerá rápidamente. Ya no veré el sol o las estrellas, ni sentiré la caricia del viejito en mis mejillas. La luz, el sentimiento y la sensación se extinguirán; y en esta condición hallaré mi felicidad. Hace algunos años, cuando las imágenes que este mundo ofrece se abrieron por primera vez a mis sentidos, cuando percibí el calor del estío, y oí el ruido de las hojas y el movimiento de las aves, y eso era todo para mí, podría haber llorado hasta morir; y ahora, ése es mi único consuelo. Contaminado por el crimen, y desgarrado por el remordimiento más cruel, ¿dónde sino en la muerte hallaré la paz?

»¡Adiós! Le dejo, y en usted abandono al último miembro de la especie humana que estos ojos verán jamás. ¡Adiós, Frankenstein!

»Si aún vivieras, si aún acariciaras un deseo de venganza contra mí, hallarías más satisfacción en mi vida que en mi destrucción. Pero no fue así; quisiste destruirme para que no causase mayores daños; y si todavía, de un modo que no está en mi conocimiento, no has dejado de pensar y sentir, no querrías descargar sobre mí una venganza peor de la que sufro. Es cierto que padeciste, pero mi agonía fue peor que la tuya; pues el aguijón del remordimiento no cesará de envenenar mis heridas hasta que la muerte las cierre para siempre.»

«Pero pronto», exclamó, con entusiasmo triste y solemne, “voy a morir, y lo que ahora siento ya no lo sentiré. Pronto se disiparán estos ardientes sufrimientos. Ascenderé triunfal a mi pira funeraria, y me regocijaré en la tortura de las llamas. La luz de esa conflagración se extinguirá; los vientos arrojarán al mar mis cenizas. Mi espíritu descansará en paz; y si aún piensa, sin duda muy otros serán sus pensamientos. Adiós».

Después de decir estas palabras saltó por la ventana de la cabina, a la balsa de hielo que permanecía al lado del navío. Las olas muy pronto lo alejaron, su figura se perdió entre las sombras y la distancia.

FIN